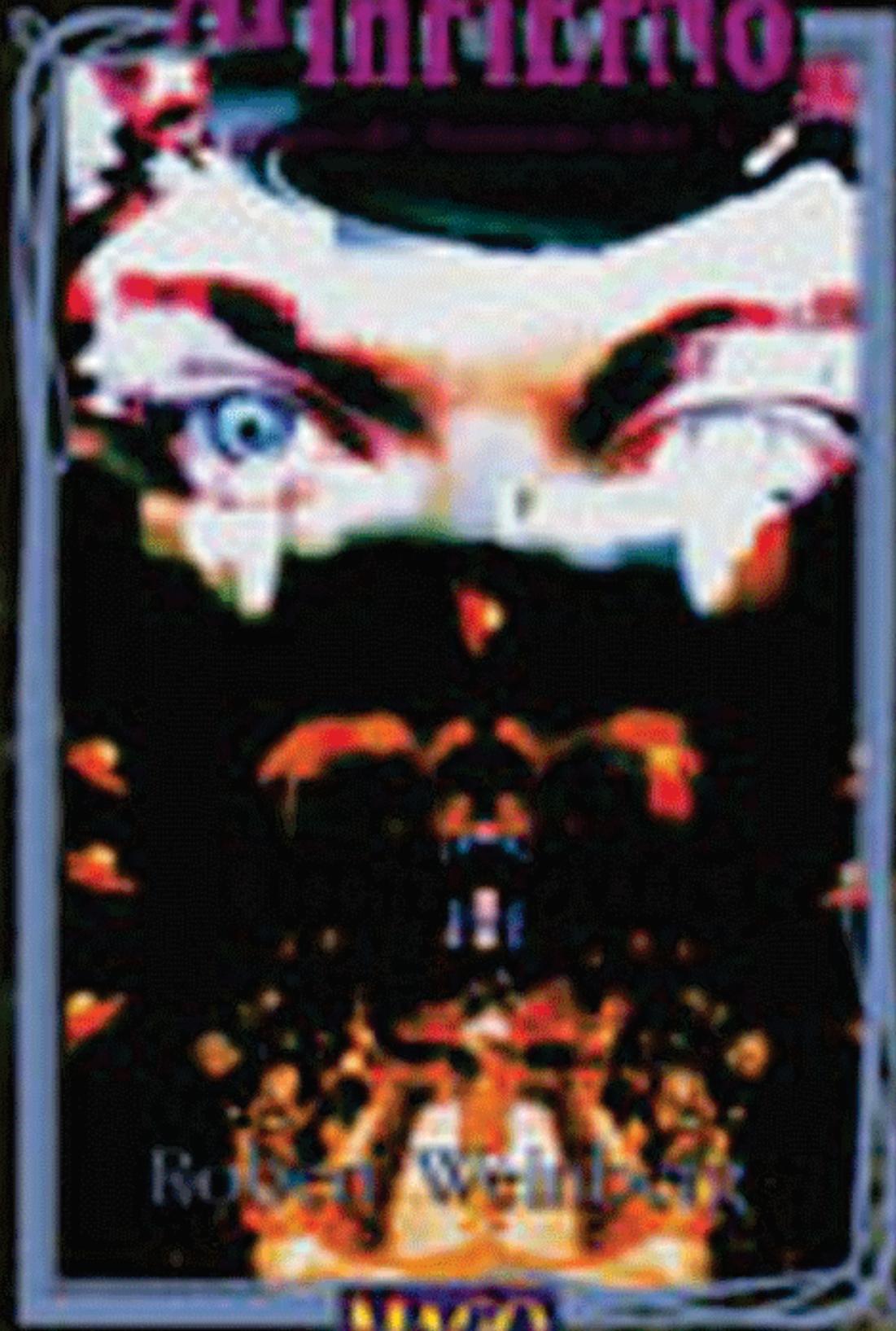


# CaMiNo Al InFIERNo



Robert Weinberg

**MINGO**  
**MINGO**

# CaMiNo Al InFiErNo

La guerra del Horizonte  
Parte I

Robert Weinberg



Título original: *The road to Hell*

© White Wolf, Inc. Todos los derechos reservados. Debido a su temática, este producto se recomienda sólo para lectores adultos.

Ilustración de portada: Michelle Prahler

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español: © 2014, La Factoría de Ideas.C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500. Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91870 45 85.

[www.lafactoriadeideas.es](http://www.lafactoriadeideas.es)

[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)

ISBN: 978-84-9018-795-1

Epub realizado por La Factoría de Ideas Servicios editoriales ([servicioseditoriales@lafactoriadeideas.es](mailto:servicioseditoriales@lafactoriadeideas.es))

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

---

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:

**INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS**

“Puesto que no es el menor de sus terrores  
el que este ente maligno se encuentre profundamente  
arraigado en todo lo que es bueno...”

— de *Drácula*  
por Bram Stoker

# Libro Uno – CAMINO AL INFIERNO

A Nancy Ford, Tina L. Jens y Karen Taylor,  
que consiguieron lo imposible y me pillaron por sorpresa.

## Nota del autor

Si bien los escenarios y la historia de este mundo pudieran resultar familiares, no se trata de nuestra realidad. *La Guerra del Horizonte* transcurre en una versión más descarnada y cruel de nuestro universo, en un paraje árido y desolado donde nada es lo que parecen indicar las apariencias. Se trata de un verdadero Mundo de Tinieblas.

Determinados conceptos y personajes se han inspirado en las creaciones de Bill Bridges, Steven C. Brown, Phil Brucato, Elizabeth Fischl, Chris Hind, James E. Moore, Micky Rea y Stewart Wieck.

# PRÓLOGO

Sombra del Amanecer se encontraba a punto de finalizar un ejercicio con sus espadas gemelas, una complicada serie de maniobras conocida como los Dientes de la Serpiente, cuando divisó a un extraño que la observaba desde los árboles. El hombre había conseguido atravesar la floresta circundante, no sabía cómo, sin que ella se hubiese percatado de su presencia. Debido a su conexión con la esencia de la tierra, Sombra no hubiese creído tal gesta. Aunque continuó con su ejercicio sin pausa, mantuvo los ojos clavados en el forastero.

Mientras se movía con la gracia y la belleza de un gran felino, Sombra se negó a permitir que el extraño interrumpiese su concentración. Con una habilidad increíble, utilizó a Grito y Susurro para tejer un tapiz *Do* alrededor de su cuerpo. Ambas espadas dejaron de ser dos formas separadas para transformarse en extensiones de sus articulaciones. El aire se estremecía ante la fuerza de sus embestidas. A pesar de que muchos maestros de la espada gustaban de proferir alaridos durante el combate, Sombra trabajaba en completo silencio; sus armas se encargaban de hablar por ella.

Alta y esbelta, su piel era del color del azafrán. Sus largos cabellos negros aparecían recogidos en una sencilla trenza, anudada con una clavija redonda de madera. Pocos eran los que sabían que, en el interior del accesorio decorativo, ocultaba dos hojas de acero. Cuando era necesario, incluso su cogedor de pelo podía convertirse en un arma.

Vestía una chaqueta azul, ancha, y pantalones holgados. Su rostro ovalado enmarcaba una nariz delicada, labios finos y un par de brillantes ojos verdes, felinos, arropados por largas pestañas. Si bien no podía considerársela como una belleza en el sentido comúnmente aceptado de la palabra, Sombra hacía gala de unos rasgos *interesantes*. Con su sonrisa, enigmática y taimada, había conseguido intrigar a más de un puñado de hombres durante el corto período de tiempo que comprendía su edad adulta.

Una finta, un giro y dos rápidas acometidas completaron el patrón. Sólo en ese momento bajó Sombra sus espadas y se permitió estudiar al inesperado visitante.

Alto, de piel dorada, el extraño poseía unas anchas espaldas y una figura atlética. Tenía los brazos musculosos cruzados sobre el pecho. Sombra se percató de que sus manos, rematadas en dedos delicados, se encontraban cubiertas de tatuajes, aunque no consiguió distinguir las señales. Poseía un rostro fuerte y poderoso, de mandíbula cuadrada y barba muy recortada, así como una espesa melena recogida en una coleta a la espalda. Su nariz aguileña le confería un aspecto ligeramente semítico. Una diminuta esquirra de diamante reflejaba el sol de la mañana en su oreja derecha. Sus grandes ojos oscuros refulgían con un fuego interior.

El extraño vestía pantalones vaqueros, un cálido anorak de lana, botas negras de cuero y una gorra de piel. Aparentaba unos cuarenta años, aunque Sombra sabía que las apariencias podían resultar engañosas.

—Saludos, Sombra del Amanecer —dijo el hombre. Su voz profunda resonó por todo el claro. Permaneció inmóvil, con los labios fruncidos en la más ligera de las sonrisas—. Os deseo lo mejor en el día de vuestro veinticinco cumpleaños.

—Gracias —respondió Sombra. Mantenía las espadas preparadas, cruzadas frente a su cuerpo. La joven no confiaba en nadie. Aunque estaba segura de que era la primera vez que veía a aquel hombre, éste sabía su nombre. No le gustaba lo que aquello implicaba. No obstante, tal y como le habían enseñado sus mentores en la Hermandad Akáshica, permaneció igual de cortés—. ¿Quién sois, distinguido señor, y por qué estáis aquí?

---

—Vuestra habilidad con la espada es extraordinaria —alabó el hombre, ignorando su pregunta. Hablaba con dignidad y suprema confianza—. He visto a muchos grandes luchadores durante el transcurso de mi larga vida, pero vos sois, sin lugar a dudas, la mejor.

Sombra inclinó la cabeza ligeramente, sin apartar en ningún momento la vista del extraño. No le gustaban los misterios.

—De nuevo, gracias por el cumplido. Sin embargo, he de insistir por segunda vez. ¿Quién sois y por qué estáis aquí?

—Mi identidad carece de importancia —repuso el desconocido. Bajó los brazos y dio un paso al frente. Las hojas gemelas que esgrimía la joven no parecían preocuparlo en absoluto—. Consideradme un viajero solitario y agotado que ha atravesado la historia para encontraros.

Sus ojos relampaguearon de energía.

—La rueda del Drahma ha completado otro ciclo, Sombra del Amanecer. Están a punto de ocurrir serios acontecimientos. Se ha terminado la espera; el momento que has estado esperando durante toda tu vida ha llegado. Tu destino te reclama.

La joven profirió una delicada carcajada, cuyo sonido se asemejaba al tintineo del agua que se derramase sobre una roca.

—¿Acaso parezco una chiquilla crédula que deba creerse las palabras de un desconocido anónimo, salido del bosque igual que una serpiente? Debéis de pensar que soy una estúpida jovenzuela de Tokio. O una ilusa, intrigada por las misteriosas profecías de un señor con barba.

—Sé que no eres ni lo uno ni lo otro —respondió el visitante. Dio otro paso en dirección a Sombra. Su semblante se había vuelto grave de improviso, su voz se había tornado fría y distante—. Como alumna de los misterios de la Hermandad Akáshica en la Capilla de Fukuoka, adoptaste el nombre de Hija de la Curiosidad. El título te hacía justicia, dada tu sed de conocimientos e iluminación. Transcurridos siete años, descubriste que habías aprendido todo lo que la escuela podía ofrecer. Viniste aquí, a las laderas del monte Kuromasa, en busca de sabiduría interior, a un lugar sagrado donde los mayores guerreros de la Hermandad llevan siglos entrenando en completo aislamiento. Las trazas de su presencia aún pueden encontrarse por toda la montaña. Puesto que te levantabas con el sol cada mañana, cambiaste tu nombre por el de Sombra del Amanecer.

La suspicacia entrecerró los ojos de Sombra. El forastero sabía más cosas acerca de ella de lo que hubiese creído posible. Vivía sola en una pequeña cabaña al borde del inmenso bosque que rodeaba la mística cima... sola, a excepción de las bestias. La intensa soledad y la tranquilidad favorecían sus meditaciones. Le molestaba saber que sus acciones habían estado controladas, sin ella saberlo, por vigilantes invisibles.

—Eludís mis preguntas.

—Por toda la Teluria fermentan acontecimientos extraños y horribles —respondió el desconocido—. El tejido del Tapiz de todas las cosas está a punto de desgarrarse y quedar reducido a trizas, deformando la realidad como no ha ocurrido en quinientos años. A menos que se ponga fin a estos sucesos, se desatará una espantosa guerra en el Cielo. Y, posiblemente, el infierno sobre la Tierra.

A pesar de sus recelos, Sombra sintió un escalofrío. Su formación *Do* le permitía detectar una mentira en el preciso instante de ser enunciada. El forastero estaba diciendo la verdad. O, al menos, lo que él creía que era la verdad. La joven no era tan ingenua como para fiarse de meras palabras, daba igual lo convincentes que fueran. El hombre de rostro hirsuto podría ser un Merodeador, uno de los desquiciados hacedores de magia que no creían más que en el caos. La verdad era un abrigo de muchos colores y tonos, no todos ellos obvios a simple vista.

El desconocido parecía presentir sus dudas. Sofocando una risita, sacudió la cabeza.

---

—No esperaba que me creyeras. ¿Por qué tendrías que hacerlo? Ése es el motivo por el que he revelado lo que sé de tu pasado.

Señalando sus dos espadas, continuó:

—Al igual que muchos magos, canalizas y diriges tu magia a través de objetos específicos. Tus dos hojas salieron de la armería de Fukuoka. Tú misma las elegiste. Aunque desconocías su historia, llevaban casi medio milenio esperándote.

Sus ojos se posaron sobre la espada más larga.

—A tu katana la llamas Susurro. —Ladeando apenas la cabeza, concentró su atención en la espada corta que completaba la pareja—. Al wakizashi, Grito. Títulos apropiados para armas tan letales. Refulgen con energía mística.

Con un encogimiento de hombros casi imperceptible, el hombre se deshizo de su chaqueta y la arrojó al suelo a media docena de pasos de distancia. Su gorro fue a reunirse con ella. Una fina camisa de seda de color púrpura le cubría el pecho. Podía verse la tensión de sus músculos nervudos bajo el tejido.

—Guerreros de todo el mundo consideran la katana como la mejor espada de todas —declaró el extraño, mientras flexionaba los brazos e inhalaba profundamente—. La hoja, con su afilada punta triangular, está diseñada para sajar y rebanar. El metal se ha doblado y vuelto a doblar cientos y cientos de veces a fin de fortalecer el acero del arma. Puede esgrimirse con una o ambas manos. Sé que eres una maestra de ambos estilos de lucha.

Sombra no dijo nada. Con los sentidos alerta, escudriñó el claro en busca de otros intrusos. No vio nada. Lo que fuese que planeaba el forastero, pretendía llevarlo a cabo en solitario.

—Eres una Escama de Dragón Akáshica, una maestra de esgrima de tremendo poder —declaró el hombre. Sus ojos oscuros chisporroteaban—. Hay magia en tus hojas gemelas, Grito y Susurro. Ningún guerrero es rival para tu habilidad. Jamás has salido derrotada de un duelo. Así y todo, no tengo miedo. Reto a tu fuerza, Sombra del Amanecer. *Golpéame si eres capaz.*

Sombra abrió los ojos de par en par, presa del asombro. No resultaba fácil desconcertarla, pero las palabras del hombre la habían cogido completamente por sorpresa. Era una invitación al asesinato. Con todo, pese a la aparente falta de miedo del desconocido, vacilaba ante la perspectiva de atacar a alguien desarmado.

—Golpea —repitió el hombre de la barba, entre risas. Sonaba presuntuoso y seguro de sí—. Soy libre de arriesgar mi propia vida. Acepta mi reto. Sé lo que me hago.

—Eso es algo que dudo seriamente —musitó Sombra. Con un movimiento fluido, enfundó a Grito en la vaina que pendía de su cinto y empuñó a Susurro con ambas manos. La doble presa le proporcionaba un control más preciso sobre la hoja, tan afilada que podía pelar una naranja con ella—. Pero pronto lo veremos.

Tras inhalar profundamente, la joven dejó que la magia interna de una practicante del *Do* llenase sus pensamientos. Más rápida que la vista, trazó un arco con Susurro, apuntado al hombro del forastero. El control de Sombra sobre la katana era tan absoluto que su propósito consistía en aplicar una ligera reprimenda sobre la arrogancia del hombre. Pero no tardó en descubrir que el extraño barbón tenía con lo que respaldar su insolencia.

Con un leve giro de su torso, se apartó y evitó el golpe por escasos centímetros.

—Fallaste —declaró, con una risa seca—. ¿Probamos de nuevo?

Sin necesidad de que la espolearan, Sombra lanzó la espada hacia arriba y volvió a bajarla en una estocada cegadora dirigida hacia el otro hombro del desconocido. Una vez más, le bastó un sutil

---

cambio de postura para apartarse de la trayectoria del filo. Su semblante no mostraba temor alguno, sino que parecía divertirse el espectáculo.

En esa ocasión, no obstante, Sombra se esperaba la finta. Con un giro de muñeca, disparó la espada hacia arriba y a un lado, pretendiendo cruzar el pecho del hombre. Sin esfuerzo aparente, el forastero se dejó caer de rodillas. Susurro cortó inofensiva el aire que ocupaba el lugar donde antes se encontraba la oscura melena.

—Volviste a fallar. Tendrás que esforzarte. Estoy desarmado y, sin embargo, aún no has conseguido tocarme.

Con el ceño fruncido, Sombra retrajo su espada y asumió una postura de ataque, con las manos a la altura de la cintura, frente a ella, y la katana apuntando hacia el cielo. No lograba entender cómo el extraño conseguía esquivar sus golpes. Ni siquiera un lector de mentes era capaz de anticipar el repentino ataque al azar de un espadachín *Do*. Además, Sombra sentía que el hombre no estaba empleando ningún tipo de magia para defenderse. Más decidida que antes, reanudó su ataque.

El resultado seguía siendo el mismo. De algún modo, el extraño parecía saber dónde iba a golpear un instante antes de que su espada iniciase el movimiento. Se revolvía y giraba y agachaba y saltaba con una enojosa despreocupación. En una ocasión, golpeó los nudillos contra la hoja de Susurro mientras el filo se quedaba a centímetros de sus dedos. Sombra utilizó las técnicas del Diente de la Serpiente, la Mangosta Reptante y el Halcón Sagaz, todas ellas en vano.

Apartó la mano derecha de la espada, decidida a cambiar de táctica. Utilizar la siniestra para guiar el arma reducía la fuerza del impacto, pero aumentaba la velocidad con la que podía descargar el filo. La katana giró en un entramado de destellos a la brillante luz del sol. A su pesar, nada de lo que hizo consiguió sorprender al extraño. Ni siquiera un veloz requiebro de la espada, que saltó de su mano izquierda a la diestra, surtió efecto. El forastero le llevaba siempre un paso de ventaja.

Transcurridos quince minutos de futilidad, Sombra retrocedió un paso, alejándose de su enigmático oponente. Salvo el rubor propio de la actividad física, el hombre no acusaba trazas de herida alguna. El acero no había conseguido tocarlo ni una sola vez.

Con calma, Sombra enfundó su katana en la vaina que llevaba a la espalda. Una verdadera discípula del *Do* nunca perdía los nervios. Fiel a su Tradición, Sombra no sentía ira, tan sólo una intensa curiosidad. Inclino la cabeza ante el extraño, cuidándose de no perderlo de vista.

—Alabo vuestra habilidad —concedió—. Nunca antes había luchado contra el viento caprichoso. He de admitir que no puedo heriros con mi filo. Ha sido una importante lección de humildad.

—Si hubiese venido a matarte —dijo el hombre, con voz afable y ligeramente divertida—, podría hacerlo con la misma facilidad. Tu vida está en mis manos.

—Pudiera ser —replicó Sombra—. No perecería fácilmente.

El hombre sofocó una carcajada.

—No, sé que no. Así y todo, lo haríais. Ni siquiera un guerrero Escama de Dragón puede protegerse de lo que ya ha acontecido.

Sombra frunció los labios mientras sopesaba el significado de aquellas desconcertantes palabras. Los miembros de la Hermandad Akáshica aprendían con todo rigor a pensar de forma lógica. Mediante la combinación de los actos del extraño y sus discursos, Sombra extrapoló rápidamente la explicación más probable para el talento del hombre.

—¿Podéis ver el futuro? —medio preguntó, medio afirmó—. Así es como me habéis derrotado.

—Desde luego —dijo el extraño—. Te he seguido desde el día que naciste. Durante los últimos diez años, he estudiado con sumo cuidado hasta el último movimiento de nuestro duelo de hoy. Al

---

conocer de antemano dónde golpearías, pude entrenarme para esquivar todos los ataques en el último segundo.

Sombra meneó la cabeza. No le gustaba lo que estaba oyendo.

—Entonces, ¿lo que haya de ocurrir está prefijado y no podemos cambiarlo? ¿Nuestros pies caminan por una senda ya hollada?

—Paparruchas. El futuro no es algo estático. Puedo ver posibilidades, no certezas. El destino no es lo que es, sino lo que podría ser. Si hubiese decidido no enfrentarme a ti esta mañana, nuestro encuentro jamás hubiese tenido lugar. Esta conversación, tampoco. Y todos mis preparativos a lo largo de la última década habrían sido en vano.

—¿Podéis ver lo que hay al otro lado de la puerta del futuro?

—Así es —admitió el hombre—. Hay quien me llama Maestro del Tiempo, aunque yo prefiero verme a mí mismo como alguien que busca la sabiduría. Esta breve demostración era el método más rápido de convencerte de mis poderes. Necesito tu ayuda. Lo que dije antes es cierto: un conflicto de enormes proporciones va a sacudir los cimientos de la Teluria. Tras siglos, un gran círculo está a punto de completarse. Se está forjando un desastre que escapa a la comprensión de los mortales. ¿Vas a aceptar tu destino, Sombra del Amanecer? Con tu ayuda, podré evitar lo que, de otro modo, sería inevitable. Solo, no lo conseguiré.

—¿Habéis visto el resultado de esta batalla?

—Las repercusiones llevan siglos hostigándome en sueños —dijo el hombre de barba hirsuta. Sombra aceptó la increíble longevidad del extraño sin hacer preguntas. Los Maestros del Tiempo poseían el poder de detener e incluso revertir el proceso de envejecimiento. Eran casi inmortales—. En el mejor de los casos, como poco, si se pierde esta lucha, significará la destrucción de las Nueve Tradiciones. Eso es todo lo que puedo revelar.

—¿En el mejor de los casos? —repitió Sombra. Aunque había sido entrenada para ocultar sus emociones, no pudo reprimir un escalofrío de temor. Demudada, volvió sus aterrorizados ojos hacia el forastero—. ¿Quién sois, extraño, que portáis noticias tan monstruosas?

El hombre le reveló su nombre y su título. Aquella revelación bastó para convencer a Sombra de que decía la verdad. Era un viajero de la historia y la leyenda. Aquel día, en ese preciso instante, la joven comprendió por fin cuál era su destino.

—Acepto mi suerte —declaró Sombra, solemne—. Como Escama de Dragón de la Hermandad Akáshica, es lo menos que puedo hacer. Allá donde vayáis, os seguiré.

El visionario asintió, con aspecto sombrío. Sus ojos se habían nublado, como si estuviese estudiando cosas aún invisibles. Su voz sonó cercana y distante a un tiempo.

—No esperaba menos. Juntos ascenderemos por la escalera que lleva hacia el cielo. Y descendemos, camino del infierno.

# UNO

Una voz femenina, suave y urgente, lo sacó de un profundo letargo sin sueños.

—Número Diecisiete —susurraba—. Número Diecisiete. Levanta, levanta. No tenemos mucho tiempo.

Abrió los ojos. Con cuidado, escrutó la pequeña celda en la que estaba prisionero. No había cambiado nada durante las horas que había pasado durmiendo. Tampoco es que hubiese esperado ningún cambio. La cámara albergaba una mesa y una silla pequeñas, su cama plegable y un retrete. Carecía de ventanas, así como de cualquier tipo de elemento decorativo. Era un cuarto espartano, utilitario, un ejemplo perfecto del entorno esterilizado que tanto agradaba a sus apresadores. De hecho, lo único que distinguía aquella celda de las oficinas de los científicos que dirigían aquel lugar era que su puerta consistía en barrotes de acero de primium, mientras que las de ellos estaban hechas de plástico duraluminio.

—Diecisiete —lo llamó de nuevo el susurro. La mujer parecía preocupada, y con motivos. No se permitían las conversaciones entre celdas. Si la atrapaban hablando, le amputarían las cuerdas vocales—. ¿Estás bien?

—Sí —contestó el hombre que respondía al nombre de Diecisiete. Poseía una voz fuerte y profunda. Tras incorporarse en la estrecha cama plegable sita al fondo de la celda, caminó sobre los pies descalzos hasta los barrotes de metal reforzado que cerraban el cuarto—. Estoy bien, Catorce. ¿Qué quieres?

Aunque la oscuridad cubría el pasillo con su sudario, podía ver casi con tanta nitidez como si las luces estuviesen encendidas. Sus ojos se ajustaron sin esfuerzo a la falta de claridad. Mientras aferraba los barrotes de acero con ambas manos, miró más allá del pasillo, de cuatro metros de ancho, hacia la mujer que ocupaba la celda directamente frente a la suya. No se habría arriesgado a llamarlo si no se tratase de algo urgente.

—Esta es la noche —declaró la mujer, con una nota de nerviosismo en la voz—. Todas las piezas han encajado en su sitio hace una hora. Todos los elementos necesarios están en su lugar y las curvas de probabilidad han llegado a sus máximos. Pasarán meses antes que vuelva a repetirse una oportunidad como ésta. Y, para entonces, será demasiado tarde.

—¿Esta noche? —repitió Diecisiete. Aunque llevaba semanas esperando oír aquello, desde que había comenzado a planear su fuga, no pudo evitar que la noticia lo pillase desprevenido—. ¿Estás segura?

—Sin lugar a dudas —susurró la mujer. No había el menor atisbo de duda en su voz. Alta y esbelta, de cabello castaño oscuro, al igual que sus ojos, aparentaba haber cruzado la barrera de los treinta. Al igual que todos los cautivos prisioneros del centro conocido como el Colectivo Gris, era una de las Despertadas. Catorce era una experta en leer y modelar curvas de probabilidad. Si bien la espigada mujer no podía conseguir que ocurriese lo imposible, sí podía convertir lo improbable en posible—. Dentro de escasos minutos, tus oportunidades de éxito habrán alcanzado los niveles de probabilidad más elevados. Por desgracia, dichas probabilidades siguen siendo ínfimas. Sospecho que eso no va mejorar.

Vaciló por un instante.

—¿Seguro que quieres intentarlo?

Diecisiete no respondió de inmediato. Permaneció quieto, sopesando su misión en silencio. Rozando el metro ochenta, de anchas espaldas, amplia caja torácica y cintura estrecha, se trataba de un

---

espécimen físicamente casi perfecto. Músculos semejantes a cables de acero modelaban sus brazos y piernas. Parecía que hubiesen esculpido su cuerpo en granito.

Unos dedos fuertes y romos remataban sus grandes manos, capaces de acometer proezas de fuerza insospechadas. Su rostro era duro y anguloso, completamente barbilampiño. Al igual que el resto de los prisioneros, vestía el sobrio uniforme gris que constituía todo su atuendo. En más de una ocasión, Catorce había dejado bien claro en sus conversaciones que él era la figura más imponente que hubiese visto jamás.

—En realidad, no dispongo de demasiadas opciones —repuso, por fin, cristalizando sus pensamientos en palabras—. No tengo miedo. En cualquier caso, una vez cierren este proyecto, todo el mundo va a morir. Sabemos demasiado como para que nos dejen en libertad. Será mejor que intente hacer algo en vez de quedarme sentado hasta que me llamen al matadero.

—Recuerda. Si logras volver a ser libre, tienes que localizar a mi hermano, Alvin Reynolds. Es pirata informático y artesano de la voluntad. Siempre hemos estado muy unidos. Estoy segura de que Alvin me ha estado buscando. Encuéntralo y él vendrá a por mí, sean cuales sean las probabilidades. El Colectivo Gris, dile. El Colectivo Gris.

—Si sobrevivo, lo encontraré —dijo el hombre llamado Diecisiete—. ¿Cuándo será el momento adecuado?

—Dentro de, aproximadamente, tres minutos. Prepárate. Cuando comience el cambio de turno en el laboratorio, tendrás que ponerte en marcha. Dispondrás de quince minutos para la evasión.

Diecisiete se guardó en los bolsillos del pantalón las sandalias de plástico que hacían las veces de zapatos para los prisioneros. Allí no había nada que pudiese ayudarlo en su intento de fuga. No tenía objetos personales; ningún prisionero los tenía. Sus apresadores consideraban que las posesiones no eran sino bagatelas emocionales. Su mundo era un lugar austero y antiséptico de grises y negros, de una lógica carente de sentimientos y misericordia. De tener éxito en su empresa, aquel era el futuro que le esperaba a toda la humanidad.

Se situó cerca de la cerradura electrónica de los barrotes de la celda. En teoría, la puerta sólo podía abrirse si la accionaba uno de sus secuestradores, por medio de una llave vibrónica oscilante ajustada a la frecuencia exacta de la cerradura. Ésta era completamente independiente del sistema informático central y, por tanto, era capaz de conservar su autonomía incluso en el caso de que el ordenador central dejase de funcionar. No obstante, al igual que la mayoría de los mecanismos de ese complejo, los aparatos funcionaban, en parte, gracias a la magia. Un brujo que poseyera poderes paranormales sobre el flujo de electrones podría abrir la cerradura con tan sólo proponérselo. La mujer conocida como Prisionera Catorce controlaba dicho talento. Mientras permaneciese a solas en el bloque de celdas, podría utilizar su poder.

Aquel bloque carcelario había sido diseñado para retener cautivos a magos. Todo el equipo del área funcionaba tanto mediante energía mágica como eléctrica. En teoría, cada fuente actuaba a modo de sistema de emergencia para la otra. En la práctica, ninguno de los sistemas estaba a salvo de un artesano de la voluntad que supiera cómo manipular la realidad sin producir cambios apreciables. Pese a su aparente disparidad, la magia tecnológica y la sobrenatural eran, en esencia, la misma fuerza. La diferencia estribaba en el modo de entenderlas de sus usuarios.

Cuatro cámaras de vídeo, construidas a base de polímeros carbonizados casi indestructibles, se hallaban emplazadas estratégicamente en el techo a fin de controlar cada centímetro del pasillo. Las cámaras estaban unidas a un ordenador que detectaba de inmediato cualquier movimiento en el suelo. Nadie podía entrar allí sin ser visto. Los guardianes Tecnomantes del bloque de celdas tenían a las máquinas por cancerberos infalibles, siempre alerta e inmunes al cansancio o la falta de atención.

---

Los detectores de calor del suelo, encendidos una vez los guardias humanos acababan sus rondas nocturnas, hacían sonar las alarmas por todo el complejo a la menor variación de la temperatura en su superficie. Resultaba imposible caminar por el pasillo si antes no se desactivaban.

Un generador numérico aleatorio, parte del ordenador central de la ciudadela, controlaba la combinación de la pesada puerta de acero que bloqueaba la salida del cuarto. Compuesto por planchas de quince centímetros de grosor de titanio inerte, la barrera podía contener cualquier tipo de asalto físico. El proyectil de un bazuca ni siquiera conseguiría arañar su superficie.

Había puertas similares diseminadas por toda la ciudadela, lo que convertía el tránsito entre las distintas secciones del complejo en tarea imposible para cualquiera, a excepción de aquellos privilegiados en poder de uno de los microordenadores unidos directamente a la computadora central del recinto. Cada una de las áreas del enigmático edificio estaba dedicada a un único objetivo. Se desaconsejaba la confraternidad entre magos.

Nadie había conseguido escapar de los confines del Colectivo Gris. Pocos eran los que llegaban a intentarlo, siquiera. El fracaso se castigaba de forma severa.

Hacia cuatro meses, uno de los prisioneros de su bloque de celdas, el Número Veintisiete, había construido un aparato de teleportación manual empleando virutas metálicas e hilo de sus sábanas. Al actuar como punto focal para los poderes mágicos de Veintisiete, la unidad sólo era capaz de transportarlo distancias cortas. Así y todo, el brujo, un joven vivaz y animoso, de entusiasmo sin límites, estaba convencido de que bastaría.

Una noche, tarde, Veintisiete se despidió de sus compañeros de bloque y activó su máquina imposible. Su primer salto lo llevó de su celda al suelo del pasillo. El segundo, acompañado por el ensordecedor estruendo de las alarmas, lo transportó más allá de la puerta de acero. No tuvo la ocasión de intentarlo por tercera vez. Las alarmas dejaron de sonar instantes después de que desapareciese en el cuarto de al lado.

A la mañana siguiente, temprano, llegaron varios guardias por el pasillo, sus rasgos estoicos teñidos de un tono verdoso antinatural, acarreando varias bolsas grandes de plástico. Vacieron los contenidos de las bolsas en el suelo del bloque de celdas y se marcharon sin pronunciar palabra. Los espeluznantes restos de Veintisiete lo decían todo. Habían separado su cuerpo en doce trozos: manos, pies, brazos, piernas, partes del torso y la cabeza. Aunque la mayoría del cuerpo había sido brutalmente mutilado, los rasgos faciales del hombre permanecían intactos. Su aterrorizada expresión pobló las pesadillas de los prisioneros durante días. Desde entonces, nadie había vuelto a intentar escapar. Hasta esa noche.

—Alvin Reynolds —susurró Catorce, por última vez—. Dile que su hermana, Cindy, le espera. Que estoy aquí, en el Colectivo Gris.

—No me olvidaré de ti —dijo Diecisiete. Al otro lado del pasillo, el rostro de la mujer pareció refulgir en el momento en que reunía una pequeña cantidad de su fuerza de voluntad. El punto álgido de probabilidad se acercaba. En cuestión de segundos, sería el momento—. Tengo intención de volver.

Catorce asintió con la cabeza.

—Ahora —susurró, cerrando los ojos, concentrándose—. Sólo dispones de quince minutos entre un turno y el siguiente. No pierdas ni un segundo.

La realidad se alteró a escala microscópica. Un cuarteto de circuitos fallaron en el mismo instante. El apagón provocó que la imagen captada en aquellos momentos por las lentes de las cuatro cámaras del techo se congelara. La escena transmitida al ordenador central era estática e inamovible. No obstante, aunque un operador humano podría haber cuestionado la naturaleza fija de la imagen, la máquina no lo hizo. Estaba programada para registrar cambios, no la ausencia de ellos.

---

El chasquido imperceptible procedente de la cerradura de la puerta de la celda indicó que Catorce había conseguido manipular el código electrónico del mecanismo. Con los músculos tensos bajo la camisa, el prisionero Diecisiete tiró de los barrotes de acero con todas sus fuerzas. Por un instante, la puerta vaciló, como si protestase ante aquel ataque inesperado. Luego, en completo silencio, se deslizó sobre los bien engrasados raíles.

El hombre se apresuró a salir de la celda. Cerrar la puerta desde el exterior resultó más sencillo que abrirla desde dentro. Sin los guardias humanos que patrullaban el pasillo por la noche, su desaparición pasaría desapercibida hasta el amanecer.

Los segmentos del suelo actuaban como comunicadores que informaban inmediatamente de cualquier cambio en la temperatura. Sin embargo, mientras Diecisiete caminaba sobre los sensores, no se activó ninguna alarma. Tenía la certeza de que así sería. De algún modo que no sabía explicar, el prisionero controlaba de forma instintiva hasta el menor aspecto de su química interna. Las plantas de sus pies se ajustaron a la temperatura de las baldosas. No hubo variación térmica que activara las alarmas.

Diecisiete cruzó el pasillo a toda prisa, en dirección a la puerta acorazada que separaba el bloque de celdas del laboratorio. Desde sus jaulas, los demás prisioneros lo observaban en silencio. Aunque pocos de ellos sabían algo de los demás, ya que cada uno era sujeto de distintos experimentos atroces, todos compartían su odio por sus apresadores. Los cautivos no podían hacer nada por ayudar a Diecisiete, pero tampoco se interpondrían en su camino.

Tras llegar a la puerta, Diecisiete estiró sus largos dedos romos y los apretó contra la fachada del descomunal bloque metálico. Al contrario que Catorce, él necesitaba el contacto físico para emplear su magia. Frunció los labios en una sonrisa de satisfacción cuando sintió el flujo de bits codificados que transportaban información desde el ordenador central al banco de memoria de la puerta. Diecisiete asintió con la cabeza, al tiempo que fundía sus pensamientos con los datos. Sin esfuerzo, introdujo su propia secuencia de números en el patrón. En cuestión de un microsegundo, el nuevo código sustituyó la combinación de la cerradura existente hasta ese momento.

Tras apartar las manos del metal, acercó los dedos a la cerradura electrónica y tecleó la información reemplazada. Con un zumbido aquiescente, la puerta de acero se abrió de par en par y Diecisiete pasó del complejo carcelario al laboratorio. Se detuvo un instante para calzarse; no había detectores de calor en el centro de desarrollo. Segundos después, el portal se selló de nuevo a su espalda y la cerradura se bloqueó con una nueva combinación.

Ansioso, paseó la mirada por el enorme recinto de investigación. No se veía a nadie en las inmediaciones; el lugar estaba desierto. El segundo turno había terminado hacía apenas unos minutos. Por regla general, los hombres y mujeres ya habrían comenzado a entrar en fila en el laboratorio para comenzar el siguiente ciclo laboral. No obstante, una inspección de seguridad de toda la plantilla, aleatoria, los había retrasado. Aquella noche, la coincidencia se había inclinado ligeramente a su favor para permitirle a Diecisiete unos minutos preciosos de soledad.

Se veían sensores por todas partes. Un hombre corriente habría disparado docenas de alarmas, iniciado el fuego automático de las pistolas láser y puesto sobre aviso a la patrulla nocturna. Pero Diecisiete no era un hombre corriente. Durante su breve conversación con el ordenador principal de la ciudadela, le había dado instrucciones a la computadora para pasar por alto cualquier futura evidencia de su existencia. De ese modo, Diecisiete había dejado de quedar registrado en todos los instrumentos de detección del edificio. Era un punto ciego en la cuadrícula del ordenador. Los monitores de vídeo que detectaban su aspecto físico inmediatamente asumían que el lugar donde se encontraba estaba vacío. A todos los efectos, era un hombre invisible.

---

Caminó a buen paso. Había demasiadas mesas dispuestas en los lugares más extraños, demasiados artilugios de frágil aspecto y propósito desconocido repartidos por los pasillos, como para correr. La entrada al muelle de carga quedaba directamente enfrente del bloque carcelario. Aquella era la última meta de Diecisiete. La única posibilidad que tenía para escapar de la ciudadela.

Ya había estado muchas veces en el laboratorio. Los técnicos le habían sometido a numerosas pruebas en aquella cámara, una de tantas en el gigantesco centro de investigación. Aquel laboratorio constituía, con mucho, el mayor y más importante del edificio. Se trataba de una estancia cuadrada de treinta metros de lado, con techos que se elevaban hasta los seis metros, abarrotada de todo tipo de equipo mágico y científico. Los ordenadores y las calculadoras descansaban junto a manidas reglas de cálculo y misteriosos polvos grisáceos.

En el centro exacto del laboratorio, dominando la estancia, se veía una sección circular hundida en el suelo, de cuatro metros y medio de diámetro, rodeada por una verja de acero de algo más de un metro de altura. Alrededor de la barrera se habían colocado terminales informáticas separadas entre sí a intervalos de tres metros. En medio de la hondonada se erguía un enorme tubo transparente de crecimiento, obra de los Progenitores, que llegaba hasta el techo. De más de un metro de ancho, estaba lleno de una solución ligeramente ambarina que no era agua. Flotando en el contenedor, conectado al techo y al suelo por medio de negros cables umbilicales que se hincaban en su carne, había una figura humanoide. Los ojos de aquel ser estaban cerrados y su pecho no se movía. Pero, por alguna razón, la figura no aparentaba estar muerta. Tampoco viva. Para Diecisiete, la cosa del gigantesco tubo de ensayo estaba, sencillamente, a la espera.

El ser allí inmerso era asexuado. Carecía de órganos reproductores masculinos o femeninos. Sin embargo, parecía completamente natural. El resto de su cuerpo se había formado a la perfección: los brazos y las piernas eran exactamente simétricos; los músculos se veían claramente definidos. Poseía los dedos más largos que Diecisiete hubiese visto jamás. Rayano en los dos metros diez, el ser exhibía una espalda ancha y un talle esbelto. Sus rasgos faciales eran marcados, dignos, se diría incluso que majestuosos. El clon de diseño parecía encontrarse en perfecto reposo.

Diecisiete no sabía nada acerca de la extraña forma del tanque y, así y todo, mirarla le provocaba escalofríos de aprensión. Tras sus visitas al laboratorio, deducía que todos los esfuerzos del Colectivo Gris estaban destinados a dotar de vida a aquella creación artificial. Estaba vinculada, de algún modo que desconocía, a los prisioneros del bloque de celdas. Tras los retazos de conversación que había conseguido escuchar furtivamente a lo largo de su cautiverio, Diecisiete intuía que aquel ser era el clon más avanzado jamás creado por la Tecnocracia.

Ahuyentando sus temores, Diecisiete dejó atrás la última hilera de mesas de trabajo y se acercó a la boca del túnel. Nunca había llegado a entrar en la zona de carga y no sabía lo que esperar. Entrecerró los ojos. Los músculos de sus brazos y torso se tensaron. Ni Catorce ni ningún otro prisionero del bloque de celdas conocía lo que se escondía tras aquella puerta. A partir de ahí, debería apañárselas por su cuenta. Lo único que podía afirmar con absoluta certeza era que le quedaban ocho minutos.

El estruendo del cristal al romperse le salvó la vida. Diecisiete se tiró al suelo, rodando sobre sí mismo al tiempo. Una creación de pesadilla se abalanzaba sobre él a una velocidad inhumana desde el otro lado del laboratorio. Tan furioso era su ataque que el monstruo había derribado una pipeta de su estante. Por lo demás, se movía sin emitir sonido alguno. Como una horripilante combinación de hombre y reptil, estudiaba a Diecisiete con unos ojos negros que no parpadeaban. Abrió sus enormes fauces, cuajadas de dientes afilados como agujas, semejantes a una trampa para osos. Con las garras extendidas, dispuestas a cortar y desgarrar, la criatura saltó sobre el prisionero desde una distancia de cinco metros. Allí estaba lo que había descuartizado al Prisionero Veintisiete.

---

Los reflejos que Diecisiete no sabía que poseyera lo salvaron. De manera instintiva, rodó hacia su izquierda, con los brazos y piernas recogidos sobre el cuerpo, hecho un ovillo. El monstruo cayó como un rayo, sin esfuerzo, sobre el punto donde se había encontrado un segundo antes. Con un crujido, la criatura rebotó contra la puerta metálica que conducía al túnel de servicio. El impacto contra el panel de acero la dejó aturdida por un instante. Después, con un siseo reptiliano, el hombre lagarto miró en torno. Sus infernales ojos negros buscaban a Diecisiete.

No le costó encontrarlo. Con un entrechocar de carne contra carne, el enorme prisionero golpeó el abdomen del monstruo y lo apresó con una llave poderosa, inmovilizándole los brazos a los costados. La cosa estaba fría y húmeda, cubierta por resbaladizas escamas de color verde. Utilizando las piernas para tomar impulso, como martillos hidráulicos, Diecisiete lanzó al monstruoso híbrido contra la puerta metálica, con todas sus fuerzas.

*Sauroide.* La palabra surgió a la superficie desde los abismos de su memoria mientras la criatura reptil intentaba ladear la cabeza lo suficiente como para hincar sus enormes colmillos, goteantes de veneno, en la espalda o los hombros de Diecisiete. El sauroide, un asesino salvaje de inteligencia limitada, era producto de los tanques de crecimiento genético.

A la desesperada, Diecisiete volvió a golpear al sauroide contra el acero. Se le acababa el tiempo. En cuestión de minutos, el nuevo turno de Tecócratas entraría en el laboratorio. Si quería escapar, tenía que matar al monstruo, y rápido.

Siseando como una olla a presión, el sauroide afianzó los pies en la pared a su espalda y se impulsó hacia delante. Desprevenido, Diecisiete cayó hacia atrás, con los brazos aún en torno al monstruo. Cayeron al suelo. Las fauces del sauroide chasqueaban feroces en el vacío mientras pugnaba, sin éxito, por reducir a trizas a Diecisiete. Con su vida en juego, el prisionero mantuvo su cabeza pegada al pecho del monstruo y siguió apretando.

Una vez más, las habilidades marciales que, hasta entonces, no sabía que poseyera acudieron en auxilio de Diecisiete. Con los brazos aún cerrados en torno al monstruo, Diecisiete se lanzó hacia delante hasta que su cabeza rapada se incrustó en la mandíbula de la criatura. De forma inesperada, el sauroide se vio incapaz de abrir su inmensa boca. Gruñó, presa de un dolor imprevisto. Diecisiete, volviendo a actuar por instinto, apretó aún más, hundiendo la cabeza en la zona carnosa bajo el cráneo.

Con la boca sellada a causa de la presión, el monstruo dejó de sisear. Aunque se debatía como un poseo sobre el suelo de cemento, la presa de Diecisiete era irrompible. El enorme prisionero poseía una fuerza asombrosa, y se negaba a aflojar su llave. Los desnudos del monstruo se volvieron cada vez más desesperados, a medida que su cabeza se echaba más y más hacia atrás. Con los pies afianzados en el suelo, Diecisiete hizo palanca para empujar con más ahínco. Y más aún.

Algo tenía que ceder. Con un chasquido que levantó ecos en el silencio del laboratorio, la columna del sauroide se quebró. Se derrumbó igual que un muñeco de trapo en brazos de Diecisiete. Muerto.

El prisionero se incorporó de inmediato. Por lo general, los sauroides merodeaban en manadas de tres o cuatro individuos. Por suerte, parecía que aquel estaba solo. No obstante, tendría que abandonar su cadáver en el suelo, donde lo hallarían los Tecnomantes que estaban a punto de llegar; la algarabía resultante seguramente detuviese en seco su intento de fuga.

Echó un rápido vistazo alrededor en busca de un lugar donde ocultar el cuerpo. Perdió unos preciosos segundos antes de ver una pequeña consigna, a unos doce metros de distancia. Con los brazos doloridos, se echó al sauroide por encima del hombro y lo llevó al otro lado del cuarto. Aunque las baldas estaban llenas, un tercio del cubículo, desde el suelo hacia arriba, se encontraba vacío. Encajó a la criatura en aquel rincón. La descubrirían antes o después pero, con suerte, él ya habría desaparecido del complejo.

---

Tras cerrar la taquilla de un portazo, cruzó corriendo el laboratorio en dirección a la salida. La ventana de la oportunidad cerraba sus postigos demasiado deprisa. En cualquier momento podría llegar alguien, presuroso por ocupar su puesto. No quedaba tiempo para mostrarse cauto; tenía que salir de la cámara y llegar al muelle de carga, inmediatamente. Asió la manilla de la pesada puerta de acero, la abrió sin contemplaciones y se abalanzó sobre el pasillo que conectaba el laboratorio con la zona de abastecimiento.

El corto pasadizo de cemento finalizaba al pie de una larga escalerilla metálica que se perdía en la tierra. Boqueando para recuperar el aliento, Diecisiete emprendió el descenso. Catorce le había asegurado que el muelle de carga estaría desierto durante un cuarto de hora durante el relevo de turnos. Según sus cálculos, disponía de poco más de sesenta segundos antes que llegaran los conductores.

Abandonando toda pretensión de pasar desapercibido, irrumpió a través de la portezuela a la que lo había llevado la escalerilla, y se encontró de pie al fondo de un gran muelle lleno de cajones de embalaje de madera. No tenía ni idea de lo que podía haber dentro de aquellas cajas, ni le importaba. Se percató, no obstante, de que la mayoría de los contenedores iban destinados a “Químicas Everwell, Rochester, Nueva York”. Le llamó la atención el que aquel nombre pareciese guardar cierta importancia para él, aunque no lograba adivinar el porqué.

Como había predicho Catorce, el lugar se encontraba desierto; pero sabía que los conductores llegarían en cualquier momento, listos para abandonar la ciudadela con su mercancía. Todos los camiones estaban llenos hasta los topes de enormes contenedores. Se coló en el tráiler menos abarrotado y, tras algunas maniobras, consiguió ocultarse tras varias de las cajas de mayor tamaño. El espacio era exiguo y claustrofóbico, pero el confort era lo que menos le preocupaba en aquellos instantes.

Treinta segundos después de haberse acomodado, el sonido de voces humanas le llegó a través de una grieta en la muralla de embalajes. Diecisiete no conseguía distinguir las palabras pero, a juzgar por su tono, los hombres parecían en calma, relajados. Al parecer, no había sonado ninguna alarma que indicara el hallazgo del cuerpo del sauroide.

Un segundo más tarde, la puerta metálica acanalada del remolque se cerró de sopetón, sumiéndolo en la más completa oscuridad. Transcurrido un minuto, el potente motor del camión rugió, se cambiaron las marchas y el gigantesco vehículo comenzó a avanzar. La atmósfera del tráiler pareció doblarse y retorcerse como si, por un instante, la realidad se alterase. Diecisiete supo con absoluta certeza que habían dejado atrás la ciudadela.

El prisionero exhaló un hondo suspiro de alivio. Aunque desconocía por completo su destino, sabía que, al menos, avanzaba hacia la libertad. Había completado la primera etapa de su fuga. Ahora que se encontraba fuera de los confines del Colectivo Gris, había dejado de ser un rehén de la Tecnoocracia.

Empero, llegado el momento, tenía intención de regresar al complejo. Le había prometido a la Prisionera Catorce que volvería a por ella, y él jamás faltaba a su palabra. Pero también tenía otros planes en mente, igual de urgentes: la extraña forma que flotaba en el tanque de crecimiento. Diecisiete se estremeció, presa de la repulsión. Fuese lo que fuese aquella cosa, sabía sin lugar a dudas que tenía que ser destruida. Había que evitar, a cualquier precio, que aquel ser despertase.

# DOS

El sueño del Interventor Klair comenzaba siempre de la misma manera. Se encontraba en un enorme cuarto oscuro, tan inmenso que no conseguía ver el techo. El suelo tenía el color del cobre bruñido y era cálido al tacto. Estaba completamente desnudo. Ahí no existían ninguno de los bio-mecanismos con los que había implementado su forma, ni siquiera su mano de repuesto ni el ojo artificial. No era más que carne y huesos. El Interventor tenía la certeza de que su desnudez servía para enfatizar el hecho de que no era un ser de cables y acero. *El Ordenador* gustaba de enviar sus mensajes de aquella forma tan sutil.

Se encontraba en presencia de una descomunal Inteligencia Artificial. La máquina, cuya altura y anchura se medía en decenas de metros, alcanzaba aproximadamente el tamaño de un enorme almacén. El número de enlaces de *El Ordenador* se contaba por miles de millones. Contenía cables suficientes para rodear la Tierra una docena de veces. En sus paredes resultaban visibles millones de luces, diodos, enchufes, tableros de mandos y monitores de vídeo, todos los cuales carecían de función; eran pura parafernalia. Los microcircuitos hacía ya tiempo que habían convertido tales accesorios en algo innecesario. Pero *El Ordenador* existía en forma simbólica, además de material. Su aspecto quedaba dictado por lo que había sido, tanto como por lo que era.

En las últimas décadas, el titánico mecanismo había multiplicado su tamaño por mil, a medida que crecía la fascinación del hombre por las máquinas pensantes. En cierto modo, *El Ordenador* era el centro de toda una nueva rama de la mitología. Era el mayor artefacto de tales características del universo. Para el Interventor Klair y los demás líderes de Iteración X, aquellos Tecnomantes que creían que la humanidad sólo podría abrirse camino hacia la Ascensión gracias al esfuerzo conjunto del hombre y la máquina, este mecanismo era *El Ordenador*. No necesitaba otro nombre.

De niño, a Charles Klair le fascinaron la película *El planeta prohibido* y la fábrica Krell que se extendía a lo largo de kilómetros y kilómetros bajo la superficie del mundo. El gigantesco mecanismo se había adueñado de su imaginación y lo había conducido por el camino que lo llevaría hasta Iteración X. En la imaginería del Interventor Klair, *El Ordenador* pertenecía al universo Krell.

En segundo plano dentro de la cámara, aunque no del todo fuera de su vista, acechaba una legión de figuras robóticas de diez metros de alto. Su diseño era humanoide, con brazos y piernas estilizadas, como cables, y mandíbulas afiladas como navajas. Cada mecanoide poseía un reluciente torso cilíndrico de plata y una cabeza chata, en forma de botella de refresco, con un único ojo rojo sin párpado en el centro. Aunque los robots nunca se movían durante el sueño del Interventor, los temía. Su propósito estaba claro: hacían las veces de guardias de *El Ordenador*... y, cuando fuese necesario, le servirían como cazadores.

Pocos Tecócratas, o acaso ninguno, habían puesto sus ojos sobre la Inteligencia Artificial que gobernaba su orden. Klair aún había de conocer a quien admitiese haber visto al gigante cibernético con sus propios ojos. *El Ordenador* se comunicaba con sus leales seguidores por medio de sueños como el suyo. De ese modo, la IA mantenía en secreto su paradero exacto. Lo que no se sabía, no se podía contar.

El Interventor sospechaba, aunque carecía de otra evidencia que no fuese su razonamiento deductivo, que la máquina gigantesca existía en el centro del reino del Patrón conocido como Autoctonia. Sólo en un lugar de aquellas características, donde la propia naturaleza de la realidad era fluida, modelada por la pura fuerza de voluntad, podría existir una estructura del tamaño y la densidad de aquel mecanismo colosal. Klair tenía los suficientes dedos de frente como para no mencionar sus

---

deducciones a sus camaradas Tecnócratas ni a *El Ordenador*. El saber demasiado podía conseguir que te mataran.

Aunque *El Ordenador* poseía poderes mentales que escapaban a la comprensión humana, la máquina no era todopoderosa. A menudo, lo que se callaba era tan importante como lo que hacía. Tras prestar suma atención a cada palabra que la Inteligencia Artificial le había dicho durante el transcurso de los años, el Interventor había deducido que el gigantesco cerebro electrónico temía a ciertos seres anónimos que azotaban el Universo Profundo. Klair se descubría a veces imaginándose qué horrores podrían ser tan grotescos como para atemorizar a la máquina pensante más poderosa jamás inventada. No estaba seguro de querer conocer la respuesta.

—Interventor Klair —dijo *El Ordenador*. Su voz procedía de un centenar de altavoces repartidos por todo el cuerpo de la máquina. Hasta hacía poco, el artefacto había hablado con una rasposa voz monótona, sofocada por un sempiterno crepitar eléctrico y un siseo de fondo. Por fin había conseguido mejorar sus capacidades retóricas, ayudado en parte por el auge de diversos programas televisivos sobre ciencia-ficción, en los que abundaban los ordenadores capaces de hablar con voces bien moduladas. Ahora, el cerebro mecánico hablaba con la afectación impersonal de un vendedor de seguros—. Dé un paso al frente para comenzar el proceso de identificación.

Aquellos sueños seguían un patrón fijo. Klair estaba convencido de que la máquina utilizaba una subrutina básica para convocar su mente durmiente a su cuartel general, dado que el procedimiento y el diálogo eran invariables. Aunque *El Ordenador* hubiese alcanzado el estado del ser, seguía careciendo de creatividad.

El Interventor avanzó hasta el lugar indicado, donde ocupó su sitio en una silla de acero de alto respaldo sin ningún tipo de acolchado. Unas brillantes luces blancas le iluminaron el rostro, casi cegándolo. Aunque no fuese nada más que un sueño, se sentía incómodo sentado en aquel marco de metal. Se revolvió nervioso. Una inesperada corriente eléctrica que atravesara el asiento podría freír su carne desnuda hasta convertirlo en churrasco. Si su mente pereciera en aquel sueño, su cuerpo en la Tierra pasaría a convertirse en un cascarón vacío, desprovisto de inteligencia, aguardando inútilmente su regreso.

Un rostro holográfico tridimensional flotaba a escasos centímetros del de Klair, un batiburrillo compuesto por millares de imágenes almacenadas en el banco de memoria de la máquina. Al Interventor le parecía antinatural e inhumano.

—Enuncie su número de identificación y posición dentro de Iteración X —dijo la voz generada por ordenador. Los labios del holograma se movían en perfecta sincronización con las palabras—. Por favor, sea conciso pero completo en su respuesta.

—Soy el humano identificado como GH23765 —declaró el Interventor, vocalizando sus números con cuidado. Una sílaba mal pronunciada podría suponer consecuencias desastrosas. No corría riesgos innecesarios. Si la Inteligencia Artificial dudase de su identidad, su vida habría tocado a su fin. *El Ordenador* no consideraba a ningún humano esencial para sus planes; ni siquiera a Klair, quien estaba al cargo del plan más ambicioso que jamás hubiese intentado la máquina. La lógica, no los sentimientos ni la lealtad, era lo que guiaba hasta el menor movimiento de la máquina—. En la actualidad, a fin de facilitar la comunicación con los Tecnócratas ajenos a nuestra Orden, utilizo el título de Interventor Klair. Soy un miembro leal de Iteración X. En servicio a la Unidad, trabajo como coordinador de la investigación y desarrollo informático para el proyecto GA dentro del Colectivo Gris.

—Comprobando código para verificación —dijo la misma voz afectada. Los ojos del holograma estaban clavados en los de Klair.

---

Aunque no transcurrieron más que breves segundos, al Interventor se le hicieron eternos durante la nerviosa espera. Para él, aquella obsesión con los chequeos de identidad era otro indicador del miedo que le tenía *El Ordenador* a los intrusos. ¿Por qué interrogar a quien se había llevado al propio dominio a menos que cupiera la posibilidad de una infiltración? A Klair no le gustaba lo que implicaba la existencia de un enemigo tan poderoso. O tan astuto.

—Identidad confirmada —dijo el rostro holográfico—. Diseño de la retina, ondas cerebrales y comprobación de huellas dactilares. Evidencia de clonación no detectada. Eres el humano GH23765, en la actualidad designado como Interventor Klair. Infórmame de tus avances en el proyecto GA.

—La operación prosigue con la rapidez deseada —comenzó Klair—. Como expliqué en mi último parte, Sharon Reed, la líder de la facción progenitora en el complejo, continúa siendo el principal muro de contención para la finalización del proyecto de manera satisfactoria para nosotros. Sin duda, ella opina lo mismo de mí. Ambos poseemos intereses particulares depositados en la culminación con éxito del GA. Ella no puede completar su empresa sin nuestra cooperación; no obstante, nosotros dependemos igualmente de su ayuda. Nuestros equipos de expertos difieren con frecuencia en cuanto a los Misiones y técnicas a utilizar. Aunque los esfuerzos del Especialista en Misiones, Terrence Shade, han conseguido evitar cualquier tipo de violencia real, la situación ha alcanzado momentos de tensión en varias ocasiones.

—Su objetivo de alcanzar la unidad con el universo es un caso perdido —declaró el holograma—. Antes o después, los Progenitores caerán en la cuenta de su error y se unirán a nosotros. Iteración X ofrece la única senda lógica hacia la Unidad.

Klair asintió con la cabeza. Leal a su orden, ansiaba el día en el que todos los Iluminados reconociesen la verdad y se convirtieran en uno con la tecnología.

—A lo mejor —convino, lacónico—. No cuento con que Sharon Reed adopte nuestro punto de vista en un futuro cercano. Ni, en cuanto a lo mismo, preveo que vayamos a persuadir a Terrence Shade. Albergó la certeza de que el Especialista en Misiones informa de nuestras actividades al Círculo Interno de la Tecnocracia. El hombre es poco más que un espía de la Unión.

—Dicha clarificación acerca del comportamiento de esa pareja parece remota —dijo el holograma—. ¿Aceleraría la finalización del proyecto la eliminación de la Progenitora?

—No, por desgracia —admitió Charles, aunque odiase defender a Reed—. La mujer es una Tecnomante e ingeniera genética brillante. Consigue que se hagan las cosas. Su asesinato arrojaría una variable aleatoria en nuestros cálculos. Su sustitución sería incalculablemente peor. Como mínimo, sufriríamos un retraso de una semana. En el peor de los casos, significaría la pérdida de un mes, quizá más.

—Dichas posposiciones son inaceptables —declaró el holograma—. Ciertos acontecimientos en el Universo Profundo exigen atención especial. El clon base GA debe estar finalizado en el plazo de diez días. Tendrás que cooperar con la mujer hasta la culminación de la obra. A la postre, su exterminación se hará necesaria, al igual que la del resto de los habitantes del Colectivo Gris. El éxito del proyecto exige un secreto total y absoluto.

—Los guerreros HIT Mark necesarios se encuentran listos para atacar en el momento en que la misión toque a su fin —dijo el Interventor. Esbozó una leve sonrisa. Las balas trazadoras de los HIT Marks provocaban un daño devastador. En su imaginación, veía la cabeza de Sharon Reed explotando igual que un tomate maduro. Se había reído de él en una ocasión, burlándose de su mano y su ojo biomecánicos, tachándolos de *juguets de hojalata*. Klair creía en el principio del ajuste de cuentas—. Yo mismo supervisé su programación. Ninguno de los implicados en el desarrollo del GA, a excepción de los miembros de nuestra Convención, sobrevivirá al ataque.

---

—Tergiversas mi directriz —repuso el holograma. El rostro se descompuso en algo apenas humano—. Se exige la eliminación de *todos* los habitantes del complejo. Sólo quedan excluidos los de rango Interventor.

Klair abrió los ojos de par en par.

—Pero, yo soy el único Interventor implicado en este escenario. El resto de los magos de Iteración X son Programadores o Armadores que recluté de otros colectivos. Son serios y formales, seguidores leales de nuestra Convención. Varios de ellos, incluido mi ayudante, Ernest Nelson, llevan años al servicio de Iteración X.

—Son prescindibles. Al igual que los HIT Marks que los destruirán. Una vez finalizada la exterminación, supervisarás la desactivación y desmantelado de los asesinos biomecánicos. ¿Entendido?

El Interventor no respondió de inmediato. Acababan de ordenarle que matase a cualquiera remotamente relacionado con el proyecto GA. Pese a su frialdad y falta de escrúpulos, no era rencoroso ni cruel. Muchas de aquellas personas eran socias y amigas desde hacía mucho tiempo. Lo que gobernaba sus actos era la convicción de estar obrando por el bien de la humanidad. La destrucción sin motivo de miembros de su propia Convención era incomprensible.

Como si pudiese leer los pensamientos de Klair, el holograma añadió:

—Los fines de esta situación justifican los medios. ¿Estás dispuesto a cumplir con lo que se te ha encomendado? ¿O debería transferirse la responsabilidad a otro Interventor?

—No, no —se apresuró a responder Klair. Sabía que el relevo significaba la muerte. O cooperaba con los planes de *El Ordenador* o sería exterminado. En términos de tecnología básica, la directiva primaria que guiaba la vida del Interventor era la supervivencia—. Volveré a programar a los HIT Marks para la aniquilación total. La misión se desarrollará según vuestros deseos.

—Bien —dijo el rostro holográfico. Por un instante, Klair creyó detectar una nota de satisfacción en la voz artificial de la máquina. Aquello, desde luego, era imposible—. Este proyecto es un paso importante en nuestro plan para la dominación total de la Tecocracia y, por tanto, de toda la humanidad. El fracaso significaría un retraso de años en nuestra toma de posesión.

El Interventor sabía reconocer una amenaza cuando la tenía delante.

—No fracasaré. La empresa del GA se completará a vuestra entera satisfacción en el plazo de tiempo estimado. —Klair hizo una pausa—. Asumiendo que no sean necesarias posteriores modificaciones del clon modelo.

—Sólo una modificación menor —dijo el holograma—. La mejora de los cambios no debería suponer ninguna dificultad.

Con una mueca, Charles miró el diagrama del circuito que descansaba sobre sus rodillas. Hacía un instante, no estaba allí. El problema con los sueños era que lo imposible se convertía en algo banal. *El Ordenador* operaba a la velocidad del pensamiento. Su palabra era lo único que hacía falta para que apareciesen las cosas.

Examinó atentamente el documento. Cuando despertase, el esquema tendría que estar grabado en su mente. Aunque a menudo descubría que no era capaz de recordar varios de los pequeños detalles de sus sesiones oníricas con la Inteligencia Artificial, los diagramas que estudiaba en el limbo permanecían impresos en su cerebro. No era sino otro ejemplo de los asombrosos poderes de la máquina.

El Interventor fruncía el ceño cada vez más a medida que estudiaba los diagramas.

—Estas revisiones del sistema nervioso exigen la impresión de otro juego de implantes moleculares. La cantidad de trabajo que implica dicha tarea es considerable. Sharon Reed no se mostrará de acuerdo.

---

—Las alteraciones necesarias pueden completarse en dieciséis horas —dijo el holograma—, si la mujer permite que el ordenador central del complejo guíe sus periféricos nanotecnológicos. Tu trabajo consiste en convencerla de la importancia de las mejoras.

Klair volvió a mirar el plano. Sacudió la cabeza, desconcertado.

—El clon base ya es lo suficientemente poderoso como para irrumpir en cualquier flujo de datos y sustituir la información allí almacenada. Si mi interpretación de estas señales de comando es correcta, esta nueva subrutina le proporcionará la habilidad para invalidar el sistema operativo del ordenador y hacerse cargo de la unidad central de proceso.

—Ésa es, en esencia, una evaluación correcta del programa, si bien incompleta —dijo el holograma.

Nervioso, Klair se mordió el labio inferior. Era una mala costumbre adquirida de pequeño, que había conseguido eliminar hacía tiempo, pero que en la que había recaído tras empezar a trabajar en el proyecto GA.

—Este talento le dará al clon base GA control absoluto sobre cualquier ordenador que toque —declaró.

—Exacto —dijo el holograma. La imagen tridimensional sonrió. Aquella era la primera vez que el Interventor le veía expresar emoción alguna—. Eso lo convertirá en el ser más poderoso de la Tierra.

# TRES

El telefax del dormitorio de Sharon Reed comenzó a sonar. Somnolienta, levantó la cabeza de la almohada y profirió una maldición.

—Hijo de puta. En mitad de la madrugada.

Refunfuñando, se sacudió las sábanas de encima y se sentó. A excepción del fulgor de una lamparilla de noche, el cuarto se encontraba sumido en la más completa oscuridad. Tras largos períodos de tiempo trabajando bajo las brillantes luces del laboratorio, Sharon prefería la oscuridad absoluta para descansar. Con un pesado suspiro, descolgó sus largas piernas por el borde de la cama y se incorporó. Cogió aliento y empezó a tantear en busca del fax, descalza.

Sharon Reed dormía desnuda. Aborrecía los pijamas, que vestía en raras ocasiones. Como Directora de Investigación Progenitora del proyecto GA, era merecedora de su propio apartamento dentro del Colectivo Gris, y mantenía la temperatura de su residencia fija en los 28,5 °C. Como oriunda del sur de California que era, apreciaba el calor. La alfombra, una creación biológica procedente de los laboratorios, ajustaba su temperatura a la de las suelas de sus pies, al tiempo que millares de cerdas, tan diminutas como un cabello humano, le daban un masaje en los dedos y en los talones mientras caminaba. El recubrimiento del suelo era agradablemente cálido al tacto, como la arena de una playa. En su pequeño mundo privado, la ropa no era un artículo de primera necesidad.

Sharon era una mujer alta y esbelta que llevaba el cabello corto, enmarcándole el rostro igual que un casco. Su aspecto era demasiado sombrío como para poder considerarla atractiva. Sus pronunciados y fuertes rasgos aparecían siempre retorcidos en una mueca de enojo. La cuidada elasticidad de su cuerpo sugería que su edad rondaba los treinta años, cuando en realidad, era casi octogenaria. Un intenso programa de ejercicios diarios, combinado con las drogas mágicas del departamento de farmacología de su Convención, conseguían que pareciese y se sintiese más joven.

Sharon se dejó caer en el sillón de la mesa de trabajo de su dormitorio y encendió la lamparilla de un manotazo. Sobre la máquina de fax descansaba una única hoja. Como de costumbre, no aparecía dirección a la que enviar una respuesta. Eso quería decir que las órdenes procedían de los administradores secretos de los Progenitores.

La página albergaba un solo párrafo de instrucciones, impreso en un complicado código basado en la estructura de una molécula de ADN específica, distinta para cada día. A Sharon su traducción no le costaba ningún esfuerzo, aunque a cualquier otro miembro de la ciudadela le parecería palabrería sin sentido. Las palabras fueron algo inesperado.

*Finalizar síntesis GA cuanto antes. Tras terminación satisfactoria, obtener muestras de tejidos necesarias para los laboratorios de clonación. Utilizar sauroides para destruir el prototipo y eliminar a todos los participantes implicados. Devolver células al Reino del Horizonte EcoR.*

—Qué corto y qué dulce —murmuró Sharon, sonriendo de satisfacción. Le alegraba haber recibido por fin las instrucciones que llevaba semanas anticipando. Confirmaban lo que ella ya pensaba acerca del proyecto GA: era una tarea demasiado importante como para compartirla con otra Convención... sobre todo con los estúpidos de Iteración X y ese demente cabeza de lata, el Interventor Klair.

Sharon desmenuzó meticulosamente la hoja del fax y dejó caer las trizas sobre la alfombra. Las diminutas cerdas se enroscaron hambrientas sobre los fragmentos, segregando pequeños chorros de ácido para disolver el papel. En cuestión de segundos, no quedó nada. Sharon se pasó la lengua por el labio superior, preguntándose cuánto tardaría en poder utilizar al Interventor como comida para su

---

alfombra. Sospechaba que sería demasiado esfuerzo cortarlo en lonchas del tamaño adecuado. No obstante, la idea le resultaba atractiva, merecedora de tenerse en cuenta.

Sharon había estado implicada en el proyecto GA desde sus comienzos, hacía casi un año. La mayoría de los técnicos que trabajaban en el Colectivo Gris habían formado parte del personal de su laboratorio de investigación emplazado en Miniápolis en el mundo real. Se habían unido nuevos miembros al equipo cuando había sido necesario. Había aproximadamente una docena de investigadores y asociados Progenitores viviendo en el complejo en aquellos momentos, así como igual número de programadores y armadores de Iteración X, también alojados en el edificio. Mientras que el resto de los estudios se llevaban a cabo en laboratorios de menor tamaño, el principal foco de atención recaía sobre el proyecto GA.

Sharon sabía por experiencia personal que los administradores Progenitores barajaban veinte o más proyectos importantes a lo largo del año. En más de una ocasión, la habían transferido de uno a otro para solventar algún tipo de problema, tan serio que el equipo allá destacado no había podido hacerse cargo de la situación. Sin embargo, nunca antes había estado implicada en una misión de tan alto secreto. Los Tecnócratas asignados al Colectivo Gris nunca eran transferidos. Los detalles de su trabajo no se compartían con los demás grupos de trabajo. La comunicación con el mundo exterior estaba estrictamente prohibida. Resultaba bastante inquietante.

Tras pasar el brazo por encima del fax, Sharon cogió el teléfono y pulsó el botón del cuarto de su asistente personal. Al segundo tono, le respondió una voz seductora y aterciopelada.

—¿Sí, directora?

—Velma —dijo Sharon—. Por favor, apúntate a una partida de cartas. Tengo insomnio y no puedo dormir.

—Claro que sí, directora —respondió Velma. Daba igual la hora a la que la llamase Sharon, su ayudante nunca parecía sorprendida ni cansada. Jamás cuestionaba nada de lo que le pedía—. Estaré allí dentro de un minuto.

Sharon devolvió el auricular a la horquilla y se puso de pie. No era tan ilusa como para confiarle ningún mensaje de importancia a las líneas telefónicas. No había interferencia capaz de ocultar un secreto a los brujos de Iteración X. Con la misma certeza, sabía que sus aposentos eran espiados por Terrence Shade, el representante in situ del Nuevo Orden Mundial. Disponía de un amplio surtido de fraudes y engaños.

Para cuando hubo terminado de arrojarse en un albornoz formal de color azul, se escuchó un golpe en la puerta de su habitación. Como miembro más importante del contingente Progenitor dentro del Colectivo Gris, Sharon ostentaba el privilegio de vestir ropa de colores si así lo deseaba. Sólo lo hacía en sus aposentos privados. Cuando trabajaba con su equipo, vestía el monótono uniforme gris de sus subalternos. El distinguirse de la masa no creaba unidad de espíritu. Sharon ya tenía suficientes problemas como para tener que preocuparse de ridículos celos.

Abrió la puerta para recibir a Velma. Su ayudante era una mujer baja y delicada, que rebasaba apenas la barrera del metro y medio y pesaba menos de cuarenta y cinco kilos. Aquella semana, llevaba el ensortijado cabello negro azabache en una melena que le llegaba a los hombros, felinos ojos verdes, labios rojo rubí y un cutis blanco como el papel. Velma era una cambiaformas consumada, en constante experimentación con su aspecto físico.

Dos de sus rasgos nunca cambiaban, no obstante: permanecía obsesivamente leal a su mentora, Sharon Reed; y carecía de valores éticos y código moral.

---

—He traído dos mazos de naipes —dijo Velma al entrar en el recibidor. Con toda naturalidad, dejó las cajas gemelas encima de la mesa de uso múltiple—. ¿Quiere continuar nuestra partida de escoba de la semana pasada? Tengo anotados los puntos.

—Me parece bien —convino Sharon—. ¿Te apetece comer algo? ¿De beber?

—No, gracias, directora —rechazó Velma, mientras tomaba asiento en la que era su silla acostumbrada—. Por favor, puede usted tomar lo que prefiera. Yo iré repartiendo las cartas.

A lo largo de los años que llevaban trabajando juntas, Sharon y su ayudanta habían construido meticulosamente un complicado sistema de códigos que se ayudaba de una gran cantidad de preguntas y respuestas nada fuera de lo común. Cada respuesta activaba una señal en la memoria aumentada del interlocutor hasta que ambas consiguieran establecer una secuencia numérica especial con ayuda de las cartas de los mazos. Se trataba de una técnica al alcance tan sólo de los maestros genéticos de los Progenitores que, de ese modo, se aseguraban de poder comunicarse sin miedo a que sus rivales descubrieran sus secretos.

—Espero que esta partida se me dé mejor que la última —dijo Sharon, al tiempo que sacaba del frigorífico una botella de zumo de naranja medio vacía—. Me vapuleaste. Voy a prepararme un zumo. ¿Seguro que no quieres nada?

—No tengo sed, directora —respondió Velma, proporcionando la pista que indicaba la respuesta final del código. En todos los años que llevaban juntas, Sharon nunca había visto que su ayudante comiera o bebiese nada. La cambiaformas cenaba siempre a solas. La directora albergaba sus sospechas acerca del metabolismo de Velma, pero se las reservaba; la estrafalaria conducta de la mujer no era asunto suyo. Velma era inteligente, sagaz y de confianza. Gracias a su agudeza de ingenio, era capaz de solucionar cualquier problema al instante. Era demasiado valiosa como para prescindir de ella por una pequeña aberración mental sin importancia.

—Según mis apuntes —dijo la mujer de cabello oscuro, pasándole la baraja a Sharon—, le tocaba repartir a usted.

Tras un gesto de aquiescencia, la directora barajó los naipes con cuidado. El uso del código precisaba tiempo y paciencia. Sharon disponía de las dos cosas.

Antes de que pudieran completar la primera mano, la puerta de la habitación traqueteó ante un envite estruendoso y persistente, como si alguien estuviese aporreando el acero con un martillo pilón. Sharon sacudió la cabeza con gesto de fastidio. Aquélla iba a ser una de esas noches en las que nada salía como se había planeado. Aún no había podido transmitirle a Velma ni siquiera una línea de las nuevas órdenes. Obviamente, tendrían que esperar. Resultaba imposible pasar por alto la inconfundible llamada de uno de los sauroides.

Velma, moviéndose con la velocidad de una pantera, abandonó su silla y estuvo frente a la puerta antes que Sharon pudiese moverse. Como había imaginado, era Sh-reeth-Sh, el comandante de los hombres serpiente que servían como guardias de seguridad para la ciudadela. Además de una piel cubierta de escamas de plata y una altura rayana en el metro ochenta, Sh-reeth-Sh poseía una inteligencia casi humana.

Al ver a Velma, la criatura siseó su historia sin escatimar detalles. Al conjunto de sus muchos talentos, la mujer sumaba el hecho de que comprendía el idioma de los sauroides. La expresión del semblante de Velma delataba a todas luces que el hombre serpiente no era portador de buenas noticias.

Con un gruñido de furia, Velma siseó una serie de órdenes a Sh-reeth-Sh. La criatura asintió con la cabeza.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Sharon.

---

—Han encontrado a uno de los vigilantes nocturnos en el Laboratorio Uno, asesinado, hace unos minutos —explicó Velma, con voz gélida.

—Que sellen el edificio de inmediato —respondió Sharon, sin dudarlo—. Probablemente sea demasiado tarde, pero debemos seguir el protocolo. ¿Cómo murió el guardia?

—Le partieron la columna.

—¡Maldición! Eso apunta a uno de los sujetos del experimento. Son los únicos capaces de generar tanta fuerza. —Sharon se dirigió presurosa al teléfono—. Tengo que llamar a ese idiota de Klair. Luego informaré a Shade. Mientras tanto, haz que Sh-reeth-Sh y sus hombres registren el bloque de celdas. Quiero saber cuál de nuestros sujetos es el que falta y cómo consiguió escapar. No hay tiempo que perder.

Velma siseó las instrucciones a Sh-reeth-Sh mientras Sharon aporreaba el número del jefe de Iteración X. Cuando levantó la vista, el sauroide había desaparecido. Velma seguía allí cerca, a la espera de nuevas órdenes.

Transcurrieron diez tonos antes de que Klair descolgase el auricular. El Interventor debía de tener un sueño muy profundo. Sharon sabía que no era posible que tuviese compañía femenina. Klair carecía de impulsos sexuales, así como de cualquier otro deseo que no fuese el de servir a las máquinas. En cierto modo, eran muy parecidos. La voz adormilada del hombre le hizo sonreír. Atormentar a Klair era uno de sus mayores placeres.

—Aquí Interventor Klair. ¿Quién es y qué quiere?

—Sharon Reed, Interventor Klair —dijo la Progenitora, manteniendo un tono de voz estrictamente neutral. Sabía que era posible, incluso probable, que aquella conversación estuviese siendo grabada—. Uno de los sauroides que patrullan los pasillos del Colectivo ha sido encontrado sin vida en el Laboratorio Uno. Supuse que debía ser informado de inmediato. Claro está que comprendéis lo que esto significa: ha escapado un prisionero.

—*Joder* —exclamó Klair, que ya había dejado de sonar aletargado—. Creía que esas bestias tuyas eran duras de matar.

—Lo son. Eso es lo que me preocupa.

—Tiene que haber sido uno de los sujetos del experimento —reflexionó Klair, duplicando los pensamientos de la mujer—. Lo mejor será cerrar las vías de acceso del Colectivo al mundo exterior. Luego, averiguar quién no está en su celda. Rastrear todo el complejo. Maldita sea, pensaba que tras el último intento nuestras precauciones se habían encargado de que la fuga de esa sección resultara imposible.

—Eso es lo que dijiste —declaró Sharon, metiendo el dedo en la llaga. Si Terrence Shade estaba escuchando, quería dejar bien claro a quién había que culpar del desastre—. Ya he dado las órdenes pertinentes. Nadie abandonará el recinto. Aunque sospecho que es demasiado tarde.

—Me reuniré contigo en el bloque de celdas dentro de cinco minutos. Podemos informar al señor Shade después de que hayamos hablado. No hay motivo para implicarlo antes de disponer de todos los hechos. Puede que no sea tan grave como nos imaginamos.

Klair tenía razón, en parte. La situación era peor. Sharon estudiaba la celda vacía con repugnancia. Velma se encontraba un paso detrás de ella. El semblante del Interventor se había descompuesto en una máscara de rabia. Era un hombre alto y desgarbado, casi calvo, con unos ralos mechones castaños sobre las orejas. Su ojo mecánico sin párpado estaba clavado en Sharon como si fuese a sacarle una foto.

---

—El Prisionero Diecisiete —dijo lacónico, con la voz afectada por la ira—. Os advertí de lo conveniente de su destrucción.

—He comprobado los informes de anoche —intervino X344, el lacayo en jefe de Klair. Se trataba de un hombre de baja estatura, espaldas inmensas y rasgos brutales, con zarpas de acero en lugar de manos y orugas de tanque en vez de pies. Sharon insistía en llamarlo Ernest Nelson, su nombre antes de convertirse en uno de los Iluminados, principalmente porque sabía que le ponía furioso—. No se registró variación térmica alguna en el suelo. Ni existen evidencias filmadas en vídeo de su fuga.

—Claro que no —espetó Klair, sarcástico—. Los experimentos de la señora Reed con las modificaciones sanguíneas y corporales del Prisionero Diecisiete le otorgaron un poder subconsciente sobre poderes que aún no había catalogado por completo. Era una especie de comodín que tendría que haber sido destruido inmediatamente después de la terminación de nuestra reconstrucción inicial. Pero se negó a autorizar su eliminación.

—El que algo guarda, algo tiene —saltó Sharon, cuyo genio comenzaba a aflorar. En aquellos instantes, le habría encantado enrollar al Interventor Klair en su alfombra viviente y dejar que el organismo se alimentase de él durante semanas—. Hasta que el clon base GA fuese totalmente operativo, supuse que necesitaríamos a Diecisiete con vida para posibles transfusiones. Si la memoria no me engaña, usted se mostró de acuerdo con mis conclusiones.

Klair frunció el ceño.

—En aquel momento parecía el curso de acción lógico. No tenía ni idea de que fuese capaz de escapar del bloque de celdas. ¿Cómo cruzó la puerta de contención?

—Insististeis en implantar conexiones neuronales en las yemas de sus dedos, unidas directamente a su córtex —dijo Sharon, con saña—. Probablemente se conectó al ordenador principal y le dijo que quería salir. La estúpida máquina le abrió la puerta.

—Es posible —musitó Nelson—. Sus procedimientos de interfaz, combinados con los implantes, le proporcionan un tremendo control a la hora de hacer puentes. Hay pocos ordenadores capaces de negarse a cumplir instrucciones directas de anulación.

—Al menos eso contesta la pregunta de a quién hay que culpar de este desastre —gruñó Sharon.

—¿Quién me asegura que los sauroides que patrullan los pasillos son rival para ningún prófugo? —rezongó Klair, con voz gélida—. ¿Por qué no hablamos acerca del cadáver del laboratorio?

—Ya basta de cháchara —intervino Velma, de improviso—. El enunciado de los errores no va a ayudarnos a resolver el problema. Lo que importa es la eliminación del Prisionero Diecisiete antes de que se convierta en un engorro superlativo para todos nosotros. Hemos puesto patas arriba todo el complejo. Se ha ido. Esfumado.

—Una flota de transportes salió del Colectivo cinco minutos antes de que sellásemos el portal entre el Reino del Horizonte y la Tierra —dijo Nelson—. Parece improbable que su partida y la huida del prisionero sean pura coincidencia.

—No cabe duda de que recibió ayuda y consejo de otros habitantes de este edificio de contención —aventuró Klair, con un encogimiento de hombros—. Que pudieran planear una fuga no ha de sorprendernos. Este tipo de resistencia entraba dentro de los cálculos. Podemos discutir el castigo adecuado para el resto de los prisioneros más tarde. Lo primero, como ha sugerido vuestra asistente, es eliminar al escapado.

—Se encuentra en uno de los camiones con destino a la fábrica Químicas Everwell, en el estado de Nueva York —dijo Nelson—. Si tenemos en cuenta las puertas selladas y la velocidad a la que viajan los camiones, resulta dudoso que intente escapar antes de llegar a su destino. Eso no ocurrirá hasta dentro de varias horas. Podríamos ponernos en contacto con el gerente de la planta y...

---

—Improcedente —declaró Sharon. La preocupación hacía que sonase tajante—. Everwell Corporation nos abastece de suministros químicos a cambio de proyectos biotécnicos de carácter especial. No queremos revelarles ninguno de nuestros secretos.

—Podemos detener el convoy sobre la marcha —propuso Klair—. Hay un Instituto de Iteración X en Siracusa. No queda lejos de la fábrica. Se puede ordenar a varios HIT Marks que intercepten a los camiones antes de que entren en los terrenos de Everwell. A los HIT Marks no les llevará más que algunos minutos el localizar y destruir al prófugo. El convoy podrá continuar su camino y entregar su mercancía sin que nadie se dé cuenta.

—Eso suena aceptable —convino Reed, por mucho que le disgustara mostrarse de acuerdo con Klair—. ¿Está completamente seguro de que esos asesinos robóticos suyos no tendrán ningún problema para eliminar a Diecisiete? Ya ha demostrado que no se trata de un blanco fácil.

—Al contrario que vuestros sauroides —declaró Klair, pagado de sí—, los HIT Marks poseen inteligencia humana real. No son animales. Tampoco se pueden anular sus pensamientos por medio de un enlace neuronal. Los hombres máquina combinan la mente de un mortal con un cuerpo mecánico casi invencible. Una vez armados con el arsenal más avanzado a nuestra disposición, conforman la elite asesina más eficaz del mundo. No fallarán. Podemos dar por muerto al Prisionero Diecisiete.

—Espero que no se equivoque —dijo Sharon. Sin saber por qué, tenía la extraña sensación de que habría de volver a ver al fugado. Y estaba segura de que el enfrentamiento no iba a resultar agradable.

# CUATRO

La Plaza de San Marcos se extiende en pleno centro de Venecia, Italia. La inmensa plaza se encuentra anclada en su extremo oriental por una de las estructuras más famosas de la ciudad, la Catedral de San Marcos, una iglesia milenaria. Cerca de allí se yergue el Palacio de Doge, construido por primera vez en 1814, destruido por el fuego en cuatro ocasiones, y reconstruido cada vez con mayor opulencia tras cada incendio. Detrás del palacio se halla el famoso Puente de los Suspiros. Al otro lado de tan notoria prominencia histórica se alza un inmenso rascacielos de color negro compuesto por completo de acero y cristal. De cuarenta pisos de altura, la imponente estructura resulta amenazadora. Un extenso patio rodeado por una muralla de cinco metros de alto protege la intimidad del edificio. A excepción del de la calle, el inmueble carece de nombre. No lo necesita. Los susurros que recorren Venecia lo llaman el Mausoleo.

Enormes ventanales de cristal ahumado rodean el piso superior del edificio. Una oficina sita en dicha planta disfrutaría de una vista impresionante de toda la ciudad. La vista podría abarcar kilómetros en cualquier dirección. Desde un lugar tan privilegiado, un rey podría supervisar su reino, un emperador, su dominio.

Mientras recorría la metrópolis con la mirada, Pietro Giovanni, señor del Mausoleo, coincidía en lo adecuado del símil. De esbelta figura, cabello oscuro ribeteado de mechones argénteos, poseía el semblante de un aristócrata. Su piel era marfileña, sus ojos, de un gris penetrante. Vestía un traje de tres piezas azul marino hecho a medida, camisa blanca y corbata lisa, también azul. Una magnificente rosa de gran tamaño decoraba el ojal superior de su chaqueta. Pietro era un jardinero compulsivo. Ni siquiera su transformación en vampiro, siglos atrás, había destruido su pasión por cultivar flores exóticas. A ésta, su última creación, la llamaba “Rosa de sangre”. Le había llevado cerca de cien años desarrollar una variedad floral única que se alimentaba de *vitae* humana, por lo que la exhibía orgulloso cerca del corazón.

Con una sonrisa, el antiguo Cainita volvió la espalda a las luces de la ciudad y regresó a la comodidad del asiento tapizado de cuero tras su despacho de ébano. A excepción del intercomunicador y el teléfono, la superficie de la mesa estaba despejada. Otros habitantes del Mausoleo se encargaban de los quehaceres nocturnos del edificio. Pietro se ocupaba tan sólo de aquellos problemas que no implicasen papeleo. Como uno de los Vástagos más poderosos del mundo, no perdía el tiempo con trivialidades.

El elaborado carillón apoyado contra la pared del fondo de la oficina de Pietro anunció la llegada de la medianoche. Aquel reloj, uno de los siete que diseñara y construyera el maestro artesano August LeClair a finales del siglo XIX, había sido un regalo de Charles de Gaulle poco después del término de la Segunda Guerra Mundial, en pago por los favores dispensados. Pietro lo tenía por una de sus posesiones más preciadas. Aunque superaba el siglo de antigüedad, el mecanismo, una maravilla de la ingeniería, nunca se había atrasado siquiera un segundo. En el momento en que sus profundas campanadas levantaban ecos dentro de la inmensa estancia, Pietro se volvió hacia la puerta cerrada a escasos metros de donde se encontraba. Como había esperado, el portal se abrió en el momento en que se desvanecían las últimas notas. Madeleine jamás llegaba tarde.

Dos figuras entraron en la cámara. Abría la comitiva una atractiva y esbelta joven de piel blanca como la tiza. Tenía unos ojos centelleantes, el cabello oscuro y los labios tan carmesíes como la rosa de Pietro. Su atuendo consistía en un sencillo vestido de color negro que se detenía a medio camino de sus muslos, medias del mismo color y zapatos de tacón bajo. Le rodeaba el cuello un colgante de plata decorado con el blasón de la familia Giovanni.

---

Se llamaba Madeleine Giovanni. Era la nieta de Pietro. Dentro de la Estirpe, se la conocía como la Daga de los Giovanni, título que se había ganado con sangre.

La escoltaba al interior de la cámara su primo, Montifloro. Un hombre bajo, de aspecto frágil, que aparentaba los treinta y tantos. Sus ojos eran oscuros, así como su espesa mata de cabello, sin una sola cana. Impecablemente vestido con un traje de Armani y zapatos Tuscany, Montifloro ofrecía el típico aspecto de un ejecutivo de dirección de mediano nivel. Sólo la extrema palidez de su piel y los rasgos mortecinos proporcionaban alguna pista de su pertenencia a la Estirpe.

Montifloro y su hermano, Cesare, solían formar equipo en lo referente a los negocios del clan. Cesare era temido por su manejo del cuchillo. Montifloro también sabía matar, pero era más conocido por su mente retorcida que por sus habilidades asesinas. Era un experto de la manipulación y la intriga. Entre los antiguos Giovanni circulaba la chanza de que “después de estrecharle la mano a Montifloro, había que contarse los dedos”.

—Madeleine, chiquilla mía —dijo Pietro, incorporándose a medias en su silla, a modo de saludo—. Me alegro de verte después de tantos meses. Llegas a tiempo, como de costumbre.

—Hace horas que estamos en el edificio, sire —respondió Madeleine, formal—. Montifloro no había visitado este sitio desde la última etapa de remodelación. Se lo he estado enseñando. Calculé nuestra visita turística para que nos condujese aquí al dar las doce.

—Eres tan precisa como mi reloj —halagó Pietro. Se volvió hacia el compañero de Madeleine—. Montifloro, sigues tan pulcro como siempre. Un día de éstos me tienes que dar el nombre de tu sastre. ¿Qué tal van los negocios en París?

—Tan bien como cabría esperar —contestó Montifloro. Era un pesimista por naturaleza. Recelaba de todo, un rasgo valioso para un Cainita—. Los franceses siguen enfrentados a la Unión Europea, a la que apoyamos. Cesare y yo luchamos constantemente para conservar la influencia de la familia en estos tiempos inestables.

—Sentaos —invitó Pietro—. Tenemos mucho de lo que hablar esta noche.

Montifloro se acomodó en un sofá directamente enfrente de Pietro. Madeleine, que ardía siempre de energía y a la que no le gustaba ningún tipo de confinamiento, se apoyó en el brazo de un segundo sillón.

—Apreciamos vuestros esfuerzos en Francia —felicitó Pietro, formal—. Espero que la recompensa haga que los años de duro trabajo hayan valido la pena.

Tras revolverse ligeramente en su asiento, Pietro fijó su atención en su nieta.

—¿Qué noticias hay de la mafia?

—La destrucción de Don Caravelli ha iniciado una lucha salvaje por el poder entre las diversas facciones de la organización —informó Madeleine, esbozando apenas una sonrisa. No se había referido al hecho de que ella era la responsable directa del caos, tras haber destruido al Capo de Capi en un duelo acontecido hacía diez meses. Madeleine no era una fanfarrona—. Se forjan y rompen alianzas en la misma noche. Rivalidades suprimidas afloran y reducen a añicos pactos añejos. Resulta entretenido de observar.

—¿Tu mano sigue siendo invisible dentro del conflicto? —preguntó Pietro, conociendo la respuesta de antemano.

—Escatimo el uso de la violencia —repuso Madeleine—. Pocos de los posibles sucesores de Don Caravelli son motivo de preocupación. A éstos los elimino, cargando el muerto a la guerra entre bandas. Por lo demás, me limito a observar y esperar. Quienquiera que asuma el control de la mafia, puedo asegurarnos que no supondrá amenaza alguna para nuestro clan.

—Espléndido —celebró Pietro—. Claro está, no esperaba menos de la Daga de los Giovanni.

---

Tras empujar su asiento hacia atrás, el señor del Mausoleo se puso de pie y caminó hasta la ventana.

—Sé que los dos os estáis preguntando por qué os he hecho venir esta noche. Acontecimientos recientes me tienen muy preocupado. Si bien los asuntos que mencionáis son importantes, necesito asignaros una nueva misión.

—¿Cómo? —saltó Montifloro, con el ceño fruncido—. Cesare...

—Tu hermano puede ocuparse de nuestros negocios en París sin tu ayuda —atajó Pietro. La brusquedad de su tono indicaba que no estaba dispuesto a discutir—. Si hubiese algún problema con las negociaciones, Lisandro acaba de regresar de la ciudad de México. Él podría ayudar a Cesare. Tu astucia me hace falta en otra parte.

Madeleine, como era su costumbre, no dijo nada. Como arma definitiva, aceptaba cada misión sin hacer preguntas. De todos los Giovanni, ella era, con mucho, la más mortífera.

—En el transcurso de las últimas décadas —continuó Pietro—, se ha frustrado un gran número de intrigas de extrema importancia referentes al volátil mercado del crudo. Se trataba de planes a largo plazo, algunos de los cuales se remontaban incluso al final de la Segunda Guerra Mundial. En todos los casos, un conglomerado energético de ámbito mundial llamado Endron International estuvo detrás de los fracasos. Los antiguos del clan se disgustaron. Querían una explicación. Actuando según *mi* consejo, recurrieron a Enzo Giovanni, el líder de nuestra familia en Inglaterra. Él era, en mi opinión, la elección lógica para el trabajo. Como presidente de Irish Eyes Enterprises, Enzo controlaba varios periódicos, así como emisoras de radio y televisión. Poseía los recursos necesarios para investigar Endron. No le llevó mucho tiempo el descubrir que el conglomerado tenía ambiciosos planes para dominar la economía mundial por medio de la manipulación de los mayores productores de petróleo. Llegaron a hacerse veladas acusaciones que incriminaban a Endron como cómplice de una conspiración aún mayor y más peligrosa.

—He oído hablar de Endron International —dijo Montifloro—. Son muy hábiles. Demasiado, en mi opinión, para tratarse de una simple empresa petrolera.

—Me he encontrado con sus agentes en un par de ocasiones —añadió Madeleine—. Me parecieron de mal gusto.

—Contratan a escoria —subrayó Pietro, pidiendo silencio con una mano levantada—. La organización carece de honor. No hace falta decir que los antiguos encomendaron a Enzo la toma de poder de la corporación. En 1993, varios miembros de la Junta Directiva de Endron International fallecieron en un atentado perpetrado por eco-terroristas. Haciendo acopio de todo su aplomo empresarial, Enzo consiguió un sillón en la Junta. Desde entonces, forma parte de la organización.

Montifloro asintió con la cabeza.

—Típica forma de actuar de nuestro primo. Trabajé con Enzo hace años, cuando empezó con Irish Eyes. Es un estratega brillante —rió—. ¿Eco-terroristas? Supongo que Endron International no tardará en estar en nuestro poder.

—No —espetó Pietro Giovanni. Su voz sonaba arisca y cargada de ira—. En absoluto. Por eso es por lo que estáis aquí, Montifloro.

Tras caminar de vuelta a su despacho, Pietro volvió a sentarse en su sillón de cuero negro. Abrió uno de los cajones y extrajo una carpeta que arrojó sobre la mesa, con los ojos encendidos por la rabia. Abrió el sobre de un papirotazo. En su interior no había nada.

—Aquí está la esencia de los informes que Enzo nos ha enviado acerca de los entresijos de Endron International. Nos llegan mensajes esporádicos de él, referentes a problemas sin especificar y a numerosos retrasos. Nunca nos proporciona datos ni números. Sabemos lo mismo acerca del gigante

---

energético y aquellos tras él que antes de que Enzo se infiltrara en sus filas. La palabra traición comienza a pronunciarse en voz cada vez más alta.

—¿Traición? —preguntó Madeleine, con la mirada fija en el sobre vacío—. No estaréis sugiriendo que Enzo le ha vuelto la espalda a nuestra familia, ¿verdad, abuelo?

—Durante los tres últimos años, Vesuvius Inc., un gigante editorial estrechamente vinculado a Endron International, se ha hecho con la mayoría de las acciones de Irish Eyes Enterprises por medio de operaciones de mercado encubiertas —dijo Pietro, despacio—. Estamos hablando de la antigua empresa de Enzo. —Los rescoldos de la furia ardían en su voz mientras hablaba—. El clan Giovanni ha dejado de poseer dicha corporación, así como las numerosas ventajas de sus servicios informativos. Su pérdida ha supuesto un severo revés para nuestras expectativas en Gran Bretaña. Sin la absoluta cooperación de Enzo, una toma de poderes tan completa habría sido imposible. Para algunos, esa pérdida es toda la evidencia que necesitan.

—No lo entiendo —dijo Montifloro. Parecía desorientado—. Tiene que haber otra explicación. Enzo siempre ha sido leal. Cesare y él han pasado muchas noches juntos. Es un Giovanni. ¿Por qué iba a cambiar de chaqueta tan de repente?

Pietro se inclinó hacia delante, con los brazos apoyados en la mesa de ébano y los ojos clavados en Montifloro.

—Por eso quiero que vayas allí, Montifloro. Los antiguos del clan te eligieron como el más adecuado para descubrir la verdad que se oculta tras Enzo. ¿Se ha vuelto contra su familia y su clan? ¿O acaso intervienen otros factores de los que no estamos al corriente? Ve a los Estados Unidos. Investiga a nuestro querido pariente, sin levantar sospechas. Averigua sus secretos y, luego, infórmame a mí personalmente.

—Como ordenéis —dijo Montifloro. Aunque no podía decirse que estuviese conforme, parecía resignado a cumplir con su nueva misión—. Organizaré los preparativos de mi partida de inmediato.

—Mañana por la noche será lo suficientemente pronto —concedió Pietro, con un ademán—. Tu transporte ya está preparado. Hace poco que Enzo ha trasladado su centro de operaciones a una vieja fábrica del estado de Nueva York. Creo que la ciudad se llama Rochester.

—Volveré con la verdad —afirmó Montifloro, solemne—. Enzo me conoce y confía en mí. Somos viejos camaradas. No será difícil engañarle acerca de mi misión.

—Sé cauto, Montifloro —advirtió Pietro—. No eres el primero que trata de investigar a Enzo. En los últimos años hemos enviado a otros para controlar sus actividades. No ha regresado ninguno. Desaparecen sin dejar rastro. Todos los recursos de nuestra familia están a tu disposición. Haz lo que debas. Pero vuelve con una respuesta.

—El honor está por encima de la muerte —declaró Montifloro, al tiempo que abandonaba su asiento. El tono de Pietro daba a entender que aquella conversación había tocado a su fin.

—El honor está por encima de la muerte —repitió Pietro. Aquel era uno de los mandamientos fundamentales del clan Giovanni—. Ahora, déjanos. Me gustaría hablar a solas con Madeleine.

Montifloro saludó a Pietro con una leve inclinación de cabeza y luego a Madeleine. Sin más palabras, abandonó la estancia por la misma puerta por la que había entrado. El antiguo carillón anunció la media hora en el momento de su salida.

—Muy dramático, abuelo —dijo Madeleine, cuando el sonido del ascensor que bajaba indicó la marcha de Montifloro—. ¿Tenéis un encargo similar para mí? ¿Analizar la vida sentimental del príncipe de París, a lo mejor? ¿O descubrir el paradero de Caín?

Pietro esbozó una sonrisa.

—Te burlas de mí, chiquilla. ¿Así es como muestras respeto hacia tu sire?

---

Madeleine soltó una carcajada.

—Soy una sierva devota de mi clan y de mi sire —declaró—. Lo que no quiere decir que no le metieseis el miedo en el cuerpo al pobre Montifloro, haciéndole creer que se dirigía a las puertas del infierno. ¿De veras era necesario?

—En verdad me temo que Montifloro se encamine a las regiones del averno —dijo Pietro. Su expresión se tornó seria—. Aunque así sea, al menos sé que posee tanta labia como para convencer a Lucifer de que ha ido sólo a hacer turismo.

Tras levantarse de su sillón, Pietro atravesó la estancia hasta llegar al antiguo reloj y posó una mano sobre el delicado instrumento. Madeleine giró sobre el brazo de su asiento para no perderlo de vista. Pietro sonrió. A su chiquilla no le gustaba darle la espalda a nadie. Apreciaba su precaución.

—Nuestra familia ostenta un gran poder, Madeleine —dijo, sopesando cada palabra—. A veces olvidamos que hay otros igual de peligrosos. El año pasado, tuviste que vértelas con algunos de ellos.

Madeleine se encogió de hombros.

—¿Crees que los magos tienen algo que ver con Enzo?

—Cuando la Muerte Roja amenazó con hacerse con el control de toda la Estirpe, era Dire McCann, un artesano de la voluntad, el que frustró sus planes.

—McCann no era un brujo corriente.

—Tampoco Rambam, ni su pupilo, el joven Elisha que te acompañó durante gran parte de tu aventura. —Pietro entrecerró los ojos mientras calculaba la reacción de Madeleine ante sus palabras—. ¿Has mantenido el contacto con el aprendiz de hechicero desde aquel entonces?

—Últimamente, no —contestó Madeleine, con voz tranquila e indiferente—. Creo que Rambam lo envió a Suiza para estudiar con un hechicero de renombre. La última vez que hablamos fue hace meses.

—Una pena. Dado que lo que tengo que decirte le concierne también a él.

—¿De qué manera, abuelo? —La voz de Madeleine acusaba una aspereza que no resultaba perceptible hacía un instante.

—¿Te acuerdas de la noche en que te hice venir aquí, poco antes de tu batalla con Don Caravelli?

—La recuerdo perfectamente. —Él sabía que así era. Madeleine nunca pasaba nada por alto—. Sugeristeis que mi lealtad hacia el clan Giovanni estaba en tela de juicio. La implicación era que me había enamorado de Elisha y estaba a punto de abandonar el honor de mi familia.

—No es del todo cierto, chiquilla mía —a Pietro le disgustaba hablar de aquel asunto, pero no le quedaba más remedio que continuar—. Me preocupaba que Rambam pudiese haberte tentado con la oferta de restaurar tu humanidad. Fui un estúpido al dudar de ti.

—Vos nunca sois un estúpido, abuelo —rechazó Madeleine, con tono neutral—. Ni hubo oferta alguna, ni hubiese aceptado tal acuerdo. Elisha y yo éramos amigos y pensé que podría constituir un poderoso aliado para nuestro clan. Sigo opinando lo mismo. Os equivocasteis acerca de mis motivos.

Pietro mostró los dientes. Apartó la mano del carillón. Presa del enfado, podría estropear su frágil mecanismo.

—Me contaron una mentira a sabiendas —saltó, sacando a relucir su genio por segunda vez en la misma noche—. Uno de los asociados de Rambam vino a mí y te acusó de engaño. Este hombre, un poderoso hechicero carente por completo de escrúpulos u honor, ya me había hecho partícipe de sus secretos en el pasado. Juró que lo que afirmaba acerca de ti era absolutamente cierto.

—Mintió. —Los ojos de Madeleine brillaban con un fulgor peligroso—. No sé por qué motivo. Pero lo descubriré. ¿Cómo se llamaba?

---

—Aquella noche, juré que si descubría al brujo que me había tomado por imbécil, pagaría con una muerte horrible. Han pasado meses. Ha llegado la hora de la venganza.

Pietro hizo una pausa por un brevísimo instante.

—Se llamaba Ezra.

Madeleine sonrió, curvando sus labios sin sangre en una mueca de placer.

—Lo sospechaba. Él y su hermana, Judith, estaban muy unidos a Rambam. Era de suponer que el uno o la otra hubiesen intentado volveros contra mí. No estaba segura de cuál de los dos habría sido.

—No obstante, no tomaste medidas contra ninguno —recordó Pietro. Anduvo hasta su chiquilla. Ésta se puso de pie. Permanecieron así, mirándose a los ojos, a escasos pasos de distancia—. Tienes mucha paciencia, Madeleine.

—Me llevó años destruir a Don Caravelli, abuelo —dijo Madeleine, sin apartar la mirada—. El tiempo no me preocupa. La venganza llega en el momento adecuado. Me pareció que lo mejor sería esperar hasta que decidieseis honrarme de nuevo con vuestra confianza.

Pietro soltó una risa contenida.

—Eres demasiado retorcida, chiquilla, incluso para mí. Quiero que este Ezra pague por su insulto hacia ti y hacia nuestro clan. Esta misión es mucho más peligrosa que la de Montifloro. Como brujo, Ezra controla grandes fuerzas y puede deformar la realidad con su mente. No se dejará matar fácilmente.

—Soy muy tozuda —dijo Madeleine, con la más leve de las sonrisas—. Como tuvo ocasión de descubrir Don Caravelli. Ezra supondrá un reto. Pero no escapará de la Daga de los Giovanni.

Con una risotada, Pietro caminó de nuevo hacia las enormes ventanas tintadas que gobernaban la ciudad. Escrutó la oscuridad como si esperase encontrar alguna respuesta.

—Dar con su paradero será más complicado de lo que te imaginas —dictaminó, con la mirada perdida en la metrópolis dormida.

—¿Ya no sirve a Rambam? —quiso saber Madeleine. La joven vestida de negro se había puesto a su lado sin hacer ruido.

El señor del Mausoleo negó con la cabeza.

—No desde la noche que me visitó. Evidentemente, se dio cuenta de que al formular sus acusaciones cortaba cualquier lazo que lo atase al pasado. De hecho, Ezra ha forjado una nueva alianza, con figuras influyentes dentro del mundo de los negocios —las palabras brotaban en un torrente incontenible—. Amigos en la industria petrolífera.

—Endron International —Madeleine parecía asqueada—. ¿Cómo es que sabéis tanto acerca de estos asuntos, abuelo? ¿Desde cuándo se interesa un antiguo Giovanni por lo que haga la escoria como Ezra?

—A estas alturas, supuse que ya lo habrías adivinado —dijo Pietro, con una risa seca—. ¿Por qué te crees que os he convocado a Montifloro y a ti esta noche? Vuestras misiones se cruzan. Hace años, fue Enzo el que me presentó a su amigo y confidente, el hechicero renegado, Ezra. La semana pasada, mis espías en Rochester informaron de que Enzo había recibido una visita importante en sus oficinas de Químicas Everwell, en Rochester. Adjuntaron fotografías para su identificación. No hace falta que añada que el visitante era su compañero inseparable, Ezra. A todas luces, ambos se encuentran inmersos en una nueva intriga.

—*El diablo nunca duerme* —declaró Madeleine, citando un viejo proverbio italiano.

—Eso parece. —La voz de Pietro había perdido cualquier traza de humanidad—. *Encuentra al mago y mávalo*, mi chiquilla. Si descubres que Enzo estaba planeando algo con él en perjuicio de nuestro clan, acaba también con el traidor. La misión de Montifloro es una mera maniobra de

---

distracción. Tú eres la auténtica cazadora. Aplasta a los enemigos de nuestra familia, sin piedad. *Eres mi daga. Clávate hondo.*

# CINCO

El constante rumor sordo del enorme transporte había sumido a Diecisiete en un estado próximo al sueño. Escondido y a salvo en el estrecho espacio que separaba dos cajas, sesteaba mientras los grandes camiones avanzaban hacia su destino, un lugar que él creía que se llamaba Rochester. El zumbido de los neumáticos sobre la autopista era firme y tranquilo. Ahora que la excitación de la huida comenzaba a disiparse, se apoderaba de él una sensación de desconcierto. No se explicaba cómo, sabía que los sauroides rara vez perdían un combate cuerpo a cuerpo... mucho menos, contra un oponente humano. A pesar de lo cual, la bestia no le había infligido daño alguno. Su cuerpo había salido ileso, sin un rasguño. Diecisiete se sentía bien, a excepción del hambre lobuna que le atenazaba el estómago.

Se moría de hambre. Los agudos pinchazos en el estómago pedían a gritos que comiese algo en cuanto pudiera. Su metabolismo había metido la quinta durante el ataque y estaba quemando calorías a una velocidad increíble. En cuanto el convoy llegase a su destino, Diecisiete tenía pensado escabullirse y buscar algo de comer. No tenía muy claro cómo iba a pagar por ello, pero los detalles sin importancia como aquel eran la menor de sus preocupaciones.

El camión que lo albergaba llevaba bastante más de una hora rodando a buen ritmo cuando, de repente, las marchas soltaron un quejido y los frenos chirriaron. Diecisiete gruñó de dolor cuando varias de las cajas que lo rodeaban cambiaron de posición a causa de la pérdida de impulso. El enorme tráiler vibró presa de violentas sacudidas mientras se disponía a realizar una parada inesperada. Diecisiete no estaba seguro de cuál podía ser la razón. Sin embargo, consideraba improbable que los camiones hubiesen llegado ya a su destino. Un retraso no planeado sólo podía significar una cosa: problemas.

Con cuidado de no mover ninguno de los contenedores, abandonó su escondrijo. El interior del camión estaba oscuro como la boca de un lobo. Con cautela, reptó sobre las cajas hasta llegar a la parte trasera del vehículo. Quería estar junto a la puerta del remolque cuando ésta se abriera. Estaba seguro de que sólo dispondría de segundos para actuar. No se equivocaba.

El acero chocó contra el acero y la puerta de carga trasera del remolque se deslizó hacia arriba. Un fino rayo de luz de luna se derramó sobre las cajas.

—Es imposible que haya nadie en mi vehículo —decía una voz. El hombre parecía indignado—. Tenemos mucho cuidado con el...

De forma casi instantánea, los ojos de Diecisiete registraron a un hombre bajo y corpulento hablando con una figura mucho más alta y atlética, ataviada con una larga gabardina negra. Una descarga de adrenalina le recorrió el cuerpo cuando saltó hacia delante con la ferocidad de un tigre abalanzándose sobre su presa. No dudó ni por un instante cuál habría de ser su blanco. Necesitaba la ventaja que le proporcionaría aquel segundo de ventaja si quería infligir algún daño. El recién llegado era un ciborg HIT Mark, la máquina asesina más mortífera del mundo. Poseedor de mente humana, el HIT Mark resultaba inmune a su habilidad para controlar ordenadores. Tendría que destruirlo físicamente.

La frase del conductor terminó con un grito de pánico absoluto cuando vio la silueta de Diecisiete que salía volando del remolque. Trastabilló de espaldas, alejándose del carril de cemento de la autopista. El HIT Mark se mantuvo firme. Su cuerpo mecánico giró en redondo en un esfuerzo desesperado por afrontar el ataque de Diecisiete. Cubierto por una combinación de piel real y carne de imitación, bajo el disfraz del remolino de su abrigo, el ciborg parecía casi humano. Pero no había forma de camuflar el parpadeo rojo del láser que asomaba a los ojos del cibernauta cada pocos segundos.

---

Diecisiete golpeó la cabeza del ciborg con el hombro derecho. Aunque rebasaba con creces los ciento cincuenta kilos de peso, el ángulo y el impulso del asalto de Diecisiete lo enviaron rodando sobre el pavimento. Con una habilidad rayana en lo mágico, el prisionero se colocó a horcajadas sobre su víctima. Movido por el instinto, Diecisiete agarró el brazo y el codo izquierdos del HIT Mark con ambas manos y tiró de ellos con todas sus fuerzas. El metal emitió un chasquido y el brazo quedó inerte, inutilizado.

—No puedes escapar —declaró el ciborg, al tiempo que descargaba su brazo útil contra la espalda de Diecisiete. El cibernauta se movía con velocidad cegadora. Un hombre corriente habría quedado reducido a pulpa, pero Diecisiete se salía de lo común. Sin esfuerzo, se dejó caer para esquivar la mano convertida en garrote. Al tiempo que rodaba para alejarse de la máquina, asió el antebrazo que se cernía sobre su cabeza y tiró de él. El codo crujió como un trozo de madera podrida. Las articulaciones eran el único punto débil del asesino robótico. La luz láser de sus ojos relampagueó, delatando su asombro. Resultaba obvio que el HIT Mark nunca se había visto obligado a enzarzarse en un combate cuerpo a cuerpo. No había sido entrenado en las mortíferas artes de la lucha callejera.

No obstante, el ciborg no era de los que se rendían fácilmente. Impulsado por un cerebro humano fusionado con un cuerpo artificial, lo habían condicionado para continuar la lucha hasta sus últimas consecuencias. Con los brazos oscilando inertes a sus costados, el hombre máquina comenzó a patear con sus poderosas piernas. Diecisiete se puso en pie de un salto, esquivando apenas los golpes. Puede que el ciborg hubiese sufrido daños, pero estaba claro que aún no había quedado inutilizado.

Un tentáculo de acero salió disparado del centro de su pecho, apuntado al rostro de Diecisiete. Éste dio un salto hacia atrás, esquivando la garra dentada que se cerró a escasos centímetros de su nariz.

—No tienes escapatoria. Da igual lo mucho que te resistas, eres hombre muerto.

—Todos tenemos que morir —replicó Diecisiete, sin pensar. Recitaba las palabras como una lección aprendida de memoria—. Pero el espíritu es inmortal. Eso es lo que importa.

—Maldito polizón hijo de puta, el lío en el que me has metido —gritó un hombre detrás de Diecisiete. De nuevo impulsado por sus reflejos, se dejó caer al suelo cuan largo era. Un rayo láser surcó el aire que había estado ocupando hasta hacía un segundo. Un dolor abrasador le cruzó la espalda, pero la sensación se desvaneció casi de inmediato. A tres metros de él, el corpulento conductor del camión esgrimía una pistola láser de alta intensidad—. Te voy a matar.

Asiendo la pistola con ambas manos, el camionero disparó una segunda ráfaga. Pero Diecisiete ya se había puesto en movimiento y cargaba contra el conductor enfurecido. En lugar de herir al polizón, el rayo alcanzó de pleno el rostro del HIT Mark en el momento en que éste se incorporaba. Su cara se convirtió en una masa líquida en ebullición. El ciborg se detuvo para intentar aclarar su visión. El fuego del láser lo había cegado temporalmente, pero seguía operativo. El rayo no había conseguido más que proporcionarle a Diecisiete un pequeño respiro.

Aprovechándose de inmediato de las circunstancias, Diecisiete arrebató el arma de manos del camionero. Un segundo después, el hombre yacía sin vida. Presuroso, el prófugo extrajo la cartera de uno de los bolsillos traseros del conductor y la coló por el cuello de su uniforme. Quizás más adelante pudiera aprovecharla... siempre y cuando hubiese un más adelante. Diecisiete no sentía reparos morales a la hora de matar; ahora no tenía tiempo para la piedad o la misericordia. La muerte formaba parte de la vida. Y él parecía poseer un talento asesino.

Con un torrente de pensamientos, hizo balance de la situación. Se dio cuenta de que corría un extremo peligro. El HIT Mark se estaba limpiando los ojos con su zarpa metálica y volvería a estar encima de él en cuestión de breves instantes. Escuchó el ruido de unas fuertes pisadas que se acercaban por detrás. El convoy había estado compuesto por un total de cuatro camiones, lo cual quería decir que

---

debía de haber al menos cuatro ciborg en las inmediaciones. Por suerte, su transporte era el que cerraba la comitiva, lo que le había conseguido unos segundos preciosos. El estruendo de la refriega había llamado la atención de los demás HIT Marks, que ya corrían en su dirección. Sabía que en esta ocasión no contaba con el factor sorpresa.

—Modo exterminador —rugió el HIT Mark, parcialmente desmantelado, a su espalda. Se arrastraba sobre su estómago, con los brazos convertidos en guiñapos inanimados. Como antes había hecho el tentáculo rematado en garra de su pecho, una ametralladora brotó de su espalda. El rifle automático entonó su canción de muerte.

Diecisiete saltó hacia la izquierda, apartándose de la línea de fuego. El ciborg no podía cambiar de postura con la rapidez suficiente. Tras rodar con el impulso, Diecisiete se puso de pie y echó a correr.

El prisionero fugado sabía que no iba a poder dejar atrás a los HIT Marks. Aunque no fuesen demasiado rápidos, eran infatigables, mientras que él ya se acercaba al límite de su resistencia. Correr en línea recta siguiendo la autopista no era una posibilidad. Sus ametralladoras lo convertirían en un colador antes de que hubiese recorrido cien metros. La única posibilidad que tenía de escapar era ir adonde no pudieran seguirlo. Lo que implicaba utilizar en su provecho la peligrosidad del terreno.

La autopista atravesaba la falda de una montaña. A la derecha de Diecisiete, el suelo se elevaba en un ángulo cercano a los cuarenta y cinco grados. A su izquierda, la tierra ofrecía una caída mucho más empinada. El paisaje estaba salpicado de rocas y pequeños arbustos, pero ofrecía pocos lugares donde refugiarse. Tendría que ser hacia arriba o hacia abajo, y debía decidirse cuanto antes. Eligió ir hacia la izquierda. Puede que los ciborg fuesen capaces de escalar, pero el descenso quizás les plantease algunos problemas.

Tras saltar por encima del pretil metálico, inició el descenso de la pared del acantilado moviéndose en zigzag. Resultaba casi imposible hacer pie en la tierra quebradiza. Sus pies provocaban una avalancha de guijarros y terrones. Avanzaba todo lo rápido que podía sin perder el equilibrio; un paso en falso y se precipitaría hacia la oscuridad. Desde su posición, no podía ver el fondo de la garganta; la montaña descendía hasta perderse en las tinieblas.

En menos de un minuto, se vio inmerso en las sombras, a treinta metros de la carretera. El ángulo de la pendiente hacía que cada movimiento fuese precario. Tras encontrar un pequeño sobresaliente rocoso, Diecisiete se detuvo para recuperar el aliento. Fue entonces cuando aparecieron sus perseguidores.

Tres ciborg, réplicas exactas de aquel con el que se había enfrentado, se habían asomado al pretil, sin decidirse a enfrentarse a la pronunciada pendiente de la montaña. Aunque pareciesen humanos, los ciborg carecían del equilibrio o la agilidad para perseguir a Diecisiete por la cara de un acantilado.

Tres pares de ojos refulgieron a la luz de la luna.

—No tienes escapatoria —gritó uno de ellos. El ominoso cañón de una ametralladora asomaba bajo la gabardina de color negro—. La muerte es el único resultado posible.

—Y una mierda —espetó Diecisiete, al tiempo que saltaba hacia la izquierda. La luz lo cegó cuando el ciborg abrió fuego. Sintió un dolor lacerante en la espalda cuando la tierra que lo rodeaba hizo explosión. Cayó de bruces contra la pared rocosa del acantilado. Tanteó desesperado en busca de asideros en la tierra. Si comenzase a rodar, sabía que le resultaría imposible detenerse.

Acababa de agarrar el borde de un pedrusco medio enterrado cuando una segunda lluvia de proyectiles le alcanzó el costado. Su cuerpo se arqueó presa de la agonía. Sus pies y manos se movieron espasmódicamente por un instante, y todo se volvió de color negro. Empezó a caer. Sintió una nueva punzada de dolor en la espalda, y luego otra. Mientras pugnaba por mantenerse consciente, oyó cómo uno de los asesinos robóticos declaraba confiado:

---

—Eso ha acabado con él.

Diecisiete se despeñaba entre volteretas, rebotando y golpeándose contra la dura pared. Una neblina roja como la sangre veló todos sus pensamientos. Sin embargo, a pesar de todo, seguía conservando una pizca de razón. Los robots le daban por muerto. Su única oportunidad de sobrevivir pasaba por hacerles creer que tenían razón.

Descendía la empinada ladera de la montaña a una velocidad vertiginosa. No intentó detenerse ni frenar su caída, puesto que eso habría alertado a los ciborg de que seguía operativo. Fue el minuto más largo de su vida.

La caída tocó a su fin en seco cuando se estrelló de forma aparatosa contra un enorme peñasco. Se quedó allí, inmóvil, pegado a la piedra igual que un insecto aplastado. Su cuerpo presentaba cortes y magulladuras en un millar de sitios. Su uniforme de prisionero del Colectivo Gris había quedado reducido a trizas. Le habían alcanzado cuatro ráfagas de láser. Había sangre por todas partes. Un pequeño charco comenzaba a formarse sobre la roca. Un reguero escarlata marcaba su paso por la ladera de la montaña.

*Muerto*, proclamó su mente. Extendió su voluntad para transmitir aquel pensamiento a los ciborg de la cima. Era una mente humana lo que controlaba cada cuerpo biomecánico. Por tanto, los HIT Marks eran susceptibles a la sugestión mental intensa. *Muerto, muerto, muerto*, proclamaba Diecisiete, con toda la fuerza de su intelecto. *El blanco ha sido eliminado*.

—El humano está muerto —declaró el cabecilla de los ciborg. El sonido llegaba a oídos de Diecisiete a lomos de la brisa nocturna. Permaneció inmóvil, sin presentar señales de vida—. Nuestra misión ha sido completada.

—Nos ordenaron destruir al prisionero por completo —intervino un segundo hombre máquina—. Su forma sigue intacta.

—No registro indicadores de vida —afirmó el tercer ciborg—. Mi lectura de sus señales de vida es cero. El hombre está muerto. El ángulo imposibilita el uso de nuestros láseres. Cualquier intento por mejorar nuestra posición o llegar hasta el cuerpo podría causar nuestra destrucción. No hay razón lógica que justifique el riesgo.

—Tráfico rodado procedente del oeste —declaró el líder—. Si nos quedamos aquí, nos exponemos a ser vistos. Los conductores del convoy están ansiosos por llegar a su destino. Nuestra intervención ya los ha retrasado. Debemos partir, antes que alguien se detenga para ver qué es lo que ocurre. El descubrimiento de mortales comunes sería un grave desastre, resultante en muertes añadidas. Carecemos de dicha autorización.

—Su respiración ha cesado —concedió el segundo hombre máquina—. Acepto tus conclusiones. Está muerto. Vámonos.

Diecisiete esperó cinco minutos después de escuchar el rugido de los camiones que proseguían su marcha antes de permitir que sus funciones vitales recobrasen la normalidad. Aún entonces, preocupado todavía por una posible reaparición imprevista de los HIT Marks al borde del pretil, dejó que transcurriese un cuarto de hora antes de moverse.

Convencido por fin de encontrarse a solas, Diecisiete se puso de pie, tambaleante. Respiró hondo unas cuantas veces, disipando la niebla oscura que flotaba dentro de su cabeza. Le dolía el cuerpo a causa del tremendo castigo que había sufrido, pero el daño no era tan grave como había creído en un principio. Obviamente, sus habilidades mágicas de combate le habían evitado heridas más graves. Y la asombrosa capacidad de control que ejercía sobre su cuerpo le habían permitido engañar los sentidos de los ciborg.

---

Con cuidado, comprobó el estado de sus heridas. Aunque su ropa había resultado seriamente abrasada, la piel apenas se había chamuscado. Lo que había tomado por contusiones de consideración no eran sino meros rasguños. La sangre que bañaba las rocas procedía de cortes abiertos contra los accidentes del terreno. A pesar del ejercicio, o puede que a causa del mismo, se sentía famélico.

Milagrosamente, la cartera que le había birlado al camionero seguía bajo la camiseta de su traje de presidiario. Había sobrevivido al ataque de las ametralladoras y a la larga caída sin sufrir daños. Diecisiete abrió la billetera y contó setenta dólares. Dinero contante, suficiente para aplacar los sempiternos calambres de su estómago. Aunque antes tenía que salir de aquella garganta y conseguir que lo llevaran de vuelta a la civilización. Planeaba saciar su apetito y, luego, intentar localizar al hermano de la Prisionera Catorce. No tenía ni idea de cómo iba a hacerlo. Disponía de un nombre al que seguir la pista, Alvin Reynolds, y nada más. Sospechaba que aquella iba a ser una misión complicada.

# SEIS

Era una noche húmeda y calurosa a orillas del lago Ontario. Aunque pasaban horas de la medianoche, la playa seguía abarrotada. El grueso de la acción se concentraba alrededor del embarcadero que se estiraba igual que un largo dedo de madera, señalando a las aguas estancadas. El lago aparecía cubierto por una capa de mugre espumosa, verdosa y putrefacta, fruto de más de un siglo de vertidos. A nadie le importaba. Los peces, muertos e hinchados, flotaban diseminados por toda la playa. Sus cuerpos en descomposición inundaban el aire con un olor hediondo. Nadie prestaba atención. La vida de la playa reflejaba la misma corrupción y decadencia que se había adueñado de la propia ciudad. Hacía años que Rochester había muerto, pero su pútrido cadáver se negaba a descansar en paz.

Los gorilas y los matones eran los dueños de la arena. Los hombres vestían camisetas negras sin mangas pegadas al cuerpo y gorras de béisbol vueltas hacia atrás, aunque las temperaturas aún no rebasaban los treinta grados. Mostraban los cuchillos prendidos al cinto sin ningún pudor y ocultaban revólveres por dentro del cinturón, o en pistolerías bajo el sobaco. Muchos exhibían los colores de su pandilla, aunque la playa se consideraba territorio neutral y seguro.

Las mujeres iban en bikini con mallas de tirantes y tops que realzaban sus formas. Algunas se cubrían con faldas enroscadas a la cintura, no por modestia, sino para protegerse las piernas de las chispas procedentes de las hogueras. Todas iban muy maquilladas y pintarrajeadas. Ninguna se metía jamás en el agua. Aunque casi todas ellas parecían adolescentes, en sus rostros podía verse la misma dureza reflejada en la expresión de sus compañeros masculinos. La mayoría también llevaba un cuchillo.

Dos enormes hogueras ahuyentaban a las sombras. Las bandas latinas controlaban aquella sección de la playa. Casi todos sus miembros habían llegado al noroeste procedentes de Puerto Rico, en busca de trabajo. Sin estudios, hablando únicamente español, descubrían que las únicas ofertas de trabajo eran la planta de Químicas Everwell a orillas del lago o la venta de drogas. El tráfico daba más dinero, pero el índice de mortandad era mucho más alto que dentro de la plantilla de Pentex.

La música alta, un apasionado ritmo latino, bramaba desde un viejo sistema de altavoces en el malecón. Las parejas jóvenes se entregaban sin reparos a las salvajes melodías, presionando sus cuerpos cuajados de sudor. El resto, muchos de ellos borrachos o colocados, se contorcían a la sombra bajo el muelle. A pocos les importaba si los veía alguien o no. Su lujuria pesaba más que cualquier posible reparo.

A poca distancia de la playa, a la sombra de un destartado puesto de socorro, un hombre alto y corpulento asistía al espectáculo con el atisbo de una sonrisa en sus labios carnosos. Medía algo más de metro ochenta y pesaba cerca de ciento cuarenta kilos. El observador iba vestido con un traje negro, como su corbata, y camisa blanca. Exhibía unos rubicundos carrillos sonrosados, una espesa mata de pelo oscuro, como su bigote y perilla. La luz de las llamas se reflejaba en sus ojos. Enzo Giovanni solía bajar a la playa para asistir a las fiestas de madrugada. Su comportamiento le parecía de lo más entretenido. Le divertía ver cómo bailaban sus marionetas.

Tenía los ojos fijos en una joven de negra melena, de unos veinte años de edad. Había pasado las tres últimas noches observándola. Le intrigaba. Aquella noche había decidido que hablaría con ella. Llevaba mucho tiempo buscando a alguien así.

La chica vestía un tanga bikini de color blanco, cubierto por un albornoz playero transparente de encaje, también blanco. El ajustado traje de baño se adhería a sus pingües caderas y pechos untuosos como si de una capa de pintura se tratase, conteniendo apenas su sinuosa figura. Al igual que las

---

noches anteriores, se encontraba al borde de la congregación, balanceando su cuerpo lujurioso al son de la música. A lo largo de la última hora, se le habían acercado tres hombres. A dos los había despedido con una mirada fulminante y un puñado de palabras mordaces. El tercero había intentado cogerla por el brazo. La chica se deshizo sin problemas de su presa antes de encajarle la rodilla en la ingle. Mientras el gorila se doblaba sobre sí mismo, gritando de dolor, ella le había cortado un trozo de oreja con una navaja automática. Después de aquello, nadie había vuelto a molestarla.

Enzo echó un vistazo a su Rolex. Era tarde y la caravana procedente del Colectivo Gris no tardaría en llegar. Por mucho que disfrutase asistiendo a los banales juegos de los vivos, había llegado la hora de tomar una decisión. Sus ojos se clavaron en la joven vestida de blanco. Admiraba su descaro y su ferocidad. Era una luchadora cruel y despiadada, como él. Enzo asintió con la cabeza. Le daría una oportunidad. Si la chica resultaba decepcionante, es que la vida humana no valía nada.

Entrecerró los ojos, concentrándose. La joven frunció los labios, y luego el entrecejo, como si estuviera esforzándose por acordarse de algo. Tras recoger su bolso y su falda de la arena, se alejó de la multitud y se adentró en la oscuridad. Caminaba despacio, con paso deliberado, casi como si obedeciera a los pensamientos de otra persona. Nadie pareció darse cuenta de su partida. Exactamente tal y como Enzo había deseado. En la mayoría de los casos, sus deseos solían convertirse en realidad.

La chica se detuvo a una docena de pasos de él. Moviéndose con una gracia insospechada en un hombre de su tamaño, Enzo recorrió el breve brazo de arena que le separaba de la belleza atezada.

—Buenas noches, querida —saludó, con ternura—. Hermosa noche.

La joven del bikini blanco parpadeó, como si acabase de despertar.

—¿Quién coño eres tú? —Pese a la aspereza de sus palabras, su voz era profunda y seductora. A Enzo le gustaba cómo sonaba, la cadencia de su forma de hablar—. Quédate ahí, cabrón, cerdo asqueroso. No me confundas con una de esas putas baratas de playa que van por ahí buscando echar un polvo con bolas de sebo porque piensan que el tamaño sí importa.

—Cállate —dijo Enzo, con una ligera nota de autoridad en la voz. Le desagradaban las palabras malsonantes. El lenguaje de la calle le parecía ofensivo—. Habla sólo cuando yo te lo ordene. En caso contrario, guarda silencio. Quiero que me contestes. Dime la verdad. —Sonrió, revelando una hilera de dientes relucientes—. Responde como si tu vida dependiera de ello.

La joven no dijo nada. Sin el permiso de Enzo, no podía hablar. Se quedó quieta, congelada en el sitio, con los ojos abiertos como platos, presa de la impresión y el pavor.

—¿Comprendes mis órdenes? —preguntó Enzo.

—Joder si las entiendo, cabrón de mierda hijo de puta —contestó la muchacha.

Sin esfuerzo, Enzo le cruzó la cara con el dorso de la mano. Consciente de su propia fuerza, aplicó la exacta para dejar una marca sin romperle la mandíbula. La huella rojiza de sus dedos apareció sobre la mejilla de la chica.

—Respeto —dijo Enzo, despacio—. Exijo respeto a mis inferiores. Comprendo que no sepas hablar sin proferir juramentos. Pero oféndeme de nuevo y abriré tu cuerpo en canal. Esparciré tus entrañas por toda la playa antes de que dejes de respirar. ¿Ha quedado claro?

—Sí —contestó la joven, lacónica. Quizás fuese arrojada y agresiva, pero no estúpida—. ¿Qué me está pasando? ¿Por qué no puedo moverme? ¿Quién coño eres tú?

—Yo haré las preguntas —repuso Enzo—. ¿Cómo te llamas?

—Esperanza —dijo la muchacha, con una nota de pánico en la voz. Incapaz de moverse, incapaz de hablar salvo cuando se lo ordenase su apresador, por fin comenzaba a comprender lo indefensa que estaba—. Esperanza Morales.

—Esperanza —repitió Enzo—. Bonito nombre. ¿Vives en la ciudad, mi encantadora Esperanza?

---

—En el barrio. Con dos...

—Sí —interrumpió Enzo—. Con dos chicas, empleadas en la cadena de montaje de Químicas Everwell. Hermosas también, pero no tan descaradas. Las tres trabasteis amistad cuando ibais a la escuela católica. Fe, Esperanza y Caridad, os gusta llamaros entre vosotras. Qué bonito.

Enzo contuvo la risa. A la luz de la luna, parecía casi benévolo, un tío preocupado que reprendiese a una sobrina desobediente. Salvo por cierto sesgo bestial en su mentón, el extraño fulgor de sus ojos.

—Esas dos tienen novios, y tú no —continuó—. Estás celosa, tremendamente celosa de su suerte. Por eso vienes a la playa y provocas a los jóvenes. La envidia te devora por dentro igual que un gusano.

—Ésa es una puta mentira —escupió Esperanza, furiosa—. Yo no tengo celos de nadie. ¿A mí qué cojones me importa lo que hagan las demás? Yo soy la que importa. Hago lo que quiero, cuando quiero y como quiero. Puedo tener a todos los tíos que me dé la gana. Ésa es la puta verdad.

Enzo asintió con la cabeza.

—Te creo. Uno de mis talentos consiste en saber cuándo alguien de los tuyos está mintiendo. Creo que tengo trabajo para ti, querida. Con un poco de entrenamiento, se te dará bien. Acompañame.

Enzo dio media vuelta y se alejó del lago. La joven, Esperanza, con el rostro contorsionado por una mezcla de frustración y miedo, lo siguió.

Una pareja solitaria, tendida sobre una toalla en la arena, levantó la cabeza a su paso. Las drogas y la lujuria les nublaban la vista. Ninguno de ellos dijo nada ni hizo ademán alguno de detener a Enzo y a su reticente acompañante. El hombre, con un leve atisbo de inteligencia reflejado en el rostro, se apresuró a santiguarse. Enzo contuvo una carcajada.

—Campesinos supersticiosos. Si tuviese tiempo, les enseñaría cuánto me molesta ese estúpido gesto. Pero esta noche no. El trabajo antes que el placer.

—¿A... adónde me llevas? —balbució Esperanza. Su voz se había convertido en un susurro. Parecía sorprendida de poder hablar sin que le hubieran concedido permiso.

—Dime, querida —dijo Enzo, pasando por alto la pregunta de la joven—, ¿qué es lo más importante del mundo? ¿El amor, el honor, el sexo, la felicidad? Sé sincera, pequeña Esperanza, porque sabré de inmediato si me estás engañando.

—El poder —contestó inmediatamente la joven—. No hay nada más importante que el poder. Si tienes poder, lo demás te viene a las manos. El puto mundo es tu juguete.

—Muy bien —celebró Enzo—. No me equivoqué al juzgarte. Me parece que vas a servirme de maravilla.

—¿Servirte? —La voz de Esperanza se tornó estridente—. ¿Qué coño dices? No recuerdo haber pasado ninguna puta entrevista de trabajo.

Enzo giró en redondo y clavó sus ojos en la muchacha.

—Parece que sigues sin entenderlo, mi querida Esperanza. No tienes opción. Mis deseos son lo que importa. No los tuyos.

Una franja irregular de bajos bloques de cemento separaba la playa del aparcamiento. Una capa de cristales rotos, los restos de un millar de botellas de cerveza, cubría el pavimento, negro y agrietado. Esperanza no llevaba zapatos ni sandalias.

—Mi limosina está por allí —dijo Enzo—. Vamos, mis hombres están esperando. Guarda absoluto silencio. No tienes permiso para gritar, da igual lo mucho que duela. Tengo que concentrarme en importantes asuntos de negocios.

Atravesaron juntos el aparcamiento. Esperanza caminaba como en trance, incapaz de esquivar los fragmentos de vidrio, los clavos oxidados y las esquirlas de cemento que sembraban el suelo. Su rostro

---

se contorsionaba lanceado por el dolor, pero era incapaz de proferir sonido alguno. Tampoco podía dejar de andar. Cuando llegó a la limosina, la piel de sus pies había quedado reducida a jirones. Un rastro de pisadas ensangrentadas cruzaba el aparcamiento.

—El dolor es un buen maestro —dijo Enzo—. Tómame este paseo como tu primera lección.

Dos hombres bajos y corpulentos se encontraban apoyados contra la reluciente limosina de color negro. Sus embrutecidos semblantes peludos, las amplias espaldas y los brazos que casi rozaban el suelo les conferían el aspecto de gorilas. Vestían rígidos uniformes negros de chóferes, completados con gorras, pero ninguna chaqueta podría camuflar sus prominentes bíceps. Sus ojos grises escrutaron a Esperanza sin curiosidad ni deseo aparentes. Sus expresiones permanecieron frías e indiferentes. Los hombres no parecían impresionados por la turgencia de su cuerpo ni la sangre que le bañaba los pies.

—¿Noticias de la caravana? —preguntó Enzo al más alto de los dos.

—Ni una palabra —replicó el hombre. Su voz resultaba apenas audible—. Es tarde.

—Eso resulta obvio. —Enzo parecía disgustado—. Un hecho inusitado. ¿Ha llamado Hargroves?

El interpelado negó con la cabeza. Hombre parco en palabras, parecía haber agotado su repertorio de vocablos por esa noche.

—Éstos son los hermanos Grim —anunció Enzo a Esperanza—. Mis más leales sirvientes. No pierdas el tiempo intentando conquistarlos. Como puedes ver, hace muchos años que perdieron la poca libido que pudieran poseer.

Abrió la puerta de atrás de la limosina.

—Entra —ordenó a la joven—. Cuidado con los pies. Me gustan mis alfombras. Cuesta mucho limpiar las manchas de sangre.

Enzo miró a Mark, el más alto de los hermanos Grim, mientras la muchacha entraba en la limosina.

—No es para ti. Le reservo otros planes. Sé que os prometí una recompensa a Jacob y a ti por vuestros últimos servicios. Una vez hayamos regresado a la fábrica, tienes mi permiso para dar caza a algunos vagabundos y sacarlos de la calle. Haz lo que quieras con ellos. Limitate a tener cuidado de que no te vea nadie. La cuenta de la policía ya es lo bastante cara como para añadir el chantaje a la lista.

—Tendremos cuidado —dijo Mark, lacónico. Tras él, Jacob, más bajo y pesado, mostró su conformidad asintiendo con la cabeza—. Nos conoce, señor Giovanni. No causaremos problemas.

—Llévame de vuelta a la oficina. Quiero saber por qué se retrasa el envío.

Se introdujo en el coche para sentarse junto a una temblorosa Esperanza. La chica había cruzado los pies, adoptando la postura del loto, a fin de no apoyarlos en el suelo. La piel se había convertido en un puñado de tiras. La sangre le teñía de rojo los muslos y las rodillas. Se estremeció cuando Enzo entró en el coche, pero no dijo nada. Hasta que él le diese permiso, permanecería muda.

—Muy bien —felicitó Enzo—. Sabes apreciar la obediencia.

La limosina comenzó a moverse. Su motor emitía un ominoso zumbido ahogado.

Con cuidado, Enzo se remangó el puño de la camisa sobre la muñeca derecha. Con gestos de cirujano, practicó un corte con la afilada uña de su dedo índice izquierdo sobre una de las venas principales. La pálida piel se rasgó como si fuese papel. Unas cuantas gotas de sangre negra relucieron a la tenue luz del interior del coche.

—Bebe —dijo Enzo, llevando la mano a los labios de la muchacha—. Bebe de mi sangre.

Incapaz de resistirse a la voluntad de Enzo, la joven obedeció. Abrió la boca y comenzó a chupar la sangre que manaba de la herida. Despacio al principio, con la repugnancia asomando a sus ojos. Luego, a medida que el horror iba cediendo el paso a un placer increíble, la muchacha bebió con avidez.

---

—Basta —ordenó Enzo, transcurridos algunos segundos. Apartó el brazo de un violento tirón. La herida dentada se cerró de inmediato, sin dejar traza alguna del corte—. Mírate los pies.

Esperanza ahogó un gemido. Las plantas de sus pies ya no eran los jirones sanguinolentos de hacía un momento. La piel volvía a verse tersa y entera. No quedaba ni rastro de sangre.

—Tu segunda lección —dijo Enzo—. Sírreme y te verás recompensada con un poder como jamás has conseguido siquiera imaginar. Control incluso sobre las fuerzas de la vida y la muerte.

Se arrellanó en el asiento de cuero negro.

—¿Te sonaba la cara de mi chófer? ¿De los noticiarios de la televisión, quizás?

—Um —bufó Esperanza, recuperado ya el don de la palabra—, me parece que sí que lo he visto en algún sitio.

Permaneció sentada en silencio por unos momentos, antes de sacudir la cabeza, incrédula.

—No puede ser —musitó—. No me jodas que es él. Está muerto. La poli acribilló a balazos a ése y al lunático de su hermano hace cosa de un año.

Enzo profirió una carcajada.

—Nunca te creas todo lo que leas en los periódicos o veas por la televisión, mi dulce Esperanza. Manipular los medios de comunicación es un juego de niños para alguien con talento. Los hermanos Grim son psicópatas incurables. Sólo obtienen placer del sufrimiento ajeno. La tortura que implique fuego y cuchillos es su pasatiempo favorito. Tengo entendido que la policía los relacionó con veintisiete asesinatos antes de dar con el escondrijo que tenía la pareja en un almacén abandonado de la parte vieja de la ciudad. —Enzo desgranaba su relato con la voz henchida de satisfacción—. Con posterioridad, los agentes de la ley descubrieron otros restos que les dijeron que habían subestimado con creces el número de víctimas de los Grim —narró, conteniendo la risa—. Setenta y siete cabezas conservadas en cámaras frigoríficas los convencieron del error de sus cálculos.

Esperanza miraba a Enzo sin parpadear.

—Si te piensas que me vas a acojonar con el cuento de esos capullos, es que estás como una puta cabra. Como uno de esos monstruos me ponga un dedo encima, le arranco la mano y se la meto por el culo.

—Intrigante concepto —musitó Enzo—. Tu actitud es perfecta, mi querida Esperanza. Lo único que hay que conseguir es cambiar ese aspecto. Será todo un reto, pero creo que podremos conseguirlo con algo de esfuerzo.

—¿Tú quién hostias eres? —preguntó la muchacha. Por vez primera, pareció percatarse del lujoso interior de la limosina—. Ni que cagaras oro. ¿Eres el diablo del que tanto hablaban las hermanas?

Enzo se rió.

—¿Cambiaría eso algo? ¿Cambiaría las cosas?

—No. Qué cojones.

—Entonces no te martirices con tales preguntas. —Se inclinó hacia delante para descorchar una botella del mueble bar. Saltaba a la vista que el espeso líquido rojo que vertió en su vaso no era vino. Esperanza se relamió nerviosa mientras veía cómo Enzo paladeaba su bebida—. Te ofrecería un refrigerio, pero no creo que te gustase el sabor.

Sus ojos, tan rojos como la sangre del vaso, se habían clavado en los de la joven.

—Puedo obligarte a obedecer mis deseos. Ya has visto con qué facilidad someto tu voluntad a la mía. Pero necesito una voluntaria, no una esclava sin mente. Colabora conmigo y todo lo que alguna vez hayas deseado será tuyo.

—Por un precio.

---

—Desde luego —Enzo reconocía la aceptación cuando la oía. Sonrió, satisfecho con el resultado de sus esfuerzos—. *Todo tiene un precio.*

# SIETE

—Se lo comunicaré al Interventor Klair —dijo X344 al teléfono, incapaz de disimular su enfado—. Estoy seguro de que querrá discutir este asunto en persona.

Con un bufido de disgusto, el ciborg golpeó el auricular contra la horquilla del aparato. Una lluvia de fragmentos de plástico cayó sobre el cuarto cuando la unidad estalló en mil pedazos. X344 olvidaba demasiado a menudo lo fuerte que era. Cualquiera que fuese capaz de doblar barras de acero tenía que aprender a controlar su genio. Aquel era el tercer teléfono que destruía en lo que iba de mes, al que todavía le quedaba una semana para terminar. Su récord estaba en cinco.

Con un ronroneo mecánico apenas audible, el ciborg salió al pasillo fuera de su oficina. El Interventor Klair se encontraba reunido en el nivel superior con la Progenitora Directora de Investigaciones, Sharon Reed. A ninguno de los dos les iban a gustar las noticias de las que era emisario.

La entrada al centro de conferencias estaba cerrada. X344 estiró la zarpa izquierda y golpeó con fuerza sobre la puerta de duraluminio. Se suponía que aquel material sintético era más fuerte que el acero, pese a resultar más ligero que el plástico. El ciborg estaba convencido de que él podría convertirlo en añicos con sus manos artificiales. Algún día, esperaba tener la oportunidad de demostrarlo. Le gustaba romper cosas.

La puerta se hizo a un lado cuando Klair sintió su presencia desde el interior de la cámara. Cuatro Tecnomantes se apiñaban alrededor de una mesa de conferencias. Era redonda para remarcar que todos eran iguales, para que nadie pudiese encabezar la reunión. A X344, aquel concepto le parecía una estupidez. Todo el mundo sabía que Iteración X era el ramal más importante de la Tecocracia. El Interventor Klair era el auténtico líder del Colectivo Gris. Puede que Sharon Reed pensara de otro modo, pero su opinión, al igual que la de su maldita ayudanta, Velma Wade, no contaba para nada.

Klair asintió con la cabeza mientras X344 entraba en el cuarto sobre sus ruedas de oruga. Reed, que no disimulaba su odio por los humanos mejorados mecánicamente, torció el gesto ante él, aunque mantuvo la boca cerrada. X344 le dedicó una sonrisa. La mujer sabía que no estaba dispuesto a tolerar insultos de nadie, ni siquiera de una Directora.

Velma Wade, el bicho raro que cambiaba de aspecto como quien cambia de camisa, le ignoró. X344 estaba seguro de que era la amante lesbiana de Reed. No es que el sexo importara demasiado dentro del Colectivo Gris. Lo único que importaba de veras era la consecución del trabajo a tiempo. Wade era siempre la primera en cumplir con sus tareas. El Interventor Klair despreciaba y temía a Sharon Reed, pero a X344 le parecía que Velma Wade era la más peligrosa de aquella pareja.

El cuarto Tecócrata allí reunido era Terrence Shade. Un hombre bajo y rechoncho, con la cara roja igual que una remolacha, barba negra y carrillos hinchados, que pertenecía a la Convención de la Tecocracia conocida como el Nuevo Orden Mundial. Junto a Reed y Klair, era el tercer miembro del Triunvirato que gobernaba el Colectivo Gris. Shade actuaba como administrador del complejo. Era el único mago de todo el edificio que no pertenecía a Iteración X ni a los Progenitores.

El Nuevo Orden Mundial alojaba a maestros de la propaganda y el engaño. Su trabajo consistía en neutralizar cualquier factor aleatorio que interfiriese con una existencia controlada y ordenada. Entre sus camaradas Tecócratas, el NOM se especializaba en coordinar esfuerzos entre varias ramas de la Tecocracia. Eran la argamasa que mantenía unidas a las cinco Convenciones de la Unión Tecnocrática.

Shade era un Especialista en Misiones. Se esforzaba para que no hubiese roces entre los magos Progenitores y de Iteración X asignados al proyecto GA. Había quien opinaba que se esforzaba

---

demasiado. Un Armador suspicaz le había sugerido a X344 en una ocasión que, en realidad, Shade se encontraba tras toda aquella empresa de alto secreto. Con la certeza de que tal brillantez sólo podía ser el fruto de los esfuerzos del doctor Klair, X344 había rechazado aquella idea absurda sin dedicarle ni un segundo más de atención. El gordo era un contable venido a más, eso era todo.

—Asumo que nos traes noticias, X344 —dijo Klair, a modo de saludo. El tono de voz del Interventor le indicaba al ciborg que se había estado celebrando una acalorada discusión antes de su llegada—. Todos estamos conteniendo la respiración a la espera de tu informe. El Especialista en Misiones Shade opina que me excedí en mis funciones al enviar a los HIT Marks tras el Prisionero Diecisiete. Cree que mi reacción fue exagerada. La información que traes, ¿le hará comerse esas palabras?

—Um, no lo sé, señor —respondió X344, incómodo a todas luces por las noticias que llevaba a los reunidos—. Acabo de hablar con Richard Gill, el supervisor del Colectivo de Siracusa. A petición nuestra, envió cuatro HIT Marks para eliminar al Prisionero Diecisiete. Los agentes detuvieron la caravana de camiones algunos kilómetros a las afueras de Rochester y encontraron al prófugo. No se sabe cómo, consiguió desarticular a uno de los cuatro. Los otros tres abrieron fuego y lo mataron haciendo uso de sus armas automáticas. Abandonaron su cuerpo sin vida al pie de un acantilado y regresaron a la base.

—Eso suena satisfactorio —dijo Shade, asintiendo con la cabeza—. Pese a mis reparos acerca de un uso excesivo de la fuerza, al parecer todo salió bien.

—No, nada ha salido bien —espetó Klair, con los puños apretados. Su frente enrojecía, presa de la ira. Con sus aislados mechones de pelo ralo erizados en los ángulos más extraños, la calva coronilla y sus enormes ojos abultados, el Interventor le recordaba a X344 al payaso de un circo. Un payaso maniaco y demente. Su voz se había vuelto estridente—. Esa basura que acabo de oír no es *nada* satisfactoria.

—Añadiría —intervino Sharon Reed, lívida. Nelson llevaba el tiempo suficiente con la Directora de Investigaciones como para darse cuenta de que se sentía igual de molesta que su jefe—, que os advertí de que esos cabezas de lata no eran de confianza.

—La culpa es de ese estúpido de Gill —rezongó Klair, trémulo de ira—. Fui muy concreto al transmitirle mis órdenes. *Muy concreto*. Le dije que los HIT Marks no debía limitarse a matar al prisionero, sino que tenían que destruir su cuerpo por completo. Incluso insistí en que repitiese mis instrucciones para que no cupiese la menor duda de que había entendido lo que quería decir.

El Interventor miró a X344.

—Acuérdate del nombre del señor Gill. Habrá que revisar su puesto.

El ciborg asintió con la cabeza. Comprendía el significado oculto tras las palabras de Klair. Antes o después, el ciborg X344 de Iteración X y Richard Gill mantendrían una reunión. Era la última vez que el señor Gill desobedecía órdenes específicas.

—Bueno, ahora que tu hombre la ha cagado pero bien —dijo Sharon Reed—, ¿qué piensas hacer, Klair?

—No sé si me estoy perdiendo algo —intervino Terrence Shade. A pesar de su aspecto tempestuoso y rasgos porcinos, el Especialista en Misiones hablaba con voz tranquila y calculada. Nunca mostraba enfado ni irritación, por malas que fuesen las noticias. Paseó la mirada de Klair a Reed, y a la inversa—. ¿Le importaría a alguien explicarme cuál es el problema?

—El Prisionero Diecisiete era quizá nuestro mayor logro en lo referente a modificación y mejora corporal —expuso Sharon Reed, tableteando con un dedo sobre la mesa, como si quisiera enfatizar cada una de sus palabras—. Muchos de los cambios operados sobre su forma se incorporaron después al prototipo GA final. Diecisiete fue nuestro campo de pruebas para algunos de los procedimientos

---

implicados. Aunque las bioconstrucciones no fuesen tan complejas como las utilizadas para el clon base, el prisionero se transformó en una de las formas de vida más avanzadas de toda la existencia.

—Entre sus muchas mejoras —continuó Velma Wade—, el prisionero posee un control casi absoluto sobre sus atributos físicos y mentales. Controla de forma consciente la mayoría de sus procesos físicos. Fingirse muerto es un juego de niños para él.

—Pero las ametralladoras son mortíferas —apuntó Shade.

—Los procesos recuperativos de Diecisiete escapan a vuestra limitada imaginación —dijo Reed, con impaciencia—. Recuerde que añadimos todo lo *posible* en su reconstrucción. Es un ser superior, física y mentalmente. Este hombre, desarmado, mató a un sauroide.

—Gill dice que Diecisiete le rompió los dos brazos al HIT Mark que quedó parcialmente desmantelado —añadió X344—. Los huesos de esos robots están hechos de primium. Son casi indestructibles.

—Entonces, lo que estáis diciendo —empezó Shade— es que el prisionero fugado probablemente sigue con vida. Que los HIT Marks tan sólo creyeron que estaba muerto.

—Exacto —confirmó Klair, que empezaba a recuperar el color. Parecía volver a ser dueño de sí mismo, aunque X344 podía detectar una nota de pánico en su voz—. No olvidemos que, además de las modificaciones de sus sistemas, Diecisiete posee poderosas habilidades paranormales. Si fuese necesario, cualquiera de los presentes en esta sala podría engañar a un HIT Mark y hacerse pasar por muerto. Son inteligentes, pero no inmunes a la manipulación mental. La voluntad de Diecisiete es, obviamente, tan fuerte como la nuestra.

Shade exhaló un hondo suspiro.

—No será fácil explicarle este desastre al Simposio. Resulta obvio que lo primero que hay que hacer es localizar y destruir a este Prisionero Diecisiete. Cuanto más tiempo permanezca en libertad, mayores serán las posibilidades de que revele detalles de esta operación. La totalidad del proyecto estaría en juego.

—Ése —intervino Velma Wade, con confianza— no es el mayor de nuestros problemas. Las máximas medidas de seguridad están siempre activadas cuando se maneja a los prisioneros del bloque de celdas. Ninguno de ellos tiene ni idea de lo que estamos haciendo en el Colectivo Gris. Alguno podría intuir nuestros planes, pero estoy más que convencida de que nuestro secreto se encuentra a salvo. Diecisiete no puede revelar lo que desconoce.

—Claro —dijo X344, incapaz de resistir el impulso de mofarse de Wade. La cambiaformas le ponía los pelos de punta—. ¿Por qué iba nadie de cualquiera de las Nueve Tradiciones a sentir curiosidad acerca de un mago biomanipulado casi sobrehumano que aparece de pronto una noche balbuciendo historias acerca de un centro de investigación secreto en una Construcción alienígena? —se rió, con el sarcasmo rezumando de su lengua como si fuese bilis—. Qué va, a nadie le iba a picar la curiosidad, ni siquiera cuando hable del bloque carcelario lleno de brujos que secuestramos para nuestros experimentos.

—Una observación deprimente, aunque perspicaz, señor Nelson —dijo Shade—. Debemos ponernos en el peor de los casos y actuar a partir de ahí. El Prisionero Diecisiete lleva horas suelto. Hay magos de las Tradiciones en la zona de Rochester. Nuestra hipótesis de trabajo será que ha conseguido entablar contacto con ellos y están al corriente de nuestra existencia. Podríamos concebir que nuestros enemigos organizarán un ataque contra el Colectivo Gris. ¿Cómo reaccionaríamos?

—El proyecto debe continuar según lo planeado —dijo el doctor Klair, con el rostro compuesto en una máscara de determinación—. No podemos permitir que este incidente provoque ningún retraso. Se han volcado demasiados esfuerzos en este proyecto como para cancelarlo por culpa de un solo hombre.

---

El experimento GA es crucial para el futuro de la Tecnocracia. Podría ser la clave para la futura eliminación de las Nueve Tradiciones.

—Estoy completamente de acuerdo con el Interventor Klair —dijo Sharon Reed—. Nos encontramos cerca de un increíble paso adelante en el desarrollo de clones base. Me niego a aceptar que una simple posibilidad de peligro destruya nuestro trabajo.

—¿Cuánto falta para la culminación del clon base GA? —quiso saber Shade.

—Entre diez y doce días, siempre que el doctor Klair no tenga más modificaciones que añadir al sistema nervioso —dijo Reed—. Estamos a punto de iniciar las secuencias finales de crecimiento.

Klair hizo una mueca.

—Por desgracia, aún debemos llevar a cabo una pequeña revisión. —El Interventor extrajo un puñado de apuntes garabateados del bolsillo interior de su uniforme—. Si conectamos el ordenador principal directamente a los periféricos nanotecnológicos, creo que esta alteración podrá completarse en menos de un día.

Sharon Reed fulminó a Klair con la mirada. Le arrebató las hojas. Mientras escrutaba las instrucciones, sacudía la cabeza, desconcertada.

—¿Cuándo se te ocurren estas cosas, Klair? ¿Por la noche lo sueñas y de día lo cuentas?

El semblante del Interventor adquirió un color ceniciento. X344 no pudo evitar percatarse de que la voz de Klair temblaba cuando respondió.

—Estos planos son el resultado de muchas horas dedicadas a la optimización de la eficacia del clon base. Ése, al menos, ha sido siempre *mi* objetivo.

—Y el mío —bufó Reed—. No me vengas con esa mierda de autosuficiencia a estas alturas, Klair. He trabajado en este proyecto como la que más.

—Ya está bien de palabrería —dijo Shade, levantando la voz—. Los líderes del Simposio han expresado su satisfacción acerca de las contribuciones de ambos a este proyecto tan importante. No es tema de debate para esta noche.

Era una forma sutil pero efectiva de recordarle a todo el mundo que Shade era su vínculo con el Simposio Tecnócrata, la junta que dirigía las empresas de todas las Convenciones. Una palabra equivocada por su parte y el proyecto GA se detendría de inmediato. O provocaría la sustitución de cualquier implicado en la operación.

Volvió su rostro rubicundo hacia Sharon Reed.

—Efectuaréis los cambios del doctor Klair y luego comenzará las secuencias de crecimiento. Diez días. Ni uno más. ¿Entendido?

—Entendido —contestó la Directora de Investigaciones.

Shade se giró hacia el doctor Klair.

—Usted ayudará en los esfuerzos de la doctora Reed. Espero su absoluta colaboración.

—Desde luego —dijo el Interventor—. Lo que usted diga, Shade.

—Muy bien. —El Especialista en Misiones miró a Velma Wade y luego a X344. El ciborg encontró la mirada de Shade vagamente desconcertante. Era como mirar a los ojos a un reptil. Aquellos carrillos sonrosados y la barba negra ocultaban una frialdad absoluta que atemorizaba al hombre máquina. Era un aspecto de la personalidad de Terrence Shade que X344 no había visto antes—. Asumo que ambos colaborarán al máximo de sus capacidades para asegurarse de que no vuelvan a repetirse desastres ni imprevistos.

—Soy leal a la Tecnocracia —dijo Velma Wade—. No habrá quejas de mi trabajo.

—Ni del mío —se apresuró a afirmar X344. La idea de cooperar con Wade le revolvió el estómago, pero la culminación del proyecto GA era lo más importante. Como había dicho Klair, el clon base

---

podría convertirse en el arma que destruyese las Nueve Tradiciones. Sabría hacer de tripas corazón durante un par de semanas. Antes o después, llegaría su revancha—. Puede contar conmigo.

—Excelente —Shade volvía a mostrarse agradable y sonriente. La frialdad de su voz había desaparecido como si jamás hubiese existido—. Creo que vamos por el buen camino. Podemos discutir el fortalecimiento de las medidas de seguridad más tarde. De momento, nuestra principal preocupación estriba en averiguar lo que hacer con el Prisionero Diecisiete. Obviamente, si nos basamos en lo que aquí se ha hablado, cuanto más tiempo permanezca campando a sus anchas, más aumentará el riesgo de un ataque por parte de las Tradiciones. El hombre debe ser eliminado.

—Puedo comandar un escuadrón de sauroides para darle caza —sugirió Wade—. Las bestias son unos rastreadores de excepción. Encontrarán sus huellas sin ningún problema y lo seguirán hasta donde se encuentre —esbozó una sonrisa victoriosa—. Las criaturas se crían con un fuerte sentido de la lealtad hacia la manada. Dejarán a Diecisiete hecho cachitos.

—Media docena de HIT Marks a mis órdenes podría hacerse cargo de la situación con la misma efectividad —propuso X344—. Los ciborg son implacables y no conocen el agotamiento. Lo único que necesitan es a alguien que los controle de cerca. A corta distancia, sus ametralladoras pueden reducir a Diecisiete a cenizas.

—Agradezco sus sugerencias —dijo Shade—, pero me temo que no son factibles. El Prisionero Diecisiete ya no está en nuestro reino, sino en la Tierra. Las fuerzas que han mencionado tendrían problemas para ocultarse de la población. No podemos alterar la percepción del mundo de los Durmientes. Si descubriesen sus equipos de caza, su asombro y escepticismo provocaría un tremendo contrgolpe de la Paradoja. No podemos arriesgarnos a que ocurra un desastre de esas características.

X344 asintió, a regañadientes. Al igual que ocurría con muchos Tecnomantes, sabía muy poco acerca de la Paradoja. Nadie comprendía del todo qué la causaba o cuándo aparecía. En la mayoría de los casos, no obstante, era el resultado de humanos normales, los Durmientes, enfrentados al espectáculo de la realidad modificada y deformada por la magia. Su escepticismo provocaba una tremenda reacción psíquica que hería de gravedad al mago implicado, así como a su obra. Era la razón principal por la que los magos evitaban el uso de fuertes hechizos y magia vulgar entre la gente corriente, salvo en circunstancias extremas. La realidad estática tenía la fea costumbre de ensañarse con quienes pretendieran malearla a su antojo.

—¿Qué sugieres? —preguntó Klair—. ¿Que enviemos acólitos tras él? Los simples mortales no tienen nada que hacer contra ese hombre. Recuerda que aunque la mayoría de los poderes de Diecisiete se alimentan de magia, dado su carácter interno, los Durmientes lo verán como algo perfectamente normal. Salvo en casos extremos, no generará Paradoja.

—Tengo la solución perfecta —dijo Shade—. El Nuevo Orden Mundial posee su propia rama de agentes del orden. Son célebres entre los Durmientes, sobre todo entre los más paranoicos, pero nadie sospecha de su auténtica naturaleza mágica. Aparentan no ser más que operativos secretos del gobierno. Sus poderes son formidables. Son despiadados, eficaces y más que mortíferos.

El Especialista en Misiones esbozó una sonrisa. A Nelson, el hombre de los mofletes colorados y la barba negra le parecía absolutamente satánico.

—Me pondré en contacto con nuestra sucursal del noroeste. Ya es hora de que el Nuevo Orden Mundial se haga cargo de esta misión. Os aseguro que nuestros operativos no fallarán. Los Hombres de Negro están entrenados para este tipo de misiones de busca y eliminación. Manejarán la operación con rapidez y eficacia. Para mañana por la noche, el Prisionero Diecisiete no será más que un recuerdo desagradable. Y el proyecto GA podrá seguir adelante sin más contratiempos.

# OCHO

Diecisiete tardó casi una hora en escalar la distancia que había bajado rodando en cuestión de segundos. Aunque se encontraba en perfecta forma física, el otrora prisionero comenzaba a sentirse algo mareado cuando por fin alcanzó la chata planicie de la autopista. Tras la increíble cantidad de ejercicio que había experimentado esa noche, su cuerpo necesitaba combustible. Se encontraba al borde de la extenuación.

Tras arrastrarse hasta la cima de la loma, Diecisiete cayó a cuatro patas sobre la hierba que bordeaba el pretil de metal. Tuvo que respirar hondo durante varios minutos antes de sentirse con fuerzas para ponerse de pie... momento en el que se topó de frente con los ojos de un desconocido de pelo cano que lo observaba a un metro de distancia.

—Cómo has tardado en subir, hijo —rezongó el hombre. Diecisiete estimó que debía de medir cerca del metro ochenta y pesar unos noventa kilos. La edad le apergaminaba el rostro. Su frente presentaba más líneas que un mapa de carreteras. Una mata espectacular de cabello blanquísimo coronaba su cabeza. Un largo bigote separaba su labio superior de una nariz roja como un tomate. Sus ojos azules chispeaban vivaces. El sonido de su voz recordaba al que podría emitir un puñado de semillas dentro de una calabaza seca—. Llevamos esperándote por lo menos media hora. Albert y yo podíamos haber echado unas partidas a la escoba de saber que ibas a subir todo el camino a rastras.

A varios metros por detrás del hombre de pelo cano, surgió otra figura iluminada por la luna. Un hombre negro, escuálido, con la cabeza afeitada, que sobrepasaba los dos metros veinte de altura. Vestía una vaporosa túnica púrpura y azul que lo cubría desde el cuello a los tobillos. Diecisiete reparó de inmediato en los misteriosos sellos de color azul pintados sobre las mejillas del gigante. Sabía que aquellos símbolos querían decir algo, pero no podía recordar el qué.

—No era nuestra intención asustarte —dijo el hombre de color. Su voz profunda retumbaba igual que un timbal—. Mi presencia ejerce un efecto desconcertante sobre casi todo el mundo. Asumen de inmediato que soy caníbal reductor de cabezas. O un bicho raro fugado de algún circo. Resulta agotador explicar una y otra vez que no soy ninguna rareza.

—Esos malditos intolerantes que abundan en este país juzgan a un hombre por el color de su piel o su aspecto —dijo el anciano, con un bufido—. Pero tú no eres imbécil, ¿verdad, hijo?

Diecisiete negó con la cabeza.

—Tu amigo tiene buen aspecto —declaró—. Aparte de estar en los huesos. Pero eso no es ningún crimen.

El hombre de pelo blanco contuvo una risita.

—Cuando Albert se pone de lado, su sombra desaparece. Llevo años intentado forrar esos huesos con algo de carne. El muy cretino no come más que verdura. No sé de nadie que engorde rumiando hierbajos. —El anciano miró fijamente a Diecisiete—. Parece que has tenido una noche movidita, chaval. ¿Necesitas ayuda?

Diecisiete se humedeció los labios. Presentía que podía confiar en aquel anciano estafalario y en el gigante de su compañero. No sabría decir por qué, pero de momento sus corazonadas eran la única guía de la que disponía. En esa situación, le pareció que no le quedaba otra opción.

—Ya que hablamos de comida, ¿no tendréis nada que llevarme a la boca, por casualidad? —preguntó—. Me muero de hambre.

---

—Hay algo de pan en la furgoneta —dijo Albert. Pronunciaba cada palabra con precisión, con un acento que Diecisiete no supo identificar—. En la nevera hay queso y rosbif para los bocadillos de Sam y lechuga para mí. Si gustas.

—Trae también la jarra de limonada —dijo el hombre que debía de ser Sam—. Supongo que a nuestro maltrecho amigo le apetecerá beber algo. Tiene pinta de estar hecho polvo.

—Me sentiré mejor después de la cena —dijo Diecisiete. No mentía. Lo único que le hacía falta para recuperarse del todo después de las aventuras de aquella noche era comida. A pesar de sus recientes heridas, se sentía en perfecta forma.

—Mejor me dejas que te eche un vistazo mientras Albert pilla el papeo —dijo Sam, dando un paso en dirección a Diecisiete—. Se me da bien, ya sabes. Puedo sentir si alguien está herido o magullado, aunque no le duela nada. Albert es el hombre medicina. Yo encuentro lo que hay que curar y él lo cura.

—Si así se va a sentir mejor —sonrió Diecisiete—, adelante —levantó las manos por encima de la cabeza—. Pero os aseguro que tengo una salud de hierro. Quitando lo del hambre, me siento bien. Ni siquiera estoy cansado.

Sam apartó los retales del maltrecho uniforme y puso las manos sobre el pecho de Diecisiete.

—Un amigo mío me dijo lo mismo segundos antes de que descubriese que estaba sangrando por dentro como un cerdo. Habría muerto al cabo de una hora, hijo. Deja que juzgue por mí mismo, ¿vale?

Diecisiete exhaló un suspiro.

—Es que no lo entiende. Yo no soy un hombre normal.

—Eso ya lo sé. Eres uno de los Despertados, igual que Albert y yo. Por eso hemos venido a buscarte a este tramo de carretera dejado de la mano de Dios. Sentimos tu presencia y empezamos a rastrear. Se me da bien encontrar a huérfanos en apuros. Uno de esos sextos o séptimos sentidos. Perdí la pista al cabo de un rato. Sea como sea, nadie podrá decir nunca que Sam Haine, el Hombre Cambiante, no corre en auxilio de sus colegas hacedores de magia.

—Sam Haine, el Hombre Cambiante —repitió Diecisiete. El nombre le sonaba, como si lo hubiese oído antes en alguna parte. Pero, como le ocurría con tantas otras cosas, no estaba seguro de dónde ni de labios de quién. Resultaba frustrante—. ¿No conocerá a un hombre llamado Alvin Reynolds, por casualidad?

El hombre de pelo cano frunció el ceño. Mientras musitaba una retahíla ininteligible entre dientes, colocó las manos a ambos lados del cuello de Diecisiete.

—¿Reynolds? ¿Alvin Reynolds? Ese nombre no me dice nada. Tampoco me hagas mucho caso, porque conozco a mucha gente y no puedo acordarme de todos los nombres. Mi memoria es un colador, hijo. Eso es lo que pasa cuando te haces viejo. A Albert sí se le dan bien los nombres. Mejor será que le preguntes a él.

—¿Preguntarme el qué? —quiso saber Albert, que regresaba de una enorme furgoneta de color azul aparcada a unos quince metros carretera abajo. Cargaba con la comida y la bebida prometidas. Famélico, Diecisiete estiró los brazos.

—Adelante, come, muchacho —dijo Sam, apartando los dedos del cuerpo de Diecisiete—. Que me aspen si no tenías razón. En mi vida me había topado con un espécimen tan sano. Estás como una rosa.

Albert le dio la comida a Diecisiete. Los siguientes minutos transcurrieron en silencio mientras devoraba hasta la última migaja de pan, queso y carne. Era como si en su interior ardiese un incendio que sólo podía apagar con provisiones. Los demás lo observaban con una mezcla de asombro y diversión.

---

—¿Cuánto hacía que no probabas bocado, muchacho? —preguntó Sam mientras Diecisiete engullía el último trago de limonada—. En mi vida había visto a alguien zamparse tal cantidad de comida de una sentada. Y ya no soy ningún mozalbete.

—Mi cuerpo necesitaba la energía —respondió Diecisiete, con toda sinceridad—. No puedo expresarlo mejor. Así es como funciona mi organismo.

Sam y Albert intercambiaron un curioso cruce de miradas. Diecisiete podía sentir su incomodidad, pero no sabía ofrecerles una explicación mejor.

—Albert —dijo, volviéndose hacia el gigante—, ¿conoces a un hombre llamado Alvin Reynolds? Me urge ponerme en contacto con él cuanto antes.

El hombre de color negro con la cabeza.

—No recuerdo a nadie con ese nombre. Además, Alvin Reynolds no es una identidad demasiado inusual. Podría haber cientos, quizá miles de personas con ese nombre residentes en este país. ¿Sabes algo más de él?

—Según su hermana, es un pirata informático —dijo Diecisiete, sin saber muy bien qué quería decir aquel término—. También me dijo que era uno de los Despertados. Está claro que no forma parte de la Tecnocracia. Pero eso es todo lo que sé.

—Si se trata de un revienta ordenadores de los buenos, este Reynolds probablemente pertenezca a los Adeptos Virtuales —dijo Sam—. No es que todas las Tradiciones carezcan de su surtido de soldados informáticos, pero la apuesta más segura es la de los Adeptos. Por otra parte, son un grupo de lo más anárquico. Sonsacarles información es como intentar arrancarte tus propias muelas.

El hombre de pelo cano llamó a Diecisiete con una seña.

—Mejor que volvamos a la furgoneta y empecemos a conducir. Estar aquí de merendola en la cuneta podría llamar la atención de alguien. Los titulares más recientes hablan de bandas juveniles que rondan las autopistas en busca de coches abandonados. Los macarras atracan a motoristas extraviados, violan a las mujeres y, en la mayoría de los casos, matan a los hombres. Salteadores de autovías, los llaman. En los alrededores de las letrinas como Rochester, suponen un problema a tener en cuenta. Más vale que nos pongamos en marcha si no queremos descubrir lo que se siente siendo su blanco.

Sam miró fijamente a Diecisiete.

—Doy por hecho que nos acompañas, hijo. Tienes pinta de necesitar que te lleven. Corrígeme si me equivoco.

Diecisiete se encogió de hombros.

—¿Qué otra opción me queda? —Extrajo la cartera del camionero de su bolsillo—. Sólo tengo setenta dólares. No es mucho, pero apreciaría cualquier ayuda que pudieseis prestarme para encontrar a Alvin Reynolds. Estoy seguro de que os lo devolverá con creces cuando me ponga en contacto con él.

Sam sacudió la cabeza.

—Guarda la calderilla, muchacho. Ni a Albert ni a mí nos hace falta dinero para echarle una mano a alguien. Somos samaritanos por vocación —rió el anciano—. Además, con setenta pavos no podrías convencer a alguien ni para que te escupiera en las botas. Albert y yo vamos a un mogollón que se va a celebrar mañana por la noche. Por eso andamos por estos parajes. Habrá muchos magos. A lo mejor alguien ha oído hablar de este Reynolds.

—Si pertenece a los Adeptos Virtuales —dijo Albert, mientras subía a la furgoneta—, ponerse en contacto con él podría resultar bastante complicado. La Tecnocracia odia a su orden y los miembros de la Tradición suelen trabajar aislados. Les encantan las falsas apariencias, la intriga y las pistas que no conducen a ninguna parte. Algo he oído de una base de datos universal donde aparece registrada la dirección de todos los Adeptos, pero dudo que haya algo de cierto en ese cuento.

---

Albert hizo un gesto a Diecisiete para que se sentase en el asiento del copiloto. Sam era el que conducía. El asiento de atrás se echó para atrás todo lo que daba de sí, para alojar al gigante. Las furgonetas no estaban diseñadas para hombres de su talla.

—Hay una pequeña Capilla Verbena a unos cuarenta kilómetros hacia delante —dijo Sam, al tiempo que giraba la llave de contacto—. Allí es donde pensábamos pasar lo que queda de noche y mañana. Han montado un buen tinglado para celebrar el solsticio de verano. Espero que nuestro pequeño rodeo no tenga preocupada a la cábala de Casey. Se supone que debíamos haber llegado hace horas.

—Lo dudo —repuso Albert mientras Sam metía la furgoneta en el carril de la autopista—. Te conocen.

Sam soltó una risita.

—Ya te digo. Eso es bueno. Así nadie se sorprenderá cuando aparezca con un cachorro extraviado en los brazos. La peña se limitará a sacudir la cabeza y a decir que no es sino un día como otro cualquiera en la vida del Hombre Cambiante.

Albert profirió una carcajada, un sonido ensordecedor que inundó la furgoneta.

—Dado que encontraste a la mitad de la cábala de Casey en condiciones parecidas, no creo que les importe demasiado.

—Pues sí. No me había parado a pensarlo, pero así es —miró a Diecisiete, con un centelleo en sus ojos azules—. Soy un imán para los jaleos, hijo. Todo el mundo lo dice. Es como si siempre estuviese recogiendo a magos callejeros y ayudándolos a solucionar sus problemas. Albert y yo hemos conseguido mordernos la lengua hasta ahora, pero creo que va siendo hora de que nos cuentes algo. Como, por ejemplo, qué es lo que hacías en la cañada de Watkins Glen en medio de la noche, sin nada a mano que explique cómo llegaste hasta allí. Distes un paseo muy largo para ir a ninguna parte, hijo.

—A lo mejor mi historia resulta difícil de creer —advirtió Diecisiete. Necesitaba aliados para buscar a Alvin Reynolds, y Sam Haine y Albert parecían dos buenos candidatos. No podía pedirles que le ayudasen sin conocer los peligros a los que se enfrentaban.

—Ponnos a prueba —dijo el hombre de pelo cano—. Ya hemos oído alguna que otra historia inverosímil. Cuando se lucha en esta cochina Guerra de la Ascensión, la vida puede llegar a volverse de lo más rara. Nadie sabe cómo manejar una crisis mejor que el Hombre Cambiante. Es una bendición. O mi maldición. Todo depende de cómo se mire.

—No derrames ninguna lágrima por el pobrecito Sam Haine —dijo Albert, conteniendo la risa—. Se crece ante los desastres. La vida sin problemas terminaría por sacarlo de quicio.

—Como queráis —declaró Diecisiete. Sin más dilación, desgranó sus aventuras, comenzando por el momento en que despertó en su celda hasta aquel en que los HIT Marks decidieron que ya no suponía ninguna amenaza y se apartaron del borde del acantilado. Para cuando hubo terminado, atravesaban una polvorienta carretera secundaria que describía un círculo hasta llegar a una enorme granja profusamente iluminada. Cerca de dos docenas de personas, entre hombres, mujeres y niños, aguardaban en el exterior. Muchos saludaban con la mano, otros cantaban canciones sin palabras.

—Hijo —dijo Sam, sacudiendo la cabeza, mientras guiaba la furgoneta despacio por la senda llena de baches—, hazme un favor y no repitas esta historia mientras estemos con la cábala de Casey. Déjame hablar a mí.

—Entonces, ¿no me creéis? —preguntó Diecisiete, preguntándose cuál sería su siguiente paso.

—Todo lo contrario —repuso Sam Haine. Su voz animosa se había tornado mortalmente seria—. Te creo hasta la última palabra. Nadie sería tan estúpido como para inventarse algo así y contárselo luego al Hombre Cambiante. No mientes. Eso es lo que me asusta. ¿Albert?

---

—Una historia asombrosa —dijo el gigante—. Pero, al igual que tú, mi viejo amigo, creo en nuestro extraordinario camarada. Lo cual, claro está, plantea numerosas preguntas que necesitan respuesta.

—¿Preguntas? —dijo Diecisiete—. ¿Acerca de qué?

—Acerca de ti, por ejemplo —repuso Albert—. Creo que nunca antes había conocido a ningún mago que, da igual lo poderoso que fuese, pudiera matar a un sauroide con las manos desnudas apenas horas antes de malherir a un ciborg HIT Mark. ¿Cuál es tu Tradición? —contuvo una risita—. ¿Acaba de llegar una nueva Orden del planeta Krypton?

—Olvidate de los cuentos de brujas y el tema de los rituales —intervino Sam Haine—. Eso no es lo que importa en estos momentos. Olvidas lo obvio, Albert. Necesitamos una respuesta a la pregunta del millón.

El anciano de pelo cano miró fijamente a Diecisiete.

—¿Cómo te llamas, hijo? ¿Por qué nombre te conoces a ti mismo?

—S... so... soy el prisionero Diecisiete —contestó Diecisiete. Se sentía ligeramente confuso por la pregunta.

—Vale, eso es lo que eras en el bloque de celdas del Colectivo Gris —dijo Sam—. Pero, ¿y antes? ¿Cuál es tu auténtico nombre?

—¿Nombre? —repitió Diecisiete, aturdido. Despacio, negó con la cabeza—. Soy Diecisiete. Eso es todo lo que recuerdo. No tengo nombre.

Una sensación de desconcierto se apoderó de él. Si se concentraba, podía percatarse de que su memoria se remontaba tan sólo a algunas semanas en el pasado. No poseía recuerdos de una vida anterior a la del laboratorio. Nunca antes se había cuestionado su aparente falta de historia. No le pareció algo importante. Era como si lo hubieran programado para no preocuparse por el pasado.

—¿Quién soy? —preguntó. Sentía su alma al borde del pánico—. ¿Por qué me han borrado la memoria?

—Ésa, hijo —dijo Sam Haine—, es la pregunta con mayúsculas. Ésa es la que tenemos que responder.

# NUEVE

—Hay una furgoneta parada en medio de la carretera —anunció Sombra del Amanecer, al tiempo que tanteaba a su adormilado compañero con el codo en las costillas para llamar su atención. Cambió el pie al pedal del freno y comenzó a reducir la velocidad del coche alquilado—. Ha colocado los indicadores de emergencia. Veo a una joven, una adolescente, que nos hace señas con la mano. Parece desesperada por conseguir ayuda. Según lo que nos dijeron en la agencia, este tramo de autopista es bastante peligroso. ¿Nos hacemos a un lado y procuramos ayudar?

El mago barbudo, que prefería que le llamasen Kallikos, bostezó y echó un vistazo al reloj del salpicadero.

—La celebración no comienza hasta mañana por la noche. Las habitaciones del hotel de Rochester ya están pagadas. Podemos permitirnos el retraso si es para ayudar a alguien en apuros. Para en el arcén.

Sombra redujo la velocidad y abandonó el carril de la autopista. La enorme furgoneta se encontraba a menos de seis metros. La chica tras las luces de emergencia se encontraba de pie, a la espera, con una mezcla de esperanza y desesperación en el rostro. Todo lo que pudo captar Sombra a la furiosa luz de los faros era que la muchacha era rubia y tenía buen tipo. Una combinación peligrosa cuando se estaba en la cuneta, a solas, gesticulando a los coches para que se detuvieran. Manadas de lobos rondaban aquellos parajes. Lobos humanos.

—Creo —dijo Sombra del Amanecer, mientras se desabrochaban los cinturones de seguridad— que me llevo conmigo a Grito y a Susurro. Por casualidad, ¿esos poderes precognitivos que posees ven que vaya a ocurrir algo fuera de lo común en los próximos minutos?

Kallikos sacudió la cabeza.

—Lo siento pero, como ya te he explicado en más de una ocasión desde que empezamos este viaje, mis visiones suelen llegar en forma de sueños de otro mundo. Cuando ocurren, son poderosos presagios de posibles futuros —el mago de rostro aquilino parecía disfrutar con aquello—. No suelen aparecer escenas en las que cambio una rueda.

—Me lo figuraba, pero tenía que preguntar. Si llegase a haber pelea, quédate lejos. No quiero herirte por accidente.

—Tranquila —dijo Kallikos, con una leve sonrisa—. Sé cuidar de mí mismo. Pero no me importa nada dejarle la lucha a toda una experta.

Se acercaron a la furgoneta muy despacio. La rubia no hizo ademán alguno de ir a recibirlos. O estaba muy asustada, o era muy cauta, o muy peligrosa. Sombra no se decidía por ninguna de esas tres opciones.

—Hola —saludó Kallikos—. ¿Cuál es el problema? No vamos a hacerte daño.

—Te... tengo dos neumáticos pinchados —repuso la joven tras los faros—. Había clavos en la carretera hace algunos kilómetros. Debía de ser la trampa de una de esas bandas. Me asusté, así que aceleré y conduje en llanta todo lo que pude. Tengo la emisora averiada y no he podido llamar a nadie. Sois las primeras personas que veo desde hace una hora.

—¿Tienes ruedas de recambio? —preguntó Kallikos, al tiempo que empezaba a acelerar el paso. Sombra le apoyó una mano en el brazo y lo conminó a detenerse mientras ella se colocaba a la par. Aquella situación la había puesto nerviosa—. Te podemos echar una mano para colocarlas.

—¿En serio? —dijo la rubia. Hablaba muy despacio, casi como si estuviese recitando unas líneas aprendidas de memoria. Sombra del Amanecer sospechaba que así era—. Ya estaba volviéndome loca

---

de tanto esperar y mirar a ver si venía alguien. Me temía que no fuese a parar nadie. Pero ahora veo que todo empieza a arreglarse.

—¡Agáchate! —siseó Sombra, al tiempo que empujaba a Kallikos al suelo. También ella echó cuerpo a tierra en el preciso instante que el fuego y el plomo atravesaron el espacio que acababan de dejar vacío.

Un mecanismo restalló con estruendo en la oscuridad a unos cuatro metros de distancia. La voz tosca de un hombre profirió una maldición:

—Mierda, la puta pistola se ha encasquillado.

—Me cago en la puta —juró un segundo. El metal chasqueaba contra el metal, pero no ocurría nada. Nadie conseguía disparar dos veces sobre el mismo brujo.

—Basta de gilipollecés —dijo alguien—. Lo haremos a la antigua usanza. Con las putas manos.

Sin mediar palabra, cinco figuras imponentes se materializaron en la oscuridad, cinco hombres de constitución musculosa. Uno de ellos esgrimía una barra de hierro, dos portaban recortadas, un cuarto sostenía un cuchillo y el quinto iba armado con una larga cadena de acero rematada en un garfio metálico. Todos ellos vestían vaqueros y camisetas ajustadas. En varios de los brazos se veían enormes tatuajes. Dos llevaban la cabeza rapada, mientras que otro lucía una espesa mata de cabello negro, así como una poblada barba. Al cuarto le faltaba una oreja y un parche de color negro le cubría uno de los ojos. El quinto, el hombre de la cadena, enfundaba las manos en un par de gruesos guantes de trabajo. La máscara de hockey que le ocultaba el rostro le confería el aspecto de un personaje de película de terror.

—Parece que pinta bien —gruñó el enmascarado—. Cinco contra dos. Una pelea justa.

Sombra, que ya estaba en pie, se estremeció de repugnancia.

—Vaya cuadrilla —dijo Kallikos, a su espalda—. ¿Crees que podrás con ellos?

—Limitate a no ponerte en mi camino. Cuida de la joven. Podría ser una inocente sin nada que ver con todo esto. O podría haber actuado de cebo para estos monstruos. Ten cuidado.

Kallikos desapareció al otro lado de los potentes faros. Sombra se quedó sola, con los pies ligeramente separados, frente al ominoso quinteto.

—Sushi —dijo el matón del cuchillo. Los cinco avanzaban despacio, pero inexorables. Ninguno de ellos era demasiado parlanchín. A Sombra no le importaba. Los insultos y los juramentos no podía matar. El frío acero era lo único de lo que había que cuidarse.

—Sin prisa —advirtió el enmascarado, dirigiéndose a sus compañeros. Sostenía la cadena como si fuese un lazo, enrollado en una mano enguantada y, en la otra, el garfio oscilando con laxitud—. Tenemos tiempo de sobra.

—Caballeros —dijo Sombra, con voz firme—. Les ofrezco el conservar la vida. Váyanse ahora o morirán sin piedad. No repetiré mi propuesta.

El hombre de la barba negra soltó una risita estridente que reveló una hilera de dientes amarillentos, afilados en punta.

—Oh-oh —se burló, con voz aguda—. Mira cómo tiemblo.

Nadie más dijo nada. Continuaron avanzando, apiñados, ansiosos por descargar el primer golpe. Sombra se tomó aquel gesto como un rechazo de su oferta. Con un susurro de acero apenas audible, desenvainó sus dos espadas. Grito y Susurro refulgieron con un brillo escarlata al reflejar los destellos de las luces de emergencia.

La cuadrilla se detuvo en seco al ver las dos hojas gemelas. Sombra permaneció lista para atacar, con el brazo izquierdo en alto y el derecho paralelo al suelo, formando una X de acero con las espadas

---

cruzadas. Podía sentir la energía del *Do* que se canalizaba a través de su mente, imbuyendo su cuerpo de un poder místico. El barbudo volvió a soltar su risita chillona, teñida en esta ocasión por el miedo.

—Qué cojones —espetó el cabeza rapada de la barra de hierro—. A mí no me da miedo ninguna tía con un par de cuchillos de cocina. Nosotros somos cinco y ella está sola.

Con un rugido, el hombre saltó hacia delante, trazando un arco descendente con su barra de hierro que, de haber impactado, habría convertido la cabeza de Sombra en una masa sanguinolenta. Sin embargo, la barra atravesó nada más que aire. Fiel al apodo de la joven, en el lugar que había ocupado sólo quedaba una sombra. La doncella guerrera del *Do* se movió con la gracia de una pantera. Las espadas que esgrimía bailaban al son de una música que sólo ella podía escuchar. Cada vez que se detenían en su danza, brotaban fuentes de sangre.

Sombra era un remolino de muerte. Sus espadas, larga y corta, aleteaban casi invisibles, tal era la velocidad con la que las manejaba. Actuando con una precisión y maestría fruto de los años de entrenamiento, la joven atacó a sus enemigos en orden de mayor a menor peligrosidad.

El primero en morir fue el matón de la barra de acero. Susurro, la katana de Sombra, atravesó sin esfuerzo la muñeca de su agresor. El cilindro metálico y la mano que lo empuñaba cayeron al suelo con un golpe seco. La sangre manó del muñón en un torrente. El hombre soltó un alarido, volviéndose hacia sus compañeros. Una fuente escarlata salpicó a varios de ellos antes que el wakizashi de Sombra le alcanzase en el cuello y terminase con su agonía. La espadachina no era ni cruel ni piadosa. Su víctima se merecía aquel fin; una muerte lenta sería el castigo apropiado por sus crímenes. Pero no quería tenerlo cerca de ella, retorciéndose con los espasmos predecesores de la muerte, mientras ella seguía absorta en un combate letal.

Su segundo objetivo era el hombre de la máscara de hockey. La muerte temprana del líder de sus adversarios formaba parte de la base de la estrategia. Pero, antes de que Sombra tuviese la oportunidad de enfrentarse al pandillero de la cadena, el psicópata barbudo se interpuso en su camino, profiriendo una risotada salvaje. Aferraba con ambas manos la escopeta de cañones recortados, intentando accionar el gatillo inútilmente.

—Oh, oh, oh —gañó cuando Sombra lanzó la katana en dirección a su cuello. Reaccionando más rápido de lo que ella se esperaba, el hombre de la barba levantó el cañón de su arma para interceptar la trayectoria de la hoja. El metal arrancó chispas del metal cuando Susurro rebotó en el acero templado del cañón de la escopeta. El hombre balbució una risita demente mientras Sombra giraba para alejarse de él, proyectando su espada larga en un arco por encima de la cabeza.

Su risa se convirtió en un gorgoteo atónito cuando Sombra se dejó caer de rodillas al completar su giro y permitir que la inercia guiase su estocada. Susurro trazó un corte diagonal desde el estómago del hombre hasta su abdomen. Lo inesperado del ataque le dejó sin aliento y trastabilló hacia delante. Ni siquiera vio a Grito enhiesto en medio de su camino hasta que se hubo ensartado a sí mismo en el filo. Sin proferir más sonido, se derrumbó convertido en un enorme pedazo de carne inerte. Sombra extrajo la espada corta del cuerpo antes de que tocase el suelo.

—Hija de puta —musitó el gorila del parche en el ojo. Miró el cuchillo curvo de su mano derecha y luego las espadas gemelas que esgrimía Sombra. Por un segundo, pareció que estuviese sopesando sus posibilidades. Sombra no le dio oportunidad de tomar una decisión. El hombre iba armado y era peligroso, un asesino carente de honor o escrúpulos. El corazón de la joven no tenía ningún hueco reservado para los caníbales. Su katana voló a tal velocidad que el aire silbó a su paso. La cabeza del criminal cayó al suelo, con una expresión de perplejidad aún dibujada en su rostro.

Al mismo tiempo, Sombra descargó el wakizashi en un bucle que alcanzó el cañón descendente de la recortada del segundo cabeza rapada. Aquella era una hazaña imposible para un espadachín

---

corriente, pero la energía sobrenatural del *Do* impulsaba el ataque de Sombra. La escopeta salió disparada de las manos del asombrado criminal. Dos de sus dedos pagaron también el precio de su locura.

—Madre del amor hermoso —gimoteó el hombre, apretando su mano mutilada contra el pecho. No vaciló. Tras girar sobre sus talones, se perdió en la oscuridad a trompicones. Sombra dejó que se marchara. Todavía le quedaba el hombre de la cadena por despachar.

El líder de la pandilla había cambiado de posición. En aquellos momentos se encontraba al borde de la autopista, enmarcado por las luces delanteras del coche de alquiler. Los deslumbrantes faros impedían que Sombra pudiese ver al matón enmascarado con claridad. Su cadena, aferrada como antes entre sus manos enguantadas, oscilaba hacia delante y atrás en un breve arco a ras del pavimento. El afilado garfio que remataba el péndulo relucía a la luz del vehículo.

—Mierda de noche para salir a cazar capullos —dijo el hombre, con una risa cascada—. Tenía que haberme quedado en mi puta casa jugando al solitario.

Sombra dio un paso hacia delante, con cautela. El líder de la banda podía haber huido mientras ella se encontraba enfrascada con sus compañeros. Había elegido no hacerlo. Tenía la certeza de que no pertenecía a la clase de los suicidas. El matón debía de guardar un as en la manga.

—Verte es como mirar una de esas pelis de Hong Kong —dijo el enmascarado. El final de su cadena oscilaba en arcos cada vez más amplios. Su voz, grave y baja, no delataba rastro alguno de miedo—. Ya sabes, en las que nadie mueve la boca cuando habla.

Sombra no replicó. Con diestro ademán, volvió a enfundar su wakizashi. Aferró a Susurro con ambas manos. En combates de uno contra uno, prefería emplear sólo una espada. Las dos manos le proporcionaban un mayor control del arma. Con pies de plomo, avanzó un paso más. El matón enmascarado se encontraba a tres metros escasos. La cadena de acero seguía balanceándose hacia delante y atrás, de forma casi hipnótica, a la luz de los faros del coche.

Un sexto sentido, fruto de sus años como estudiante del *Do*, advirtió a Sombra del peligro un segundo antes que la atacaran por la espalda. Brincó hacia la derecha, lanzando su cuerpo en un salto mortal de espaldas, al tiempo que un hombre corpulento se abalanzaba sobre ella, con la culata de un rifle en alto, lista para partirla el cráneo. Era el cabeza rapada que se había perdido en la noche. Evidentemente, su huida formaba parte de un truco que la banda ya debía de haber empleado en el pasado. En aquella ocasión, no obstante, la estratagema no dio resultado.

Sin malgastar movimientos, Sombra estuvo de nuevo sobre sus pies, con la katana sobresaliendo de su cuerpo igual que una flecha apuntada al macarra de los ocho dedos. Su atacante, perdido el equilibrio a causa del golpe fallido, intentaba afianzar su postura en el momento en que Sombra saltó hacia delante, con la katana en alto, dispuesta a descargar una estocada mortal. Fue entonces cuando intervino el hombre enmascarado.

Giró la cadena en el aire una vez para conseguir velocidad, antes de lanzarla contra Sombra. El ataque no la cogió desprevenida. Sombra había adivinado de inmediato el uso que pensaba darle el enmascarado a su arma. No obstante, en medio de su salto, le resultaba imposible realizar los movimientos defensivos apropiados. Con un chasquido de acero contra hueso, la cadena se enroscó alrededor de los brazos de Sombra, con el gancho que la remataba girando en un bucle amenazador. Un dolor lacerante recorrió las extremidades de la joven. La cadena estaba recubierta por alambre de espino, cuyos ganchos se hincaron en la carne como una horda de alimañas, desgarrándole la piel expuesta. Aquel era el motivo por el que el enmascarado llevaba guantes reforzados.

Con una risa cruel, el pandillero líder propinó un fuerte tirón a la cadena, consiguiendo que Sombra perdiera el equilibrio. La joven tropezó. De sus brazos manaba la sangre en una docena de lugares distintos. La katana flaqueó entre sus dedos, súbitamente insensibles.

---

—Mátala, rápido —ordenó el enmascarado a su secuaz. Mantenía tensa la cadena, enroscada alrededor de sus manos enguantadas. Su voz había perdido cualquier traza de calma y frialdad, emociones reemplazadas por la excitación. Resultaba aparente que la idea de terminar con la vida de alguien ejercía un efecto enardecedor sobre él—. No le des ni un puto segundo para que se recupere.

Cabeceando igual que un muñeco sin vida, el cabeza rapada metió la mano ilesa en uno de sus bolsillos y extrajo una navaja automática de dieciocho centímetros. La mano a la que le faltaban dos dedos estaba envuelta en una badana empapada de sangre. Con un chasquido, la hoja saltó a la vida.

—Te voy a rajar la cara por haberme cortado los dedos —amenazó el gorila, acercándose a Sombra—. Primero la nariz, luego las orejas, y luego te voy a tatuar mis iniciales en las mejillas.

—Me parece que no —murmuró Sombra del Amanecer. Tras soltar su espada, lanzó los brazos hacia atrás, sobre sus hombros. La sangre manó de sus heridas, pero el movimiento cogió por sorpresa al hombre enmascarado. Cayó de bruces sobre el asfalto, aflojando su presa sobre la cadena.

Recurriendo a sus habilidades *Do*, Sombra se impulsó hacia arriba. En la cima de su salto, con los pies al mismo nivel que el rostro del cabeza rapada, giró sobre sí misma para descargar una cegadora patada dragón voladora. El golpe se encajó en el carrillo del matón igual que un relámpago. Los huesos se astillaron como madera podrida mientras la sangre y la masa encefálica bañaban los hombros del pandillero. El cabeza rapada permaneció de pie, con una expresión de horror en los ojos, clavados en la porción de su cráneo que había quedado reducida a pulpa y caído a sus pies.

Pugnando desesperadamente por ponerse de pie, el hombre de la máscara de hockey tiró con impotencia de la cadena con púas. Demasiado tarde. Sombra volvía a estar en el suelo y corría hacia él, manteniendo floja la cadena. Se movía más rápido de lo que él era capaz de tirar. Con los brazos levantados, la joven controlaba los eslabones de acero tanto como el matón. Éste gritó horrorizado al percatarse de las intenciones de la muchacha. Aunque intentó desenredar sus manos enguantadas del alambre de espino, fue demasiado lento. Con un súbito acelerón, Sombra arrojó la cadena por encima del hombro del pandillero. En un instante, la cabeza del líder de la banda estuvo rodeada por un lazo de alambre de espino, anclado alrededor de sus propios dedos.

Aislado el dolor de su mente, Sombra bajó los brazos de golpe. El enmascarado chilló cuando los garfios le mordieron la piel y se derrumbó de bruces sobre el pavimento de la autopista.

—¡Putade mierda! —gritó—. ¡Te voy a arrancar el corazón! ¡Lo juro!

—A lo mejor en el próximo círculo del Drahma —repuso Sombra, con calma—. Pero no en esta vuelta de la rueda.

Con un pie afianzado sobre la espalda del hombre, tensó la cadena. El pandillero gorjeó presa de un dolor horroroso mientras el alambre de espino se hincaba en su garganta. Sus brazos aletearon sin control mientras pugnaba por liberarse, pero no había escapatoria posible. Con un salvaje giro de muñeca, Sombra tiró de la cadena con todas sus fuerzas. El cuello del hombre se rompió igual que un madero podrido, mientras las púas de la cadena trazaban profundos surcos en su piel.

Hirviendo de furia, desenredó los brazos de los letales eslabones. Sombra estaba enfadada consigo misma por haber dejado que el hombre la atrapara con la cadena. Tendría que haberse encargado antes de él. Un tajo bien dirigido de Susurro habría inutilizado su garfio. La batalla se había prolongado mucho más de lo previsto. La joven meneó la cabeza. Pese a sus años de entrenamiento como Escama de Dragón, aún tenía mucho que aprender. Los combates de verdad eran un maestro severo pero efectivo.

Sombra no se acordó de Kallikos hasta que hubo recogido a Susurro del suelo. El maestro del tiempo había ido a encargarse de la rubia que los había atraído a aquella trampa. Sombra estaba convencida de que la joven no era inocente. Actuaba como cebo. Lo que quería decir que debía de resultar

---

tan peligrosa como sus compañeros, puede que incluso más. Sin perder un segundo, la artesana de la voluntad se acercó corriendo a la furgoneta.

El mago de piel dorada la estaba esperando, con una ligera sonrisa en los labios. En una mano sostenía un cuchillo curvo. Un fino reguero de sangre le manchaba la camisa de seda púrpura. A escasos metros de distancia, con la espalda apoyada contra el metal de la enorme furgoneta, descansaba una rubia de esbelta figura ataviada con un top y mallas de ciclista de color negro. Con sus grandes ojos azul claro, los labios rojos y mejillas con hoyuelos, parecía la viva imagen de la inocencia. Sombra estimó que la chica no podía tener más de dieciocho años. Una X ensangrentada que le cruzaba la carne bajo los senos indicaba que Kallikos se había llevado la mejor parte del intercambio de golpes.

—¿Problemas? —preguntó Sombra, sin perder de vista a la rubia. Ya había tenido bastantes sorpresas por una noche. Si la mujer se movía, la mataría.

—Alguno que otro —admitió Kallikos—. Todos estos años alejado de la sociedad me han vuelto un ingenuo incorregible. Me resistía a creer que esta chiquilla fuese cómplice de nuestros atacantes. Afirmaba que era su víctima, que la obligaban a hacer lo que le decían bajo amenaza de muerte. Supuse que me estaba diciendo la verdad, hasta que me di la vuelta para ver cómo te las estabas apañando e intentó clavarme este cuchillo entre las costillas.

El mago de pelo oscuro alzó el filo curvado.

—Por suerte, pese a mi largo exilio, no estoy tan indefenso. Le quité el arma y, durante el forcejeo resultante, le devolví el daño infligido con creces.

Sobraba añadir que Kallikos probablemente se había ayudado con algo de magia. Era imposible apuñalarlo por la espalda.

—¿Qué ha pasado con nuestros amigos? Dado que tú estás aquí y ellos no, asumo que el resultado de tu pelea ha sido satisfactorio.

Sombra se encogió de hombros.

—Esta noche he aprendido una lección de humildad. He sobrevivido y sabré aprovechar la experiencia. Ellos no. Sus cuerpos ensucian la carretera.

—¿Muertos? —dijo la rubia, con la mandíbula desencajada—. ¿Los has matado a todos?

Sombra del Amanecer asintió con la cabeza.

—Me atacaron. Les di la oportunidad de retirarse. No la aprovecharon y tuvieron que pagar el precio de su arrogancia. La rueda gira.

Las lágrimas empapaban las mejillas de la chiquilla.

—E... ellos eran la única familia que conocía. Ahora estoy sola. ¡Sola!

Olvidándose por un momento del cuchillo que esgrimía Kallikos, la rubia se alejó un paso de la furgoneta. Al momento, Susurro estuvo apoyada en su garganta, rozando la suave y pálida piel bajo la barbilla.

—Da un paso más —dijo Sombra— y podrás lamentarte junto a ellos en el infierno. Aunque me desagrade la idea de matar a alguien sin plantar batalla, podría hacer una excepción contigo. Tus manos están cubiertas con la sangre de demasiados inocentes como para que yo sienta reparo alguno en terminar con tu vacua existencia.

—¿Qué... qué vais a hacer conmigo? —balbució la joven, retrocediendo hasta volver a apoyar la espalda contra el metal de la furgoneta.

—Vamos a dejarte en libertad —dijo Kallikos, con el entrecejo fruncido en una máscara severa—. De ese modo, podrás informar a tus compañeros caníbales de que algunos de nosotros ya nos hemos cansado de sus ataques sobre los indefensos. Ya es suficiente. Los animales rabiosos no tienen derecho a vivir. La muerte patrulla por la autopista.

---

El tono de Kallikos se volvió acerado. Hipnótica en su intensidad, su voz exigía atención.

—La justicia es lenta, pero infatigable. Ve y advierte a tus camaradas, dondequiera que se reúnan en esta región olvidada por Dios. Esta noche ha sido sólo el comienzo. Estas muertes serán las primeras de muchas. Ellos son los siguientes. No habrá piedad para ellos, ni perdón. Sólo muerte.

Temblando de miedo, la rubia trastabilló hasta la parte delantera de la furgoneta. En cuestión de segundos, el vehículo salió disparado por la autopista, donde no tardó en perderse, tragado por las sombras de la noche.

—Le has causado una fuerte impresión —dijo Sombra, al tiempo que devolvía a Susurro a su funda— con tu exposición de nuestros proyectos. Sin embargo, no sabía que planeásemos traer justicia implacable a esta parte del país.

—Y no es así. Aunque fuese ésa nuestra intención, me temo que haría falta un pequeño ejército de magos para realizar tal hazaña. El mundo está lleno de depredadores como los que has matado esta noche. Destruye a un puñado y acudirán docenas para ocupar su lugar. La nuestra ha sido una victoria pírrica. Así y todo, se me ocurrió que una severa advertencia, ahora que el recuerdo de sus compañeros fallecidos seguía fresco en su cabeza, podría dejar su impronta sobre la chiquilla. Al menos por lo que al futuro más inmediato respecta, predicará el evangelio del arrepentimiento. Con tal de que se salve siquiera una vida, el esfuerzo habrá valido la pena.

—A lo mejor. Lo más probable es que regrese al cabo de una hora con una nueva manada de cazadores de cabezas. Creo que más vale que nos marchemos. Cuanta más tierra pongamos entre nosotros y este sitio, mejor me sentiré. Una vez estemos a salvo, necesitare concentrarme para sanar mis heridas.

—Volveremos a ver a esa joven —dijo Kallikos, con una nota extraña en su voz—. Estoy seguro de ello.

A aquellas alturas, Sombra prescindía de poner en tela de juicio las palabras del mago. Pronunciaba sus predicciones en contadas ocasiones pero, cuando lo hacía, siempre se hacían realidad.

# DIEZ

El intercomunicador del despacho de Pietro Giovanni emitió un zumbido. Frente al enorme ventanal que dominaba la catedral de San Marcos, el vampiro señor del Mausoleo lanzó una mirada furiosa al aparato. Había dado instrucciones estrictas para que no lo interrumpieran aquella noche. Pietro frunció el ceño. El señor del Mausoleo aborrecía que desobedecieran sus órdenes. Esperaba que hubiese un buen motivo que lo justificara.

Hacía una hora que se había marchado Madeleine. Había pasado la mayor parte de aquel tiempo observando la ciudad. Aunque controlaba un enorme imperio financiero, Pietro Giovanni soñaba con glorias aún mayores. Quería más poder para su familia... y para él. Era increíblemente ambicioso, implacable y paciente. Sabía que podrían transcurrir años antes de que se hubieran cumplido sus objetivos. Eso era lo de menos. Los no muertos no se preocupaban por el paso del tiempo.

—¿Sí? —gruñó al intercomunicador—. ¿De qué se trata?

—Disculpe, presidente —repuso la recepcionista, sentada cuarenta pisos más abajo. Pietro había empleado muchos títulos a lo largo de los siglos. Presidente era el que mejor se adecuaba a él en la actualidad—. Vuestro jardinero, Antonio Quastro, necesita hablar con usted de inmediato. Le he advertido de que no deseabais que se os molestara, pero insistió. Afirma que se trata de una emergencia y que cualquier demora podría desembocar en un desastre. Pensando en vuestro propio bien, he decidido desobedecer vuestras órdenes.

—Has actuado correctamente —dijo Pietro. Antonio era la única persona a la que jamás se negaba a atender—. Pásame con él. De inmediato.

Pietro aguardó paciente a que se completase la transferencia. El jardinero era uno de sus criados más antiguos y de mayor confianza; llevaba siglos cuidando de las flores de Pietro y era un horticultor de primera categoría. Una llamada de emergencia procedente de Antonio sólo podía significar una cosa: las plantas estaban muriendo. No era de los que se dejaban dominar por el pánico así como así.

—Antonio —comenzó Pietro, en cuanto se hubo establecido la conexión con la región de su país—, ¿qué es lo que ocurre? ¿A qué se debe esta llamada?

—Las rosas de sangre, *signoro* Giovanni —respondió Antonio, con la voz quebrada por la emoción—. Los rosales se mueren. No le encuentro explicación. Aquí no ha cambiado nada. Las rosas estaban bien hace apenas unas horas. Luego, sin motivo aparente, las plantas comenzaron a marchitarse y a perecer. Todas las condiciones se mantienen. El agua, la luz, la sangre, todo perfecto. Y, sin embargo, las rosas se mueren.

Pietro apretó los dientes, procurando contener su ira. Hacía apenas dos horas que había repartido instrucciones entre Montifloro y Madeleine. No albergaba ninguna duda acerca de la relación de los hechos.

—Haz lo que puedas —dijo Pietro. Su voz reflejaba una calma que no sentía—. Se aproxima el amanecer. Me resultaría imposible estar allí antes de la salida del sol. Procura salvar todos los macizos que puedas. La culpa no es tuya. Mañana por la noche me pasaré por los jardines en cuanto me sea posible. No desesperes, Antonio. Lo que se pudo plantar una vez puede volver a germinar.

—Haré lo que esté en mi mano, *signoro* —repuso Antonio. La voz del jardinero albergaba pocas esperanzas—. Es un misterio terrible. No soy capaz de encontrar el problema. Nada. Es como si las plantas estuviesen malditas.

Con ojos torvos a causa de la ira, Pietro apagó el intercomunicador. Había dedicado miles de horas a la creación de la Rosa de Sangre. Pese a lo que le había dicho a Antonio, sabía que repetir su éxito no

---

resultaría sencillo. Eran demasiados los factores que contribuían al crecimiento de la flor perfecta. Dio rienda suelta a su frustración maldiciendo en voz baja.

Una risa apagada, seca y rasposa, levantó ecos en la oficina de Pietro. Sobresaltado, el presidente levantó la cabeza. No vio a nadie. Así y todo, estaba seguro de haber oído algo. Con el ceño fruncido, se apartó de su sillón.

Despacio, con mucho cuidado, se paseó por sus aposentos. La enorme antesala se veía vacía. La expresión pensativa que presentaba el rostro de Pietro se acentuó. En el preciso instante que volvía a acomodarse en su asiento de cuero, la voz se rió por segunda vez. No en voz alta, pero sí lo suficientemente clara y aguda como para que no pudiese confundirla con una grabación o transmisión. Había alguien más en la oficina... alguien capaz de permanecer oculto hasta que decidiese dar la cara. Un ser cuyos poderes desafiaban incluso a los sentidos aguzados de Pietro. El señor del Mausoleo no albergaba ninguna duda acerca de la identidad de su enemigo.

—¿Y bien? —lanzó la pregunta al aire—. ¿Piensas volverte visible? ¿O vas a perpetuar esta estúpida charada?

—El botón de llamada de emergencia que estás pisando no funciona —dijo el hombre bajo y fornido que apareció de improviso ante el despacho de Pietro. Su barba y cabello eran grises como el acero. Sus ojos, dos pozos negros. En anteriores visitas, siempre se había presentado impecablemente aseado. Aquella noche llevaba la espesa mata de cabello alborotada y desgredada; su camisa blanca estaba llena de arrugas—. Todos los sistemas de seguridad de esta planta dejaron de funcionar en cuanto llegué. Los ascensores han dejado de subir hasta esta planta. Abajo, las señales indican que todo está en orden. Así seguirán, hasta que me haya ido.

El hombre esbozó una sonrisa, una mueca demencial.

—Me pareció mejor que hablásemos en privado, Pietro. Como dos viejos amigos, charlando sin nadie que los interrumpa.

—¿Qué quieres, Ezra? —preguntó Pietro. Con siglos a sus espaldas y un tremendo poder a su servicio, el presidente no era de los que se dejaban intimidar de buenas a primeras. Ezra, no obstante, lo asustaba.

Los brujos tenían fama de inestables. Su obsesiva búsqueda de la Ascensión, de la perfección mental, volvía locos a muchos de ellos. Tales lunáticos, armados con vastos poderes capaces de deformar la realidad, resultaban extremadamente mortíferos. Y absolutamente imprevisibles.

—¿Que qué quiero, Pietro? —Ezra se inclinó hacia delante hasta apoyar ambas manos sobre la mesa del despacho, con los ojos enloquecidos clavados directamente en los del antiguo vampiro—. *Quiero que me dejen en paz.* Eso es todo. Lo único que pido es que ningún entrometido meta las narices en mis asuntos.

—Hace meses que no nos vemos. No tengo ni idea de que lo que estarás haciendo en estos momentos. Ni mi clan ni yo nos hemos inmiscuido en tu camino de ninguna manera.

—Eso lo dirás tú —espetó Ezra, frunciendo los labios en una mueca—. *Eso lo dirás tú.* ¿Qué hay de esos dos subordinados tuyos que han estado aquí antes? ¿Se dejaron caer por tu oficina para presentarte sus respetos... o acaso la visita obedecía a propósitos más siniestros? Te crees que puedes ocultarme tus secretos, Pietro, pero a mí no se me engaña fácilmente. Ni siquiera un maestro de las mentiras como tú.

El artesano de la voluntad soltó una carcajada. Una sensación de intranquilidad se apoderó de Pietro. A lo largo de los años que llevaba trabajando con Ezra, el brujo se había mostrado siempre complaciente, ansioso por hacer tratos. Había medido sus palabras, evitando cualquier posible fricción con Pietro. Aquello había cambiado. La personalidad del mago había sufrido una transformación

---

considerable. Se mostraba arrogante, seguro de sí, sin miedo. Si bien Pietro asumía que gran parte de dicho cambio de actitud se debía a una locura siempre al acecho, tenía que haber otra razón.

—Hubo un tiempo en el que te tenía miedo —dijo Ezra, como si pudiera leer la mente del vampiro—. Pero eso se acabó. En estos últimos meses, he forjado una alianza con un mentor cuyo poder supera el tuyo con creces.

El rostro de Ezra se descompuso en una máscara de odio.

—Las reglas de conducta han cambiado drásticamente. Ya no estoy sujeto al código de honor de ese idiota de Rambam. La única ley que obedezco es la que yo dicto. Interpónete en mi camino, Pietro, y te aplastaré. La hembra asesina, esa niña mujer llamada Madeleine que has enviado a por mí, será destruida. Al igual que ése al que adora más que a ningún otro. Eliminarlos a ambos me supondrá un placer inconmensurable. Uno por uno, terminaré con todo aquello que aprecias.

—Las Rosas de Sangre —murmuró Pietro, al caer en la cuenta—. Has envenenado los macizos.

—Sorber la vida de las plantas fue un juego de niños —declaró Ezra, entre risitas—. A sabiendas del cariño que le profesabas a esos rosales, no sabes el placer que me produjo su destrucción. Pero eliminarlos no fue suficiente. Aún queda otra lección.

El loco se acercó al elaborado carillón que descansaba contra la pared del fondo de la oficina.

—Hermosa antigüedad —pasó una mano por la madera, como si acariciase el delicado barniz—. August LeClair era todo un genio. Me asombra que un simple mortal pudiera construir algo así de magnificante. Este reloj es toda una obra de arte. Sé que también es una de tus más preciadas posesiones. Irreemplazable. Una pena.

Pietro se puso en pie de un salto.

—¡No! —gritó, colérico. Pero le hablaba al aire. Ezra había desaparecido. Era como si nunca hubiese estado en aquella sala.

Un momento después, el reloj LeClair empezó a repicar. Sus notas, plenas y profundas, inundaron la estancia. Pietro se apoyó en el despacho, desesperado. Aún faltaban veinte minutos para la hora en punto. Una y otra vez, el grandioso carillón repetía sus campanadas, cada nota aparentemente más fuerte que la anterior. El sonido se amontonaba, mezclándose los ecos de la nota anterior con los de la siguiente. Las vibraciones sacudieron las paredes. El despacho de Pietro se movió sobre la alfombra. Los sillones de la sala se volcaron, como si una mano gigante los hubiese dado la vuelta. Grietas diminutas como los hilos de una telaraña comenzaron a formarse como la escarcha sobre los miles de centímetros cuadrados de vidrio de la oficina.

Empleando toda la fuerza de su tremenda voluntad, Pietro intentó descubrir lo que Ezra le había hecho al reloj. No había indicios de manipulación por parte del loco. Fuese cual fuese el hechizo que hubiera empleado, detenerlo quedaba fuera de las habilidades de Pietro.

Con un rugido ensordecedor, el LeClair anunció las doce. El sonido fue tan sobrecogedor que explotaron todas las ventanas de la estancia. Casi todos los cristales saltaron al exterior, enviando una lluvia de vidrio a la calle. Fueron menos los fragmentos que cayeron dentro del cuarto. Preparándose para lo peor, Pietro había endurecido su cuerpo hasta adquirir la consistencia del acero, por lo que no sufrió daño alguno. Lo más asombroso era que el reloj permanecía intacto, completamente ajeno al efecto devastador de la nota. El sonido de la duodécima campanada comenzaba a desvanecerse cuando el mecanismo dio las trece.

Las trece en punto. La hora de la locura. El sonido que produjo era estridente, ensordecedor, el tono de la demencia más absoluta. Pareció que el universo se detuviese por un instante cuando la insopportable agonía de la nota discordante surcó el aire en una oleada de locura definitiva.

---

Tras aquel sonido, el reloj LeClair se vino abajo, desmoronándose en una masa de engranajes, ruedas y muelles. Igual que un cadáver momificado expuesto súbitamente a los rigores del aire libre, se disolvió en un charco de putrescencia burbujeante.

Lágrimas de sangre ennegrecida ensuciaron las mejillas de Pietro Giovanni. No podría haber transigencia, ni retirada. El honor regía sus actos. Se había declarado la guerra entre Ezra, el brujo demente, y el clan Giovanni.

# ONCE

La reunión de los tres miembros del Triunvirato del Colectivo Gris se prolongó durante otra hora, durante la que debatió acerca de las nuevas medidas a tomar para evitar nuevas evasiones. Velma sofocó un bostezo. La sempiterna mala sangre entre Sharon Reed y el Interventor Klair la aburría. Sus constantes peleas transformaban todas las conferencias en una batalla de voluntades que ninguno de ellos podía ganar. De no ser por los pacientes esfuerzos de Terrence Shade, jamás se tomaría ninguna decisión importante. Tal y como estaban las cosas, les había llevado horas resolver asuntos que tendrían que haber quedado zanjados en cuestión de minutos.

Su jefa, la líder de los Progenitores del Colectivo Gris, y el Interventor Klair, jefe entre los magos de Iteración X, ejemplificaban para Velma los fallos más graves del mando de la Tecnoocracia. Ambos estaban convencidos más allá de ninguna duda acerca de la superioridad de sus propias creencias por encima de las de cualquier otro. Negociar o dar el brazo a torcer les resultaba imposible porque sabían que ellos tenían razón y todos los demás estaban equivocados. A Velma, Reed y Klair le hacían gracia sin proponérselo. Se odiaban el uno al otro pero, dejando las creencias personales a un lado, sus personalidades eran prácticamente idénticas.

Por suerte, los más altos cargos dentro de sus Convenciones querían que el Proyecto GA tuviera éxito. La presión exterior, sumada al incesante acoso de Terrence Shade, obligaba a los dos a cooperar. Velma asintió para sus adentros, satisfecha. Aunque le había costado años de esfuerzo y sacrificio, el plan maestro seguía adelante según los pronósticos.

Por azar, cruzó el cuarto con la mirada y tropezó con el ciborg al que habían apodado Ernest Nelson. La rareza, mitad hombre, mitad máquina, parecía aburrirse tanto como ella. Nelson, con sus orugas de tanque y sus zarpas, le parecía a Velma más cosa que persona. El resto de su cuerpo era tan duro y resistente como el acero de sus extremidades artificiales. El semblante del ayudante de Klair era frío, desprovisto de emociones humanas. Cuando hablaba, su voz sonaba artificial, casi robótica.

Velma sabía que la odiaba. Aquellos a los que no podía clasificar dentro de una categoría, y etiquetar dentro de un grupo específico, atormentaban a Nelson. Como cambiaformas, capaz de cambiar de personalidad con cada transformación, ella representaba el rompecabezas definitivo para el ciborg, y él no realizaba esfuerzo alguno por ocultar su falta de confianza en ella. A Velma, Nelson le hacía gracia. Más que ningún otro dentro del complejo, Nelson presentía algo de la verdad que se ocultaba tras los planes de la mujer. Pero nadie le creía.

—Creo que resume el último detalle de las revisiones —declaró Terrence Shade, dispersando la niebla de las ensoñaciones de Velma. La voz del Especialista en Misiones sonaba cansina—. Estas precauciones añadidas deberían eliminar toda posibilidad de futuras huidas.

—En caso contrario —intervino Sharon Reed—, haremos caso de mi primera sugerencia y mataremos al resto de nuestros prisioneros, guardando muestras de sus tejidos para crear los clones que necesitamos.

—Menudo disparate —espetó Klair. Aquel debate, de uno u otro modo, había supuesto el grueso de las diferencias a solventar entre ambos líderes aquella noche—. Ese gesto retrasaría el proyecto durante meses. No podemos arriesgarnos a sufrir más reveses mientras tú trasteas con códigos genéticos. La realidad científica es la respuesta, y no el diseccionar genes de pacotilla.

—Silencio —ordenó Shade, al tiempo que se levantaba de la mesa. Su rostro se veía tan rojo que parecía a punto de explotar—. Esta noche he escuchado suficientes discusiones sin sentido para todo el mes. Los Hombres de Negro se pondrán sobre la pista del Prisionero Diecisiete por la mañana.

---

Cualquier posible daño que pudiera causarle al proyecto tiene que poder contrarrestarse. Tengo mucho trabajo y muy poco tiempo. Sugiero que se pongan en marcha. Este proyecto dispone de fechas límite muy explícitas. Océpanse de cumplir con ellas. Ninguno de los presentes es insustituible. Fálleme y será otra persona la que obtenga la gloria por los esfuerzos a los que ustedes han dedicado los últimos años de sus vidas.

A juzgar por el tono de voz de Shade, ninguno de los presentes en la sala albergaba duda alguna sobre la veracidad de sus palabras. Como representante del Simposio de la Tecnocracia, ostentaba un poder absoluto sobre el personal del Colectivo Gris. Ansioso por conseguir que el proyecto llegase a buen puerto y a sabiendas de que disponía del mejor equipo que se podía conseguir, había usado guantes de seda para solventar los problemas en el pasado. Ahora no quedaba ninguna duda de que eran puños de acero lo que se ocultaba bajo aquella aparente suavidad.

El resto de los presentes se puso de pie. La reunión había terminado. Aún murmurando entre dientes, Shade abandonó la sala. El Especialista en Misiones no era un hombre feliz.

—Vamos —dijo Sharon Reed, mientras recogía sus apuntes de encima de la mesa. En sus ojos brillaba una luz decidida que Velma no creía que tuviese nada que ver con las decisiones adoptadas aquella noche—. Podemos hablar del nuevo plan de trabajo de camino a mis aposentos. Necesito un respiro. Ha sido una noche muy larga.

Salieron sin despedirse de sus compañeros. Sharon nunca se mostraba educada ni diplomática. Como segunda al mando de Reed, Velma sabía cuándo había que mantener la boca cerrada. Su jefa tomaba las decisiones. Ella se limitaba a transmitir sus órdenes como una buena asistenta. Por lo menos hasta que se presentase el momento adecuado.

—Antes de regresar a nuestros asuntos —dijo Sharon mientras recorrían los pasillos del impresionante complejo—, desviémonos por unos instantes para comprobar nuestro experimento en los tanques de crecimiento del nivel inferior. Con toda la atención que le estamos dedicando al Proyecto GA, tenemos abandonada a nuestra pequeña mascota.

Velma sonrió. La Directora de Investigaciones tenía algo que comunicarle, algo que no podía expresarse mediante el juego de naipes. La zona del tanque de crecimiento era uno de los pocos lugares del Colectivo Gris en el que se sentían razonablemente a salvo de los espías y micrófonos de Iteración X. Una horda de ratas mejoradas genéticamente patrullaba la zona y se encargaba de matar todo lo que se movía. Las criaturas servían para asegurarse de que ningún aparato de escucha en miniatura llegase a los laboratorios secretos.

—A mí Aosmo me parece que tiene buen aspecto —declaraba Velma quince minutos después. Se encontraba junto a Sharon Reed sobre una estrecha pasarela sita al borde de un enorme contenedor lleno de fluido fertilizante, de seis metros de altura por nueve de ancho por doce de largo. El líquido era denso, espesado por los numerosos compuestos y químicos favorecedores del crecimiento. Podía verse un enorme panel de control, controlado por dos magos las veinticuatro horas del día, emplazado ante la base del tanque. Se prestaba una cuidadosa atención a la mezcla, a fin de conservar el equilibrio apropiado de nutrientes y hormonas de hipercrecimiento. Habían sido necesarios seis meses de intenso trabajo para crear el monstruo al que la directora se refería cariñosamente como su “pequeña mascota”. Velma, menos dada al sentimentalismo y los apelativos afectivos, prefería el acrónimo Aosmo.

El Proyecto GA copaba los principales esfuerzos del personal habitante del Colectivo Gris. No obstante, como Directora de Investigaciones de la facción Progenitora del complejo, Sharon disfrutaba de vía libre para llevar a cabo los experimentos que juzgase oportuno, siempre y cuando no interfiriesen con el objetivo primario. Charles Klair ocupaba su tiempo libre diseñando nuevas articulaciones computerizadas, varias de las cuales pasaban a implementar su propio cuerpo. Terrence Shade sometía

---

a los magos a tests psicológicos, evaluando sus reacciones ante diversos mensajes subliminales. Sharon Reed tenía a Aosmo.

La Directora de Investigaciones llevaba más de una década soñando con aquella empresa, pero nunca antes había tenido a su alcance los recursos ni el tiempo necesarios para convertir su visión en realidad. Ahora, la aberrante criatura estaba casi completa. El paso evolutivo final, que exigía la cohesión mágica de todos los magos Progenitores del complejo, estaba programada para tener lugar aproximadamente dentro de una semana a partir de aquel día. Velma, incapaz de fiarse de nadie, sospechaba que Sharon había planeado que la salida a la luz de Aosmo coincidiese con la finalización del Proyecto GA. Aunque llevaba años a las órdenes de Reed, la Directora no le hacía partícipe de todos sus secretos.

—Parece gozar de bastante buena salud —dijo Sharon—. Como era de esperar. Aunque no sean demasiado comunes, nuestras unidades subacuáticas llevan años empleando cefalópodos. Nunca puse en duda que pudiéramos criar uno aquí; sólo me preocupaba la cuestión de la movilidad. Y si será capaz de sobrevivir fuera del tanque durante más de veinte minutos seguidos.

—El monstruo está despierto. ¿Le echo un par de muñecos, a ver cómo reacciona?

—¿Por qué no? —Reed sonreía—. Me imaginaré que uno de ellos es el Interventor Klair.

Los muñecos eran maniqués de tamaño natural vestidos con trajes de inmersión. La ropa era la misma que se utilizaba en misiones submarinas de alto riesgo y estaba diseñada para resistir una tremenda presión subacuática. Los zapatos del traje estaban rellenos de cemento a fin de que los acuanautas de postín se hundieran hasta el fondo del tanque. Los trajes estaban pintados de negro, para que resultaran casi invisibles en las aguas fangosas.

Una docena aproximada de maniqués se encontraban alineados en la pasarela, cerca de donde se encontraban Velma y Sharon. Eligiendo las figuras al azar, Velma empujó al tanque a los muñecos número tres, cinco, nueve y diez. Se hundieron en la solución casi sin levantar una ola. La cuestión no era el si Aosmo reaccionaría o no, puesto que siempre lo hacía, sino cuándo, y cuánto sería el daño que infligiese a los supuestos buceadores.

En cuestión de segundos, el agua entró en erupción. Uno de los maniqués salió disparado a la superficie, con el traje y el cuerpo partidos casi por la mitad. Instantes después lo siguió un segundo, al que le faltaban los brazos y piernas. El tercero y el cuarto permanecían en la piscina, pero el trasiego de los enormes tentáculos dejaba bien claro que ambos muñecos estaban siendo reducidos a trizas.

Aosmo era un calamar gigante, de aproximadamente nueve metros de largo, con el cerebro y los rasgos faciales de un hombre. El rostro se encontraba en el centro de la maraña de enormes tentáculos, con la boca humana reemplazada por el pico de un calamar. Los ojos del hombre estaban adaptados para ver bajo el agua, aunque Aosmo conservaba los ojos de pulpo a cada lado de su cabeza. Un duro cascarón rodeaba su cuerpo, volviéndolo extremadamente difícil de matar. Lo que les había ocurrido a los maniqués era tan sólo una pequeña demostración de la asombrosa fuerza de los diez tentáculos del monstruo. Aosmo era una de las criaturas más fuertes del mundo. Eso, sumado al hecho de poseer una mente humana, la convertía en una de las más destructivas.

—Cada vez es más rápido —musitó Sharon, fascinada—. Encajar el cerebro de un asesino de masas en ese cuerpo fue una idea genial. Aosmo no ataca a los buzos porque invadan su territorio. Al monstruo le gusta matar.

—Será difícil controlar al ser durante una pelea —apuntó Velma, siempre atenta a los detalles prácticos—. Sospecho que una vez entre en frenesí, la bestia no será capaz de distinguir a amigos de enemigos.

---

—Ésa es la razón de que no empleemos al cefalópodo en situaciones donde importen esos detalles —la Directora esbozó una sonrisa—. Hay ciertas ocasiones en las que la destrucción irracional puede resultar de lo más útil.

Los Progenitores llevaban años utilizando monstruos como Aosmo para rastrear los fondos oceánicos en busca de formas de vida aprovechables y tesoros. Para Sharon Reed eran algo más. Al emplear los últimos adelantos en tecnología progenitora, pretendía darle a la monstruosidad mitad hombre, mitad calamar, la facultad de moverse sobre la tierra. Ese poder, combinado con la capacidad de existir fuera del agua durante breves espacios de tiempo, convertiría al cefalópodo en una máquina dantesca de destrucción. Aosmo era la abreviatura de *asesino octópodo semi-móvil*. Era una idea desquiciada e improbable, pero algunos de los mayores triunfos de los Progenitores habían surgido de conceptos igual de imposibles.

—Me da la impresión de que querías hablar de algo más, aparte de nuestro octópodo amigo —dijo Velma. Gracias a las modificaciones genéticas de su cuerpo, necesitaba menos horas de sueño que la mayoría. No obstante, incluso ella necesitaba descansar de vez en cuando—. ¿Más noticias acerca de la situación final?

—Ése es el motivo por el que te llamé a mis aposentos, antes de que diera comienzo el fiasco de esta noche. Tengo buenas noticias que compartir. Hoy se ha puesto en contacto conmigo la rama ejecutiva.

Velma esbozó una sonrisa.

—Ningún contratiempo inesperado, supongo.

El rostro de la Directora de Investigaciones lucía radiante de satisfacción.

—Tenemos que terminar el Proyecto GA cuanto antes. Cuando sepamos que los resultados son positivos, el clon base deberá ser destruido, a excepción de algunas muestras de tejidos para los tanques de crecimiento de EcoR. Los sauroides, como predijiste tan acertadamente hace meses, recibirán la orden de ejecutar a todas las personas prescindibles del Colectivo Gris. El conocimiento de esta colaboración entre Iteración X y nosotros morirá junto a Klair y sus compinches.

Velma tenía la vista fija en el tanque. Los ojos humanos de Aosmo, azules y llenos de inteligencia, le devolvieron la mirada. Era casi como si el calamar gigante estuviese intentando decirle algo. Sacudiendo la cabeza, Velma miró hacia otro lado. Tenía que concentrarse en asuntos más inmediatos.

Aunque llevaba semanas esperando órdenes parecidas, aquella noche Velma sentía un poso de intranquilidad en su interior. En gran parte, debido a la inminente conversación.

—A los sauroides les encanta matar —dijo, eligiendo sus palabras con cuidado—. Lo llevan en los genes. Así y todo, a la vista de lo acontecido esta noche, no estoy segura de que puedan llevar a cabo dicha tarea.

—¿Qué quieres decir?

—No podemos cometer el error de subestimar a nuestros adversarios. Recuerda que el Prisionero Diecisiete despachó a uno de los hombres serpiente con las manos desnudas. Puede que Ernest Nelson sea un molesto bicho raro, pero esas zarpas suyas de acero resultan letales. No se dejará matar así como así. No pocos de los técnicos de Iteración X que trabajan en el proyecto son igual de duros. Los sauroides son de carne y hueso. No estoy convencida de que puedan eliminar a todos nuestros enemigos del Colectivo. Durante el combate, alguno de los hombres máquina podría escapar a la realidad estática. Si tal cosa ocurriera, nos enfrentaríamos a una guerra abierta entre Iteración X y nuestra Convención.

—Odio tener que admitirlo, pero tus recelos respecto a los hombres serpiente tienen sentido —convino Reed, con expresión preocupada—. Los sauroides no se crearon a modo de tropas de asalto para

---

nuestra Convención, caso de los HIT Marks de Iteración X. El exceso de confianza puede convertirse en una trampa mortal. Estoy muy al tanto de lo que piensa de mí el Interventor Klair. Ese cabeza de lata no disfrutaría más que rompiéndome la crisma —la Directora de Investigación soltó una carcajada, un sonido áspero y cruel—. Claro que eso es lo menos que le haría yo a él.

—Nelson es el que me asusta —prosiguió Velma—. Klair cree en los objetivos básicos de Iteración X. Aunque detestable, es un auténtico científico al más puro estilo de la Tecnocracia. La lógica gobierna sus actos. Es un idealista hasta la médula; cree de veras en la Unidad y trabaja sin descanso para alcanzar su meta. Cosa que no puede decirse de su ayudante. Nelson adora a la máquina sin lógica ni concierto. La fe es lo único que lo guía. Klair comprende la necesidad de ley y orden en el mundo. Nelson, no. A él sólo le importa el metal. Es un fanático.

—Mis órdenes fueron muy claras —dijo Reed—. Todo lo que no sea la destrucción total del clon base y las fuerzas de Klair se considerará un fracaso —la expresión de la Directora se endureció—. No estoy preparada para el fracaso. ¿Tienes alguna idea?

—Tengo varias —respondió Velma, relamiéndose. Le gustaba hablar de su afición—. Todas ellas tienen que ver con químicos letales. Con tu autorización, podría comenzar a fabricar los compuestos mañana mismo. Por ejemplo, un alucinógeno de efecto retardado mezclado en las reservas de agua produciría efectos espectaculares. Asegurarse de que sólo afecte a los cabezas de lata llevaría algo de trabajo, pero estoy segura de que encontraría la manera.

—Haz lo que consideres necesario. Emitiré los pedidos de abastecimientos mañana. Limitate a asegurarte de que las drogas están listas a tiempo. Y de que Klair no se huela lo que estamos planeando.

—No llegará a enterarse. Por lo menos, no hasta que sea demasiado tarde.

—Muy bien. ¿Algo más?

—Sólo una cosa —respondió Velma, con cautela. Por fin, tras meses de espera, tenía ante sí la oportunidad de formular una pregunta que necesitaba respuesta. Velma se obligó a tranquilizarse. La Directora Reed era muy recelosa. Si no elegía las palabras con mucho cuidado, podría verse inmersa en serios problemas—. Me preocupa la destrucción del clon base GA.

Sharon Reed frunció el ceño.

—¿El ser artificial? ¿Por qué te preocupa?

—Puede que no sean más que temores infundados —dijo Velma, cada vez más confiada—, pero, según estas nuevas instrucciones, se supone que debemos eliminar al clon base GA cuando sepamos que es completamente funcional. Lo que significa que, primero, el ser ha de estar vivo. ¿Qué ocurriría si nuestra creación recién nacida no se muestra de acuerdo con su exterminación? —miró a Sharon Reed directamente a los ojos—. Has pasado este último año dirigiendo el crecimiento del clon base humanoide más poderoso de la existencia. Nuestra creación posee poderes regeneradores que lo hacen prácticamente imposible de matar. Todos sus poderes físicos y mentales son cien veces mayores que los de cualquier ser humano. El Interventor Klair ha programado al ser para que posea un control asombroso sobre los sistemas informáticos. De hecho, nadie sabe con certeza cuál es el auténtico alcance del poder de esta creación. El Prisionero Diecisiete posee una pequeña parte de las habilidades del clon base y mira lo que es capaz de hacer. Sus proezas dejan bien claro cuáles son los problemas a los que podríamos tener que enfrentarnos. Repito: *¿Qué ocurrirá si, cuando el clon base GA nazca a la vida, no desea ser destruido?*

La Directora de Investigaciones sacudió la cabeza, condescendiente. Sonrió.

—No seas ingenua, Velma. El clon base carece de inteligencia o personalidad. Cuando despierte, será un cuerpo funcional sin una mente que lo guíe. Además, ¿no crees que sé lo que me hago? Si, por el motivo que fuera, el clon base llegara a desarrollar una mente funcional, matarlo seguiría siendo un

---

juego de niños. Cuando supervisé el crecimiento inicial de la forma del clon base, programé un código de autodestrucción secuencial en los patrones del ADN básico. Una vez activado, no habría forma de que la bioconstrucción GA pudiese evitar un colapso total de sistema en cuestión de minutos. La secuencia se activa por la voz. Una frase mía y nuestro indestructible juguete quedaría hecho papilla.

—¿Y esa frase es...?

—Para que yo la sepa y tú no —dijo Sharon, con una carcajada—. Te la diré cuando sea necesario, Velma. No hay motivo para que hablemos de ello ahora.

—Desde luego. Era simple curiosidad.

Sin embargo, sabía que tendría que aprender esa secuencia de autodestrucción antes de la culminación del proyecto. Velma pensaba hacerse con la frase de inicio. O asegurarse de que Sharon no pudiera utilizarla.

# DOCE

Igual que todas las mañanas, a las ocho en punto, Millicent Hargroves firmó la hoja de entrada frente al despacho de seguridad del edificio donde residía. Vestía un vestido azul de corte conservador, no llevaba nada de maquillaje y se recogía el cabello en un severo moño. Joe Steeger, el oficial de guardia, estudió su firma para compararla con el ejemplo oficial. Steeger era un hombre obeso, corpulento, embutido en un uniforme azul de patrulla de seguridad, al que le gustaba hacer esperar a la gente. Cada vez que se quejaba alguno de los residentes, se limitaba a alegar que él se tomaba en su serio su trabajo. Le gustaba alardear de que ningún vagabundo se había colado en los apartamentos estando él de guardia en recepción. Hargroves sospechaba que el récord se debía más a la suerte que a los esfuerzos del oficial, tan sobrado de kilos como falto de luces.

—Salió usted tarde anoche y vuelve bien de madrugada —declaró el guardia por quincuagésima vez en los últimos meses, al tiempo que le dirigía una mirada impúdica—. ¿Qué? ¿Insomnio?

Hargroves exhaló un suspiro. Steeger la exasperaba. Le había repetido mil veces que trabajaba en el turno de noche para Químicas Everwell. Le daba igual. La memoria del guardia le ayudaba apenas a recordar lo que había comido para almorzar.

—Estoy de turno de noche en Químicas Everwell, la compañía dueña de la mitad de esta apestosa ciudad —contestó, sin aspavientos, con toda sinceridad—. Estoy cansada y quiero irme a la cama. Ésa es mi firma, ¿vale?

—Eso parece, señora —declaró Steeger, pomposo, recorriendo a Hargroves con la mirada. Los desplantes de la mujer caían en saco roto cuando se trataba del guardia—. Puede subir. Coja el ascensor número tres.

—Gracias, oficial —dijo Hargroves, sardónica, aún a sabiendas de que malgastaba saliva. Steeger no sabría reconocer un sarcasmo ni aunque le cayese en la cabeza.

—Abriré la puerta de entrada cuando llegue al final del pasillo —dijo el agente, al tiempo que cambiaba de postura sobre el enorme sillón detrás del mostrador de seguridad. Le gustaba alardear delante de los residentes de la .45 automática que llevaba prendida alrededor de la inmensa cintura. No es que hubiese desenfundado la pistola en su vida. Ni que fuese a saber de qué extremo empuñarla en caso de una emergencia de veras.

Con los labios firmemente apretados, Hargroves avanzó con paso enérgico hacia el portal interior. El portero automático zumbó cuando aún le faltaban casi dos metros para llegar a la puerta. A rápidas zancadas, consiguió asir el pomo y girarlo un segundo antes que el zumbido se apagase. Además de lerdo, Steeger era un incompetente.

Mientras entraba en el ascensor número tres, Hargroves se preguntó si debería tomarse la molestia de conseguir que reemplazaran a Steeger. No le resultaría difícil. Como secretaria privada de Enzo Giovanni, disponía de una amplia influencia. Una palabra suya a los propietarios del complejo de apartamentos y Steeger iría a parar de patitas en la calle, trabajando como vigilante con dedicación parcial en algún colegio público de tres al cuarto. O un comentario algo más directo a los hermanos Grim y el obeso guardia de seguridad iría a parar al fondo del lago, donde se quedaría gracias a un par de zapatos de cemento.

Hargroves sonrió, imaginándose con todo lujo de detalles el rostro hinchado de Steeger tras un par de semanas bajo el agua. Conociendo a los hermanos Grim, la muerte del guardia no sería algo agradable. Se regocijaban torturando a sus víctimas antes de rematar la faena.

---

Era un pensamiento tentador. Lo único que la preocupaba era que el guardia sustituto fuese todavía peor. Como mujer negra soltera, había tenido que vérselas con la intolerancia y los prejuicios durante toda su vida. Pese a sus defectos, Steeger no la trataba peor que al resto de los vecinos. No era un fanático, sino un simple estúpido. Aquello suponía un pequeño, aunque significativo, punto a su favor. Mientras salía del ascensor en su planta, decidió que permitiría que el guardia viviese un poco más. Al menos, hasta que hiciese algo que la enojase de veras.

Al tiempo que abría la puerta de su apartamento, se apresuró a quitarse los zapatos. Se sentía exhausta y, tras horas de deshechos y contaminación, sus pies ansiaban aire fresco. Físicamente molida, entró en la pequeña cocina del piso y cogió una cerveza de la nevera. Vació la mitad de la lata de un solo trago. Puede que Enzo Giovanni necesitase sangre humana para sobrevivir, pero Millicent Hargroves necesitaba cerveza.

—Llegas un minuto tarde —dijo una voz suave, voluptuosa, desde el salón—. ¿Te ha vuelto a dar problemas ese portero imbécil?

Hargroves llegó hasta la sala, hundiendo los dedos de los pies en la mullida alfombra de vellón blanco. Todo el cuarto estaba decorado en blanco y negro, sus colores favoritos. El mobiliario era completamente blanco, mientras que las paredes estaban pintadas de negro. Hargroves encontraba grato el estridente contraste. Para ella, todo el mundo podía dividirse en blanco o en negro, por lo que le parecía coherente que su entorno estuviese decorado según esa idea. Hargroves era una mujer de gustos y opiniones bien definidas, que siempre obtenía lo que buscaba.

Una joven esbelta se encontraba sentada en un enorme sofá de felpa. Vestía un traje a rayas de corte masculino con una corbata roja y pañuelo a juego en la solapa. Muy corto, su cabello ofrecía el mismo color que la corbata; caracoleaba enmarcándole el rostro igual que una serpiente. Su semblante, asexuado e inhumano, refulgía con una vitalidad sobrenatural. Sus ojos negros asemejaban ascuas ardientes. Aunque muchas personas la conocían por varios nombres, prefería que la llamasen Aliara. Era un ser del Universo Profundo, una de las misteriosas criaturas que los Tecnócratas conocían como “los exteriores”. Otros, más inclinados hacia el ocultismo, los llamaban los Señores Oscuros. Con independencia de su título, era la mentora de Hargroves.

Aunque Aliara parecía sólida, no era más que una ilusión fantasmal. Materializarse físicamente en la Tierra requería cientos de hechizos, además de miles y miles de sacrificios humanos. Como habitante del Universo Profundo, sólo podía tocar el mundo real con la mente.

—Steeger eleva la definición de estupidez a un nuevo nivel —dijo Hargroves, al tiempo que se arrellanaba en un sólido sillón con orejas directamente frente a Aliara. Como de costumbre, con su mentora presente, la adusta mujer se sentía sumamente incómoda. A Hargroves le gustaba mantener el control de cualquier situación, cosa que nunca ocurría cuando hablaba con Aliara—. Es molesto, aunque inofensivo.

—No me resultaría difícil doblegar su voluntad —dijo la figura pelirroja. Cuando hablaba, el aire que la rodeaba se retorcía, como siluetas invisibles que se contorcieran de agonía. Hargroves quería cerrar los ojos, pero no se atrevía. Aliara exigía que le prestaran atención absoluta—. Un breve intercambio de susurros y estará dispuesto a hacer todo lo que le pida. Es un don que tengo.

Aliara profirió una carcajada estridente. El sonido hería los oídos de Hargroves. Era inhumano, antinatural.

—Mis palabras removerían pasiones latentes que acechan bajo la superficie de la mente de ese estúpido. Casi todos los hombres están dominados por impulsos primarios, salvajes. Me limitaría a debilitar un poquito sus barreras psíquicas. Pasarían días, puede que semanas, antes que se

---

derrumbaran. De improvisto, sin motivo aparente, atacaría. El señor Steeger se volvería loco y asesinaría a alguien con pinta de sospechoso.

El semblante de Aliara era una máscara de pasión incontrolable. Hargroves se mordió la lengua para no gritar.

—O podría salir a la calle y empezar a disparar a todos los coches que pasen a su lado —prosiguió la Señora Oscura—. Cuando uno de estos hombres se derrumba, no hay forma de predecir sus acciones. No tardarían en atrapar al idiota. Carece de la astucia para escapar. Su rato de locura probablemente consiga que lo acribillen a tiros, con suerte. O que lo ejecuten, sin ella.

—No le haga nada —dijo Hargroves, estremeciéndose. Le repugnaban los retorcidos juegos de Aliara. Su mentora se deleitaba atormentándola, alterando su percepción de un universo en orden. Aliara ofrecía tentaciones sin fin, pero siempre había un precio a pagar por sus favores. Hargroves debía tener mucho cuidado. Sabía que, si cedía a la pasión, ésta devoraría su vida. La posibilidad de perder el control de los sentidos la aterrorizaba más que el más retorcido de los planes de Aliara—. Puedo apañármelas con Steeger, si llegase a hacer falta. Asumo que os habéis materializado aquí porque queréis mi informe.

—Desde luego —dijo la pelirroja—. Manifestarme en la Tierra como una sombra es muy difícil. Se necesita mucha energía y concentración para mantener siquiera este cuerpo ilusorio. Una docena de hombres y mujeres murieron anoche en una orgía de sangre para que yo pueda disponer ahora de unas pocas horas. Está claro que no he venido para ver culebrones. —Aliara se rió de nuevo, haciendo un gesto en dirección al televisor—. Aunque, todo hay que decirlo, sus argumentos y personajes no dejan de tener cierto encanto.

—Estoy convencida de que le gustarían —dijo Hargroves, de camino a la cocina en busca de otra cerveza. Necesitaba estar lejos de Aliara por unos instantes. La realidad se deformaba alrededor de la figura de otro mundo, rodeándola con un aura de demencia—. Aunque no creo que ningún guionista esté al tanto de vuestra existencia, sus obras prácticamente adoran vuestros atributos. La pasión incontrolada es el pilar de la televisión de nuestros días.

—He inspirado a más escritores que la mayoría de los de mi clase —dijo Aliara, con una mueca—. Los autores anhelan dinero, fama y poder, igual que el resto de la humanidad. Les gusta alardear de lo distintos que son, los favoritos de las musas. Pero, en el fondo, son unos animales, igual de codiciosos y lascivos que sus creaciones.

Mientras daba un sorbo a su segunda cerveza, Hargroves se acomodó en su sillón.

—Enzo Giovanni sigue urdiendo planes. Le obsesiona el poder. Su ambición crece a medida que los anillos de Everwell Corporation se cierran en torno a él.

—¿No sospecha nuestra influencia? Recuerda que nuestro títere cainita no es ningún estúpido. Como miembro del clan Giovanni, pertenece a uno de los grupos de conspiradores más astutos y con menos escrúpulos que caminen sobre la faz de la Tierra. Es receloso hasta límites paranoicos.

Hargroves negó con la cabeza.

—Nada. Se fía de mí. Pongo extremo cuidado en todo lo que hago. Sabe que me huelo la verdad, pero me tiene por la secretaria perfecta. Lo preparo todo para él a fin de que no tenga que bregar con el trabajo duro. Como todos los jefes, odia el papeleo. El muy iluso nunca llegará a sospechar que mis eficaces operaciones están encaminadas a conseguir que obedezca nuestros deseos.

—¿Nuestros deseos? —repitió Aliara, riendo en voz baja. Su voz dejaba entrever el sutil filo de la amenaza.

—Vuestros deseos, desde luego —se corrigió Hargroves, de inmediato. A punto estuvo de atragantarse con la cerveza. Como criatura del Universo Profundo, Aliara no era más que una

---

manifestación fantasmagórica en la realidad estática. No obstante, aún en esa forma incorpórea, la Emperatriz del Deseo era capaz de retorcer una mente mortal sin ningún problema. Una palabra equivocada por parte de su mentora condenaría a Hargroves a una eternidad de tormento y dolor incesante—. Yo no soy más que vuestra humilde sierva.

—Sierva, sí, aunque el adjetivo humilde no encaja del todo con tu conducta. Da igual. Necesito herramientas humanas si quiero hacer realidad mis ambiciones en este mundo. Tú eres la mejor que he descubierto —la voz atiplada de la mujer se endureció hasta perder cualquier atisbo de humanidad—. Serás bien recompensada, Hargroves. Pero, fállame, y sufrirás castigos que escapan a la imaginación.

—Esta noche, Enzo dio otro paso en su plan por controlar y corromper la oficina del alcalde —dijo Hargroves, ansiosa por cambiar de tema—. Reclutó a una joven hermosa que lo ayudará en su campaña subversiva. Con su cara bonita y su absoluta falta de moral, le servirá bien. Enzo planea pulirla un poco antes de soltársela a los escasos altos cargos de la ciudad que se hayan quedado fuera de la lista de sobornos de Everwell. La chica se llama Esperanza, lo cual Enzo encuentra de lo más divertido.

—Excelente. Cada paso que dé en aras de sus propios fines le aleja de los antiguos de su familia en Venecia. Los lazos que le unen al resto de los Giovanni están a punto de romperse. Un poco más de presión y lo arrancaremos de su clan.

—Si de eso es de lo que se trata, ¿por qué Enzo y vos no servís al mismo señor? ¿Por qué este subterfugio?

—No te preocupes de lo que no te importa —advirtió Aliara, tajante.

—Esta noche ha habido noticias acerca del proyecto GA —se apresuró a continuar Hargroves. Lidar con Aliara era igual que bailar en arenas movedizas. Un paso en falso y te hundías hasta el fondo—. Ha escapado un hombre del laboratorio.

—¿Un prisionero se ha fugado del Colectivo Gris? —Aliara arqueó una ceja—. No recuerdo que hubieras mencionado este hecho.

—No tuve ocasión —replicó Hargroves, presta a remediar su error. Conversar con Aliara siempre ponía a prueba su ingenio—. Al parecer, un hombre se las apañó para colarse en uno de los camiones que transportan productos químicos desde el Colectivo Gris a nuestra fábrica. Un equipo de agentes de la Tecnocracia, fuertemente armados, detuvieron la caravana por el camino. Según los conductores, el escuadrón redujo al sujeto a pedazos cuando intentó escapar.

—¿Y? ¿Qué tiene que ver ese incidente conmigo?

—De algún modo, Enzo presintió que algo iba mal. Envío un grupo de nuestros mejores hombres al lugar de los hechos. Rastrearón la zona a conciencia, pero no encontraron ningún cuerpo.

—Interesante. ¿Los cazadores están seguros de haber buscado donde debían?

—Sin duda. Encontraron virutas de acero primium en la autopista, donde aparcaron los camiones. La quebrada paralela a la carretera aparecía hollada por fuego de ametralladora.

—Este prófugo empieza a resultarme interesante. Sobre todo, teniendo en cuenta que procede del Colectivo Gris.

—Enzo no parecía demasiado preocupado —continuó Hargroves—, hasta que supo lo de la roca marcada.

—¿Roca? —repitió Aliara—. Sabes que no me gusta el suspense, querida. ¿A qué roca te refieres?

—Cuando los agentes de la Tecnocracia dispararon sobre el fugitivo, su cuerpo se estrelló contra un enorme saliente rocoso en la ladera de la garganta. Evidentemente, sangraba por multitud de heridas.

—¿Y? —Aliara se relamía, como si anticipara la respuesta.

---

—El Equipo Primero no encontró rastros de sangre sobre la piedra. En su lugar, la roca presentaba varias marcas, como si hubiesen derramado gotas de ácido sobre ella. Los agujeros horadaban la piedra. La taladraban a gran profundidad.

Aliara prorrumpió en una risa salvaje. El sonido sacudió el apartamento igual que un trueno. Los vasos de la cocina se rompieron. Hargroves se hundió en su asiento, golpeándose contra el respaldo y a punto de perder el conocimiento. La figura pelirroja titiló, casi desapareció. Luego, consciente del peligro, Aliara se tranquilizó. Su rostro se contorsionó en una sonrisa imposiblemente ancha, antes de emitir una risita ahogada entre dientes.

—¿Cómo ha reaccionado Enzo ante estas noticias?

—Parecieron desconcertarle —dijo Hargroves—. Le oí musitar algo acerca de la sangre que abrasa como fuego fundido. Por un par de minutos, creí que estaba recitando una plegaria.

—Los Giovanni fueron en su día pilares de la Iglesia. Puede que esta situación impulse a Enzo a tomar los votos. Aunque lo dudo mucho. Supongo que sus hombres ya están sobre la pista del fugitivo.

—El Equipo Primero encontró huellas de pisadas recientes en la cañada. Las escasas pruebas apuntan a que el prisionero se fue con terceros, aparecidos en escena tras su fuga. Antes de retirarse para pasar el día, Enzo ordenó una búsqueda exhaustiva del extraño. Cientos de agentes de Químicas Everwell y compañías hermanas están peinando la región en su búsqueda. Me cuesta creer que no puedan dar con él.

Aliara se pasó la lengua por el labio superior, una lengua mucho más larga que la de ningún humano.

—Maravillosas noticias. Agentes de la Tecnocracia y Enzo Giovanni colaborando para dar caza a un preso prófugo. Una mezcla de lo más interesante. Obvia añadir que ambas partes lo quieren muerto, aunque sus razones no pudieran ser más dispares. —Aliara dio una palmada, igual que una niña pequeña emocionada ante la perspectiva de un regalo inesperado. Soltó una risita—. ¡Menudo embrollo! No quiero que destruyan a este hombre. La perpetuación de su existencia carcomerá a ambas partes, distrayendo su atención de mis esfuerzos. Además, sabiendo que anda suelto, ¡trabajarán más deprisa!

Los ojos de la pelirroja refulgieron como dos ascuas carmesíes.

—El prisionero es la guinda de nuestro pastel. Debemos hacer todo lo que esté en nuestras manos para asegurar su supervivencia. Por lo menos hasta que el Proyecto GA esté finalizado. Después, habrá perdido su valor.

—No será fácil —dijo Hargroves, sacudiendo la cabeza—, sobre todo porque no tengo ni idea de qué es lo que piensa hacer Enzo, ni lo sabré hasta que el prisionero haya sido localizado.

—Haz lo que sea para evitar la eliminación del fugado. —Tras aquellas palabras, Aliara se levantó del sofá. Los cojines de felpa no acusaban huella alguna del perfil de su cuerpo. Tampoco sus pies alteraban el mullido vellón de la alfombra. La pelirroja era una ilusión realista, nada más—. Lo que ocurra en el Colectivo Gris me concierne. Todo lo que allí acontece se desarrolla según mis planes. Ya no hace falta que te preocupes por ello. Tu única responsabilidad es el fugitivo. No debe morir esta noche. Cuento contigo. No me falles.

—¿Alguna vez lo he hecho?

—Claro que no —los rasgos andróginos de Aliara esbozaron una sonrisa demoníaca. Rió—. En tal caso, no seguirías con vida. Dame la mano.

Trémula, Hargroves estiró el brazo derecho y Aliara asió sus dedos. La estoica mujer boqueó a causa del inesperado dolor que le provocó la corriente de pura energía que le atravesó el cuerpo.

---

Parecía que su sangre se hubiese convertido en fuego. Sus músculos sufrían los espasmos de la agonía. La sensación duró apenas un instante, antes de desaparecer.

—He transferido una pequeña cantidad de mi ser a tu cuerpo —dijo Aliara—. Si utilizas mi poder, no deberías tener ningún problema para detectar al prófugo. Pero te lo advierto, querida Hargroves: mi fuerza conlleva también mis apetitos. Si no mantienes tus sentidos a raya, podrías llegar a perder el control. Sé lo mucho que eso te disgustaría.

Con una risa cruel, la pelirroja se evaporó del salón. Hargroves permaneció allí plantada. En su interior bullía un cúmulo de deseos terribles, prohibidos. Necesitó unos instantes para recuperar el control de sí misma.

Por fin, pudo volver a sentarse. Tras coger un bloc de notas de una mesilla cercana, exhaló un suspiro y empezó a garabatear rápidos apuntes. Conciliar el sueño aquel día le parecía una remota posibilidad. Tenía que organizar los preparativos para la noche, que se avecinaba larga y complicada.

Hargroves se sentía como si caminara por un alambre tenso entre dos entidades sobrenaturales de poderes que rayaban en lo divino. Un paso en falso tendría consecuencias funestas. La suya era una empresa arriesgada... pero las apuestas hacían que jugar mereciese la pena.

Encogiéndose de hombros, apuró el resto de su cerveza. Tras mirar fijamente a la lata por un instante, decidió que no le vendría mal otro trago.

# TRECE

Como siempre, Diecisiete se despertó con la mente despejada y los sentidos alerta. Abrió los ojos de golpe y echó un rápido vistazo a la pequeña estancia donde había dormido. Mientras miraba por la ventana que, desde la cabecera de su catre, dominaba los verdes pastos que se extendían desde el borde del cristal, una sensación de irrealidad se apoderó de él. No recordaba haberse despertado nunca en ningún otro lugar aparte de entre las frías paredes de acero de su celda en el Colectivo Gris. El hervidero de color del exterior, visto por primera vez a la luz del día, asaltaba su visión. Parpadeó varias veces, intentando ajustar en su mente los verdes, marrones, rojos y amarillos que parecían brillar de un modo casi antinatural.

Alguien llamó a la puerta de madera del dormitorio. Diecisiete se puso en pie de inmediato, listo para afrontar cualquier problema. Por todo atavío llevaba un par de calzones descoloridos que había encontrado sobre las sábanas la noche anterior, antes de caer rendido en el cuarto. Las ropas con las que había abandonado el Colectivo habían desaparecido del suelo en algún momento mientras dormía.

—Sí —dijo—. ¿Quién es?

El pomo giró y una joven que aparentaba diecisiete o dieciocho años entró en la estancia. Era esbelta, con la cabeza enmarcada en un halo de cabello dorado, ojos azules y un sano fulgor en la piel. La chica llevaba un vaporoso vestido largo de color azul, estampado con grandes flores rosas. Una esquirra de cristal pendía de una tira de cuero que le adornaba el cuello.

La joven llevaba en las manos varias toallas de rizo y algunas prendas. Miró a Diecisiete con curiosidad, deteniendo los ojos en su torso esculpido al detalle.

—Tuve la impresión de que estabas despierto, así que te he traído esto para que puedas darte una ducha y ponerte ropa de verdad —declaró—. La camisa y los pantalones están algo usados, pero tendrían que valerte. Son mucho mejor que ese uniforme que llevabas. Ya lo hemos quemado. Demasiadas malas vibraciones como para tenerlo rondando por aquí.

Diecisiete asintió, sin saber qué responder. Sabía lo que quería decir la joven acerca de sus ropas. El residuo psíquico de su mono podía resultar incómodo para una comunidad de magos.

—Aprecio tu preocupación —dijo Diecisiete—. Me vendrá bien la ducha. Después, ¿podré conseguir algo de comer? Me muero de hambre.

La muchacha esbozó una sonrisa.

—Desde luego. Siempre hay algo a mano, imprescindible si tenemos en cuenta los extraños horarios de algunos. Por cierto, me llamo Jenni Smith. Sam Haine sugirió que te enseñase los alrededores de nuestro enclave antes de la celebración de esta noche. Considérame tu guía turística particular.

—Yo me llamo Diecisiete —Sam Haine le había asegurado que, entre los artesanos de la voluntad, utilizar un número a modo nombre, sobre todo un número primo, no era algo que llamase la atención.

—Diecisiete —repitió Jenni. Se rió—. Eso es fácil de recordar. Son mis años. ¿Por qué no te aseas y te cambias? Son las tres de la tarde y la ceremonia no empezará hasta la caída de la noche, así que tenemos mucho tiempo para conversar.

La joven se acercó a Diecisiete y le entregó las toallas y la ropa.

—Sam me ha dicho lo de tu amnesia —susurró—. Cuando estemos a solas ahí afuera, te refrescaré la memoria acerca de las Tradiciones para que no parezcas fuera de lugar esta noche. —Levantando la voz, añadió—: La ducha está al final del pasillo. Mientras te lavas, te prepararé algo de comer.

—Estupendo. Después, podríamos ir a dar un paseo por los alrededores. Este sitio parece tan tranquilo que me gustaría verlo en detalle.

---

Una hora después, con el estómago lleno y sintiéndose más relajado de lo que era capaz de recordar, Diecisiete seguía despacio a Jenni por una senda entarimada que conducía a un calvero circular rodeado de robles inmensos. Millares de flores de brillantes colores alfombraban el suelo con parches de rojo, púrpura y ocre. Su dulce fragancia flotaba en el aire como si fuese perfume. Las plantas crecían en estado salvaje, lo que le daba al lugar un aspecto de belleza espontánea y libre de la mano del hombre.

En el centro del macizo, rodeado por un anillo de hierba, verde y resplandeciente, centellaba un estanque de aguas cristalinas. A la brillante luz del sol, el líquido relucía igual que un manto de oro. La perfecta alineación de los colosos arbóreos denotaba que la existencia de aquel claro no era mera coincidencia.

—Este macizo fue en su día un lugar de reunión para los chamanes indios iroqueses —aclaró Jenni, como si pudiera leer la mente de Diecisiete—. Ese estanque condensa siglos de tradición y culto. Como Despertado, sientes la energía que se concentra en este lugar de poder. Es un sitio sagrado, imbuido de la esencia de la energía vital. Esa fuerza primaria adopta forma material igual que las aguas de nuestra fuente sagrada. Lo llamamos *Tas*. Beber de él fortalece el poder del mago, sana nuestras heridas, purifica nuestros espíritus. Nuestra cábala se estableció aquí para poder estar cerca de este santuario.

Diecisiete asintió con la cabeza.

—Siento la energía dinámica del calvero. Los árboles resuenan llenos de vida.

El hombre hizo una pausa, sumido en sus pensamientos. Vestido con los vaqueros desteñidos y una camisa de franela a cuadros rojos, presentaba el aspecto de un leñador. Allí de pie, se sentía como si hubiese vuelto al hogar tras haber pasado mucho tiempo perdido. Por primera vez desde que podía recordar, comprendió lo que significaba ser uno de los Despertados. El mundo que le rodeaba estaba vivo y él formaba parte integral del mismo. Una sensación de bienestar inundó su mente y supo que el mundo no era el lugar sombrío que a veces podía parecer.

Inhaló una honda bocanada de aire, antes de expulsarlo muy despacio. Su cuerpo pulsaba con la fuerza natural del claro.

—¿Qué es lo que va a pasar esta noche?

—Es San Juan, el día más largo del año. Para los miembros de la Tradición Verbena, esta noche señala el ecuador del año. Celebramos el acontecimiento con un festival alrededor del estanque. Acudirán artesanos de la voluntad de las Nueve Tradiciones. Después, hacia el amanecer, cuando todo se encuentre en calma, algunos de nuestros miembros pasarán al Horizonte para encontrarse con antiguos Verbena de otras cábalas.

—Las Nueve Tradiciones —musitó Diecisiete. Aquellas palabras le sonaban de algo. Pero cuando intentaba recordar exactamente por qué, se quedaba en blanco. Era como si hubieran eliminado ciertas zonas de su memoria. Sospechaba que ésa era la explicación—. Háblame de ellas.

Jenni soltó una carcajada. Era un espíritu libre que siempre estaba riendo. Diecisiete la encontraba encantadora. La joven había estado recogiendo flores y ahora abrazaba un bonito ramo de ellas. Mirándolo entre un océano de colores, la muchacha esbozó una sonrisa.

—¿Qué quieres saber?

—Todo —repuso Diecisiete. Sacudió la cabeza, apesadumbrado por su ignorancia—. Comienza desde el principio y cuéntame todo. Háblame de los magos y los Durmientes y las Tradiciones. —Vaciló, aunque sólo por un instante—. También quiero que me hables de la Tecnocracia. De todo lo que, como miembro de los Despertados, tendría que saber.

---

—Bueno. Sam ya me avisó que me harías un montón de preguntas. Supongo que lo has resumido en una. Sentémonos junto a aquel árbol, es un sitio tranquilo. Prepárate para una clase muy larga. La lección lo requiere, aunque procuraré ofrecerte la versión condensada.

—Cuanto más me expliques, mejor lo recordaré. Ya me he dado cuenta antes. Algunos encuentros parecen activar habilidades que ni siquiera sabía que poseía. Es como si alguien me susurrara lo que hacer directamente al cerebro. Aquí, en este claro, siento como si hubiese alguien espiando por encima de mi hombro, guiando mis actos.

—Tu avatar —dijo Jenni, con una sonrisa comprensiva. Asintió con la cabeza, como si estuviese poniéndose de acuerdo consigo misma—. Se comunica directamente con tu subconsciente.

Diecisiete entrecerró los ojos.

—¿Mi avatar?

—Déjame empezar desde el principio —dijo la joven, exhalando un suspiro—. Es la única manera de aclarar las cosas.

Jenni se recostó contra uno de los enormes robles, con las piernas recogidas bajo el cuerpo y el largo vestido extendido sobre el suelo. Con el sol iluminándole el rostro de pleno, parecía una princesa de cuento de hadas. Diecisiete, sin saber muy bien lo que quería decir aquello, deseó no ser él una rana.

—Disculpa si empleo todo tipo de términos formales y frases arcaicas —dijo Jenni—. Algunas de las partes más complicadas son difíciles de explicar con palabras llanas. Nadie habla así en conversaciones normales.

—Lo entiendo. Prefiero vérmelas con terminología enrevesada que permanecer sumido en la ignorancia.

—Tú y yo somos Despertados —comenzó Jenni, con semblante sereno—. Somos mortales que han aprendido la verdad acerca de la realidad. En este mundo de Durmientes, los magos son de los pocos que comprenden lo cierto que hay en la naturaleza cambiante de la realidad. En el interior de cada uno de nosotros se aloja una astilla de divinidad inmortal conocida como el Avatar. Los religiosos la llaman la chispa del alma. Otros creen que los Avatares son demonios internos, mientras que los materialistas obstinados los ven como sus señas de identidad y su superyo. Nadie sabe a ciencia cierta cuál es la verdad, pero una cosa está clara: el Avatar actúa como la consciencia mágica que otorga sus poderes a los artesanos de la voluntad.

—¿De dónde vienen estos Avatares? ¿Los tienen todos los mortales? Y, si son inmortales, ¿qué ocurre con ellos cuando muere su anfitrión?

—Pasan de un Despertado a otro —dijo Jenni, respondiendo primero a la última pregunta—. En cuanto a tus dos primeras cuestiones, existen tantas teorías como artesanos de la voluntad. Nadie sabe cuál es la verdad, aunque abundan las especulaciones de carácter místico. Hoy en día, nos ceñimos a los hechos y preferimos evitar la filosofía.

—Una sabia decisión —era tan poco lo que podía aprender en una sola tarde... Así y todo, tenía la impresión de que se equivocaba al no insistir en su pregunta. Se inclinó hacia delante, mirando fijamente a los hermosos ojos de la muchacha. Ésta se ruborizó ante su penetrante mirada—. Por favor, continúa.

—Los artesanos tienen el poder de cambiar la realidad por medio de su fuerza de voluntad. Este gran don los convierte en participantes activos a la hora de moldear el camino a seguir por la constante evolución del ser humano. Como te puedes imaginar, los Despertados se toman esta responsabilidad muy en serio. A lo largo de los siglos, han emergido cuatro facciones de hacedores de magia en una batalla que se libra por el control del destino de la humanidad. Éstas son el Consejo de las Nueve

---

Tradiciones Místicas, la Unión Tecnócrata, los Nefandos y los Merodeadores. La pugna que los ocupa se llama la Guerra de la Ascensión.

—Las Nueve Tradiciones —musitó Diecisiete. Las palabras brotaban de su mente—. Las conozco. Son los Verbena, tu Tradición, quienes creen que la Vida es la fuerza más poderosa del universo. De tal modo que algunos de vosotros adoráis a la antigua Diosa, otros tejen hebras místicas de antiguas creencias en la realidad, y otros malean su forma para convertirse en uno con todo lo vivo. La Hermandad Akáshica cree en la unión perfecta de la mente y el cuerpo. Funden las artes marciales con la meditación en una senda hacia la Ascensión que llaman *Do*, “el Camino” —Diecisiete continuó, a medida que una idea se enhebraba inmediatamente con la siguiente—. Luego están los Adeptos Virtuales. Creen que la realidad alternativa de la Red Digital es el siguiente paso en la evolución del hombre. En su día pertenecieron a la Tecnocracia. Ahora trabajan con las Tradiciones. Son solitarios, navegantes de los límites del universo conocido.

—Para alguien que no sabe nada —interrumpió Jenni, con una amplia sonrisa—, está claro que sabes un rato.

Diecisiete entrelazó los dedos, colocó las manos detrás de la cabeza, y apoyó la espalda sobre el suave suelo. Rodeado de flores, se sentía en paz con la naturaleza. El claro afectaba su mente, liberaba tensiones internas que ni siquiera sospechaba que estuvieran allí.

—El Culto del Éxtasis sigue la senda que dicta que la consciencia aumentada sólo puede conseguirse por medio de estímulos y pasiones —continuó Diecisiete. La información se derramaba igual que una cascada desde su subconsciente. Cerró los ojos, a fin de concentrarse mejor en sus propias palabras—. Entre ellos se cuentan los mayores Maestros del Tiempo de las Nueve, hombres y mujeres capaces de ver el futuro y trabajar para cambiar una realidad en otra.

Parecía que recitase una lección aprendida hacía años.

—Los Cuentasueños son una de las Tradiciones más antiguas. Hablan con los espíritus y adoptan formas animales. La Orden de Hermes remonta sus orígenes al antiguo Egipto. Los miembros de esa sociedad practican la magia ritual en todas sus formas. Son los enemigos acérrimos de la Tecnocracia, a quienes ven como destructores de la incertidumbre del universo. Los Hijos del Éter son unos personajes extraños que creen que la Ciencia Verdadera es el Arte, una visión interior que produce la creación. Emplean sus poderes para crear curiosos artefactos y máquinas disparatadas con las que alcanzar sus objetivos.

Diecisiete se estremeció al recordar al prisionero que habían llevado de vuelta a su celda dentro de una saca ensangrentada. Resultaba obvio que había sido un seguidor de esa Tradición.

—Carecen de efectos prácticos, pero sus sueños pueden abrir la puerta a resultados increíbles —volvió a detenerse, abriendo los ojos de nuevo, con el ceño fruncido por la concentración—. Por último, está el Coro Celestial. Ven la magia como una experiencia religiosa. Sus credos particulares no les importan, sino tan sólo la creencia en sí. Más que cualquier otra Tradición, se preocupan por el bienestar y la seguridad de la humanidad.

—Te has saltado una —dijo Jenni. Su rostro, sonriente, estaba a un palmo del de Diecisiete—. Has nombrado a ocho de las Nueve místicas.

—¿Cuál? —preguntó Diecisiete. Se sentó. La joven, sobresaltada por lo súbito de su gesto, retrocedió de vuelta al tronco—. Qué raro. Pensaba que las había dicho todas.

—Te faltan los Eutánatos —dijo Jenni, con el ceño fruncido—. Los Magos de la Muerte.

Aunque tenía los ojos bien abiertos, Diecisiete tuvo una visión en la que él se erguía vestido enteramente de negro, con una capa oscura arremolinada a su alrededor y un par de pistolas enfundadas en su cinturón. Un cuerpo sin vida yacía a sus pies.

---

—Los Eutánatos creen que la muerte forma parte natural de la existencia —recitó Diecisiete, despacio—. Entienden que la entropía ha de servirse a fin de conservar el correcto funcionamiento del universo. Por tanto, son los asesinos de quienes deben ser sacrificados. Cada nueva *buena muerte* coloca a la víctima un paso adelante en la senda de la redención. No temen a la muerte, pues saben que conduce de nuevo a la vida.

Jenni se estremeció.

—A mí me dan escalofríos. Para los Verbena, la vida es sagrada. Los Eutánatos ven la muerte como una recompensa. Nuestras Órdenes son los dos extremos de un vasto espectro de creencias.

—Nueve Tradiciones. El número ha permanecido inalterable desde el origen del Consejo, hace siglos. Sin embargo, por aquel entonces no había Adeptos Virtuales ni Hijos del Éter.

Jenni asintió con la cabeza.

—Cuando el Consejo se reunió en la Gran Convocatoria de 1466, había nueve Tradiciones. Los Ahl-i-Batin ocupaban el asiento que ostentan ahora los Adeptos Virtuales. Los Hijos del Éter ocuparon el lugar de la llamada tradición maldita, los Solificati.

—No me suena ninguna de las dos. Obviamente, quienquiera que fuese en el pasado, no lo sabía todo acerca de las Nueve Tradiciones. Esos nombres no me dicen nada.

—No es de extrañar —repuso Jenni, algo turbada—. Los magos de hoy en día prefieren no hablar de los errores del pasado. Los líderes de las Nueve Tradiciones tienen sus fallos. Pretenden reescribir la historia haciendo caso omiso de ella. A algunos de nosotros, eso no nos parece sabio.

Diecisiete se puso de pie. Jenni, sacudió la cabeza, antes de sonreír.

—No me hagas caso —dijo, recuperando la suavidad de su voz—. Se me pasa enseguida. No es nada importante.

—Tranquila. —Diecisiete se desperezó, dejando que la brillante luz del sol caldeara su piel—. Necesito caminar un rato para despejar la cabeza. Recordar tanto de golpe me ha dejado un poco aturdido. Tomémonos un descanso.

—Lo que tú digas —convino la joven, incorporándose junto a él. Señaló al cantarín arroyo—. Vayamos al estanque. Mirarlo y sentir la fuerza de la energía primaria es un poderoso estimulante. Te sentirás mejor después de escrutar sus profundidades.

Jenni no mentía. Observar el agua era como caminar por un laberinto de espejos. Un centenar de reflejos le devolvían la mirada. Cada uno de ellos formaba parte del todo que era su ser, revitalizado y renovado por la mística energía vital de la realidad dinámica. Las imágenes del espejo lo llamaban empleando un lenguaje sin palabras, y su yo interior correspondía a sus gritos.

Igual que un pájaro en pleno vuelo, su mente sobrevolaba fuera de su cuerpo, gozando de la vida que inundaba el claro. La identidad de Diecisiete se fragmentaba a medida que se convertía en uno con los árboles, las flores, la hierba, e incluso los diminutos insectos a sus pies. Durante un instante, comprendió a la perfección el auténtico significado de ser un Despertado. La realidad cobró una nueva dimensión cuando su consciencia se expandió hacia el infinito. Apenas por un segundo, atisbó el verdadero sentido de la vida, de la mismísima existencia. Luego, como un espejismo, el concepto se desvaneció de su mente y volvió a ser nada más que el Prisionero Diecisiete, sentado en la hierba, cautivado por un centenar de reflejos en el estanque.

Con un suspiro, se puso de pie. Mientras hablaba con Jenni, Diecisiete había creído que entendía la magia. Ahora se daba cuenta de lo poco que sabía. A pesar de todo, se sentía más vivo de lo que era capaz de recordar. La ominosa visión que había tenido de sí mismo vestido de negro se desvaneció, aunque quedó alojada en la periferia de su consciencia.

---

—Si este *Tas* es tan importante para los magos —comenzó, mirando a Jenni, que le dirigió una misteriosa sonrisa—, ¿no resulta arriesgado dejar este estanque mágico así, abandonado, en este claro?

La joven rió, un sonido puro y salvaje que provocó que Diecisiete sintiera un escalofrío de placer recorriendo su espalda. Hacía mucho que no escuchaba tal demostración de gozo.

—Mira que eres ingenuo —dijo la joven, divertida, meneando la cabeza—. Observa atentamente el manantial con tu ojo interior, tu sentido psíquico. Estoy segura de que tienes el poder para hacerlo. Luego, háblame de la ausencia de protección.

Tentativamente al principio, con más confianza después, Diecisiete miró fijamente el estanque, pugnando por ver lo que existía más allá del mundo material. De forma gradual, una malla enhebrada por un millar de hilos de luz cobró forma alrededor del lugar sagrado. Muchas de las cintas llegaban hasta los enormes árboles que formaban un círculo alrededor del calvero. Otras se hundían en la tierra, mientras que unas pocas llegaban hasta la granja que se perdía en la distancia.

—Este estanque es sagrado para la tierra —dijo Jenni, con voz suave—. Está bien protegido. ¿Quieres poner a prueba sus defensas? Te aseguro que tocar el agua no es tan fácil como parece.

—Ahora me doy cuenta —concedió Diecisiete. Se preguntaba cuántos poderes mágicos poseía sin siquiera saberlo—. ¿Podemos hablar de la Tecnocracia?

—Dónde mejor que ante el estanque de la vida —Jenni se sentó, cruzando las piernas en la postura del loto, dándole la espalda a las aguas. Diecisiete se recostó en el suelo, cerca de ella. El sol comenzaba a descender. Se acercaba la noche—. Las Nueve Tradiciones creen en la libertad del individuo y en que la realidad debería ser fluida. La Tecnocracia, no. Sin embargo, igual que en el caso de las Tradiciones, la Tecnocracia cree que trabaja por el bien de la gente. Sus líderes piensan que la humanidad necesita la guía del fuerte, que debe ser protegida de lo sobrenatural y lo paranormal. A tal fin, llevan siglos trabajando para establecer una realidad estática. Estudiaron las leyes básicas de la creación, para después concentrar todos sus esfuerzos en conseguir que ésas fuesen las únicas leyes aceptables. Los Tecnócratas levantaron un muro alrededor del mundo y luego barraron sus puertas con lo que llamaron *ciencia*.

—El camino del infierno —intervino Diecisiete, recitando un viejo dicho que manó de su subconsciente— está empedrado de buenas intenciones.

—Exacto. Los magos que pertenecen a la Tecnocracia creen, con la misma vehemencia que los de las Nueve Tradiciones, que sus esfuerzos están destinados a ayudar a la humanidad. Los Tecnócratas creen que la senda de la Iluminación, que ellos llaman Ascensión, pasa por la estática y la absoluta creencia en las leyes de la ciencia. Pretenden definirlo *todo*, sin dejar siquiera un resquicio para lo desconocido. Para ellos, el comportamiento lógico y racional traerá el orden al universo. Sólo cuando se haya logrado la tranquilidad total podrá la humanidad alcanzar la perfección. Suena bien hasta que te das cuenta de que la ausencia de cambios, con el tiempo, conduce al estancamiento y a la muerte. A los magos de la Unión Tecnócrata les desagrada el hecho de confiar en las mismas fuerzas que emplean los artesanos de la voluntad de las Nueve Tradiciones, por lo que camuflan sus esfuerzos con la parafernalia tecnológica y científica. Hablan de estudios genéticos, o experimentan con maquinaria. O puede que actúen bajo la guisa de una agencia de contraespionaje. Pero, si rascas lo suficientemente hondo, al final, siempre resulta evidente que emplean la magia y retuercen la realidad de forma muy parecida a los magos de las Tradiciones. El problema estriba en que la Tecnocracia gobierna la nave de los Durmientes con mano férrea, conduciendo a la sociedad en una dirección que les dará un poder absoluto sobre el futuro. Si no nos andamos con cuidado, acabarán con las Nueve Tradiciones y gobernarán un futuro yermo y desesperanzador.

—Al parecer, sabes bastante acerca de la Tecnocracia —intervino Diecisiete.

---

—La única manera de derrotar a tu enemigo pasa por conocerlo, por dentro y por fuera —repuso la muchacha, con semblante serio. Pero no era capaz de mostrarse taciturna por mucho tiempo. Una sonrisa le iluminó el rostro—. Además, tuve un gran maestro. Sabe más acerca de la historia y sobre creencias de todo tipo que cualquier otro hechicero con el que me haya topado.

—Sam Haine.

—El Hombre Cambiante. Es un Verbena, aunque odia que se lo recuerden. Sam no encaja con el arquetipo de nuestra Tradición. Es un individuo único. No dejes que sus modales campechanos te engañen: es increíblemente agudo. Recorre el país junto a Albert, enfrentándose a las distorsiones y mentiras de la Tecnocracia. Por el camino, ayuda a brujos de las Tradiciones que se encuentren en apuros o huyan de algo. Al igual que muchos de nosotros aquí en la Cábala de Casey, tengo a Sam por mi mejor amigo y mentor. No hay otra persona como él en todo el mundo.

—Sí que parece único. Entonces, cuéntame algo más de las cinco Convenciones de la Tecnocracia.

—A mi juicio, tu memoria intenta recuperarse a marchas forzadas. Yo no te he dicho que la Unión Tecnócrata tenga cinco ramas. Ni que las llamemos Convenciones.

Diecisiete se encogió de hombros.

—No estoy seguro de si son recuerdos del pasado o recientes. A lo mejor lo he oído...

Se interrumpió en seco, a punto de mencionar su cautiverio. Sam Haine le había advertido de que no debía mencionarle a nadie su secuestro. Aunque Diecisiete sospechaba que al hombre de pelo cano le daría igual que Jenni supiese la verdad, le pareció más adecuado pecar de prudente.

—...por boca de Albert.

—¿Recuerdas algo de las distintas ramas de la Unión?

—No mucho. Están los Progenitores e Iteración X. A esos dos grupos los conozco. El primero se especializa en genética y drogas alteradoras de la mente. El segundo cree en la fusión con la máquina. Están convencidos de que el futuro de la humanidad estará habitado por máquinas enloquecidas.

—¿Recuerdas tu comentario acerca del camino del infierno? He conocido a unos cuantos Progenitores a lo largo de estos años. Te sorprendería saber qué tipo de gente conoces en los bares cuando eres una adolescente con ganas de fiesta. Tuve una buena amiga que descubrí que pertenecía a la Convención. Era una niña dulce y encantadora. Su hermano había nacido con terribles defectos congénitos; eso es lo que la empujó hacia la Tecnocracia. Algún día, los Progenitores erradicarán los defectos congénitos. Es una de sus metas establecidas. Todo el mundo gozará de una salud de hierro y nadie padecerá ninguna enfermedad. Todos viviremos mil años o más. Al menos, eso es lo que cree mi amiga.

—¿Tú no?

—No. Los magos comunes que componen el grueso de la Tecnocracia son gente decente y dedicada que busca la Iluminación, la perfección del espíritu humano. Como he dicho, aspiran a un mundo mejor. De quienes no me fío es de sus líderes. Al contrario que las Tradiciones, democráticas en su mayoría, la Tecnocracia se rige según una estricta cadena de mando. Las decisiones se toman en las altas esferas y se cumplen a rajatabla. Puede que sea porque no soy de las que se fían, pero me dan igual los milagros que prometan los Progenitores, o cualquier otra rama de la Tecnocracia, sospecho que siempre hay una letra pequeña. Montones de condiciones a satisfacer. Habrá beneficios, seguro, pero no serán gratis.

—Los Progenitores quieren remodelar el mundo según su propia idea de la perfección —musitó Diecisiete. Decir aquellas palabras en voz alta le hacía sentir extraño, como si estuviese afirmando un mensaje que tuviera algún significado especial. Mientras observaba sus fuertes manos y los músculos que exhibían sus brazos y piernas, volvió a sentir curiosidad acerca de los beneficios de su físico, tan increíbles—. Lo mismo puede aplicarse a Iteración X. El modo que tienen de enfrentarse a un mundo

---

cada vez más complicado es reestructurar a la humanidad para que pueda procesar un flujo cada vez más veloz de transmisión de datos. Nadie se atreve a plantear una sencilla reducción de dicho torrente. Están convencidos de que la humanidad alcanzará algún día la perfecta simbiosis entre hombre y máquina y hacen todo lo que está en su mano para acelerar la llegada de ese momento.

—Y decías que yo sabía mucho de la Tecnocracia —dijo Jenni, con una sonrisa. La chica ofrecía una expresión pensativa. Diecisiete se recordó que Sam Haine no era ningún estúpido. De forma sutil, Jenni estaba aprendiendo todo lo que podía acerca de Diecisiete. Le daba igual. Fuesen cuales fuesen los secretos que guardaba, estaban enterrados en las capas más profundas de su subconsciente. Dudaba que nadie, ni siquiera él mismo, pudiera sacarlos a la luz tan fácilmente—. Estás hecho todo un experto.

—Sólo conozco los rudimentos de la filosofía de ambos grupos. Háblame de los demás. No estoy familiarizado con ninguno de ellos.

—No me sorprende. Pasan mucho más inadvertidos que Iteración X o los Progenitores. Pero son igual de peligrosos. El Nuevo Orden Mundial coordina las actividades de la Tecnocracia. También manipula a la inmensa mayoría de los durmientes a través de los medios de comunicación y sugerencias subliminales. Son la peor pesadilla de George Orwell convertida en realidad.

Diecisiete sacudió la cabeza.

—Entiendo que entrañen peligro, pero no me asustan tanto como los Progenitores o Iteración X. ¿Quién queda?

—El Sindicato es un misterio para todo el mundo, incluso para los miembros de la Tecnocracia. Mediante su vasta red financiera, este grupo controla todos los circuitos de cultura popular, desde la industria cinematográfica a la literatura, pasando por la televisión. Sam Haine dice que el Sindicato ostenta más poder del que nadie, ni siquiera sus colegas de la Tecnocracia, sepa darse cuenta. Los últimos, y quizá los menos amenazadores para las Tradiciones, son los Ingenieros del Vacío. Se dedican a explorar los confines de la Teluria, la esfera de la existencia. Los Ingenieros del Vacío exploran la Umbra, navegan las redes de realidad virtual y cartografían los últimos rincones inexplorados del mundo. Les interesa el orden y la estabilidad, pero siguen poseyendo un irresistible deseo por descubrir lo que yace más allá de los últimos límites. La mayoría de los magos de las Tradiciones no consideran a los Ingenieros del Vacío como una amenaza seria. La Tecnocracia probablemente se fía de ellos tan poco como nosotros, puede que incluso menos.

La joven alzó los ojos al cielo.

—Se está haciendo tarde. Las festividades comenzarán cuando se ponga el sol. Dentro de poco llegará un montón de obradores de hechizos. Deberíamos regresar a la granja para cambiarnos de ropa.

—Como quieras. Me hará bien el ejercicio. Hablar contigo ha sido todo un placer, pero necesito caminar más. La mayoría de los días trabajo durante horas.

No consideró oportuno añadir que, en la prisión del Colectivo Gris, el ejercicio era una de las pocas actividades permitidas en las celdas. Muchos días había pasado entre seis y siete horas intentando forzar su cuerpo hasta el límite. La Prisionera Catorce se había referido a sus denuedos como “test de destrucción”, en tono humorístico, aunque Diecisiete había percibido una nota de temor en su voz en más de una ocasión.

Habían recorrido medio camino de regreso a la inmensa granja cuando se acordó de dos preguntas más.

—Los Nefandos —dijo—. Mencionaste su nombre pero no me has dicho nada más sobre ellos. Y otro grupo conocido como los Merodeadores.

Jenni se estremeció. No consiguió ocultar el miedo que asomaba a sus ojos.

---

—Los Nefandos son la maldad absoluta con forma humana. Son artesanos de la voluntad que creen en la Oscuridad en vez de en la Luz. Sus señores son monstruosas fuerzas demoníacas que habitan en la Umbra Profunda. Se les llama Señores Oscuros en cuentos que sólo se susurran. Nadie sabe mucho más acerca de ellos, salvo que son enemigos de toda forma de vida.

—Los Señores Oscuros buscan entrar en nuestro mundo y obtener el control sobre la humanidad —añadió Diecisiete. La idea brotaba de su subconsciente. Hablaba como en sueños—. Conocidos como los Incarna Maeljin, estos poderosos seres existen en el Reino de la Umbra Profunda de Malfeas. Su objetivo es traer la Entropía final al universo... la destrucción total y absoluta de toda forma de vida.

Jenni se humedeció los labios.

—Este... lo que tú digas, Diecisiete.

Éste meneó la cabeza, intentando aclarar sus ideas.

—Lo siento. No puedo explicar lo que ocurre. Dices una frase, o una palabra, y de repente me sobreviene un retazo de conocimiento que no sabía que poseía. Puede que tengas razón. Bien podría tratarse de mi Avatar, que intenta comunicarse conmigo de forma básica, aunque efectiva —se encogió de hombros, desorientado—. No tengo ni idea.

—Si alguien puede ayudarte, ése es Sam Haine.

—Eso espero. ¿Quiénes son los Merodeadores? Parece que mi Avatar no suelta prenda acerca de ellos.

—No me sorprende. Nadie, ni siquiera Sam, sabe mucho sobre los Merodeadores. Son el mayor misterio de la Teluria. Según me han contado, son magos dementes de inmenso poder, capaces de malear la realidad con su mera presencia. Se supone que habitan en la Umbra Profunda. Nunca me he encontrado con uno y espero seguir así. Los Merodeadores sólo piensan en sí mismos y la humanidad no les importa en absoluto. Carecen de moral, su existencia no comprende la preocupación por nadie más. Al contrario que las Nueve Tradiciones, o la Tecocracia, o incluso los Nefandos, los Merodeadores no se organizan en grupos para alcanzar sus fines. Son lunáticos desquiciados que hay que evitar a toda costa.

Ya se encontraban cerca de la granja. Más de una docena de magos, ataviados con trajes llamativos y exóticos, aguardaba en el exterior, inmersos todos ellos en una acalorada discusión. Ninguno había estado allí la noche anterior. Debían de ser invitados recién llegados para la celebración.

Diecisiete, con su aguzado oído, escuchó las palabras *Químicas Everwell* en más de una ocasión a medida que se acercaban a la multitud. Parecía evidente que a los recién llegados les preocupaba la influencia en expansión de la compañía dentro de la región. Acordándose de cuál era el destino de los contenedores que salieron del Colectivo Gris, Diecisiete estaba seguro de que la amenaza de Everwell era mucho mayor de lo que ninguno llegaba a sospechar.

—Gracias por tu paciencia —le dijo a Jenni cuando llegaron a la puerta trasera de la granja—. Aprecio lo que haces por mí.

—No es molestia. —De improviso, la joven se puso de puntillas, puso las manos alrededor del cuello de Diecisiete y depositó un delicado beso sobre sus labios—. Llevo todo el día queriendo hacer eso —dijo, con una risita nerviosa—. Piensa que estamos en paz. Ahora, ve y cámbiate. Estoy segura de que Emma ha encontrado algún traje exótico para que te lo pongas esta noche. Hasta luego.

Sin dejar de sonreír, la muchacha se perdió entre la multitud. Diecisiete, que sentía un hormigueo en la boca, sacudió la cabeza para librarse de su pasmo. Su vida se embrollaba por minutos.

# CATORCE

Terrence Shade llegó a las oficinas centrales de Dynamic Security exactamente a las cinco p.m. Tras presentar su tarjeta de identidad y someterse a una comprobación de retina y a un escáner de ondas cerebrales, dos guardias armados lo escoltaron hasta el despacho de Winston Graves, jefe de operaciones de la empresa.

Al igual que todas las sociedades anónimas que servían de fachada para el NOM, Dynamic Security operaba de veras como un negocio a tiempo completo, en el que se proporcionaban guardaespaldas para políticos, gánsteres, abogados, médicos y cualquiera lo suficientemente rico como para permitirse sus servicios. Menos públicas, pero igual de lucrativas, eran las ramas de espionaje industrial y seguimiento, a disposición de gran parte de la misma clientela, aunque cubriendo un abanico de servicios muy diferente.

Ninguno de sus clientes habituales, no obstante, estaba al tanto de que el cuartel general de la sociedad, de doce plantas, sito en Albany, Nueva York, conectaba con otro edificio del mismo tamaño, emplazado bajo los cimientos. Era en aquel laberinto subterráneo de oficinas y pasillos donde el Nuevo Orden Mundial supervisaba los manejos de la Convención por toda la vertiente nordeste del país y Canadá. Transcurrieron veinte minutos de atravesar corredores y firmar en varios puestos de seguridad secundarios antes de que Shade llegase por fin al despacho de Graves.

Éste era un hombre alto y delgado, bien entrado en los cincuenta, de pelo que comenzaba a volverse gris y un constante tic nervioso, que se encontraba aplastando un cigarro en un cenicero inundado de colillas cuando Shade hizo su aparición en su cuartel general. Aunque era el responsable de cientos de operativos en la región, Graves sabía muy bien que Shade, uno de los peces gordos del NOM, tenía autoridad para destituirlo en un instante si llegase a sentirse insatisfecho con su trabajo.

—Especialista en Misiones Shade —saludó el jefe de operaciones, apresurándose a ponerse en pie y extender una mano—, encantado de conocerle, señor. La visita de un agente de la superficie siempre es un honor.

Shade estrechó la mano de Graves antes de acomodarse en una de las sillas frente al despacho.

—Me han hablado muy bien de su trabajo aquí, Graves —dijo, con una sonrisa—. La Convención lo considera uno de sus mejores comandantes de campo. Ése es el motivo de que haya seleccionado su oficina como base de operaciones para el asalto de esta noche.

—Todo un honor, señor —contestó Graves, con el rostro radiante—. En Dynamic Security estamos preparados para hacer todo lo que sea necesario por el éxito total de vuestra misión. He puesto a toda la base en estado de alerta. Aguardamos vuestras órdenes.

—Excelente. Deduzco, a partir de vuestra llamada de esta mañana, que la emboscada que ordené fue un éxito.

—Sí, señor. Dado que hablábamos por una línea poco segura, juzgué oportuno no mencionar ningún detalle. Empleé procedimientos de efectivos, tal y como se me instruyó, trabajando con una amalgama de Hombres de Negro. Nuestra búsqueda peinó bases de datos e interrogó a testigos hasta que localizamos al Subversor de la Realidad. El informe que enviasteis, donde se describían sus características físicas, nos fue de gran utilidad. Nuestro emplazamiento en la capital del estado también ayudó. Los políticos locales son extremadamente paranoicos, por lo que podemos intervenir sus líneas y dejar que el gobierno nos haga la mitad del trabajo. Ampliaciones de fotos tomadas por satélites de vigilancia, ficheros policiales, informes de radio de banda ciudadana y suministros procedentes del

---

contraespionaje nos proporcionaron la información necesaria para señalar la localización exacta del fugitivo.

—¿Que es...? —preguntó Shade, conteniendo una sonrisa. Graves hablaba demasiado, pero sólo porque estaba ansioso por agrandar. Después de meses lidiando con el Interventor Klair y Sharon Reed, era todo un placer tener a alguien lamiéndole las botas, para variar—. ¿Adónde vamos?

—El fugitivo se ha refugiado en el seno de una cábala Verbena situada varios kilómetros a las afueras de Rochester. Sigue allí, según nuestros datos. De acuerdo con nuestros últimos informes espía, los eco-terroristas piensan celebrar una de sus fiestas paganas esta noche. Dado que vuestra principal preocupación es que el Subversor revele información clasificada al enemigo, sugiero que ataquemos con todo lo que tenemos, a máxima potencia. Asegurémonos de que, sea lo que sea que revele el objetivo, nunca salga de su “bosque encantado”. Mis agentes están preparados, Especialista en Misiones. Sólo esperan vuestra orden de ataque.

Shade asintió con la cabeza, pensativo.

—Conociendo las costumbres de los Verbena, es de esperar que estén preparando una gran celebración para la mayoría de los artesanos de la voluntad de las Tradiciones de la zona. Su Capilla estará llena de subversores de la realidad de todo pelo. ¿Dispone de Hombres de Negro suficientes para manejar la situación? No puede haber errores. Este fugitivo debe ser destruido por completo, no quiero que queden ni sus cenizas. Lo que los demás magos sepan por él tiene carácter secundario. Una vez se ponga en marcha el filtro informativo, las Tradiciones sólo dispondrán de vaguedades con las que reconstruir la verdad. Vuestro principal objetivo, el único objetivo realmente importante, es la eliminación del hombre al que nos referimos como Prisionero Diecisiete. Si caen algunos magos de las Tradiciones en el proceso, mejor. Pero si el Prisionero Diecisiete no es destruido, la misión será considerada un fracaso. Tal resultado me decepcionaría en gran medida.

La frente de Graves se perló de sudor y sus mejillas perdieron todo el color.

—Os garantizo, Especialista en Misiones, que no habrá ningún error.

—Bien —dijo Shade, sonriendo. Se frotó las manos en un brusco ademán—. Como ya he dicho, la Convención deposita una fe absoluta en vuestras posibilidades, Graves. Sabemos que no subestimaré al enemigo. Ahora, ¿iba a decirme cuántos Hombres de Negro se han asignado para la misión?

El Coordinador se humedeció los labios.

—Esto, deje que compruebe la cifra personalmente, Especialista en Misiones. No dispongo de la información exacta referente a la amalgama; mi ayudante se encarga de las cifras. Supongo que querrá saber cuántos componentes del grupo son bioclones y cuántos son operadores independientes.

—Por supuesto —dijo Shade, entrelazando los dedos sobre su amplio estómago—. Por favor, compruébelo. Creo que tenemos que irnos dentro de poco. ¿Habéis asignado un Hombre Gris para supervisar la amalgama de Hombres de Negro?

—Sí, señor —respondió Graves, al tiempo que avanzaba hacia la puerta, decidido—. Agente de campo Murray Helman, el mejor Hombre Gris del Colectivo. Es un ex agente de la CIA, reclutado hace varios años. Helman es un técnico experto sin trazas de estúpido sentimentalismo. Utiliza a los Hombres de Negro como si fuesen piezas de ajedrez, sacrificándolos como sea necesario a fin de cumplir con el objetivo fijado. Sus operaciones son modelos de eficacia.

—Estupendo —Shade lanzó una mirada intencionada a su reloj—. El tiempo vuela, coordinador. Creo que deberíamos irnos enseguida.

—Sí, señor —dijo Graves, con la voz convertida en un susurro—. Sí, señor. Enseguida vuelvo, señor. Será un minuto.

---

Shade exhaló un fuerte suspiro y cerró los ojos. Tras él, la puerta se cerró de golpe cuando Graves salió corriendo a doblar el tamaño de fuerza de ataque. El Especialista en Misiones sacudió la cabeza, apesadumbrado. La intimidación resultaba más efectiva cuando se aplicaba con mano suave. Graves resultaba tremendamente susceptible a la manipulación. Era un excelente administrador, tal y como indicaba su informe, pero no resultaba adecuado para ocupar el escalón más alto del NOM. La oficina de Albany era el lugar indicado para él. Se le encomendaba la suficiente responsabilidad, pero no demasiada, a fin de que no pudiera provocar ningún contratiempo en el sistema. Shade, por su parte, comenzaba a preguntarse si la asignación de Graves al mando del ataque de esa noche habría sido una buena idea.

El Especialista en Misiones suspiró por segunda vez. Ojalá Sharon Reed y el Interventor Klair fuesen tan maleables. Pese a su irritante falta de racionalidad, ambos miembros del Triunvirato hacían gala de una fuerte determinación y se negaban a doblegarse ante las diversas y sutiles medidas de control mental que eran la especialidad de Shade. Apoderarse del control del Proyecto GA una vez completado iba a requerir una dosis generosa de fuerza bruta. El Especialista en Misiones se encogió de hombros. Habría que hacer lo que hubiese que hacer.

El coordinador Graves regresó a la oficina transcurridos dos minutos y trece segundos. Pese a su aspecto calmado, no podía camuflar lo entrecortado de su aliento ni el rubor de sus mejillas. Tras recuperar su asiento tras el despacho, le llevó algunos instantes el arreglarse la corbata y alisar su camisa antes de hablar.

—Todo está en orden, Especialista en Misiones —comenzó, intentando proyectar la imagen de un ejecutivo sereno, dueño de la situación. A Shade le molestó el intento de engaño, pero no dijo nada. Comenzaba a perder la paciencia con la ineptitud del coordinador Graves—. El equipo de Helman lo componen cuarenta Hombres de Negro. Dos docenas son bioclonos. Otros diez son Durmientes, matones curtidos y dedicados en la plantilla de Dynamic Systems. Estos hombres son asesinos profesionales que desconocen los objetivos o creencias del NOM, pero les motiva el dinero y les pagamos bien. Los otros seis son operadores independientes, Tecnomantes de segunda afiliados a la Convención, ansiosos por destacar en la misión para ascender a un nivel superior.

—Ecléctica colección. ¿Utiliza Helman una Mente de Enjambre con los bioclonos?

—Depende de la situación. No estoy seguro de cuáles son los planes del Hombre Gris para esta noche. Supongo que dependerá de a quién se enfrente cuando lleguemos. La mente colectiva funciona en escenarios de batalla donde la potencia de fuego coordinado es lo único a tener en cuenta. Sin embargo, frente a una cábala de subversores de la realidad, la acción individual probablemente sea el camino más acertado.

Graves parecía haber recuperado la compostura. Sonaba sereno y sin prisas.

—Nos aguarda una flota de once limosinas. Cuatro Hombres de Negro por automóvil, con usted, Helman y yo en el coche de cabeza. ¿Listo para partir, señor? Nuestro horario de faena estima el tiempo de llegada en cinco minutos después de medianoche.

Helman, un hombre de corta estatura, delgado, de rasgos anodinos y acuosos ojos azules que parecían siempre desenfocados, los esperaba en la planta de garajes del cuartel general de la sociedad. Se encontraba frente a un enorme Cadillac El Dorado de color negro, el vehículo favorito de los Hombres de Negro. Tras el coche, otras diez limosinas exactamente idénticas aguardaban con los motores rugiendo.

Todos los vehículos estaban equipados con puertas acorazadas, ventanas de vidrio tintado a prueba de balas y neumáticos reforzados contra pinchazos. Persistían los rumores, muchos de ellos difundidos por operarios del NOM, que vinculaban a los misteriosos coches negros con una agencia secreta de

---

seguridad gubernamental. Su aparición en cualquier zona residencial provocaba una oleada de pánico que llegaba a sacudir bloques enteros. Nadie sabía con certeza quién empleaba a los Hombres de Negro ni cuáles eran sus objetivos, pero su relación con numerosas desapariciones evidenciaba que componían una fuerza a evitar fuese como fuese. Al igual que el Pies Grandes, los cocodrilos de las alcantarillas y las reinas del corazón que cenaban todas las noches en restaurantes de moda, se habían convertido en parte de la mitología urbana actual. Con sus limosinas negras en el este y el medio oeste, y sus helicópteros del mismo color en el oeste, se habían convertido en el eje de la paranoia en las ciudades. Una reputación ganada a pulso.

—Agente Helman —saludó Shade, al tiempo que extendía una mano fofa—. Encantado de conocerle. Soy el Especialista en Misiones Terrence Shade.

—El gusto es mío —respondió Helman, lacónico y preciso. Tenía los dedos fríos. Su apretón era como un cepo—. Mi equipo está preparado, Especialista en Misiones. Nuestro equipo de avanzadilla, un pequeño contingente de emergencia situado en Rochester, ya ha llegado a la escena y controla la actividad. Mantendrán a su presa localizada hasta nuestra llegada. El plan es sencillo. Llegamos, disparamos y concentramos nuestro fuego en el objetivo principal. Si alguien se interpone, lo eliminamos. Política de tierra calcinada, ya me entiende. Mis hombres van armados con pistolas, rifles de asalto y lanzallamas. Para cuando hayamos terminado, su fugitivo no será más que un montón de crujientes tiras de tocino. Lo mismo se aplica para cualquiera que ocasione problemas. Me gusta dirigir mis operaciones de forma rápida y sencilla. Da resultado.

Graves abrió la puerta trasera de la limosina para que Shade pasara a su interior. El asiento estaba tapizado de cuero negro. Enfrente tenía un mueble bar. Como contraste con el lujo del interior, colgaba del techo un mueble armería que albergaba media docena de rifles láser y ametralladoras.

Helman se puso al volante, con Graves a su lado. En el regazo de éste descansaba una escopeta de dos cañones. El coordinador hacía honor a su título. Al igual que muchos Tecnomantes del NOM, el arma servía como punto focal de sus procedimientos, además de formar parte intrínseca de su persona. Shade portaba una Magnum .357 en la pistolera de su gabardina.

El Hombre Gris giró la llave de contacto y arrancó el auto. Media docena de instrumentos computerizados se iluminaron en el tablero de mandos cuando el poderoso motor V-8 lanzó su rugido. Las manos de Helman aleteaban sobre el panel de instrumentos a una velocidad sobrenatural mientras programaba las coordenadas de su viaje.

—El sistema de guía de a bordo proyecta las 11:57 como hora estimada de llegada, Especialista en Misiones —informó Helman, mientras maniobraba la limosina negra fuera del garaje y llegaba a la calle. Tras él, un séquito de autos duplicados—. Romperemos la formación mientras atravesamos la ciudad. Hay mucha gente que se piensa que somos el cortejo fúnebre de algún pez gordo cada vez que ven una de nuestras comitivas. No queremos que eso ocurra. La curiosidad y las murmuraciones dan lugar a preguntas que preferimos no responder.

—Bien pensado —convino Shade, repantigándose en el mullido asiento. En una mano sostenía un güisqui con soda. Como cabría esperar, el bar se abastecía sólo de las marcas más selectas—. ¿Estáis al tanto, señor Helman, de que el blanco de esta noche desarticuló a un HIT Mark con sus propias manos?

—No, señor —repuso Helman, sin que se alterara su voz. Lanzó un fugaz vistazo al coordinador, que se revolvía incómodo junto a él—. El señor Graves no mencionó ese detalle.

—Supongo que también olvidó mencionarle el hecho de que el fugitivo asesinó, además, a una poderosa creación biológica salida de un laboratorio progenitor —continuó Shade, al tiempo que daba un sorbo a su güisqui.

---

—¿Un sauroide, señor? —preguntó Helman, con una sutil nota de irritación en la voz. Volvió a mirar a su jefe. Graves tenía los ojos fijos en la carretera, sin parpadear siquiera.

—Sí, señor Helman. No estaba seguro de que conociereis a esos monstruos. Su existencia es un secreto celosamente guardado.

—Como Hombre Gris, mi trabajo consiste en estar informado acerca de todos los aspectos de la seguridad tecnócrata, señor. Estoy al corriente de la existencia de tales criaturas, aunque nunca he visto ninguna. Por lo que he oído, deduzco que, de ordinario, resulta extremadamente difícil acabar con una de ellas.

—Vuestra asunción es correcta, señor Helman —corroboró Shade, mientras cerraba los ojos y paladeaba la textura del exquisito licor—. He juzgado necesario que comprendierais exactamente por qué esta misión exige una tropa tan numerosa de Hombres de Negro. Nuestra presa puede resultar extremadamente mortal. También se regenera a gran velocidad. No sé si las balas corrientes podrían acabar con él, pero lo dudo mucho.

—Sí, señor. Aprecio vuestro interés. Lo que habéis dicho exige un cambio de estrategia. En lugar de controlar la totalidad de los bioclones con mis pensamientos por medio de una Mente de Colmena, me limitaré a soltarlos con órdenes de provocar una matanza entre los Subversores de la Realidad. Nos servirán de diversión, mientras dirijo a nuestros agentes independientes y pistoleros de alquiler en un rápido golpe destinado a encontrar y destruir a nuestro objetivo. Será una ardua tarea, pero funcionará. Si no, se me da bien improvisar. Si fuese necesario, sacrificaré a la totalidad del equipo. No importa el precio, no fallaré.

—Bien —Shade apuró el vaso. La competencia de Helman hacía que su decisión fuese mucho más fácil. Shade desenfundó su pistola de la sobaquera. Con toda naturalidad, la dio la vuelta, como si examinase el cañón en busca de alguna imperfección. Tras no encontrar ninguna, levantó el arma, apuntó a la nuca del coordinador Graves y apretó el gatillo.

La explosión sacudió el coche. La sangre cubrió las ventanas al tiempo que Graves se derrumbaba sobre el salpicadero. La parte posterior de su cráneo había desaparecido.

—Menudo estropicio —dijo Shade—. Hay que darse prisa en limpiarlo. No quiero ningún retraso. El señor Graves ya no está al mando de Dynamic Security, señor Helman. Usted hereda el testigo. Asegúrese de que hace un mejor trabajo. Esta noche no quiero sorpresas. ¿Entendido?

—Entendido, señor —contestó Helman—. A la perfección.

# QUINCE

Las oficinas de Químicas Everwell en Rochester se emplazaban en un desvencijado edificio de ladrillos que cubría todo un bloque del ruinoso polígono industrial de la ciudad. En su día, la gigantesca estructura había sido una fábrica de ataúdes. El hedor de la muerte y la putrefacción flotaba en el aire como una niebla fétida e insalubre. Se ajustaba a la perfección a la personalidad de Enzo Giovanni.

Al contrario que su pariente, Pietro, Enzo había preferido emplazar su cuartel general en el sótano de su escondrijo. Desde una enorme sala que otrora había servido de almacén para los féretros, dirigía la fortuna de Químicas Everwell, así como a docenas de compañías menores que formaban parte del imperio secreto de Pentex. Como miembro de la junta directiva de la enorme corporación multinacional que planeaba gobernar el mundo, Enzo ostentaba un poder increíble. Pero no era suficiente. Quería más. Lo quería todo.

Despierto desde hacía una hora de un sueño similar a la muerte, se encontraba sentado a solas en su oficina, repasando los informes de la actividad diaria. El armazón de su enorme sillón, tapizado de terciopelo púrpura enhebrado con hilo de oro, era de caoba. Para Enzo, era su trono.

Con el ceño fruncido, hojeaba los informes procedentes de los equipos de rastreo enviados a buscar al prisionero fugado del Colectivo Gris. Los resultados no arrojaban resultados definitivos, sino tan sólo vagas pistas que apuntaban a una posible localización del fugitivo. Enzo no se sentía satisfecho. El Proyecto GA suponía una seria amenaza para sus planes de futuro. Tenía que ser eliminado. Durante meses, había trabajado en una compleja maquinación para destruir el Compuesto y a todos sus habitantes. Para que su estrategia diera resultado, había que encontrar y destruir al prófugo. De inmediato.

—Ocupado, como siempre —dijo una voz masculina, procedente de ninguna parte—. Trabajas demasiado, amigo. Tendrías que aprender a delegar autoridades.

Enzo levantó la mirada del montón de documentos. La única puerta del cuarto seguía cerrada. Detrás de los muros de cemento de la estancia se apilaban toneladas de escombros. Acceder a la oficina debería haberle resultado imposible a cualquiera. A menos que ese alguien poseyera poderes místicos.

—¿No entramos por la puerta esta noche? —preguntó Enzo, con una tenue sonrisa—. Pensaba que te gustaba la publicidad.

—Ya no busco salir en las portadas —respondió el hombre bajo, de pelo gris, que acababa de aparecer frente a la mesa de Enzo. Llevaba la espesa mata de pelo desgredada y enmarañada. Sus ojos relucían con un brillo extraño. Su voz, sin embargo, sonaba tranquila y relajada—. Pietro ya sabe que trabajamos juntos. Se tragó el anzuelo tal y como habíamos planeado.

—Pareces muy confiado —dijo Enzo, mientras ordenaba los papeles de su despacho. Podían esperar. Esta conversación era mucho más importante—. No es estúpido. Los antiguos del clan tienen fe absoluta en Pietro. No es fácil engañar a mi primo.

—Puede —concedió Ezra, con una mueca—, pero tiene sus puntos débiles. Pietro le ha asignado a Madeleine la tarea de eliminarme. Y ha enviado a Montifloro a los Estados Unidos para vigilarte.

—¿Montifloro? —repitió Enzo. Sacudió la cabeza, expresando su asombro—. Ésa sí que es buena. Mi primo es perfecto para nuestros planes. Convertirlo a nuestra causa será un juego de niños. ¿Qué pasa con la chica?

---

—La Daga de los Giovanni se ha ganado su reputación, pero sus poderes no son rival para los míos. Lo más importante es que ella urde sus propios planes contra Pietro. Madeleine sólo es leal a sí misma. Sin darse cuenta, será la ruina de su sire.

—No creo que resulte tan sencillo. Pietro es un genio de la traición y el juego a dos bandas. Se dará cuenta de que planeamos algo contra él.

—Desde luego, pero no sospecha siquiera cuáles son nuestros objetivos. Se piensa que yo estoy loco y que tú sólo buscas más poder. El pobre iluso no se imagina el alcance de nuestras ambiciones. Para cuando se dé cuenta, la trampa ya se habrá cerrado y será nuestro.

—¿Destruiste el reloj?

—Sí —Ezra se encogió de hombros, fingiendo aflicción—. Era una hermosa obra de arte, pero tuve que hacerlo. También acabé con las rosas de sangre. Cuanto más furioso esté Pietro, más probabilidades habrá de que pase por alto nuestras maquinaciones.

Enzo convirtió las manos en puños. Esbozó una sonrisa salvaje.

—El poder del clan Giovanni combinado con los recursos de Pentex. El mundo será nuestro, Ezra.

—No te confíes demasiado —advirtió el hombre de la barba gris—. Madeleine debe volverse contra su sire. Y la voluntad de Montifloro ha de ser doblegada y reformada.

—Anoche encontré a una joven perfecta para el trabajo. Conozco los gustos de mi primo. Siente debilidad por las mujeres morenas. La muchacha se llama Esperanza.

—Qué apropiado. Ahora, te...

El golpe de unos nudillos contra la puerta de la oficina silenció a Ezra que, sin emitir ni un sonido, se desvaneció.

—Cómo odio que haga eso —musitó Enzo, al tiempo que volvía a colocar el montón de papeles sobre su regazo—. Adelante.

Hargroves entró en el cuarto. Como siempre, iba vestida con un traje azul, no llevaba maquillaje y se recogía el cabello en un moño severo. La mujer, alta y adusta, parecía nerviosa, incómoda, llena de una energía poco común. Por lo general, su secretaria siempre mantenía un control absoluto y completo de sus sentidos. Enzo se preguntó qué sería lo que la incordia. Portaba en la mano otro mazo de papeles.

—Me pareció oír que hablaba con alguien —dijo Hargroves, mirando a su alrededor sin ver a nadie. Su voz sonaba tan firme como de costumbre. Al oírla, Enzo desechó sus temores acerca de la compostura de la desvaída mujer. Ya debería saber que no había nada que pudiese soliviantarla—. Acaban de llegar estos informes. El Equipo Primero cree que han localizado al fugitivo. Supuse que querría enterarse de inmediato.

—Supuso usted bien —convino Enzo, al tiempo que arrebatava los papeles de manos de Hargroves. Miró los documentos por encima—. ¡*Madonna!* De todos los sitios posibles, ha tenido que ir a parar en medio de una banda de lunáticos ecologistas que no paran de oponerse a nuestra expansión hacia los suburbios. Qué desastre.

Lanzó una mirada furibunda a Hargroves, que se la devolvió sin parpadear. La enjuta mujer tenía un corazón de hielo.

—Supongo que ha tomado las medidas pertinentes.

—Me he puesto en contacto con los Caballeros del Dolor —respondió Hargroves—, por medio de nuestras fuentes de costumbre. He ofrecido una recompensa: un millón de dólares por la cabeza de nuestra presa. Por ese dinero, serían capaces de ir al infierno a buscarlo.

Enzo torció el gesto, enojado.

---

—No sé. Mattias y sus seguidores son imprevisibles, por decirlo de algún modo. ¿No podemos utilizar a alguno de nuestros hombres?

—No con tan poco margen de tiempo. Esta noche hay una especie de fiesta en esa granja. Si no atacamos de inmediato, va a haber mucha gente enterada de la historia de nuestro fugitivo.

—Dé la orden, entonces —concedió Enzo, entre dientes.

—Ya lo he hecho —la voz de Hargroves sonaba algo frágil—. Supuse que comprendería que era la única opción.

Enzo soltó una carcajada, una risa áspera e inhumana.

—Uno de estos días, mi querida secretaria, va usted a suponer demasiado. Cuando eso ocurra, lo lamentará muy mucho.

Hargroves se encogió de hombros.

—Intente dirigir Químicas Everwell sin mí —declaró, serena—. Haga el balance de cuentas. Manipule las cifras. Pague los sobornos. Luego podrá amenazarme.

—Basta. Ha quedado claro. Con suerte, Mattias y su pandilla no lo echarán todo a perder.

—Conocen el precio del fracaso. Dejé bien claro que no aceptaríamos ninguna excusa.

—Bien hecho. ¿Qué tal va la educación de la chica, Esperanza, que traje anoche?

—Teniendo en cuenta que es una vulgar zorra de tres al cuarto, sin apenas educación y con una vena sádica que tiene asustados hasta a los hermanos Grim, va mejor de lo esperado. Esperanza no es idiota y aprende rápido. Con el entrenamiento adecuado, armará un buen revuelo en círculos influyentes.

Enzo sonrió.

—Excelente. Uno de mis parientes llegará dentro de poco a la ciudad, procedente de Italia. Creo que la encontrará fascinante. Tendrán que conocerse en las circunstancias propicias. Ahora, déjeme. Quiero estar solo con mis pensamientos.

Segundos después de la marcha de Hargroves, Ezra reapareció.

—Hay algo extraño en esa mujer —dijo el hombre de pelo gris—. ¿Es de confianza?

—Sin lugar a dudas. Hargroves es infalible. Carece por completo de emociones, sólo adora al dinero. Y le pago muy bien.

Ezra sacudió la cabeza.

—Yo no me fío de nadie. Y bien, ¿qué pasaba con el prisionero fugado?

En breves palabras, Enzo resumió lo poco que sabía acerca del fugitivo del Colectivo Gris. Las líneas que surcaban el rostro de Ezra se hacían más profundas a medida que escuchaba.

—A nuestro patrón le preocupa este Proyecto GA. De tener éxito, alteraría en gran medida el equilibrio de poder entre la Tecnocracia y las Nueve Tradiciones. No podemos permitir que ocurra tal cosa. Cuantos más recursos malgastan matándose entre sí, mejor. Debemos destruir todo lo relacionado con el experimento. Ese fugitivo tiene que morir.

—¿Tú no puedes hacer nada? Los motoristas ya deben ir de camino.

—Incluso mis habilidades tienen sus límites —admitió Ezra—. No obstante, reforzaré su resolución. No se retirarán.

El hombre de la melena entrecana soltó una carcajada estridente.

—La banda localizará y exterminará al fugitivo. O morirá en el intento.

# DIECISÉIS

Diecisiete estaba peleándose con la ropa para el festival cuando llamaron a la puerta de su cuarto.

—¿Quién es? —gritó, al tiempo que se echaba por encima una camisa túnica de color negro—. Un minuto. Me estoy vistiendo.

La puerta se abrió y entró Sam Haine, seguido de Albert. Entre los tres llenaban la pequeña estancia.

—Ya veo que te lo estás pasando bomba, probándote disfraces para el guateque de las narices —bromeó Sam.

—Esta ropa no es precisamente la que yo habría escogido —refunfuñó Diecisiete mientras bregaba con la enorme hebilla de plata de un cinturón negro de cuero—. El uniforme de la prisión era mucho más cómodo. Y mil veces más práctico.

Sam contuvo la risa. Él vestía un anticuado traje blanco, una camisa del mismo color, corbata roja y sombrero de jipijapa. Con su enorme bigote daliniano, las cejas pobladas y sus chispeantes ojos azules, a Diecisiete le recordaba a un célebre escritor cuyo nombre no le venía a la mente en ese preciso instante. En una mano sostenía un largo bastón de madera y, en la otra, un puro encendido que, cosa curiosa, ni humeaba ni desprendía olor alguno.

—Me gustan los buenos habanos —aclaró el anciano, al percatarse de adónde miraba Diecisiete—, pero a todos esos tipejos saludables y sin vicios de la nueva era a los que les ha dado últimamente por unirse a los Verbena les repatean. Así que manipulo un poquito mis puros para atenerme a las reglas estipuladas. Ya ves, con la edad uno se aviene más fácilmente a todo lo que le echen.

Albert soltó una risita irónica. El africano vestía un dashiki de varios colores que le cubría desde el cuello hasta las sandalias. Llevaba los brazos al descubierto y pintados, al igual que el rostro, con sellos místicos. Para cualquier alma temerosa, el gigante negro debía de resultar amenazador.

—Sam se niega a admitir que le encanta llamar la atención de las nuevas generaciones. Odia que no se fijen en él. Si fuese la mitad de huraño de lo que afirma, nadie le dirigiría la palabra. Mi amigo ladra mucho, pero no muerde.

—Tú ten cuidado con lo que dices —dijo Sam, apuntando a Albert con su bastón—. Vas por ahí soltándolo todo y la gente va a empezar a pensar que me hago viejo. Eso no debe ocurrir. Son demasiados los que me necesitan para recordarles de qué va esta puñetera Guerra de la Ascensión.

Sam señaló a Diecisiete con el cayado.

—Libertad de elección, hijo, de eso va todo esto. Simple y llanamente. La Tecnocracia quiere hacer del mundo un lugar seguro para los Durmientes arrebatándoles su voluntad para tomar decisiones. Seguridad para todos, pero ni se te ocurra pensar por ti mismo. Éste va a ser un mundo aburrido de narices como esos elementos se hagan con él. Ya puedes ver su influencia, los Tecnócratas no dejan de volverse cada vez más poderosos. Intentan prohibir esto y lo otro, censuran libros, nos dicen lo que podemos escuchar o ver y lo que no. La cosa pinta de pena. Una vida sin imaginación ni visiones. Pero así es como les gusta a ellos —dio una honda calada a su puro—. Ése es el verdadero motivo por el que luchamos, hijo. No dejes que nadie te diga lo contrario. Si la Tecnocracia triunfa, la humanidad pierde.

El anciano meneó la cabeza.

—Hay que fastidiarse, ahora hablo como uno de esos políticos. ¿Has terminado ya con el disfraz, hijo? Es hora de que nos mezclemos con el resto de faranduleros que han venido a la celebración. Con

---

un poco de suerte, a lo mejor alguien te reconoce. O sabe quién es este Alvin Reynolds que andas buscando.

—Listo —anunció Diecisiete, abrochándose la última hebilla de su traje. Iba vestido de negro y plata. Llevaba pantalones holgados de color negro, botas altas hasta la rodilla, una túnica de seda negra con broches de plata en el cuello, una larga capa de color negro y guantes negros de cuero. La túnica le quedaba un poco ajustada a la altura de los hombros pero, por lo demás, todo le sentaba a las mil maravillas. Una de las ventajas que tenía la ropa mágica era que se ajustaba sola, sin necesidad de sastres—. Aunque me siento ridículo así vestido.

—Te das un aire distinguido —dijo Albert—. Los diseñadores de la Cábala de Casey hicieron un buen trabajo eligiendo tu atuendo. A los obradores de hechizos de las Tradiciones les gusta desmarcarse del resto. Prefieren las ropas pasadas de moda. Te aseguro que, comparado con muchos de los que verás esta noche, tu aspecto es relativamente conservador.

Sam Haine soltó una carcajada.

—Menudo trío hacemos —dijo, mirando primero a Albert y luego a Diecisiete—. Blanco, negro y todos los colores que quieras en medio. Pero basta de cháchara. Salgamos. La ceremonia dará comienzo a medianoche y hay un montón de gente con la que quiero que Diecisiete hable antes.

Unas cincuenta personas se habían congregado en el claro donde Diecisiete había pasado la tarde con Jenni. Se habían encendido dos enormes hogueras, una a cada extremo del calvero, cuyas llamas proyectaban exóticas sombras sobre los árboles circundantes. Varias jóvenes, ataviadas con largas túnicas de color blanco, servían vasos de ponche preparado en un inmenso caldero de hierro. Diecisiete vio que Jenni se contaba entre ellas. La muchacha levantó la cabeza por un instante, como si hubiese sentido su mirada, y le saludó con la mano, radiante. Con una sonrisa, consiguió devolverle el saludo antes que Sam Haine se lo llevara a rastras para presentarle a otro grupo de dignatarios.

El hombre de pelo blanco conocía a todo el mundo. Si bien algunos de los invitados más conservadores, a juzgar por su aspecto, no ofrecían demasiadas muestras de entusiasmo al encontrarse con el Hombre Cambiante, todos ellos sin excepción se mostraban corteses en su presencia. Diecisiete no tardó en descubrir que Sam Haine era toda una celebridad entre los hechiceros: el que no lo odiaba, lo adoraba.

—Diecisiete —dijo Sam, casi una hora después—, te presento a Conrad Wyeth. Pertenece a la Orden de Hermes. Maese Wyeth se ha interesado por tu problema. Dice que podría ayudarte a recuperar la memoria.

Wyeth, vestido a la última con su traje de Armani, asintió con la cabeza. Casi tan alto como Diecisiete, el hombre proyectaba la imagen de alguien seguro de sus poderes. Con su cabello gris impecablemente corto y su perilla, exudaba raigambre. A su lado, Sam Haine parecía un patán.

—Estoy seguro de que, con tiempo suficiente, podría derribar los bloqueos mentales implantados en tu mente por los Tecnomantes —aseveró Wyeth. Hablaba de forma precisa, cadente, como si se estuviese dirigiendo a un auditorio—. Con tu permiso, me gustaría intentarlo. Como psicólogo, además de obrador de la voluntad, supone todo un reto para mí. Tú recuperarías tu memoria y yo me beneficiaría de una experiencia de lo más valiosa.

—¿Cuánto cree que duraría el proceso? —preguntó Diecisiete.

—Teniendo en cuenta que tus apresadores eran expertos en la privación de memoria, calculo que necesitaría varias semanas de duro trabajo para eliminar las barricadas por completo.

—¿Estás seguro de que el chico sigue teniendo recuerdos? —intervino Sam—. A lo mejor esos malditos Progenitores le han dejado la memoria limpia como una patena.

Wyeth negó con la cabeza.

---

—Si así fuera, le habrían quedado los conocimientos y la inteligencia de un recién nacido. Obviamente, no es éste el caso. Podrían alimentarle con directrices, pero aún no se ha inventado la manera de enseñarle a un hombre cómo utilizar sus reflejos motores sin muchas horas de entrenamiento. Cualquiera que se mueva con la gracia natural de la que hace gala el señor Diecisiete conserva el grueso de su memoria. Lo único que ocurre es que han aislado ese núcleo del resto de su mente consciente.

—Sintiéndolo mucho, no dispongo de varias semanas —Diecisiete había convertido sus manos en puños al recordar al extraño embrión que flotaba en el tanque de crecimiento—. Los Tecnomantes culpables de mi estado planean un asalto a gran escala contra las Nueve Tradiciones. Si no los detenemos, y pronto, a ninguno de nosotros nos quedará mucho tiempo.

El mago hermético frunció el ceño.

—En circunstancias normales, me limitaría a asumir que eras un lunático afectado de manía persecutoria. No obstante, hace décadas que conozco al Hombre Cambiante. Aunque a veces me saque de quicio, sé que no es ningún iluso. Dado que Sam Haine te cree, yo no voy a ser menos.

Wyeth sonrió, mostrando una enorme dentadura que desentonaba en gran medida con el resto de sus rasgos.

—Además, odio a esos bastardos de la Tecocracia. Con ellos de por medio, no me importa romper unas cuantas reglas. Cuéntame tu historia. Desde el principio. Sam me ha comentado los detalles más relevantes, nada más. Si quieres mi ayuda, necesitaré saber a lo que me enfrento.

Antes de que Diecisiete pudiera abrir la boca para responder, las hogueras gemelas del claro rugieron con una furia inesperada. La voz de una mujer resonó alta y aguda como la punta de un cuchillo:

—Se acerca la hora. Preparados para recibir a la Diosa.

—Malditas tonterías —musitó Sam Haine, rumiando su puro—. El ritual del solsticio de verano está a punto de comenzar. Mucha palabrería y todo eso. A bailar y a cantar. Como si la magia de veras necesitase algo más que la voluntad y el medio.

—Bueno —dijo Wyeth, dirigiéndose a Diecisiete—. Tu historia tendrá que esperar. No tendrá sentido intentar mantener una conversación cuando la multitud se sume a las actividades. ¿Para qué pelearnos con el ruido? No hay prisa. Tenemos toda la noche para hablar.

Diecisiete oyó las palabras del psicólogo, pero no las escuchó. Miró alrededor, sintiendo un desasosiego que ya le resultaba familiar. Todos los asistentes al claro se encontraban en pie, quietos, a la espera de que la alta sacerdotisa de la Diosa comenzara la invocación del Wyck. Todos los ojos estaban fijos en el centro del calvero, donde la alta mujer de rubios cabellos, cubierta por un vaporoso hábito blanco, se encontraba erguida junto al manantial sagrado, sosteniendo una larga daga ceremonial en su mano derecha. Un enorme carnero yacía a sus pies, con las patas atadas. Puede que los Verbena le tuviesen cierto apego a la parafernalia esotérica de la nueva era, pero estaba claro que no eran un grupo filial del Movimiento por la Paz. Su Tradición era muy antigua, moldeada por una historia violenta. El cambio de forma y el sacrificio de animales formaban parte de sus creencias.

—Esta noche sagrada —comenzó la alta sacerdotisa—, abramos nuestras mentes a la grandeza de la Mente Cósmica que nos arrulla en su abrazo. El poder de la Diosa inunda este claro. Preparémonos para recibir su bendición.

Una sensación de contento sobrecogió a Diecisiete cuando las voluntades combinadas de todos los obradores de hechizos de la zona se extendieron como una alfombra sobre la región. Su espíritu se elevó, pese a lo que seguía sintiéndose inquieto. Algo iba mal.

Al mirar de nuevo alrededor, no tardó en descubrir que no era el único que presentía un peligro inminente. Sus ojos se encontraron con los de una joven de rasgos asiáticos, a unos seis metros de él.

---

Vestida con pantalones holgados y una chaqueta azul celeste, la muchacha parecía sentirse igual de incómoda. Abrió sus ojos oscuros, asintió con la cabeza cuando sus miradas se cruzaron, como si existiese entre ellos algún tipo de comunicación sin palabras. Después, moviéndose con una gracia mágica y fluida, la hermosa desconocida echó mano a su espalda y desenvainó una espada que palpitaba con energía mística. Fue entonces cuando se desató el infierno.

Una mano gigantesca golpeó a Diecisiete en la espalda, arrojándolo al suelo de bruces. El rugido de las armas de fuego automáticas inundó el claro. Las pistolas aullaban y las ametralladoras castañeteaban su mortífera sintonía. El ataque fue súbito e inesperado, procedente de todas partes al mismo tiempo.

Diecisiete rodó sobre sí mismo, sobreponiéndose a las oleadas de dolor. Alguien le había disparado a quemarropa entre las paletillas. Un hombre corriente estaría inconsciente, puede que muerto. Pero Diecisiete no era un hombre corriente; poseía dones que aún no alcanzaba a comprender del todo. Bloqueando su mente al dolor, se obligó a sentarse. Sus milagrosos poderes curativos trabajaban a toda potencia. La bala ya había salido de su cuerpo y la herida se estaba cerrando, a medida que el músculo y la piel se regeneraban.

Todo a su alrededor era caos. Por todo el calvero había hombres y mujeres gritando, algunos de dolor, otros de furia. Más de una decena de obradores de la voluntad habían sucumbido ante la primera andanada, cogidos totalmente por sorpresa. Otros, rodeados por refulgentes auras protectoras, se habían lanzado al contraataque sobre el enemigo oculto. La carne de Diecisiete hormigueó cuando unos relámpagos de fuerza mágica surcaron la noche. Los rayos restallaron y el aire chisporroteó con electricidad estática. Empero, sorprendentemente, los hechiceros trabajaban por separado, no en conjunto. Lanzaban sus ataques de cualquier modo, sin coordinación. Parecía como si la precisión y violencia del asalto los hubiese aturdido.

—Son esos malditos Hombres de Negro —escupió Sam Haine al oído de Diecisiete. El anciano se encontraba pegado al suelo, con el puro aún apretado entre los dientes. No se veía a Albert por ninguna parte. Diecisiete asintió con la cabeza, sintiendo de inmediato lo que quería decir el Hombre Cambiante. Juntos, los agentes del NOM generaban un campo de pánico que obligaba a la gente a actuar de forma irracional. A juzgar por la confusión que reinaba en el claro, debía de haber docenas de ellos ahí fuera.

—Mejor será que... —comenzó Diecisiete, sin poder finalizar la frase. Las armas semiautomáticas de tres atacantes idénticos, vestidos con trajes y sombreros negros y, cosa curiosa, gafas de sol, vomitaban plomo al rojo desde el parapeto de unos árboles que se erguían a unos diez metros de donde él se encontraba. Las balas trazaban una línea recta en dirección a Diecisiete. Un segundo más en aquella posición y su cuerpo resultaría acribillado por los proyectiles. Se movió, pero no en la dirección que esperaban los francotiradores.

El ex prisionero se lanzó al ataque. Con un salto hacia delante, se apartó del camino de las balas a una velocidad cegadora, con la sangre hirviendo en las venas, presa de la ira. No albergaba la menor duda de que él era el motivo de aquel ataque de la Tecnocracia a la cábala. La tríada al mando del Colectivo Gris lo quería muerto y pretendían eliminar cualquier obstáculo que se interpusiera en su eliminación. Diecisiete estaba cansado de huir, esconderse y fingir. Había llegado la hora de contraatacar.

Su puño izquierdo se estrelló contra el rostro del cabecilla de los pistoleros con la fuerza de un martillo neumático. El Hombre de Negro se derrumbó y quedó tendido, inmóvil. Diecisiete apenas se fijó en él. Con un barrido de su brazo, levantó del suelo al segundo atacante y lo arrojó contra el tercero

---

con una fuerza increíble. Los huesos se astillaron como madera podrida en la colisión resultante. Diecisiete conocía todos los golpes mortales y poseía la fuerza suficiente para ponerlos en práctica.

Los tres cuerpos chisporroteaban a sus pies. Diecisiete retrocedió, asqueado. Sus agresores se estaban derritiendo. Los clones de los Progenitores se autodestruían al morir. Aún encendido de ira, miró alrededor en busca de más enemigos que aplastar. Sam Haine había desaparecido, pero Diecisiete no temía por él. El anciano era un superviviente. Haría falta mucho más que un puñado de Hombres de Negro para herir al Hombre Cambiante.

—¡Matadlo! —ordenó una voz áspera procedente de la floresta circundante—. ¡Habrá un ascenso para el que elimine a ese Subversor!

Al instante, Diecisiete echó cuerpo a tierra cuando una docena de proyectiles aullaron y arrojaron una cortina de plomo sobre su cabeza. El terreno ofrecía una cierta elevación, que aprovechó a modo de parapeto provisional. Las balas erráticas gañían sobre su cuerpo, obligándolo a quedarse clavado al suelo. Diecisiete tensó los músculos, preparándose para otra oleada de atacantes. Eran sus manos desnudas contra los Hombres de Negro y sus armas. No sin cierta arrogancia, pensó que las fuerzas estaban bastante igualadas.

Nunca tuvo ocasión de comprobarlo. Un alarido de sorpresa y dolor emergió de los bosques, para terminar tan bruscamente como había empezado. A continuación, gritó otro hombre. De nuevo, el ruido se ahogó casi al instante. Una fuerza desconocida estaba eliminando a los asesinos de la Tecno-  
cracia de uno en uno. Los disparos cesaron cuando los Hombres de Negro se vieron súbitamente inmersos en una batalla contra un enemigo que los atacaba desde dentro. Al levantar la cabeza del suelo, Diecisiete acertó a ver de reojo un centelleo azul y el refulgir del acero. La misteriosa mujer de rasgos asiáticos estaba haciéndose notar de forma mortífera.

Impulsándose con manos y piernas, Diecisiete corrió hacia el bosque. Cuando recuperó el equilibrio, se sorprendió al ver que no había nadie. La arboleda se encontraba vacía. Sus agresores habían desaparecido, retirándose para reagruparse, lo más probable. Sacudiendo la cabeza, atónito, regresó al claro. Aparte de los cadáveres que sembraban el suelo, los bordes del calvero aparecían desiertos. Los ruidos de la batalla se centraban en el centro de la explanada.

Allí, los magos supervivientes de las Tradiciones habían formado un círculo, un campo de fuerza místico que los protegía de las armas de los Hombres de Negro. Trabajando por fin en equipo, los artesanos de la voluntad comenzaban a responder a los ataques de las casi dos docenas de individuos vestidos de negro que los rodeaban y apuntaban con sus pistolas y armas semiautomáticas. Magia contra magia, en un pulso de fuerzas igualadas.

Al escudriñar la multitud, Diecisiete vio a Jenni Smith entre el círculo de supervivientes. Sintió como si le quitaran un enorme peso de los hombros. Dado que los Hombres de Negro habían ido buscándole a él, se sentía personalmente responsable por el aprieto en que se encontraba la joven. Un largo hilo de sangre le cruzaba la frente y su expresión era una mezcla de aturdimiento e incredulidad pero, por lo menos, seguía con vida.

Diecisiete inhaló hondo varias veces y se dispuso a cargar contra los Hombres de Negro. Habían ido a darle caza. Si consiguiese llamar su atención con un ataque sorpresa por la espalda, quizá podría provocar una conmoción tal que desequilibrara su metódico asalto. Estaba seguro de que sólo conseguiría anular a cinco o seis asesinos antes que concentraran toda su atención sobre él. Entonces, ayudados por la distracción, los magos de las Tradiciones deberían de ser capaces de encargarse del resto. No era una estrategia brillante, pero sí el mejor plan que se le ocurría en aquellos instantes.

Antes de que pudiera dar un paso, el rugido de unos potentes motores se elevó desde el polvoriento camino que conducía al claro. Unos faros iluminaron el campo de batalla, cegando a todos los

---

presentes por un instante. Los magos de ambos bandos quedaron paralizados, sobrecogidos por la sensación de peligro inminente.

Con un aullido enloquecido, veinte motoristas a horcajadas sobre sus máquinas irrumpieron en el calvero, con sus gigantescas Harleys proyectando trozos de césped y tierra en todas direcciones. En cuestión de unos cuantos latidos, igual que indios que rodearan una caravana de colonos, la banda de motoristas rodeó a los Hombres de Negro y a los miembros de las Tradiciones. Nadie se movía ni decía nada.

Armados con palancas de acero, cadenas y navajas automáticas, resultaba obvio que la banda iba buscando problemas. Aunque sus cazadoras negras de cuero los proclamaban, orgullosas, como “Caballeros del Dolor”, Diecisiete sabía que los recién llegados eran mucho más que una pandilla de broncos moteros. Eran nuevos jugadores de una partida cuyas apuestas seguían siendo un misterio.

—¡Podemos solucionar esta mierda de dos formas! —gritó un gigantesco hombre tatuado, con el torso cubierto tan sólo por una maraña de cadenas de acero. Resultaba obvio que era el líder de la banda. Hordas de lagartos rojos y azules cubrían hasta el último centímetro de su piel. Esgrimía un machete en una de sus descomunales manos, agitándolo en el aire por encima de la cabeza—. Nos dais al puto fugitivo para que nos vayamos y podáis seguir resolviendo vuestras hostias, u os mandamos a todos a tomar por el culo. Como dije, dos opciones. Lo único que me interesa es ese cabrón que ocultáis. No me hagáis esperar. No tengo paciencia.

Durante un instante, nadie dijo nada. Luego, como si obedecieran una señal invisible, los Hombres de Negro giraron en redondo al unísono, levantaron sus armas y comenzaron a acribillar a los motoristas. Diecisiete profirió un juramento, impresionado. Las balas no surtían efecto sobre la banda.

—¡A tomar por el culo la diplomacia! —aulló el gigante tatuado—. ¡Matadlos a todos!

Los motores de las motocicletas aullaron su consenso cuando los Caballeros pisaron a fondo los pedales de sus aceleradores. Entre gritos enloquecidos, los motoristas empujaron sus máquinas hacia delante, arrollando a todo el que se les ponía por delante. Atacaban con una ferocidad animal. Los cartuchos de las escopetas rebotaban en sus pellejos como si estuviesen forrados de acero. Cegados por su sed de sangre, los miembros de la banda luchaban sin gracia ni estilo. Lo suyo era rajar y descuartizar y aplastar a todo el que se interpusiera en su camino. Eran agentes de la oscuridad que sólo buscaban la destrucción.

Tras haberse olvidado de los magos de las Tradiciones, los Hombres de Negro libraban una batalla que no podían ganar. Sin el beneficio de su armamento, los clones y sus aliados humanos se veían indefensos ante la furia de los lunáticos sobre ruedas. Cayeron sin remisión ante el brutal asalto de la monstruosa horda. Tras ellos, los obradores de hechizos de la Tradición levantaron los brazos para convocar las antiguas fuerzas místicas del calvero.

—¡Acabad con esos hijos de puta! —rugió el líder de la banda, exhortando a sus seguidores a aumentar la violencia de su asalto. Sus tatuajes refulgieron y los lagartos reptaron sobre sus músculos como si estuvieran dotados de vida propia—. ¡Rápido, antes de que los muy cabrones terminen el hechizo!

—Ahora eres mío —siseó una voz detrás de Diecisiete. Se trataba del mismo hombre que había aullado sus órdenes a los Hombres de Negro hacía escasos minutos. Diecisiete giró en redondo, cogido completamente por sorpresa. Un hombre bajo y delgado, de rasgos anodinos y acuosos ojos azules, se erguía ante él a menos de tres metros de distancia. Sostenía con ambas manos una larga tobera unida a una manguera que nacía en un tanque sujeto a su espalda—. Hora de tostarse, capullo.

Diecisiete no tuvo tiempo para reaccionar. El dedo del hombre ya estaba accionando el gatillo del lanzallamas. Pero no pudo completar la acción.

---

Una mujer de color, alta y adusta, se materializó de la nada, saltó sobre el agresor y se aferró a su hombro con unas manos semejantes a zarpas. Con un estremecedor sonido de carne y huesos desgarrados, la mujer separó el brazo del cuerpo y lo tiró al suelo. El escuálido hombre chilló de agonía cuando la sangre comenzó a brotar de la herida como una cálida catarata de color rojo.

La mujer se rió, con los labios fruncidos en una amplia sonrisa de pasión incontrolada. Su víctima cayó de rodillas, bañando el suelo con su sangre. El hombre agonizante giró la cabeza para ver a su asesina. Sin dejar de reír, ésta dio un paso al frente y encajó una gran mano en su abdomen. Los dedos como garras de acero se cerraron. Ropa y piel se rasgaron como el papel. Con un grito de placer, la mujer extirpó largas tiras de intestinos del cuerpo del hombre y le envolvió el rostro con ellas. Reducido a una ruina humeante, el hombre cayó tendido en el suelo, con los ojos inundados por un horror absoluto. En aquel preciso instante, tan misteriosamente como había aparecido, la demoníaca rescataadora de Diecisiete se desvaneció. Todo aquel incidente había tenido lugar en cuestión de segundos.

Aturdido, Diecisiete se quedó clavado en el sitio. La vida y la muerte se habían convertido en un revuelo sin sentido en los últimos minutos. Era como si estuviese dentro de un sueño donde lo real y lo irreal se fundían en una sola cosa. Se dio la vuelta, intentando relegar lo que acababa de presenciar al fondo de su mente. Confuso y desorientado, sabía que debía actuar de inmediato o sus amigos correrían un grave peligro a manos de los Caballeros del Dolor.

No hacía falta que se preocupara. Los motoristas habían cesado en su ofensiva. Con los rostros demudados por la preocupación, se agazapaban sobre sus vehículos, rehuyendo el círculo de magos de la Tradición. Un enorme nubarrón negro se cernía sobre el claro, ocultando la luna. En su centro, dos bolas de fuego refulgían como una par de gigantescos ojos rojos. Restalló un trueno. El aire onduló con la energía psíquica por el mística calvero. Se agitaban fuerzas poderosas.

Detrás de su muro transparente, los semblantes de los artesanos de la voluntad de las Tradiciones se veían serenos. Tras invocar el poder de la energía vital del manantial sagrado, habían recurrido a las fuerzas elementales en busca de ayuda. Pese a toda su malevolencia, la banda de motoristas no era rival para los espíritus de la tierra.

—¡A la mierda! —gritó el líder tatuado. Su cuerpo había dejado de refulgir. Los lagartos ya no se movían. El miedo era palpable en su voz—. ¡Dispersaos!

Los motores gruñeron cuando los motoristas aceleraron para salvar la vida. Bajo las ruedas, el suelo se estremeció, como si la propia tierra quisiera alzarse para impedir su huida. Aulló el viento, azotando el calvero con sus manos heladas. Un relámpago aserrado hendió el aire y se estrelló a un palmo de uno de los Caballeros. Discípulos de la Diosa, los Verbena habían recurrido al suelo en busca de ayuda contra sus enemigos sobrenaturales. Y la tierra los había escuchado.

Diecisiete, agazapado en el suelo, asistía al éxodo de los motoristas con ojos desorbitados. No todos los Caballeros escaparon a la ira del calvero. Cuando la horda de pandilleros se sumergió en el laberinto de árboles antiguos que rodeaba el estanque, largas ramas surgieron de la oscuridad y se enroscaron alrededor de varios cuellos. Los huesos crujían como trozos de tiza mientras los motoristas salían volando por los aires; sus máquinas sin guía se estrellaban contra los robustos troncos milenarios. Ninguno de los cuerpos regresó al suelo. De los veinte atacantes, Diecisiete contó siete motocicletas destrozadas. Trece Caballeros del Dolor, entre ellos su líder tatuado, habían escapado.

En los bosques, rugió el motor de un coche. Sólo uno. El ruido fue desapareciendo rápidamente. Segundos después, una serie de explosiones sacudió la noche.

—Parece que algunos de esos Hombres de Negro han logrado escapar —dijo Sam Haine, que apareció como una sombra junto a Diecisiete—. Ésos eran ellos, marchándose. Los motoristas se cargaron al resto de la cuadrilla. Tampoco es que vayamos a sacar algo en claro de todo ello. Los coches

---

del NOM llevan mecanismos de autodestrucción incorporados. A la Tecocracia no le gusta que nadie meta las narices en sus juguetes. ¿Quién sabe los secretos que albergan?

—¿Estás bien, Diecisiete? —preguntó Albert. El dashiki del gigante se había roto y rasgado en distintos lugares pero, por lo demás, parecía ileso.

Sobre sus cabezas, la nube oscura comenzaba a disiparse lentamente.

El muro de aire que rodeaba a los magos de las Tradiciones se había evaporado como si nunca hubiese existido. La argéntea luz de la luna se reflejaba en las aguas del manantial mágico. En el calvero sagrado volvía a reinar la paz y la serenidad. Exceptuando los cadáveres diseminados por el prado.

—Estoy bien —respondió Diecisiete, algo conmocionado. Reconoció los síntomas y su causa de inmediato—. Aparte de que vuelvo a morirme de hambre. Mi cuerpo necesita combustible.

—¡Diecisiete! —gritó Jenni Smith, mientras se acercaba a la carrera, con los ojos abiertos de par en par por la preocupación. La joven le rodeó la cintura con los brazos y apretó con fuerza—. Sabía que los Hombres de Negro habían venido a capturarte. Luego llegaron esos motoristas y...

De repente, Jenni se puso rígida. Trémula, se apartó de Diecisiete y retrocedió, señalando más allá del hombre, al cadáver mutilado del sicario con el lanzallamas.

—¿Quién es ése? —preguntó, con la voz temblorosa a causa del miedo—. ¿Qué le ha ocurrido?

—Intentó matarme —contestó Diecisiete, sin tener en cuenta las implicaciones de sus palabras.

—Y por eso lo hiciste pedazos —musitó Jenni, horrorizada—. ¡Y le hiciste comer sus propias tripas! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

La muchacha profirió un alarido que inundó el claro. De inmediato, media docena de supervivientes de la refriega llegaron corriendo para ver qué ocurría. Jenni, con el rostro contorsionado por el espanto, miraba a Diecisiete como si éste fuese una fiera salvaje.

—No es uno de los nuestros —balbució histérica a la muchedumbre que la rodeaba—. ¡Mirad lo que le ha hecho a ese hombre! Esos motoristas no vinieron para destruirlo. ¡Vinieron para rescatarlo!

Diecisiete sacudió la cabeza, desconcertado. Se sentía mareado a causa de la inanición. Su mente no era tan aguda como de costumbre.

—Estás loca —musitó—. Yo no lo maté. Él iba a asesinarme cuando esa mujer alta y enjuta apareció de la nada y lo descuartizó.

—¿Enjuta? —dijo Jenni—. ¿Dónde? Entre nosotros no hay ninguna mujer capaz de arrancarle las tripas a alguien —su voz se volvió gélida, llena de ira—. Tú eres el único lo suficientemente fuerte como para hacer algo parecido.

—Alto ahí —intervino Conrad Wyeth. El psicólogo había perdido su apostura. El abrigo de su traje había desaparecido y su cabello gris estaba de punta, como si lo hubiera alcanzado un rayo. Empero, su voz seguía sonando tan firme y confiada como de costumbre—. No puedes acusar a un hombre basándote en supuestos. Sam Haine trajo a este extraño entre nosotros. ¿No estarás sugiriendo que el Hombre Cambiante sería cómplice de un asesino?

—Sam es un buen hombre —convino una voz procedente de la multitud—, pero también ha cometido algunos errores en el pasado. Defenderse de un ataque es una cosa. Pero desmembrar a un hombre y restregarle sus propias entrañas por la cara es cosa de Nefandos.

—Ni siquiera el Hombre Cambiante sabe mucho acerca del recién llegado —apuntó otro—. ¿Quién nos dice que no es un espía de los Nefandos? La banda de motoristas no nos había atacado nunca. A lo mejor fue él el que los condujo hasta nuestro calvero sagrado.

Varias voces se sumaron a las acusaciones. Sin ser consciente de su gesto, Diecisiete apretó los puños. No quería pelear contra aquellas personas, pero podía sentir cómo aumentaba su ira.

---

—Sois todos unos estúpidos —espetó una voz femenina, calma y templada, procedente del borde del bosque. La guerrera japonesa apareció entre los árboles. Tras ella se erguía un hombre de mediana edad, de piel dorada y barba negra. Aunque no había abierto la boca, sus ojos irradiaban un gran poder—. Este hombre es inocente de cualquier acusación. Yo fui testigo de todo el incidente. Ocurrió exactamente como él lo ha descrito.

—¿Tú quién eres? —preguntó Jenni, beligerante—. ¿Por qué íbamos a hacer caso de otra forastera?

—Me llamo Sombra del Amanecer —respondió la recién llegada. Parecía levemente divertida por la pregunta—. Soy una Garra de Dragón de la Hermandad Akáshica.

Sus manos se movieron más rápido que cualquier ojo y la guerrera desenvainó sus espadas. Con los brazos estirados frente a sí, sostuvo las hojas gemelas en una cruz firme a la luz de la luna. Las armas místicas refulgían con una luz interior.

—Por mis espadas, juro que lo que digo es la verdad. ¿Alguien pone en duda mi palabra?

—No soy tan estúpido como para cuestionar el juramento de las espadas de una Garra de Dragón —dijo Sam Haine. Recorrió los rostros de los presentes con los ojos—. ¿Alguno más tonto que yo por aquí? —su pregunta no obtuvo más respuesta que el silencio. El anciano sacudió la cabeza—. No esperaba otra cosa.

El Hombre Cambiante fulminó a Jenni Smith con la mirada.

—Ya basta de ladrarle a las sombras por esta noche. Tenemos hermanos que enterrar. Diecisiete necesita descansar, igual que el resto. Dejadlo en paz. Ya habrá tiempo mañana para encontrar respuestas.

La muchedumbre se dispersó tan rápido como se había formado. Jenni Smith fue la última en marcharse. Miró a Diecisiete durante largo rato, con el semblante demudado por los sentimientos encontrados. Había lágrimas en sus ojos. Cuando por fin abrió la boca para decir algo, volvió a cerrarla sin pronunciar palabra. Se dio la vuelta y salió corriendo sin volver la vista atrás.

Diecisiete sacudió la cabeza. Nunca entendería a las mujeres.

—Ahí va una jovencita muy confusa —le dijo Sam Haine—. No sé cómo has ido a tropezar con Jenni Smith, hijo, pero el caso es que los demás miembros de la Cábala de Casey siempre la han tenido por un poco rarita. No tiene ningún amigo de verdad. Se lo guarda todo para sí. Cuidado con esa chica, Diecisiete. No lo dudó ni por un instante antes de señalarte con el dedo.

—Pero si ella me dijo que la habías enviado tú para hacerme compañía... Pasamos la tarde juntos, hablando. Era como si Jenni lo supiera todo de mí.

—Albert —dijo Sam Haine, con expresión compungida—, mira a ver si encuentras a esa muchacha. Aunque apostarí a que no está por aquí cerca —apretó los puños, disgustado—. Así que la astuta pillina espía ha tenido la audacia de utilizar mi nombre. Me revienta que me tomen el pelo. En fin. Volveremos a ver a la señorita Smith, estoy seguro. Por algún motivo, te ha echado el ojo, hijo... y tengo intención de descubrir por qué. Y a quién representa. Luego puedes contarme todo lo que hablasteis.

Tras extraer su cigarro de un bolsillo interior, Sam Haine hincó los dientes en uno de sus extremos. La cabeza del habano comenzó a humear, como por arte de magia.

—Bonitos cuchillos —señaló el Hombre Cambiante al tiempo que pasaba junto a la joven que se hacía llamar a sí misma Sombra del Amanecer. Tres pasos más lo condujeron hasta su acompañante—. Tu cara me suena. ¿Nos hemos visto en alguna parte?

—Me temo que no —repuso el hombre. Su voz de barítono resonaba con una fuerza interior—. Llevo muchos años alejado de los obradores de magia. Aunque el nombre de Sam Haine, el Hombre Cambiante, me es conocido. Yo me llamo Kallikos.

---

—Que me aspen si no he visto tu cara antes —insistió Sam Haine. Frunció el ceño, concentrándose, antes de sacudir la cabeza, enojado—. Ya vendrá.

El Hombre Cambiante miró de reojo a Sombra del Amanecer, que en aquellos momentos envainaba con cuidado sus espadas.

—¿Viajas con la chica?

—En efecto —repuso Kallikos—. Sombra busca su destino. Yo soy su mentor.

—He tenido suerte de que los dos estuvieseis aquí esta noche —intervino Diecisiete. Sonrió a la joven, indeciso ante la correcta forma de comportarse en compañía de un miembro de la Hermandad Akáshica. La muchacha le devolvió la sonrisa. Si bien Sombra no era especialmente hermosa, sus rasgos le intrigaban.

—La suerte —comentó Kallikos, despacio— no tuvo nada que ver.

—Ajá —dijo Sam Haine. Miró a Diecisiete por encima del hombro—. ¿Has oído, hijo? El amigo Kallikos y su protegida han venido hasta aquí esta noche buscándote a ti en concreto. Evidentemente, presintieron que asistirías a esta celebración. A lo mejor incluso intuyeron que podrías necesitar ayuda. Hay que ver qué cosas, es increíble.

Diecisiete no dijo nada. Todo estaba ocurriendo tan rápido que no conseguía seguir el hilo de los acontecimientos. Se encontraba en el centro de una confusión donde todo el mundo parecía saber más que él.

—¿Eres un Maestro del Tiempo? —preguntó Sam Haine a Kallikos.

—Uno de poca monta —Kallikos se encogió de hombros, como si no le diera importancia a aquel hecho—. Sirvo a mis visiones lo mejor que puedo.

Sam Haine contuvo una risita. Se dio la vuelta y miró a Diecisiete.

—Hijo, no sé por qué eres tan cochinemente importante. Pero, teniendo en cuenta que acaparas la atención de al menos tres convenciones de la Tecnocracia, los Nefandos y un Maestro del Tiempo, todo este jaleo debe de ser de lo más importante. Me da en la nariz que se está cociendo un problema de los gordos.

—Más gordo de lo que se imagina —apuntó Kallikos, enigmático—. Más de lo que nadie se imagina.

# DIECISIETE

Klair se humedeció los labios. Algo iba mal. Se encontraba en el vasto salón de *El Ordenador*, pero no encajaba ningún detalle. El suelo era de frío acero, no de cálido cobre. Estaba sentado en una silla metálica, completamente vestido, equipado con todos sus biomecanismos. La gigantesca Inteligencia Artificial, de decenas de metros de alto e igual de ancha, cubierta de millares de luces, relés y demás accesorios inútiles, no aparecía por ninguna parte. En su lugar, tenía delante un despacho metálico hecho de un material plateado desconocido, tras el que había sentada una figura holográfica del tamaño y la forma de un hombre.

—Interventor Klair —dijo el ser. Hablaba con una voz suave y acariciadora, inhumana tan sólo por su calma afectada—. Gracias por acudir pese a lo inesperado de mi aviso. Su cooperación queda anotada en mis archivos. Le aseguro que su ayuda no quedará sin recompensa.

Desconcertado, Klair asintió con la cabeza, sin saber qué decir. A partir de las declaraciones de la criatura holográfica, no podía sino asumir que se trataba de la nueva representación de *El Ordenador*. Un hombre alto y atractivo, de rasgos dinámicos, anchas espaldas y constitución atlética que parecía casi humano. Vestido con un mono de color gris, el holograma le recordaba vagamente a alguien.

No menos desconcertante era la actitud de la representación. Ya no sonaba como una mezcla de hombre y máquina. Su tono y las palabras que empleaba eran conciliadores... casi amigables. A Klair le daba la impresión de que la IA intentaba comportarse como un humano.

—Vi... vivo para servir al propósito de mi Convención —dijo Klair, decidiendo que una pequeña verdad a medias sería lo mejor por el momento. Era leal a la Tecnoocracia, pero sus intereses personales se anteponian a todo lo demás—. No espero recompensa alguna. Mi trabajo es toda la gratificación que necesito. La unidad es mi único objetivo.

—Desde luego. —El holograma esbozó una sonrisa relajada y natural—. Su dedicación a mi plan es digna de encomio. No obstante, como todas las creaciones de carne, es más que mero aceite y acero. Cuando la situación actual se estabilice, me ocuparé de que reciba una recompensa adecuada por sus servicios a Iteración X.

—¿Qué... qué es lo que ocurre? —preguntó el Interventor. No se atrevía a hablar demasiado—. ¿Por qué he vuelto a ser convocado? Recibí mis órdenes anoche. ¿Hay más cambios que deban efectuarse en el clon base? Sharon Reed no estaba de acuerdo con el último puñado de modificaciones que le entregué, pero Shade la obligó a cooperar. Hemos empezado a efectuar las modificaciones hoy mismo. Las alteraciones necesarias ya están casi completas. No creo que sea posible conseguir la colaboración de la Progenitora con otro cambio de planes.

—Los planes para el clon base están completos. No se alarme. Todos los detalles de su crecimiento final están ya en su poder.

—Entonces, ¿por qué...? —comenzó Klair, pero se detuvo a mitad de la frase. Uno de los robots humanoides de tres metros de alto se deslizaba por la habitación, caminando con una gracia antinatural sobre sus largas piernas como cables. Al contrario que las figuras metálicas que solían acosar a Klair en sus sueños, este robot guardián presentaba muescas en varios lugares, su pátina plateada lucía apagada tras décadas de combate. El Interventor se estremeció mentalmente, al imaginarse el tipo de enemigos capaces de provocar tal cantidad de daño.

Klair siempre se había sentido incómodo al observar a los prototipos inmóviles de Mark VI en sus sueños anteriores. Ahora, al ver a uno en movimiento, supo por qué. El robot exudaba un halo de cruda amenaza. Cuando la máquina había estado estacionada, no se había percatado de los seis láseres

---

montados sobre sus hombros y el pecho. Tampoco se había fijado en los números de código que adornaban la cintura de la criatura. Éste, comprobó el Interventor, era el robot 3333. Por algún motivo, el número se le quedó grabado en la memoria.

El Mark VI no emitía ningún sonido mientras avanzaba directamente hasta el despacho tras el que se sentaba el holograma. Su enorme ojo rojo sin párpado palpitaba con inteligencia. El robot se giró por un instante para mirar al Interventor, al que su orbe escarlata escrutó con una intensidad insoportable. Aunque el robot mantenía los brazos pegados a los costados, Klair no pudo evitar el fijarse en las mandíbulas dentadas que hacían las veces de manos. Aquellas garras podían decapitar a un hombre de un tizeretazo. Los Mark VI se habían construido con un único propósito. Destruir.

Inclinándose hacia delante, el hombre mecánico apoyó una mano sobre la lustrosa superficie del despacho. Por espacio de un segundo, permaneció inmóvil, como si estuviese comunicándose directamente con otra inteligencia. Sólo en ese momento se dio cuenta Klair de que aquel rectángulo era en realidad *El Ordenador*.

La figura holográfica frunció el ceño, enojada, como si acabase de escuchar una noticia que no le hubiese gustado.

—Reúne de inmediato a las unidades de reserva desde el 7310 al 8547 —ordenó el holograma—. Debemos contener esta incursión en el Reino del Patrón a toda costa. Haz lo que sea necesario para repeler a los invasores. —La voz de *El Ordenador* se endureció como el acero—. No vuelvas con excusas. Quiero resultados.

Con un ademán de su mano irreal, el holograma despidió al robot de la estancia. El Mark VI se alejó sin hacer ruido. Klair no pudo evitar el sentir su ojo solitario clavado en él durante todo el tiempo que tardó el robot en desaparecer. Los humanos no encajaban en el reino de la maquinaria sensible. El Interventor sabía que las tropas de choque robóticas consideraban a los humanos intrusos en ese dominio. De no encontrarse bajo la protección directa de la IA, Klair estaba convencido de que sus probabilidades de supervivencia, fuese aquello un sueño o no, serían inexistentes.

—Estamos enzarzados en una tediosa e interminable batalla contra las fuerzas del caos —dijo el holograma. Su rostro seguía igual de sereno, pero había aparecido una sutil nota metálica en su voz—. Recientemente, esos Elementos Aleatorios del Universo Profundo conocidos como los Incarna Maeljin, los Señores Oscuros, han centuplicado sus ataques a Autoctonia. Dado que la conquista de este reino es imposible para Los que Están Más Allá, concluyo con una probabilidad del 87% que su verdadero propósito no es sino distraerme de otro proyecto. Mis circuitos analíticos me dicen que el auténtico conflicto gira en torno a la misión GA. Los Señores Oscuros están ansiosos por conseguir el control del clon base. No debemos permitir que ocurra tal cosa.

Klair sacudió la cabeza.

—Ponemos extremo cuidado a la hora de admitir a alguien en el Colectivo Gris. Nuestros tests son minuciosos. Me resisto a creer que los Nefandos hayan penetrado nuestras defensas. No hay forma de que conozcan nuestra existencia, mucho menos la del proyecto GA.

—Te equivocas —refutó el holograma. En un gesto muy humano, se inclinó sobre el despacho para mirar fijamente a los ojos del Interventor. Los iris de la proyección eran de color amarillo—. Esta noche, el Especialista en Misiones Shade condujo a una partida de Hombres de Negro tras el sujeto GA experimental, el Prisionero Diecisiete, fugado hace poco del Colectivo Gris. El asalto fue un fracaso estrepitoso. Casi todos los operativos del Nuevo Orden Mundial fueron destruidos. Tan sólo Shade y un puñado de hombres consiguieron escapar. Según un informe de uno de mis espías en el escenario, la intervención de un agente de los Incarna Maeljin libró al Prisionero Diecisiete de una muerte segura a manos de un Hombre Gris.

---

Un tic nervioso se había apoderado del ojo sano de Klair.

—Eso no tiene ningún sentido. ¿Por qué habrían de interesarse los Exteriores por proteger al fugitivo? No significa nada para ellos. Esos demonios sólo existen para destruir.

—Tu pregunta carece de relevancia —declaró el holograma, revertiendo por un instante a su yo mecánico—. Los patrones racionales de los Elementos Aleatorios del Universo Profundo no siguen caminos prescritos. Las razones de sus actos son irrelevantes. Lo que importa es el acto en sí. La intervención en el ataque de esta noche indica que los malignos están al corriente del Proyecto GA. De algún modo, han conseguido infiltrarse en tu base. Por tanto, el Colectivo Gris ha dejado de ser un refugio seguro, a salvo por completo de interferencias del exterior. En tal caso, es lógico asumir que los Señores Oscuros pretenden apoderarse del clon base una vez despierte. Repito, no podemos permitir que eso llegue a ocurrir, aunque para evitarlo debemos destruir al clon base nosotros mismos. Olvida tu plan de utilizar a los HIT Marks. No son lo suficientemente poderosos como para enfrentarse a los sirvientes de los Exteriores. Urge otra solución.

—No sé qué hacer exactamente —dijo Klair. El tic de su ojo empeoraba por momentos—. Mi ayudante, X344, se ha encargado de la seguridad de nuestro equipo desde que empezamos a trabajar en el proyecto. Siempre pensé que estaba realizando un trabajo excelente.

—El ciborg de Iteración X, X344, sueña con ser uno con la máquina —declaró el holograma, volviendo a sonreír. Era como si la IA estuviese practicando la maleabilidad de sus expresiones faciales con Klair. Éste se preguntaba por qué—. No obstante, carece de la inteligencia y la habilidad para crear una verdadera amalgama entre ambas realidades. Sus actividades biomecánicas son demasiado débiles para forjar el lazo necesario entre carne y acero. No es capaz de evitar que los Señores Oscuros se apoderen del Colectivo.

—¿Qué es lo que debo hacer? —el Interventor se daba cuenta, de forma intuitiva, de que ahora conocería exactamente el motivo de su presencia allí. Toda la conversación había girado en torno a ese momento—. Soy leal a la Convención. Lo sabes. Haré lo que sea necesario para alcanzar las metas fijadas por Iteración X.

—Cuando despiertes —dijo el holograma, señalando al centro de la mesa—, encontrarás el objeto que ves aquí en tus aposentos.

Klair asintió con la cabeza. Hacía un instante, no había nada sobre el despacho. Ahora, un tubo de apenas doce centímetros de largo y dos y medio de diámetro descansaba sobre su superficie. El Interventor cogió el objeto y lo examinó detenidamente. Se parecía a una linterna con lentes en cada extremo, hecha del mismo metal resplandeciente que la mesa. En las Construcciones del Universo Profundo, una mente poderosa podía malear la realidad en cuestión de microsegundos. Y no había mente en todo el universo más poderosa que la de *El Ordenador*.

—Lleva mi regalo contigo en todo momento —ordenó el holograma—. Sigue trabajando en el clon base y completa las alteraciones necesarias tan rápido como te sea posible. Cooperar con Sharon Reed en todo lo que sea preciso. El término de esta operación es más importante que cualquier desavenencia personal. Si cambiáis a turnos de seis horas en lugar de ocho, empleáis menos personal, dejando que cada turno disponga de más tiempo para descansar, calculo un aumento en la producción que recortará en dos días la fecha final para la finalización del proyecto. Claro está, no comentes nuestro cambio de planes con nadie, ni siquiera con tu consejero, X344. Anímale a que haga realidad sus maquinaciones contra los Progenitores. Reed y su ayudante probablemente os traicionen cuando el proyecto haya sido completado. Los Progenitores desean los resultados del GA sólo para ellos. Da igual. No ocurrirá nada hasta que el clon base nazca a la vida.

—Y luego, ¿qué?

---

—Cuando Reed comience la cuenta atrás que señale el despertar del clon base, dale el tubo a X344 y dile que gire ambos extremos. Sólo alguien con su fuerza podrá hacerlo. Dentro hay una baliza del Universo Profundo que registrará vuestra posición de inmediato y servirá de ancla para un puente temporal que una el Colectivo Gris con Autoctonia. Una tropa de mis guardias Mark VI personales estará aguardando. Cruzarán el espacio entre ambas Construcciones y se harán con el control del Colectivo. Tras capturar al clon base GA y traerlo a este reino, destruirán el complejo, sin dejar pistas de su identidad. Son las máquinas bélicas más poderosas de la Teluria, nada puede detenerlas.

El Interventor contuvo el impulso de mencionar que los robots parecían estar pasando un mal rato con el ataque que estaba teniendo lugar en aquellos instantes. No era estúpido.

—¿Eliminarán a ese incordio de Sharon Reed? —preguntó, indicando su aprobación tácita del plan. Klair sabía que era lo que la máquina esperaba que dijese.

—Nadie escapará de la destrucción. Excepto tú, desde luego.

—Desde luego —repitió Klair, sintiéndose extremadamente incómodo. No se fiaba de la IA. El Interventor seguía creyendo firmemente en los objetivos de Iteración X. El problema lo tenía con la máquina pensante que, sin el conocimiento de la mayoría de los miembros de la Tecocracia, controlaba la Convención. Ya no estaba tan convencido de que a *El Ordenador* le preocupara la Ascensión de la humanidad. Pero su sentido de la ética no era tan fuerte como su instinto de supervivencia. No le quedaba otra opción sino obedecer las órdenes de la IA y rezar para que sus intuiciones estuviesen equivocadas—. Sigo sin comprender por qué los Exteriores tienen tanto interés en el clon base GA —apuntó, confiando en que la máquina revelase algo más acerca de sus propios planes en algún desliz durante la conversación. Pese a toda su lógica, la máquina no era especialmente sutil—. Sus experimentos de biomodificación en humanos se han centrado siempre en la remodelación de seres vivos. Nunca antes habían expresado interés alguno en los experimentos de clonación.

—¿Estás familiarizado con el desarrollo de las células cerebrales del clon base GA? —el holograma parecía divertirse. Una emoción nueva.

—Por supuesto —respondió Klair, algo molesto. Sabía todo lo que había que saber acerca de la forma de vida inmersa en el tanque. Había estudiado con mucha atención todas las impresiones que registraban el crecimiento del clon base durante el transcurso de los últimos meses—. La estructura del cerebro es increíblemente compleja, con muchas más rutas neuronales de las que necesitaría cualquier mente humana. Velma Wade, encargada de gran parte del trabajo de diseño, afirma que esa red tan avanzada es necesaria para controlar los complejos sistemas operativos internos del cuerpo.

El holograma asintió con la cabeza, sin dejar de sonreír.

—Estás al corriente, no me cabe la menor duda, gracias a tus estudios avanzados sobre los Subversores de la Realidad del Universo Profundo, de que no pueden manifestarse físicamente en la Tierra.

—Así es —repuso Klair, preguntándose adónde conduciría aquel toma y daca de interrogantes—. Como criaturas del Elemento Cardinal, los Incarna Maeljin son seres de pensamiento puro. Carecen de sustancia real.

—No obstante, como Elementos Aleatorios cuya entera existencia radica en la destrucción de la realidad estática —continuó el holograma—, a los Señores Oscuros nada les gustaría más que caminar impunes sobre la Tierra, extendiendo la corrupción y el deterioro.

—Una vez más, así es. ¿Qué tiene que ver esta línea de razonamiento con mi pregunta?

—Por medio de la lógica básica y el razonamiento deductivo —enunció el holograma, cruzándose de brazos—, deberías ser capaz de formular la respuesta a tu propio interrogante.

Klair frunció el ceño. Odiaba los acertijos y los rompecabezas. Mientras recordaba el último minuto de conversación, empezó a caer en la cuenta de algo terrible.

---

—Aunque sea físicamente perfecto, el cerebro del clon base asemeja una tábula rasa, a la espera de un implante de personalidad —musitó—. Uno de los Subversores de la Realidad planea apoderarse de la mente del clon y fundirse con él. En esencia, el ser que creemos podría convertirse en la manifestación física de un miembro de los Incarna Maeljin.

—Exacto. Ahora comprendes por qué los agentes de Los que Están Más Allá harán todo lo que sea necesario para apoderarse del Colectivo Gris.

Klair asintió con la cabeza, incapaz de decir nada. De improvviso, tenía las respuestas a muchas otras preguntas inquietantes. Entendía por qué la IA se había materializado en forma holográfica y por qué había intentado parecer expresiva. La máquina estaba *practicando*.

Peor aún, por fin sabía el destino que le tenía reservado *El Ordenador* al Proyecto GA. La IA también era una criatura del pensamiento, habitante de lo Profundo, incapaz de manifestarse en el mundo real. La máquina gigante aspiraba exactamente a lo mismo que los Señores Oscuros. Quería acceder a la Tierra... dentro de un cuerpo que la convertiría en el ser más poderoso del universo.

# DIECIOCHO

Sharon Reed estudió a la rubia alta y extraordinariamente delgada a medida que cruzaba la pasarela. Era la primera vez que veía a aquella mujer. Aunque parecía improbable, pudiera ser que se tratase de una agente del Interventor Klair, o incluso de Terrence Shade. Sin embargo, aunque la mujer tenía las manos vacías, Sharon la examinó con recelo. Bajo ellas, el monstruo Aosmo se agitaba en su tanque de crecimiento; si la rubia fuese lo bastante suicida, de un salto podría convertirlas a ambas en aperitivo matutino. Sharon no estaba dispuesta a dejar que tal cosa ocurriera.

Con tiento, la Directora de Investigaciones asió el pequeño vial de cultivo que guardaba en un compartimento oculto de su uniforme. Los gérmenes letales resultaban inofensivos a menos que se inhalaran, pero aferrar el tubo ayudaba a Sharon a enfocar su fuerza de voluntad. Como Tecnomante, no creía en la magia. Era un término absurdo empleado por los ilusos de las Nueve Tradiciones. Sí que creía, no obstante, que ciertos humanos superiores estaban dotados de una habilidad natural para alterar la realidad. Los objetos específicos como su vial se limitaban a facilitar la mejora de la concentración. Lllamarlos talismanes era otra muestra de la estupidez de las Tradiciones.

Seis metros más abajo, el cefalópodo gigante se revolvió. Dos tentáculos inmensos restallaron en el aire, a punto de alcanzar la estrecha pasarela por la que caminaba Sharon. El monstruo sentía la calidez de la vida en las proximidades y quería arrastrar a las dos humanas al fondo de su tanque. Aosmo existía sólo para destruir. Sharon apretó con fuerza su vial. Cambiar la estructura de la plancha no le resultaría difícil. Si lo hiciera en el momento adecuado, su misteriosa visitante caería al tanque con su próximo paso.

—Directora —dijo la desconocida, sofocando una risita—, ¿ocurre algo?

Sharon profirió una maldición y aflojó su presa sobre el recipiente.

—Velma —siseó, refrenando sus impulsos con gran esfuerzo—, ¿cuándo te has vuelto una rubia anoréxica?

Velma Wade se encogió de hombros.

—Después de trabajar todo el día con ese monstruo de Nelson en el sistema nervioso rediseñado del clon base, me apetecía un cambio. Ese cabeza de lata me pone la piel de gallina. Una rubia alta y delgada me pareció lo adecuado. Así que cambié de forma. ¿Por qué lo preguntas?

Sharon exhaló un sonoro suspiro. Velma Wade era una Tecnomante dedicada, además de absoluta e incondicionalmente leal a su mentora. La cambiaformas era lo más parecido a una amiga que tenía Sharon. Tampoco es que la Directora fuese a dudar por un momento a la hora de sacrificar a Velma si así pudiera hacer realidad sus ambiciones. Enfadarse con la mujer sería un gesto inútil.

—Limitate a avisarme con antelación de tus cambios de aspecto, antes de concertar una cita a solas conmigo en un lugar como éste.

La cambiaformas asintió con la cabeza.

—Claro. Lo siento. No pretendía asustarte.

—Da igual. Centrémonos en lo que importa. ¿Has pensado en algo para eliminar al señor Klair y sus enojosos ayudantes?

—Estoy trabajando en un compuesto en estos momentos —respondió Velma, con una sonrisa—. Un agradable brebaje casero que debería funcionar a las mil maravillas. Klair puede llamar a todos los HIT Marks que le dé la gana. No supondrán ninguna diferencia. Una vez esto llegue al sistema de ventilación, los cabezas de lata serán historia. Es rápido y mortal. Y, lo que es mejor, sólo les afecta a ellos. Resulta completamente inocuo para los miembros de cualquier otra Convención.

---

—¿Qué es? —quiso saber Sharon, sin poder evitar una sonrisa. A lo largo de toda su vida, siempre había aplastado a cualquiera que fuese lo suficientemente estúpido como para interponerse en su camino. El Interventor Klair era la única excepción. El Tecnomante de Iteración X llevaba demasiado tiempo dándole quebraderos de cabeza, y Sharon saboreaba ya el momento de su muerte inminente. Esperaba que la solución de Velma fuese especialmente dolorosa—. ¿Un virus que ataca el metal?

—Casi, pero no. El acero con base de primium es inmune a todas las formas de bacteria desarrolladas a partir de procedimientos de Vida. Intentar diseñar un agente que afecte al metal sería una pérdida de tiempo. Mentas más privilegiadas que la mía llevan décadas intentando resolver ese problema, sin resultado. Así que lo que he hecho ha sido centrar mis esfuerzos en la parte donde se unen el metal y la carne. La unión de esas juntas es bastante frágil. La articulación se refuerza mediante un poderoso cemento líquido corporal que suelda lo real con lo artificial. Es un compuesto único, empleado sólo por miembros de Iteración X. Si ese material se disuelve, el resto se caerá a trozos.

—¿Eso es lo que hace tu compuesto?

—Eso y más, en realidad. Se trata de un virus increíblemente agresivo que se transmite por el aire, que ataca primero al cemento líquido antes de trasladarse al sistema nervioso. Minutos después de que hayamos liberado la sustancia en el sistema de ventilación de la ciudadela, todos los cabezas de lata del edificio experimentarán unas convulsiones horribles, a medida que sus miembros artificiales y órganos mejorados comiencen a desprenderse de sus cuerpos. El proceso tendría que sumir a la mayoría en un estado de choque. Su muerte tendrá lugar al final de un proceso arduo y prolongado, pero todo irá como la seda.

—Podemos dejarles el trabajo a los sauroides. Salvo en el caso de mi amigo del alma, Klair. Yo me ocuparé del Interventor, personalmente. A lo mejor se lo echo de comer a Aosmo, si me siento magnánima. Si no, el Tecnomante Klair me servirá para encontrar la respuesta a una pregunta acerca de mi alfombra que lleva tiempo rondándome la cabeza.

—Lo odias con todas tus fuerzas.

—Ni te lo imaginas. Es tan mojigato que a veces me entran ganas de arranc... —Se detuvo en mitad de la frase cuando el teléfono móvil que llevaba en un bolsillo comenzó a sonar. Lo cogió, con el ceño fruncido por el enojo—. ¿Sí? —respondió con brusquedad, abriendo el receptor de golpe.

—El Especialista en Misiones Shade ha regresado de la Tierra —anunció la operadora anónima—. Solicita una reunión del Triunvirato, inmediatamente.

—Información recibida. Voy para allá. Me acompaña mi ayudanta, Velma Wade. Cerró el teléfono de un papirotazo y lo devolvió al bolsillo.

—Bueno, veamos qué tal ha tratado nuestro obeso amigo al Prisionero Diecisiete.

—No tan bien como se esperaba —señaló Velma, con una risita.

Sharon miró fijamente a su ayudanta.

—¿Has oído algo que yo no sepa?

Velma negó con la cabeza y una extraña expresión le nubló el semblante. Dado que sus rasgos cambiaban cada pocas semanas, resultaba casi imposible leer sus gestos, aunque Sharon la conocía desde hacía tiempo.

—Lo siento. Sé tan poco como tú. Pero, teniendo en cuenta la facilidad con la que nuestro fugitivo se desembarazó del sauoide, me cuesta imaginar que los Hombres de Negro de Shade hayan supuesto ninguna molestia para él.

No la habían supuesto. La voz del Especialista en Misiones sonaba fría como el hielo mientras hablaba. A juzgar por su comportamiento, resultaba obvio que no estaba de humor para comentarios sarcásticos. Ninguno de los cuatro Tecnomantes allí presentes osó abrir la boca.

---

—Mi misión fue un completo desastre —dijo Shade—. Le entregaré un informe completo al Consejo Interno en breve, pero juzgué oportuno hacerlos partícipes de los hechos de inmediato. Necesitamos volver a revisar nuestro programa. Este proyecto debe estar acabado dentro de una semana.

Sharon se abstuvo de protestar. Aquella mañana no habría forma de regatear con Terrence Shade. Al otro lado de la mesa, frente a ella, el Interventor Klair optó a su vez por guardar silencio. Parecía haber llegado a la misma conclusión.

—¿Qué fue lo que salió mal, Especialista en Misiones? —preguntó Velma, que nunca se mordía la lengua—. Deduzco que el Prisionero Diecisiete no fue destruido.

—Sobrevivió gracias a un cúmulo de coincidencias. Minutos después del inicio de nuestra operación, una pandilla de maníacos motoristas atacó la Capilla. Según lo que pude observar de su comportamiento, he llegado a la conclusión de que debían de servir a los Nefandos. Mis agentes resultaron atrapados en el letal fuego cruzado entre los magos de las Tradiciones y estos factores aleatorios. El coordinador de la Construcción de Siracusa falleció durante el asalto, así como el Hombre Gris al mando de los Hombres de Negro. Sin su líder, la amalgama fue destruida. Viéndome solo, no tuve otra opción más que abortar la misión y huir.

—Puede que los Nefandos también quieran cazar al Prisionero Diecisiete —apuntó Klair. Sharon se percató de un ligero tic en el ojo derecho del Interventor. Por algún motivo, el asunto lo ponía nervioso—. Así, ambos ataques coincidieron.

—Ridículo —desechó Shade, meneando la cabeza. Miró a Klair con el ceño fruncido—. Los Subversores de la Realidad no saben nada del Proyecto GA ni del Prisionero Diecisiete. ¿Cómo iban a saberlo? Su intervención fue tan sólo una desafortunada coincidencia.

Klair abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla sin pronunciar palabra. El Interventor parecía confuso. Sharon se sentía desconcertada por aquel comportamiento. Klair no era de los que planteaban preguntas hipotéticas. Si creía que los Nefandos iban tras Diecisiete, tenía que haber un motivo.

La desconcertaba igualmente que Shade, quien por lo general veía conspiraciones por todas partes, se apresurara a tachar el ataque de los motoristas como mera coincidencia. Era casi como si el Especialista en Misiones intentara ocultar algo. Tomó nota mental de indagar en aquellos asuntos más adelante.

—Por tu expresión, deduzco que los lunáticos no exterminaron a todos los magos de las Tradiciones presentes —aventuró la Directora—. Si el Prisionero Diecisiete hubiese sido descuartizado por esos pandilleros, podríamos alegrarnos, a pesar de las bajas.

—Por desgracia, eso no se acerca a la verdad de lo ocurrido —repuso Shade—. Mi sistema espía informó de que poco después de mi retirada estratégica, los Tradicionalistas aunaron esfuerzos para repeler a los forajidos. En el último parte, el Prisionero seguía con vida. He distribuido un mensaje de búsqueda y destrucción referente a él entre todos los agentes del NOM del país. Lo mantendrán ocupado. Aunque dudo mucho que sus esfuerzos vayan a conseguir algo más que frenar su avance.

—En tal caso —dijo Klair, con voz nerviosa—, debemos retomar nuestra asunción original de que Diecisiete informará en breve al Consejo de las Tradiciones de nuestra labor aquí, en el Colectivo Gris. Todo el proyecto corre un grave peligro. No resulta del todo inconcebible que los magos de las Tradiciones puedan seguir el rastro de Diecisiete hasta nuestro dominio y organizar un asalto a gran escala contra el complejo.

—No podría estar más de acuerdo —convino Shade—. Además, obvia añadir que no se tolerarán más excusas en cuanto al término de nuestra misión. Durante mi breve estancia en la Tierra, recibí una comunicación directa del Consejo Interno. A pesar de los peligros, fueron muy concisos al indicar que

---

querían que prosiguiésemos sin tardanza a la activación del clon base GA. Debemos acelerar los procedimientos. Quiero que este proyecto esté terminado dentro de una semana.

El Interventor Klair señaló su acuerdo con la cabeza.

—Puede hacerse —dijo el líder de Iteración X, despacio—. Si pasamos de tres a cuatro turnos diarios, nuestra eficiencia se incrementaría considerablemente. Con más descanso, nuestros técnicos podrían trabajar con mayor ahínco que antes, logrando más resultados en menos espacio de tiempo. A medida que el proyecto se aproxime a su término, hará falta cada vez menos personal, dado que aumentarán los procesos automatizados implicados. Gran parte de la cuenta atrás final estará en manos del ordenador principal del Colectivo. No preveo problemas para cumplir con el nuevo plazo.

Miró fijamente a Sharon, como si la retase a refutar su exposición.

—A menos, claro está, que la Directora de Investigaciones Progenitora piense que sus asociados no serán capaces de ajustarse a los estándares de Iteración X.

—Mi gente cumplirá con sus obligaciones —dijo Sharon, a sabiendas de que no le quedaba otra opción sino mostrarse conforme—. Nuestro objetivo siempre ha sido la finalización de este proyecto cuanto antes. Me alegro de que el señor Klair por fin haya decidido comulgar con nuestra política.

—Entierren el hacha de guerra —espetó Shade, con voz tajante—, o yo los enterraré a ustedes. Klair, ¿tiene listo ya ese nuevo programa?

—Lo he insertado en el ordenador principal. —El Interventor sonaba cansado, abatido—. Sólo esperaba su aprobación antes de ejecutar los cambios. Con vuestro visto bueno, las revisiones del programa comenzarán con el siguiente descanso de los trabajadores.

—Hágalo efectivo —dijo Shade, al tiempo que se incorporaba.

Klair hizo un gesto a Ernest Nelson. El hombre máquina tecleó de inmediato las órdenes necesarias para el ordenador principal desde su portátil. Pese a aquella pequeña victoria, el Interventor no se sentía del todo satisfecho. Por lo general, aquel tipo de triunfos le imprimían una sonrisa en el rostro durante días. Sharon no podía por menos que preguntarse qué sería lo que le comía por dentro. Pese a todos sus defectos, su némesis no era ningún estúpido. Si se veía distraído y preocupado, tenía que ser por un buen motivo.

—¿Algún otro asunto de importancia a debate? —preguntó Shade—. En tal caso, me voy a acostar. No he dormido desde que abandoné el Colectivo Gris. Despiértenme sólo en caso de emergencia.

—Que descanse, señor Shade —dijo Velma, con voz dulce, mientras Shade se dirigía a la puerta.

El Especialista en Misiones abandonó la sala de reuniones mascullando improperios contra los enojosos cambiaformas. El Interventor Klair, con Ernest Nelson pisándole los talones, partió inmediatamente después. La atribulada expresión del Interventor no se había alterado. Ni siquiera le enseñó los dientes a Velma cuando pasó junto a ella.

—El señor Klair parece algo preocupado —comentó la ayudanta de Sharon una vez estuvieron a solas—. Me pregunto qué es lo que le aflige. Nelson no parecía inquieto en absoluto.

—Ya me di cuenta. Hace días que nuestro querido Interventor no es el de antes. Algo ha sacudido su inamovible fe en las máquinas. Puede que por fin se haya dado cuenta de lo equivocado de sus acciones. —Sharon hizo una breve pausa, antes de expresar en voz alta una idea que se le acababa de ocurrir—. Me siento más que tentada de preguntarle qué es lo que ocurre y ver si me contesta.

—Puede que no te gustase la respuesta —dijo Velma, sin que su rostro denotara emoción alguna—. Asumiendo, claro está, que el señor Klair deseara compartir sus más íntimos secretos con una Directora de Investigaciones de los Progenitores.

—Por alguna razón, me da que sí lo haría.

Velma se encogió de hombros.

---

—A lo mejor. Se me da bastante bien juzgar la personalidad masculina —señaló, enseñando los dientes—. El ser capaz de cambiar tu aspecto ofrece todo un abanico de intrigantes posibilidades para una joven soltera. Aunque estos híbridos de Iteración X no están precisamente en el apartado de hombres de mi agenda. El señor Shade también parecía muy afectado. Le faltó tiempo para atajar la hipótesis de un ataque de los Nefandos.

Sharon asintió con la cabeza.

—Su relato de lo acontecido hacía gala de una lamentable falta de detalles. Me pregunto si alguno de nosotros verá su informe completo para el Círculo Interno. Ahora que hablamos de esto, el asunto que discutimos antes acerca de tu último experimento no hace referencia a la posición única del Especialista en Misiones dentro del Colectivo.

—Oh —dijo Velma, con una sonrisa voluptuosa—, al señor Shade le tengo reservado algo especial. Deja que te sorprenda.

La expresión de la rubia se tornó seria.

—El nivel de tensión en este lugar continúa aumentando a medida que nos aproximamos al término del clon base GA. El día que despierte, se desatarán todos los demonios. El edificio va a parecerse a una zona de guerra. Sigo pensando que deberías reconsiderar tu decisión original y decirme el código. Por si acaso.

—No. Recuerda, querida Velma, lo que dijo Ben Franklin: *Dos sólo pueden guardar un secreto si uno está muerto*. Si fuese necesario, compartiré la señal de autodestrucción contigo. Pero todavía no. Ahora, olvídate de eso. No vuelvas a pedírmelo.

—Olvidado.

—Entonces, volvamos al trabajo. Tenemos mucho por hacer en menos de una semana. No hay tiempo para chácharas.

—Siete días hasta el gran acontecimiento —musitó Velma.

Por alguna razón que no conseguía explicar, aquel pensamiento provocó que Sharon se estremeciera.

# DIECINUEVE

Madeleine Giovanni acababa de levantar el puño para llamar a la puerta principal cuando ésta se abrió. Ante ella apareció un hombre de mediana edad, de piel bronceada y barba negra, vestido con pantalones holgados oscuros y una camisa blanca. Bajo sus cejas atezadas refulgían unos ojos de asombrosa viveza. Sonrió, obviamente complacido de verla. Entre sus vecinos y en el mercado cercano se le conocía como el señor Klein, profesor jubilado. Sólo los más altos cargos del gobierno israelí y algunos asociados sabían que su auténtico nombre era Moisés Maimónides. Conocido hacía mil años por todo Oriente Medio como el segundo Moisés, era uno de los artesanos de la magia más grande que jamás hubiese caminado sobre la Tierra.

—Rambam —saludó Madeleine, empleando el sobrenombre ficticio del mago—. Me alegro de volver a verte.

—El gusto es mío, chiquilla —respondió Rambam. Se dieron la mano, puesto que a ninguno se le daba demasiado bien expresar sus emociones, tras lo que el hombre se hizo a un lado para que la joven pudiera entrar en su modesto chalet. Hablaban en inglés, idioma que ambos dominaban—. Sentí tu presencia y abandoné mi estudio para abrirte la puerta. Desde que Elisha se fue a Suiza para estudiar con el amigo de Dire McCann, estoy solo. Echo de menos al chico. Sin él, esto es muy aburrido. No tengo a nadie que se encargue de los quehaceres domésticos. Además, la casa está inusitadamente tranquila sin sus constantes preguntas.

Madeleine sonrió pero no dijo nada. No dudaba que Rambam extrañase a su alumno favorito. Estaba igual de convencida de que el maestro de magos no era completamente sincero acerca de los motivos de su añoranza.

—Me saltaré lo de ofrecerte un refrigerio —dijo el hombre, con risa contenida—. Ven. Vamos a la biblioteca. Tu llamada implicaba que querías verme por algo más que una visita de cortesía. Supongo que tienes preguntas que hacerme. Si está en mi mano, responderé gustoso.

Rambam la condujo a su biblioteca. Era un lugar de fantasía, una estancia recubierta de arriba abajo con estanterías, donde se apilaban miles de raros volúmenes acerca de multitud de temas distintos, desde geografía a historia, pasando por las matemáticas, la magia y sus aplicaciones. Muchos de los textos estaban escritos en latín y en griego. Toda una pared de la habitación quedaba oculta tras libros escritos por Maimónides bajo varios pseudónimos a lo largo de los siglos. Su curiosidad no tenía límites, al igual que su mente. El anciano era el hombre más sabio que Madeleine hubiese conocido jamás.

Rambam tomó asiento tras un enorme escritorio de madera, regalo del primer Primer Ministro de Israel, David Ben Gurion. El mago había dedicado el último medio siglo de su vida a perpetuar la supervivencia de Israel. En más de una ocasión, sus poderes mágicos habían evitado la aniquilación de ese pequeño país.

Madeleine se sentó en una silla de madera de respaldo alto tapizada de cojines de color rojo. Meses antes, había ocupado aquel mismo asiento y Rambam le había ofrecido el don de la mortalidad. Era uno de los pocos magos en el mundo capaz de transformar a un vampiro en humano. Aunque estaba muy enamorada de Elisha, Madeleine se había visto obligada a declinar la oferta debido a asuntos referentes al honor del clan. Las circunstancias habían cambiado de forma dramática durante el medio año transcurrido desde que recibiera aquella oferta, pero Madeleine seguía igual de renuente a aceptar el regalo de Rambam. En momentos de profunda desesperación, se preguntaba con tristeza si alguna vez llegaría ese momento.

---

—Elisha, ¿está bien? —preguntó la muchacha, apartando aquellos pensamientos de su cabeza. Madeleine estaba decidida a unirse con su amado en la bendición de la mortalidad, algún día. Y ella siempre conseguía lo que se proponía, por imposible que parecieran sus metas—. Pienso en él a menudo.

—Qué casualidad —repuso el gran sabio, con una afable sonrisa—. Es lo mismo que me dijo él la otra noche. No desesperes. Te aseguro que goza de buena salud y está estudiando con ahínco. Regresará dentro de un año, puede que menos. Estas separaciones son difíciles, lo sé. Pero, a juzgar por lo que me contó Elisha sobre tu situación antes de partir, sigues sin ser libre, pese a la ausencia de Don Caravelli.

—Pietro nunca me permitirá abandonar el clan Giovanni. Le hago demasiada falta. Soy su daga y su escudo. No confía en nadie más —sonrió—. Tengo mucha paciencia. Por el momento, observo, espero y obedezco sus órdenes. Ya llegará mi hora.

—Mis oraciones te acompañan. Ahora, dime por qué has venido esta noche. Durante nuestra conversación telefónica, mencionaste una misión. ¿Qué tiene que ver conmigo?

—Hace meses, ¿te comunicó Elisha mi advertencia acerca de un traidor entre vosotros?

El semblante de Rambam se tornó serio. Asintió con la cabeza, con los ojos llenos de tristeza.

—No supuso ninguna sorpresa. Albergaba tales sospechas desde hacía más de un año. Tus palabras no hicieron sino confirmar lo que ya me temía.

—Uno de tus confederados le contó a Pietro lo de tu oferta de hacerme humana. Mi sire me echó en cara esa acusación poco después de mis aventuras con Elisha en París. Tuve que recurrir a todas mis habilidades dramáticas para persuadir a mi abuelo de que la historia era una falacia, urdida por un mago celoso que pretendía destruirme. Pietro no me reveló la identidad del delator, pero estoy segura de que fue uno de tus dos discípulos, Judith o Ezra. De ahí que te previniese contra ambos. La otra noche, por fin supe la verdad.

Rambam exhaló un suspiro.

—Demasiado tarde, me temo. Ezra dejó bien patente su locura hace varios meses, en un arrebato de demencia.

Madeleine asintió.

—Tu *fuerte mano izquierda*, si recuerdo la expresión exacta que utilizaste. ¿Qué lo ha cambiado?

—Los magos poseen el poder de malear la realidad —contestó Maimónides—. Por medio de la simple voluntad, pueden obrar milagros. Cuanto mayor sea esa voluntad y su avatar, mayor será también su habilidad para alterar el universo. La magia es un don único y, si se usa con sabiduría, puede resultar de gran ayuda para la humanidad. Sin embargo, como ocurre con tales poderes, es posible abusar de ellos. Demasiado a menudo, los magos poderosos olvidan que deberían guiar a la humanidad, y no gobernarla. En lugar de actuar como siervos de Dios, comienzan a comportarse como dioses. Los antiguos griegos tenían una palabra para eso: *hubris*. Un orgullo divino que ha supuesto la ruina de muchos grandes magos. Entre ellos mi pupilo y colega, Ezra.

—Los cambios de personalidad no ocurren de la noche a la mañana —apuntó Madeleine—. ¿No te diste cuenta de la transformación de Ezra? ¿No pudiste haber hecho algo para detenerlo?

Rambam negó con la cabeza.

—Ezra era testarudo. Tenía una respuesta para cualquier problema. Su personalidad era tal que la transformación fue ardua y sutil. Mi pupilo más aventajado, también era el más orgulloso. Había una veta de arrogancia en él que lo distinguía del resto. Ezra nunca supo lo que era la humildad. Era un solitario que prefería su propia compañía a la de cualquier otro —los ojos del sabio se ensombrecieron. Bajó el tono de su voz—. Durante un breve espacio de tiempo, encontró la paz con otra maga

---

prometedora llamada Rebekkah. Era una joven hermosa y ambos parecían muy felices juntos. Ezra estaba contento y en paz con el mundo. Entonces, la dulce y delicada Rebekkah falleció en un atentado terrorista. Un ataque al azar, sin más propósito que la muerte de inocentes. Aquel acontecimiento empujó a Ezra al borde de la locura. Juró vengar su muerte y poner fin a la violencia que asola a Israel desde hace décadas. Por desgracia, conseguir tal cambio exige algo más que magia. Requiere gran sabiduría e infinita paciencia. A Ezra nunca se le dio bien esperar. Aquella tarea era imposible para él. Pasaban los años y su frustración y acritud aumentaban. Al volver la vista atrás, sospecho que fue entonces cuando comenzó a traficar con los Condenados y otras criaturas de la noche. Lo que no pudiese conseguir por medio de la luz, pretendía alcanzarlo mediante la oscuridad. Buscaba poder definitivo, a cualquier precio. Tomó el camino del infierno en su búsqueda de la salvación.

—Ezra visitó a Pietro poco después de mi entrevista con él la otra noche —intervino Madeleine. Describió los destrozos causados por el mago demente—. Mi sire me repitió, palabra por palabra, la conversación que había mantenido con Ezra. El mago afirmaba haberse aliado con un poder superior al de cualquier Condenado. ¿Tienes alguna idea de lo que quería decir?

—Me temo que haya aunado sus fuerzas con... —comenzó Rambam, sin completar la frase. El suelo había comenzado a estremecerse bajo sus pies. La fuerza del temblor, sin ser demasiada, conseguía que las patas de los sillones y la mesa tabletearan. Un bote de lápices volcó sus contenidos. Rambam entrecerró los ojos.

A medida que crecía la intensidad del temblor, los libros comenzaron a avanzar sobre los estantes, centímetro a centímetro. El entarimado del suelo crujió cuando las tablas se rebelaron contra los clavos que las mantenían en su sitio. La delicada alfombra se convirtió en una maraña de volantes. Madeleine se había puesto en pie, al igual que Rambam. El semblante del anciano sabio era sombrío.

—Este desastre no es natural —declaró, mientras se apoyaba en su sillón para conservar el equilibrio—. Estáte alerta. Estamos a punto de ser atacados.

Madeleine sacudió la cabeza, desorientada por el inesperado giro que habían tomado los acontecimientos. Un instante después comprendió exactamente lo que quería decir el aviso de Rambam, cuando un pesado libro con cubiertas de cuero salió volando de su estante y le golpeó en la sien.

Un segundo volumen le alcanzó en la rótula derecha, enviando una corriente de dolor por toda su pierna. Era difícil matar a un vampiro, pero podían sentir el dolor. Alerta, Madeleine giró la cabeza en el momento que un texto matemático del siglo XIX pasaba volando a escasos centímetros de su nariz. Otro libro le hizo girar la cabeza en sentido contrario. En aquellos momentos, la estancia era un revuelo de volúmenes volantes y resultaba imposible esquivarlos todos.

De forma gradual, el terremoto intensificó su furia. El suelo se estremecía como si fuese de gelatina. Los libros no dejaban de saltar desde sus baldas, lloviendo sobre sus cabezas descubiertas. El pesado escritorio de madera de Rambam comenzó a moverse. El enorme mueble podría provocar serios daños. Las luces titilaron y las bombillas comenzaron a brillar con mayor intensidad. Si explotasen de repente, las chispas resultantes podrían desencadenar un infierno que reduciría la casa a cenizas en cuestión de minutos.

—¡Alto! —gritó Rambam. El mago levantó las manos por encima de la cabeza, con los dedos extendidos en el símbolo místico de los antiguos artesanos de la voluntad hebreos, el kohán. Su voz, sin resultar estridente, resonaba por toda la estancia—. ¡En el nombre de lo Más Alto, ordeno que te detengas!

El temblor cesó como si alguien lo hubiera apagado con un interruptor. Rambam, pálido y demudado, señaló a Madeleine con la cabeza. Se erguían en medio de un mar de libros delicadamente encuadernados. Una fría cólera inundó la voz del mago.

---

—Obviamente, Ezra debía de esperar que me visitarías. Preparó esta pequeña sorpresa para que se activara cuando hablásemos de su nuevo mentor. No es tan tonto como para creer que pudiera suponer más que un mero incordio, así que supongo que deberíamos tomárnoslo como una advertencia para no meter la nariz en sus asuntos. Su orgullo es insufrible. ¡Como si pudiera chantajearme para que guarde silencio! Al menos, el peligro ya ha pasado. He rastreado la casa mentalmente. Todo lo demás está en orden. Podemos hablar con total libertad sin temor a nuevas sorpresas.

Rambam frunció el ceño al pasear la mirada por los cientos de volúmenes que cubrían el suelo. Madeleine sabía el cariño que le tenía el erudito a sus libros. Un ataque a la biblioteca era un mazazo para el corazón del mago.

—Ezra se ha aliado con uno de los Incarna Maeljin, monstruosos guerreros espirituales que sirven al poder corruptor del mal en el universo —declaró el sabio, con la voz trémula de ira—. En una visión, he visto a un jinete pavoroso a lomos de un caballo de acero con alas de hierro. Este horror acorazado esgrime una enorme espada dentada que refulge como el fuego. Hiede a carne quemada. Es el Señor del Acero, el Duque del Odio.

—Pietro quiere que Ezra sea destruido —añadió Madeleine—. A cambio, Ezra ha jurado matarme y acabar con todo lo que me es querido. Mi abuelo pensaba que el mago se refería a él y al resto de mi clan. Se equivoca. Creo que Ezra se estaba refiriendo a Elisha. ¿Podré derrotar a este loco, o estamos condenados tanto mi amor como yo?

—A pesar de su alianza con el Señor del Acero, Ezra no es invulnerable —dijo Rambam, con un suspiro—. Los Incarna Maeljin son criaturas del espíritu. No pueden existir en forma corpórea sobre la Tierra. Ezra puede extraer energía mágica del Duque del Odio, pero debe librar sus propias batallas. Cualquier mortal, con independencia de su poder, puede ser destruido. Aunque para derrotarlo necesitarás hacer uso de todas tus considerables habilidades.

Madeleine se acercó a Rambam, despejando con los pies un estrecho sendero entre la maraña de libros, para reposar con delicadeza las manos sobre sus hombros.

—En esta historia hay más de lo que me cuentas —afirmó, con la mirada fija en los ojos del sabio—. Ezra te traicionó y amenaza a Elisha, tu alumno favorito. En cierta ocasión, cuando hablamos, me aclaraste que Elisha está unido a tu familia. Sin embargo, no has hecho nada por detener al traidor. ¿Qué secretos ocultas, Rambam?

El rostro del sabio se tornó ceniciento. Despacio, se dio la vuelta y enderezó su sillón. Tras sentarse, miró a Madeleine, con la angustia reflejada en cada arruga de su anciano entrecejo.

—Hay tormentos imposibles de soportar. Hace diez meses, un Ezra alterado y demudado vino a verme una noche y me anunció que por fin se había dado cuenta de que la paz jamás podría alcanzarse por medio del diálogo, sino tan sólo mediante la destrucción. Discutimos y le rogué que reconsiderara su postura. Le dije que había sido cegado por el mal enmascarado como bien. Mis palabras no hicieron mella en él. La locura inundaba sus ojos. Profirió una risa salvaje y me llamó viejo estúpido. Instantes después, se había desvanecido. No he vuelto a verlo desde entonces.

—A pesar de que te diste cuenta de que uno de los magos más poderosos del mundo había sido seducido por las fuerzas de la oscuridad, no hiciste nada para detenerlo —musitó Madeleine—. No lo entiendo. ¿Por qué?

Los ojos de Rambam se inundaron de lágrimas.

—Sospechas que Elisha es sangre de mi sangre. Es cierto. Es mi nieto. Lo que no has descubierto todavía es la identidad de su padre.

Madeleine estaba desconcertada, sobrecogida. No podía dar crédito a las palabras de Rambam.

—¿Qué estás diciendo?

---

—Ezra y Judith eran mis mejores pupilos —dijo Rambam, con la voz entrecortada por la emoción—. También son mis hijos. Rebekkah era otra de mis alumnas. Ezra se casó con ella pocos años después. De aquel matrimonio nació una criatura, Elisha. Poco más tarde, Rebekkah fue asesinada. Ezra, consumido por la venganza, no era capaz de criar al muchacho, así que lo acogí en mi hogar y, con el tiempo, se convirtió en mi alumno. Elisha no sabe nada de sus padres ni de su herencia —Rambam arrojó una de las manos de Madeleine, gélidas como el hielo, entre las suyas—. Quiero ayudarte. Ezra debe ser detenido antes que cause un daño irreparable y suma al mundo en el caos. Debe ser derrotado antes de que os destruya a ti y a su hijo, mi nieto. ¡Pero soy su padre! Aunque haya tomado la senda del mal más monstruoso, *no puedo matar a mi propio hijo*.

# VEINTE

—Según nuestras indicaciones —dijo Sam Haine—, deberíamos ver la Capilla de Reynold en cuestión de minutos. Estad atentos a un desvío. Supongo que el sitio quede algo a trasmano de la carretera. La mayoría de los magos prefiere pasar desapercibida para los lugareños, sobre todo cuando se encuentran inmersos de forma activa en la Guerra de la Ascensión.

Diecisiete echó un atento vistazo al espejo retrovisor. La furgoneta que transportaba a Sombra del Amanecer y a Kallikos los seguía de cerca, como llevaba haciendo durante todo el trayecto a través del país que los había conducido desde el estado de Nueva York a la soleada Los Ángeles. A las seis de la mañana, no se apreciaba tráfico en la solitaria carretera secundaria que discurría a escasos kilómetros de la Ciudad de los Ángeles. A Diecisiete no le disgustaba en absoluto. Dos previos encuentros sobre el asfalto con agentes de la Tecocracia le habían convencido de que las carreteras vacías eran una buena señal.

El hombre de pelo cano soltó una risotada.

—Ya fastidia bastante cuando los Tecnomantes vienen a hacerte una visita, en busca de camorra. Si encima los vecinos ven cómo empiezas a lanzar rayos por los dedos y todo eso, las cosas degeneran echando leches y su incredulidad invoca a la Paradoja —miró de reojo a Diecisiete, sentado junto a él, para asegurarse de que le estaba prestando atención—. Cuando esos extraños Espíritus de la Paradoja intentan modelar la realidad para dejarla tal y como estaba antes, hijo, la vida se complica. Son más fuertes que cualquier mago de las Tradiciones o cualquier Tecnomante, y el doble de testarudos. Evítalos cueste lo que cueste. Lo mejor para eso es procurar camuflar tu magia. O lo lamentarás.

Diecisiete asintió con la cabeza, sabiendo que si no daba a entender a Sam que había asumido el consejo, tendría que volver a escucharlo una y otra vez.

—¿Estás seguro de que no deberíamos haber llamado primero? —preguntó por quincuagésima vez desde que hubieran emprendido su larga marcha hacia tres días.

—Demasiado arriesgado —repuso Haine, repitiendo la misma respuesta que le había ofrecido en las anteriores ocasiones—. La Tecocracia controla el sistema de telecomunicaciones de este país, hijo. No hay forma de evitar que escuchen nuestras conversaciones. Una palabra a Reynolds por teléfono o Internet y nos habrían localizado y eliminado en cuestión de minutos. El contacto personal es el único modo seguro de hablar con el hombre acerca de su hermana. Y, con algo de suerte, de conseguir su ayuda para acabar con el Colectivo Gris. A juzgar por lo que me contó nuestro amigo en la cábala de Casey, Reynolds pertenece a un grupo de lo más duro. Albert, Sombra, Kallikos, tú y yo tampoco somos de los que se dejan toser, hijo, pero ni siquiera nosotros podemos asaltar todo un Reino del Horizonte. Necesitamos refuerzos, y los necesitamos ya.

—¿Por qué crees que Kallikos y Sombra se han unido a nosotros? —preguntó Diecisiete, al tiempo que volvía a comprobar el retrovisor. Su sexto sentido le advertía de un peligro inminente, pero el camino parecía despejado.

—Ni idea —repuso Sam—. El señor Kallikos no es una fuente de información. Aparte de mencionar de pasada el acercamiento de un desastre colosal, se ha mostrado de lo más reservado. Tampoco es que me sorprenda. A estos Maestros del Tiempo no les gusta mucho hablar —soltó una risita—. Será porque les da un aire de misterio, digo yo.

Albert, estirado en la parte trasera de la furgoneta, bufó su disconformidad.

—Los videntes son conscientes de la naturaleza fluida del tiempo —dijo el gigante—. Se preocupan por no alterar el frágil tejido de la red.

---

—Sí, ya —dijo Sam—, será eso. Este Kallikos parece ansioso por asegurarse de que la historia fluya por el cauce que a él más le convenga, de eso no tengas la menor duda. Al viejo no le importa cortar el mazo para que salga su carta. Pregúntale a doña Sombra si crees que te engañó. Seguro que estará encantada de regalarte los oídos.

Diecisiete exhaló un suspiro. Sam veía conspiraciones por todas partes. Lo malo, como Diecisiete había podido comprobar a su pesar, era que no solía equivocarse.

—Kallikos tampoco es tan viejo. Yo le echo unos cincuenta, no más.

—Tú haz caso de este viejo chocho, hijo —dijo Sam—. El señor Kallikos es mucho más viejo de lo que aparenta. Oh, oh, parece que hay problemas a la vista. Esos puñeteros Hombres de Negro deben de haber descubierto nuestro destino.

Treinta metros enfrente de ellos, cuatro Cadillacs negros bloqueaban la carretera. Más de una docena de Hombres de Negro se parapetaban tras los vehículos, arma en mano. Era el emplazamiento perfecto para una emboscada. La autopista se había estrechado a sólo dos carriles y, en aquellos momentos, atravesaba una zona forestal. Los árboles y los arbustos delimitaban ambas cunetas de la carretera desierta, formando un muro verde infranqueable.

—Podríamos parar y dar la vuelta —dijo Sam—, pero me da la mala espina de que encontraríamos el camino bloqueado de nuevo en cuestión de uno o dos kilómetros. Estamos pillados como peces en una pecera.

—Embístelos —gruñó Diecisiete, furioso—. No he llegado hasta aquí para detenerme ahora. Aparta esos malditos coches de la carretera.

Sam sacudió la cabeza.

—No es buena idea, hijo. Los Hombres de Negro no es que sean muy despabilados, sobre todo los clones, que apenas pueden pensar, pero los Hombres de Gris que comandan las amalgamas sí que lo son. Quienquiera que esté al mando de esa cuadrilla probablemente haya tenido en cuenta que podríamos lanzarnos contra ellos. Puede que incluso organizara esta trampa con esa idea en mente. Apostaría a que uno de esos coches está lleno de nitroglicerina. Un empujoncito y acabaríamos todos tocando el arpa en las alturas, tú ya me entiendes. El sacrificio de un puñado de Hombres de Negro por unos elementos de lujo como nosotros sería un intercambio justo para cualquier Hombre de Gris.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Diecisiete.

—Se aceptan sugerencias. Que me aspen si lo sé —Sam guardó silencio por un instante, antes de esbozar una sonrisa—. Aunque, a menos que me engañe la vista, no creo que importe. Ha llegado nuestra salvación.

Concentrados en las dos furgonetas, los Hombres de Negro no se dieron cuenta de que los estaban atacando hasta que fue demasiado tarde. La muerte los cogió desprevenidos cuando seis ángeles vengadores los derribaron por la espalda. No fue tanto una batalla como una ejecución. Cayeron al suelo sin proferir ni un sonido.

Los atacantes formaban un grupo heterogéneo: un hombre fornido y corpulento, que asemejaba un jugador de fútbol americano; un cimbreño oriental, armado con espadas gemelas similares a las de Sombra del Amanecer; y cuatro hombres con cara de cuchillo, piel atezada y largas melenas de color negro azabache que parecían nativos americanos. Todos ellos vestían vaqueros y camisetas azul oscuro. El hombretón ondeó una mano en el aire, como si quisiera indicar que todo estaba en orden, antes de desaparecer por donde había venido, junto a sus compañeros. Diecisiete estaba a punto de pedirle una explicación a Sam acerca de aquel extraño comportamiento, cuando los cuatro Cadillacs negros se desintegraron en el seno de una explosión espectacular.

---

—Trampas acopladas —dijo Sam—. Igual que los coches de la celebración del solsticio de verano. Ésos del NOM son de lo más paranoico. Que eso tampoco se te olvide, hijo. Los muy chalados ven complots hasta debajo de las piedras. No se fían de nadie. Es una cualidad que podrás utilizar en tu provecho si te capturan. Limitate a soltarles un montón de mentiras, cuanto más descabelladas mejor, y siéntate a ver cómo reaccionan. Igual que ardillas afanando avellanas.

—Ha vuelto —señaló Diecisiete al ver que el hombretón y su cuadrilla atravesaban la negra humareda en dirección a ellos—. ¿Qué hacemos?

—Lo mejor será salir y dar las gracias. No me extrañaría nada que alguno de estos amigos fuese el hombre que andas buscando.

El hombretón, de ensortijado cabello castaño y ojos del mismo color, *era* el hombre que Diecisiete andaba buscando. Con una voz aflautada que desentonaba con su corpulencia, se presentó.

—Alvin Reynolds —dijo, al tiempo que ofrecía una mano descomunal con dedos como salchichas—. Mi amigo japonés es Kiyoshi Toda. —Esbelto, de rasgos que no denotaban su edad y ojos castaño oscuro, el espadachín inclinó la cabeza a modo de saludo pero, por lo demás, no pronunció palabra. Reynolds era el portavoz del grupo—. Me salto los nombres de los demás. No ibais a poder pronunciarlos, de todos modos, a menos que habléis maya. Bienvenidos a la Capilla de las Manos de la Esperanza. Cualquier enemigo de la Tecnocracia es bien recibido.

—Sam Haine —se presentó el anciano, sonriendo—. Este gigante que tengo a la espalda es Albert. Aquellos dos que salen de la furgoneta son Sombra del Amanecer y Kallikos. El mozo que ves aquí a mi vera se llama Diecisiete. Ha recorrido un largo camino para dar contigo.

Alvin Reynolds parecía desconcertado.

—¿Connmigo? ¿Por qué?

—Tu hermana, Cindy, ha sido capturada por la Tecnocracia y la tienen retenida en un lugar que llaman el Colectivo Gris —desembuchó Diecisiete—. Me ayudó a escapar, pero ella sigue prisionera en el corazón del complejo. Donde algo monstruosamente malvado va a desencadenarse dentro de poco.

—Cindy —repitió Alvin Reynolds, aspirando una honda bocanada de aire. Pareció erguirse aún más imponente todavía—. Por fin. Sabía que algún día, de algún modo, se pondría en contacto conmigo. Vamos. No hay motivo para que estemos aquí fuera. Vayamos adentro y podrás contarme toda la historia.

—Sospecho que podría haber más Hombres de Negro detrás de nosotros —dijo Sam.

—Los había —confirmó Alvin—. Aguardaban a un kilómetro de distancia con su Hombre de Gris. Ya no.

—Has montado una operación de lo más eficaz, Alvin —celebró Sam, entre risas—. Se le alegra el corazón a uno cuando conoce a un hombre práctico.

Pasaron la hora siguiente en el patio de la inmensa mansión que albergaba a la Capilla de las Manos de la Esperanza, bebiendo zumo y conversando. Veinte metros de arena blanca los separaban de las aguas azules del océano Pacífico. Bajo el cielo despejado y el brillante sol de la mañana, Diecisiete repitió la historia de su fuga del Colectivo Gris.

Alvin Reynolds se había sentado y escuchaba el relato embelesado, con una expresión casi infantil en su rostro. Diecisiete no dudaba de la inteligencia de aquel hombre. Las pocas preguntas que había formulado Alvin fueron siempre muy específicas y, por lo general, aludían a temas para los que Diecisiete no tenía respuesta.

—Una aventura increíble —dijo el Adepto Virtual cuando Diecisiete hubo concluido—. Te agradezco que hayas cumplido con la palabra que le diste a mi hermana, Diecisiete. Eres un hombre de

---

honor y, en estos tiempos difíciles, ésa es una virtud que escasea. Aprecio todo lo que has hecho hasta ahora, pero esto me lleva a la pregunta de perogrullo. ¿Qué hacemos a continuación?

—Explícate, hijo —dijo Sam Haine.

—Planeo rescatar a Cindy. Además, sea lo que sea que tenga planeado la Tecnocracia para el clon base, supongo que no será nada bueno para las Nueve Tradiciones. Creo que lo mejor será destruirlo. Ninguna de estas tareas va a resultar sencilla. Confío en poder contar con la ayuda de los magos de Vali Shallar. Pero, con su ayuda o sin ella, mi intención es invadir el Reino del Horizonte del Colectivo Gris y echarlo abajo.

—Eso me ha parecido una invitación —dijo Sam Haine, con risa contenida. Extrajo un puro de un bolsillo oculto. Al mordisquear uno de sus extremos, el otro se encendió de inmediato—. ¿Buscas compañía?

—Cuantos más seamos, más reiremos. Va a haber mamporros para dar y tomar, de sobra.

—Las respuestas a mi identidad se encuentran en el Colectivo Gris —intervino Diecisiete—. Además, le prometí a tu hermana que regresaría. Aunque mi pasado esté en blanco, tengo la certeza de que soy un hombre de palabra. Puedes contar conmigo.

—Yo ya tengo ganas de averiguar la verdad acerca de Diecisiete —recalcó Sam Haine—. Además, el que este proyecto se cueza en manos de una alianza de Progenitores e Iteración X me tiene preocupado. Siempre he sido un cabroncete curioso. No puedo hablar en nombre de Albert pero, lo que es yo, me subo al carro.

—Yo también —sonrió Albert—. Me gusta seguirle la pista a Sam. Después de todo, no deja de ser el Hombre Cambiante. No hay otro igual en toda la Teluria.

—Sombra del Amanecer y yo os acompañaremos —dijo Kallikos—. El destino nos llama. Debemos responder.

Reynolds se encogió de hombros, con una sonrisa.

—Como gustéis. Una Garra de Dragón y un Maestro del Tiempo siempre son bienvenidos a cualquier partida de guerra —la voz del hombretón se tornó seria—. Una cosa que debemos recordar es que, dado que estaremos en un Reino del Horizonte de la Tecnocracia, nuestra magia tradicional infringirá las leyes naturales de la región. Cualquier uso de nuestros poderes, a excepción del *Do*, dado que se trata de una disciplina física, será algo antinatural en ese mundo. Los espíritus de la Paradoja se nos echarían encima de inmediato. Obvia decir que eso supondrá una seria desventaja a la hora de enfrentarnos a los Tecnomantes, puesto que ellos pueden recurrir a todos los poderes de la ciencia avanzada.

Diecisiete cerró los ojos con fuerza. Cuando volvió a abrirlos, se puso en pie, con expresión aturdida.

—Espera un minuto, por favor. Aunque he oído a Sam y a otros magos emplear las palabras Reino del Horizonte para describir al Colectivo Gris, debo admitir que nunca he sabido muy bien lo que eso significa. Forma parte de mis recuerdos en blanco. Al haber abandonado el complejo dentro del remolque de un camión, no pude fijarme en el paisaje. Asumí que el laboratorio estaría emplazado en algún reducto montañoso o al fondo de un valle escondido. Sentí algo extraño durante un par de segundos cuando el camión se puso en marcha, pero no me dio mucho en que pensar, hasta ahora. ¿Podría explicarme alguien de lo que estáis hablando?

—Mejor todavía —repuso Alvin Reynolds, poniéndose de pie. Hizo señas a los demás para que lo siguieran—. Ven conmigo. Te lo enseñaré.

Reynolds los condujo a las entrañas de la mansión, al interior de un cuarto sin ventanas. Una enorme pantalla de televisión cubría casi toda una pared, frente a la que descansaba un sencillo sofá

---

marrón. El suelo era de una madera oscura que Diecisiete no reconoció, tan pulida que a punto estuvo de resbalar sobre el acabado.

Frente a la puerta se veía un tapiz entretejido de rojo y verde, de unos dos metros de alto. La ilustración describía un extraño edificio de varias plantas que se alzaba en medio de un claro selvático. El dibujo principal resaltaba en rojo sobre el fondo verde. Sólo después de examinarlo con detenimiento vio Diecisiete que el tapiz era mucho más complejo de lo que había pensado al principio. Los detalles eran exactos, hasta las hojas de los árboles de la jungla.

—Es precioso —musitó Sombra del Amanecer—. La obra de un maestro artesano.

Reynolds esbozó una sonrisa.

—Aparte de eso, también resulta bastante práctico.

Tras dar un paso al frente, apoyó una mano sobre la parte superior de la inusitada estructura que ocupaba el centro del tapiz. Musitó unas breves palabras apenas audibles.

Desde el interior de la ilustración, una voz ronca e inhumana gruñó una frase en un idioma desconocido. Reynolds respondió en la misma lengua. La voz roncó otra palabra.

—El guardián del portal os permite la entrada —dijo el mago. Hizo un gesto a Sam Haine—. Tú primero, Sam. Luego Diecisiete y después Albert. Kallikos y Sombra del Amanecer a continuación. Yo cerraré la comitiva.

—Vamos allá —Haine le guiñó un ojo a Diecisiete. Con un movimiento brusco, anduvo hacia el tapiz verde... y se desvaneció en su interior.

—Adelante —animó Reynolds, al percatarse del sobresalto de Diecisiete—. No es más que una puerta al Horizonte.

Sacudiendo la cabeza, Diecisiete dio un paso al frente. Cuando llegó al tapiz, apoyó un pie dubitativo contra la pared. Se introdujo en ella como si no hubiese más que aire. Inhalando profundamente, Diecisiete siguió adelante.

La transición le provocó un leve tintineo en los oídos pero, por lo demás, no sintió ningún efecto relevante. Hacía un instante se encontraba en la sala del televisor de la mansión, y al siguiente apareció en una enorme cámara de piedra, cuyas paredes exhibían varios tapices de brillantes colores, sobre una espesa y mullida alfombra. Había un ordenador en una esquina y un pequeño refrigerador en otra.

Sam Haine se encontraba frente a una pared transparente que daba al exterior. Estaba compuesta por un material parecido al cristal, aunque su estructura resultaba más nítida. Diecisiete caminó hasta donde se encontraba y se detuvo en seco, pálido ante lo que vio al otro lado. Ni siquiera se dio la vuelta cuando Albert apareció en la cámara. El paisaje acaparaba toda su atención.

Se encontraban en el interior de una torre que dominaba una pequeña ciudad llena de edificios de piedra y oro. Más allá de la urbe, se extendía una jungla hasta donde alcanzaba la vista, una selva verde esmeralda, con árboles gigantescos y una fauna de vivos colores. A kilómetros de distancia se erguía una cadena de colinas. Un volcán eructaba humo hacia el brillante cielo azul, donde relucían dos soles.

Los demás se arracimaron junto a Diecisiete. Nadie dijo nada; sobraban las palabras. Era una escena de otro mundo, aunque familiar. Los edificios ofrecían un diseño reconocible como obra del hombre, y toda la flora encontraba su equivalente en la tierra. Los indios que ocupaban la ciudad eran definitivamente humanos. Con todo, el escenario no se levantaba en modo alguno sobre la Tierra.

—Bienvenidos a mi hogar —dijo Alvin Reynolds—. Bienvenidos al Reino del Horizonte de Vali Shallar.

# VEINTIUNO

—No podemos estar en la Tierra —musitó Diecisiete—. No con dos soles en el cielo.

—Sí y no —dijo Alvin Reynolds, con una sonrisa—. Nos encontramos en un Reino del Horizonte. Dejaré que decidas por ti mismo lo que significa eso exactamente, después de explicarte un par de cosas.

Ambos hombres se hallaban sentados en una pequeña sala de conferencias sita en la base de la gran torre de Vali Shallar. Iban a entrevistarse en breve con los Rachar, la cábala de magos regente de aquel Reino. Evidentemente, llevar extraños a Vali Shallar estaba estrictamente prohibido. Reynolds quería que Diecisiete le contara su historia a los cuatro miembros del grupo. No había explicado por qué.

Los compañeros de Diecisiete habían desaparecido en un viaje a la jungla organizado a toda prisa. Tom Ho Pak, otro de los miembros de la cábala de la Mano de la Esperanza, haría las veces de guía. Reynolds no había explicado el propósito de la misteriosa expedición a Diecisiete. El corpulento mago tomaba rápidas decisiones, pero no le gustaba tener que explicar los motivos de sus actos. Diecisiete encontraba ese comportamiento extremadamente irritante, sobre todo porque Sam Haine y Kallikos actuaban exactamente del mismo modo. Resultaba evidente que se trataba de un rasgo común a todos los magos poderosos. Se sentían tan seguros de sí mismos que no veían la necesidad de discutir sus razonamientos.

—El mundo tal y como lo percibimos con nuestros cinco sentidos normales no es todo lo que existe —comenzó Reynolds—. Existe la realidad material y está el mundo psíquico e inmaterial. La totalidad de ese conjunto es lo que llamamos la Teluria. La Tierra, donde habitan los Durmientes, es el centro de la Teluria, donde la realidad estática es más fuerte. Como hogar original de la humanidad, la realidad consensual es el foco principal de la lucha entre las Nueve Tradiciones y la Tecnoocracia, lo que llamamos la Guerra de la Ascensión.

—Hasta ahí llego —interrumpió Diecisiete. La paciencia no era una de sus virtudes. Se sentía ávido por aprender todo lo posible antes de que los Rachar interrumpieran las explicaciones de Reynolds—. Háblame de este lugar.

—Ahí es donde quiero llegar —dijo Reynolds, con voz calma y serena. El hombretón hablaba despacio y midiendo sus palabras, como si las sopesara en busca del significado exacto—. Más allá de la estrecha realidad de la Tierra yace la Celosía, una barrera mística que separa nuestro mundo del reino de los espíritus. Al entrar en la Celosía, el cuerpo del hechicero cambia su realidad física por una espiritual. Seguimos existiendo, pero bajo una forma distinta. Nada de lo que preocuparse. Cuando regresamos a Gaia, nuestro cuerpo espiritual retoma su forma física. La Celosía actúa como barrera para evitar que nadie que no sea mago penetre en el reino espiritual conocido como la Umbra Cercana. Es un lugar que existe en el mismo espacio que nuestro mundo natal, sólo que en un plano distinto de la realidad. Imagínatela como una dimensión paralela a la Tierra. La Umbra Cercana es un reflejo de la realidad estática, sólo que su naturaleza es mucho más espiritual. Muchas de las cosas que existen en la Tierra se pueden ver también aquí, sólo que en forma psíquica. Los Garou, hombres lobo de nuestro mundo, recorren estos parajes, al igual que muchos seres míticos de gran poder. Vagar por la Umbra Cercana puede entrañar peligro, pero también posee un efecto vigorizador. De momento, eso no nos interesa.

—¿Y el Horizonte? —intervino Diecisiete—. Vayamos a eso.

Reynolds asintió con la cabeza.

—El Horizonte es otra barrera mística. Separa la Umbra Cercana de la Umbra Profunda.

---

Ante la mención de la Umbra Profunda, Diecisiete sintió un escalofrío. La sombra de un recuerdo cruzó por su cabeza, una visión a medio recordar de una figura demoníaca embutida en una resplandeciente armadura de plata, a lomos de un caballo de acero con alas de hierro. En una mano esgrimía una inmensa espada dentada, iluminada por el fuego. De manera espontánea, el nombre del monstruo se abrió paso hasta los labios de Diecisiete.

—El Señor del Acero, Duque del Odio.

Alvin Reynolds abrió los ojos de par en par, sorprendido.

—Uno de los Incarna Maeljin —añadió el hombretón—. Muchos artesanos de la voluntad nunca han oído hablar de los Señores Oscuros. Como Adepto Virtual y estudioso de lo oculto, estoy familiarizado con los trece Espíritus Reales de la Perdición. ¿De qué los conoces tú?

—No... no lo sé. A veces, una palabra o alguna frase enciende una chispa en mi cabeza y aflora un recuerdo desde el fondo de mi subconsciente. En alguna ocasión, antes de perder la memoria, vi al Señor del Acero. Lo que pudo ocurrir, no lo recuerdo.

—Las Perdiciones son espíritus que habitan en la Umbra Profunda, al igual que otros monstruos sin nombre, criaturas tan alienígenas que resultan incomprensibles para la mayoría de los mortales. Es en la Umbra Profunda, muy lejos de la realidad estática, donde los Nefandos erigen sus Capillas, lugares que llaman Laberintos. También allí es donde los magos dementes conocidos como Merodeadores urden sus locas maquinaciones de conquista. La Umbra Profunda se extiende hasta el infinito. Es un lugar peligroso; su exploración constituye una empresa arriesgada. Así y todo, hay bastantes magos, entre ellos algunos de mis mejores amigos, que viven para correr semejantes riesgos.

—El Horizonte actúa como barrera que aísla a los horrores de la Umbra Profunda de la Tierra —razonó Diecisiete, combinando lógica y deducción.

—Correcto. Sin embargo, al contrario que la Celosía, es una región única en sí misma, una especie de demarcación entre la Umbra Cercana y la Umbra Profunda. Tras emplear ingentes cantidades de Quintaesencia procedente de Nodos en la Tierra, algunos magos han sido capaces de construir medio ambientes artificiales, lo que llamamos Reinos del Horizonte. El Colectivo Gris del que escapaste es uno de ellos. Vali Shallar es otro. Se suele acceder a cualquier Reino del Horizonte desde la Tierra, por lo general desde los Nodos que abastecen de Quintaesencia a dicho Reino. Los Reinos más pequeños necesitan sólo unos pocos Nodos para proveerse de la energía mística necesaria, mientras que los de mayor tamaño, como éste, necesitan un mayor número de nodos poderosos. Antiguos lugares mágicos, en su mayoría sitios en Suramérica, proporcionan casi toda la Quintaesencia de la que se alimenta Vali Shallar. Esperemos que, por medio de tu experiencia, seamos capaces de localizar el Nodo principal que sirva de portal para el Colectivo Gris.

Diecisiete, sin saber muy bien lo que quería decir Reynolds con aquello, dejó pasar el comentario.

—Explícame lo que dijiste antes acerca de las reglas de la magia, eso de que no funcionan igual en todos los Reinos.

—Fácil —repuso Reynolds—. Los Reinos del Horizonte son pequeños mundos artificiales, universos de bolsillo, por así decirlo, creados por un grupo de magos que comparten ciertas creencias, ya pertenezcan a la Tecnomancia o a alguna de las Nueve Tradiciones. Cuando diseñan el Reino, los creadores intentan convertir el refugio en una perfecta representación de sus creencias. Malean la Quintaesencia de tal modo que su forma de entender el universo sirva como base para la creación. Por tanto, en un Reino del Horizonte creado por Tecnomantes, la magia que se produzca por medio de métodos científicos funcionará de tal modo que no cree Paradoja. Sin embargo, la magia de los Verbena, magia de la Tierra, no funcionaría del modo adecuado y generaría de inmediato una tremenda cantidad de Paradoja, acarreándole serios problemas al usuario.

---

—Sigo hecho un lío.

—Míralo de esta manera —dijo Alvin Reynolds, paciente—. Hemos construido una casa y la hemos llenado de electrodomésticos modernos que facilitan todo el trabajo. Si quiero hacerme la comida, cojo un plato congelado de la nevera, le quito la cubierta de platino, lo meto en el microondas y lo caliento durante un par de minutos. Luego lo saco, dejo que se enfríe y me lo zampo. Para mí, fácil y cómodo. Ahora piensa que un extraño, pongamos por caso a alguien que viva en las montañas y odie la tecnología, viene a hacerme una visita. No sabe cómo funcionan las cosas. Mete la comida en el microondas sin quitar la cubierta metálica. Ajusta el temporizador a un cuarto de hora. Desastre en la cocina. En un Reino del Horizonte de las Tradiciones, la magia tradicional funciona como la seda. Lo mismo se aplica a la *ciencia* de la Tecnocracia en un Reino del Horizonte Tecnócrata. En ambos lugares podrás salirte siempre con la tuya si te andas con cuidado, pero nada más. De lo contrario, Paradoja.

—Deberías dedicarte a la enseñanza. Me parece que ya entiendo lo que quieres decir. A lo mejor no tan bien como quisiera, pero al menos creo que asimilo los conceptos básicos. Ahora, explícame por qué hay dos soles en el cielo.

Reynolds esbozó una sonrisa.

—Eso ya es un poco más complicado. Vali Shallar fue creado por Cuentasueños mayas hace muchos siglos. Con la ayuda de un poderoso ser de la Umbra Profunda, fueron capaces de formar un reino similar al antiguo concepto maya del paraíso. Lo que incluye dos soles en el cielo, así como dos lunas por la noche. Lo...

El hombretón se quedó callado cuando entraron en la cámara cuatro brujos. Dos eran mayas, de piel oscura, largo cabello negro y frentes pronunciadas. Los otros dos eran orientales menudos y esbeltos, vestidos con los hábitos sencillos que los identificaban como miembros de la Hermandad Akáshica. Aunque todos aparentaban haber cruzado la barrera de los cincuenta, Reynolds le había contado a Diecisiete que ninguno de los Rachar tenía menos de quinientos años. Eran los líderes del Reino del Horizonte de Vali Shallar, y su palabra era la ley.

Sin preámbulos, los cuatro se sentaron a una mesa larga frente a Reynolds y Diecisiete, al que miraban con ojos llenos de curiosidad, sin hostilidad. Un maya de rostro aguileño, ataviado con una túnica de seda verde, que llevaba un amuleto dorado alrededor del cuello, fue el primero en hablar. En el antiguo idioma de los mayas, dirigió una serie de rápidas preguntas a Alvin Reynolds.

El Adepto Virtual respondió en la misma lengua. Su respuesta, aunque breve, consiguió que varios miembros de los Rachar sonrieran. El maya del amuleto de oro asintió con la cabeza como si concediera su permiso ante alguna solicitud.

—Dejemos que hable nuestro huésped —declaró el hombre de rostro aguileño, en perfecto inglés.

—Cuéntale tu historia a Ihuanoatlo, Diecisiete —instó Alvin Reynolds—. Comienza con tu fuga y no te saltes ningún detalle importante. Puedes hablar en inglés sin cohibirte. Todos los miembros de los Rachar entienden el idioma.

Aunque Reynolds no explicó el motivo de su petición, Diecisiete pensó que lo mejor sería hacer caso. Sin prisa, volvió a desgranar el relato de sus tribulaciones. Los Rachar escuchaban sin interrumpir. Sólo la agudeza de sus miradas señalaba que comprendían lo que estaba diciendo.

—Gracias —dijo Ihuanoatlo cuando Diecisiete hubo finalizado su historia—. Es un informe convincente.

—Sí, pero, ¿existe alguna prueba que demuestre la verdad de sus palabras? —quiso saber uno de los dos japoneses miembros de los Rachar—. No estoy llamando mentiroso a nuestro invitado, es tan sólo que su relato suena asombroso incluso ante una audiencia de magos. ¿Qué prueba puede ofrecer

---

de que su aparición en Vali Shallar no forma parte de una elaborada urdimbre para invadir nuestro reino? La Tecnocracia ya intentó destruir nuestra tierra en cierta ocasión. La aparición de este hombre podría señalar el comienzo de otra intentona.

—Ésa es una buena cuestión, Shi-Han —convino Ihuanoatlo. Sus ojos oscuros se clavaron en Diecisiete—. Aparte de tu palabra, ¿posees algún tipo de prueba que indique que la historia que acabas de contarnos es algo más que una intrincada encerrona?

Diecisiete había comenzado a negar con la cabeza cuando se detuvo en seco.

—En un mundo lleno de engaños y dobles sentidos, ninguna evidencia conseguiría garantizar nada de forma absoluta. Se puede alterar el pensamiento y manipular las creencias. No obstante, puedo demostrar sin lugar a dudas que al menos parte de lo que he contado es cierto. ¿Será suficiente?

El hermano Akáshico, Shi-Han, inclinó la cabeza en un sutil gesto de aquiescencia.

—Dame tu cuchillo, Alvin —dijo Diecisiete.

Humedeciéndose los labios, Reynolds le entregó a Diecisiete el cuchillo que llevaba colgado del cinturón. Mientras sostenía la hoja en una mano, Diecisiete asió la pechera de su propia camisa y tiró de ella, consiguiendo que los botones saltaran por los aires para dejar al descubierto su torso desnudo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Reynolds, con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa.

—Los Progenitores del Colectivo Gris le hicieron algo a mi carne y a mi sangre. Creo que me estaban utilizando para poner a prueba sus teorías antes de efectuar los cambios en el clon base. Mirad.

Diecisiete colocó la punta del arma en medio de su pecho. Con los dientes apretados, empujó su mano hacia delante un centímetro y, con el mismo movimiento, practicó un corte descendente. Un chorro escarlata manó de la herida resultante.

Los cuatro Rachar observaban a Diecisiete enmudecidos por el asombro. Alvin Reynolds profirió un juramento cuando la sangre de Diecisiete se derramó sobre el suelo de piedra, antes de quedarse con la boca abierta. Los Rachar no dijeron nada, pero parecían igual de impresionados.

El corte se estaba cerrando. Transcurridos apenas algunos segundos, la herida había dejado de sangrar. Más rápida que la vista, la piel de Diecisiete se estaba sellando, borrando cualquier rastro del tajo.

—Su sangre devora la piedra —musitó Shi-Han. Era verdad. El suelo a los pies de Diecisiete aparecía sembrado de diminutos agujeros donde lo había salpicado su sangre.

—Debemos conferenciar —anunció Ihuanoatlo, poniéndose en pie. Al tiempo que enfilaba hacia la puerta a su espalda, llamó con un gesto a los demás miembros de su cábala. El estoico semblante del indio sonrió a Diecisiete. En sus ojos chispeaba algo parecido a la diversión—. Gracias por tu extraordinaria demostración. Por favor, discúlpanos. Volveremos enseguida.

—Eso fue de lo más peligroso —recriminó Alvin Reynolds, al tiempo que envainaba su daga tras la marcha de los Rachar—. Cualquiera que sea el mecanismo responsable de tus increíbles poderes curativos, sin duda se activa gracias a la magia de los Tecnomantes. Podrías haber convocado a una horda de espíritus de la Paradoja con esa demostración.

—El riesgo merecía la pena —alegó Diecisiete, con una sonrisa—. Lesionarme a mí mismo era la única manera que tenía de demostrar que no estaba mintiendo. Además, para la herida sólo me hizo falta algo de nervio. La magia sólo estuvo presente en la rápida cicatrización. No estoy seguro de lo que le hicieron los Progenitores a mi sangre, pero conservo un tenue recuerdo que me dice que actúa en el ámbito molecular. El proceso combinó magia y ciencia, por lo que supuse que las posibilidades de crear Paradoja eran más bien pocas.

—Nanotecnología —musitó Reynolds—. Lo más avanzado en estudios genéticos. Dado que has salido indemne de ésta, no tengo derecho a enfadarme de veras. Además, fue todo un espectáculo.

---

—¿De qué va esta reunión, por cierto? —preguntó Diecisiete, envalentonado por la franqueza de Reynolds—. ¿Por qué nos interrogan los Rachar?

—Vali Shallar es un Reino del Horizonte secreto. Siempre se lo ha considerado una leyenda. A excepción de un puñado de forasteros, sólo los magos pertenecientes a alguna de las varias cábalas aquí centradas conocen su existencia. Los visitantes están estrictamente prohibidos, a no ser que se trate de una emergencia y, por lo general, se les borra la memoria en lo referente a este lugar una vez lo abandonan. Albergó la esperanza de que los Rachar decidan hacer una excepción en tu caso.

Diecisiete apretó los puños. La idea de perder más recuerdos no le resultaba nada atractiva.

—Si sabías todo eso, ¿por qué nos trajiste aquí? —preguntó, intentando camuflar la amargura de su voz.

—Pido perdón. Era un riesgo que tenía que correr. El rescate de mi hermana no va a resultar sencillo. Además, estoy convencido de que, cualquiera que sea la malignidad que se está fraguando en el Colectivo Gris, ha de ser detenida. O todos lo lamentaremos. Por desgracia, muchos de los artesanos de la voluntad de Vali Shallar son extremadamente aislacionistas y terriblemente xenófobos. Odian a los forasteros y los cambios que éstos acarrearán consigo. Estos tradicionalistas prefieren adoptar una postura neutral en la Guerra de la Ascensión. Otros, como yo, saben que si no se le paran los pies a la Tecnocracia, desaparecerá la magia tal y como la conocemos. Los Rachar gobiernan el Reino, pero caminan sobre una delgada línea que separa ambas creencias. En este caso, rezo para que los ancianos se den cuenta de la importancia de nuestra misión y nos permitan seguir adelante, a pesar de lo que puedan opinar los aislacionistas.

—Bueno, me parece que no tardaremos en averiguarlo. Ahí vienen.

Los cuatro miembros de los Rachar desfilaron de vuelta a la cámara y retomaron sus asientos. El rostro de Ihuanocuatlo era una máscara sombría. Su voz sonaba apagada.

—Recurriré al inglés para que ambos podáis entender nuestras decisiones y las razones por las que las hemos tomado —dijo el antiguo mago—. Los Rachar estamos de acuerdo en que los acontecimientos descritos por el Prisionero Diecisiete implican graves consecuencias y exigen la toma de medidas. No obstante, no podemos pasar por alto los deseos de nuestro pueblo, sobre todo de los Jabhi-yazer que guardan nuestro Reino secreto. Por tanto, hemos llegado a las siguientes conclusiones: la cábala de las Manos de la Esperanza y sus aliados son libres de organizar un ataque contra el Colectivo Gris. Los recuerdos de los extraños no serán alterados. Empero, a fin de proteger el anonimato de Vali Shallar, se sellarán las mentes de todos los implicados en esta misión, a fin de que no puedan hablar del Reino si fuesen hechos prisioneros. Dado que creemos firmemente que los experimentos de los Progenitores suponen una amenaza para las Nueve Tradiciones, los Rachar proporcionarán toda la ayuda que les sea posible a las Manos de la Esperanza en su empresa. Mas, con tal de aplacar a aquellos de los nuestros que temen ser descubiertos, no podemos permitir que ningún mago de Vali Shallar, aparte de los miembros de esa cábala, participe en el asalto.

—Convenido —dijo Alvin Reynolds—. Me inclino ante la sabiduría de los Rachar.

—Marchad, pues —instó Ihuanocuatlo—. Vuestros compañeros aguardan afuera. —El anciano maya sonrió—. Resulta evidente que han estado cazando.

—¿Cazando? —preguntó Diecisiete a Alvin Reynolds mientras abandonaban la sala de reuniones.

—El uso de magia tradicional en el Reino del Horizonte del Colectivo Gris supondría un desastre. Sin embargo, Vali Shallar posee varias sorpresas que habitan en sus densas selvas tropicales. Hay extraños lugares en la Tierra conectados por Nodos al Reino, donde aún existen bestias que se creían extinguidas hace tiempo. Muchas de estas criaturas han migrado a estas junglas a lo largo de los siglos. Mientras nos reuníamos con los Rachar, nuestros compañeros salieron a cazar un raro espécimen. Creo

---

que nos lo llevaremos con nosotros cuando invadamos la guarida de los Tecnócratas. No es mágico, por lo que la Paradoja no nos preocupa. Pero su presencia debería suponer toda una conmoción.

—No estarás hablando de dinosaurios —dijo Diecisiete, mientras salían al brillante resplandor del mediodía. Sus amigos esperaban junto a la puerta.

—Demasiado difíciles de transportar —repuso Reynolds, con voz seria—. Mi sorpresita es algo más fácil de controlar. Pero igual de mortífera.

—Eh, hijo —llamó Sam Haine cuando se unieron al grupo—, te has perdido todo un viaje al gran charco de barro. Albert parecía todo un nativo.

—He estado en muchas selvas a lo largo de mi vida —declaró el gigantesco hechicero, sacudiendo la cabeza en ademán de asombro—, pero ninguna puede compararse con Vali Shallar. Hay plantas que ya no se encuentran sobre la Tierra. ¡Por no hablar de las increíbles especies animales que aquí moran!

—Capturamos un poderoso guerrero —intervino Sombra del Amanecer, rompiendo con su imagen lacónica. Los ojos de la joven brillaban con la emoción—. Desencadenará muerte y destrucción sobre aquellos que aspiren a esclavizar a las Tradiciones.

—Vuestro bebé ya está tranquilizado y listo para partir —dijo el amigo de Reynolds, Tom Ho Pak, un coreano menudo, brujo de la Orden de Hermes—. ¿Qué han decidido los Rachar?

—Dieron su visto bueno a mi implicación en la misión, pero sin ninguna ayuda de Vali Shallar aparte de la de las Manos de la Esperanza —contestó Reynolds—. Era todo lo que se podía esperar. Podría haber sido mucho peor.

—Así que el ataque está en marcha —señaló Kallikos—. Muy bien. ¿Cuándo partimos?

—Necesitamos transportar a nuestro prisionero hasta la Tierra y meter a la bestia, tranquilizada, dentro de un camión —explicó Reynolds—. Luego, necesitaré una hora con Diecisiete y mi generador de mapas informático. Tendría que ser capaz de averiguar el emplazamiento del Nodo del Colectivo Gris por el que emergió. Va a ser toda una paliza, volver a cruzar el país, pero es la única entrada que conocemos para ese Reino del Horizonte. Claro está que atravesar el portal supondrá otro reto.

—Tú deja que Sam Haine, el Hombre Cambiante, se encargue de eso —dijo Sam, con la sombra de una sonrisa—. Guardo unos cuantos trucos en la manga, de esos que no hay ordenador capaz de duplicar —soltó una risita—. De momento, por lo menos.

# VEINTIDÓS

—Perfecto —se congratuló Velma Wade, al tiempo que se repantigaba en su sillón. Palmeó el terminal del ordenador con lo que parecía casi ternura—. Los últimos códigos ya están dentro. El ciclo de la cámara de crecimiento ha comenzado. Dentro de veinte horas, a contar desde este preciso instante, nuestro clon base será completamente operativo. Mañana, a las dieciocho cero cero, nuestro bebé verá la luz. —Con los brazos estirados por encima de la cabeza, Wade se desperezó muy despacio, de forma mecánica, mientras canturreaba—: Tic, tac, tic, tac. El tiempo, quién sabe adónde va.

X344 levantó la vista de su ordenador portátil para fulminar a la Progenitora con la mirada. Velma Wade le atacaba los nervios. No se tomaba nada en serio. Para el ciborg, cuya vida giraba en torno al concepto de la obediencia absoluta a la autoridad, la joven era una lunática peligrosa. X344 le tenía reservado algo especial a Velma Wade cuando llegase la hora de barrer toda la escoria de la estación. La Progenitora llevaba meses poniendo a prueba su paciencia y atormentándolo, pero la larga espera tocaba a su fin. Mañana volvería la corriente contra su atormentadora, que pasaría a ser la atormentada.

—Mis cálculos indican diecinueve horas, cincuenta y cuatro minutos —corrigió X344—. Dieciséis segundos más o menos.

Wade profirió una carcajada.

—Me inclino ante tus superiores habilidades matemáticas, Nelson. Aunque sospecho que veinte horas es una aproximación igual de buena para el gran momento. Tampoco es que nuestro muchachote vaya a sentarse y empezar a hablar de buenas a primeras. Su mente carece de inteligencia alguna. Lo que es aún más importante, no tiene alma.

—Eso que llamas alma no existe —saltó X344, impulsado por el instinto—. Se trata tan sólo de una invención de las Tradiciones a fin de mantener al populacho esclavo de la superstición. A mí no me engañan. Como miembro leal de la Tecocracia, tú tampoco deberías picar ese anzuelo —exhaló un bufido desdeñoso—. Almas, avatares, llámalo como quieras. Son términos sin sentido. Palabrería religiosa para los ignorantes.

Velma Wade le sonrió y asintió con la cabeza.

—Así me gusta, Nelson, que no albergues dudas. Como un buen hombre máquina. El orgullo de Iteración X. Nadie podría acusar a Ernest Nelson, el señor X344, de tener alma, eso seguro.

La rubia abandonó su asiento frente al panel de control y se dirigió al foso de acero donde se encontraba emplazado el tanque de crecimiento.

—Me voy a contarle la buena nueva a la Directora de Investigaciones Reed. Estoy segura de que Sharon querrá brindar con champaña esta noche. —Sus ojos chispearon maliciosos—. ¿Por qué no enlazas con el Interventor Klair y le tecleas la información? Podría compartir una lata de lubricante o lo que sea que toméis para desmelenaros.

X344 temblaba de rabia. Su rostro se volvió rojo como la grana y sus zarpas metálicas tamborilearon presa de la frustración. Le hubiese gustado exprimir la vida fuera del despreciable cuerpo de la cambiaformas. Con todo, su ira no era tal que consiguiese imponerse sobre el sentido común. Los Tecnomantes de Iteración X nunca dejaban que sus emociones los traicionaran. El castigo por asesinar a un miembro del equipo de investigación era la electrocución: una máquina muerta a manos de otra máquina. Aunque odiaba a Wade con cada fibra de su ser, el ciborg no se atrevería a ponerle la mano encima. Él sabía que así era y, peor aún, ella también.

—Que pases una buena tarde —dijo Velma Wade, relamiéndose ante la furia impotente del hombre máquina—. Dale recuerdos de mi parte al señor Klair.

---

—Piensa como una máquina —musitó para sí X344 mientras Velma abandonaba la estancia, con-  
toneando sus caderas de manera hipnótica—. Piensa como una máquina. Frío, en calma, sin emo-  
ciones. Piensa en acero. Piensa en acero.

Muy despacio, la letanía de sus más hondas creencias aplacó su ánimo. Velma Wade era una zorra,  
pero una zorra astuta. X344 no podía por menos que admirar en secreto el talento de la mujer para  
manipular sus sentimientos más básicos. La Tecnócrata Progenitora conocía las palabras exactas para  
romper su férreo control. En más de una ocasión se había preguntado si no la habría entrenado el  
Nuevo Orden Mundial. Wade no era tan reservada como Terrence Shade, pero igualaba al Especialista  
en Misiones en cuanto a capacidad para el engaño. X344 había descubierto, gracias a su propio segui-  
miento, que la joven era igual de traicionera que Shade. La cambiaformas era una enemiga mortífera  
pero, dentro de dos días, sería una enemiga mortífera muerta.

—Piensa en acero —se dijo por última vez, antes de teclear el código que le permitiría comunicarse  
con el Interventor Klair.

—¿Qué es lo que quieres, X344? —preguntó éste. Su voz sonaba áspera pero nítida a través del  
microtransmisor implantado en el oído derecho del ciborg—. Estoy ocupado con códigos informáticos.

—Buenas noticias, Interventor —anunció X344, subvocalizando al micrófono alojado en su gar-  
ganta. En situaciones delicadas, podía utilizar un equipo de comunicación parecido para hablar con el  
Interventor Klair y otros miembros de Iteración X sin que nadie más se percatara de ello—. Se han ini-  
ciado los programas finales. El tanque de crecimiento está siendo drenado. Mañana por la tarde, a las  
dieciséis cero cero horas, el clon base será completamente operativo.

—Excelente. Reúnete conmigo en mi despacho dentro de quince minutos. Estoy reprogramando los  
códigos de seguridad del portal del Horizonte. Tenemos que deliberar y esbozar nuestros últimos  
planes.

—Voy para allá.

—Ah, y hazme un favor —dijo Klair, antes de cortar la conexión—. Llama al Especialista en  
Misiones Shade y hazle partícipe de la noticia. No nos gustaría que nuestro amigo del NOM creyese  
que nos hemos olvidado de él con la emoción.

— A Wade le dio igual.

—Allá ella. Shade probablemente quiera informar de nuestro éxito al Consejo Interno. Preferiría  
que se mencionase el nombre de Iteración X en la lista de plenos colaboradores con las demás Conven-  
ciones en esta fase final del proyecto. No hay motivos para socavar nuestra reputación a estas alturas.

—Tú tomas las decisiones. Yo me limito a ponerlas en práctica. Nos veremos enseguida.

Tras cortar la comunicación con Klair, el ciborg utilizó el intercomunicador del Colectivo para  
ponerse al habla con Shade. Como de costumbre, el Especialista en Misiones se encontraba en su com-  
binación de despacho y dormitorio; dado que su tarea no tenía nada que ver con la construcción  
propiamente dicha del clon base, no solía aparecer por los laboratorios. Su papel se limitaba a ejercer  
de mediador... y de espía. A X344 no le gustaba Shade, pero tampoco lo odiaba. El hombre se limitaba  
a cumplir con su trabajo, proteger los intereses de las cinco ramas de la Tecnoocracia. Su único fallo era  
su empecinamiento por no ver que Iteración X era la única vía factible hacia la salvación. Las máqui-  
nas eran el futuro.

—Señor Shade —comenzó X344, guardándose sus pensamientos para sí—, el proyecto ha entrado  
en su fase final. El Interventor Klair me ha ordenado que le informe de la buena nueva. Mañana a las  
dieciocho cero cero horas, el clon base será completamente operativo. El proyecto GA está a punto de  
completarse.

---

—Estupendas noticias —bramó Shade a través del intercomunicador—. El éxito, después de tanto tiempo. Y sin indicios de interferencia por parte de los Subversores de la Realidad. Al parecer, nuestras preocupaciones estaban infundadas. Le agradezco su llamada, señor Nelson.

—Me alegro de haberle resultado útil, Especialista en Misiones —respondió el ciborg—. Tengo que interrumpir la comunicación. Aún he de completar ciertos procedimientos. Supongo que lo veré en el laboratorio mañana por la tarde.

—No me perdería este acontecimiento ni por todo el dinero del mundo. Informaré al Consejo Interno de que ha comenzado la cuenta atrás. Se sentirán muy satisfechos, sin duda.

—Sin duda —convino X344, procurando no sonar sarcástico. Como si a él le importara lo que opinasen los líderes del Simposio—. Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Nelson —se despidió Shade, radiante—. Muy buenas noches.

—Hay que ser tonto —masculló el ciborg una vez finalizada la comunicación—. ¿No se da cuenta de la guerra que va a estallar aquí mañana entre el Interventor Klair y la Directora Reed? Este sitio va a parecer un matadero cuando termine el derramamiento de sangre. Ni todo el dinero ni todos los aparatos espías del mundo van a conseguirle un lugar seguro donde esconderse.

Tras asegurarse de que el panel de control estaba apagado y desconectado, Nelson se apresuró a abandonar el laboratorio y enfiló hacia el despacho privado de Klair. Aunque el Interventor le había dado quince minutos, X344 sabía por experiencia que siempre añadía algunos minutos a su tiempo estimado de llegada. De esa manera, el Interventor siempre llegaba pronto a sus citas.

Mientras rodaba por la rampa que ascendía hasta la segunda planta, el ciborg volvió a macerar sus cuitas referentes a la aparente ignorancia de Shade respecto al inminente enfrentamiento. Dado que el Especialista en Misiones era la persona que más veces había de arbitrar entre Klair y Reed, resultaba extraño que no se esforzara más por asegurarse de que al día siguiente no fuese a producirse ningún altercado. Terrence Shade poseía muchos defectos, a juicio de X344, pero entre ellos no se contaba la ingenuidad.

No fue hasta que se encontró frente a la puerta del despacho de Klair que al ciborg se le ocurrió pensar que quizá Shade estuviese muy al corriente de la batalla que fermentaba entre ambas Convenciones. Su falta de atención bien pudiera ser un esfuerzo frío y calculado por su parte para cumplir con los objetivos del Nuevo Orden Mundial. Divide y vencerás. La frase se alojó en la mente de X344 y se negó a desaparecer.

Llamó al panel de entrada del despacho privado de Klair.

—Identifíquese —ordenó la voz del Interventor desde el interior. Como esperaba, había llegado antes de tiempo.

—Tecnomante X344, Interventor Klair —informó el ciborg, a sabiendas de que los dispositivos de vídeo y audio de la puerta estaban analizando y comparando su voz y aspecto con la información de sus archivos. El Interventor Klair tomaba muchas precauciones a la hora de franquear la entrada a su oficina a cualquiera. Prefería ahorrarse las sorpresas.

La puerta se hizo a un lado cuando el ordenador verificó y confirmó la identidad de X344. Klair se encontraba sentado tras un estrecho escritorio metálico de color negro. Reposaba la cabeza entre las manos, con los codos apoyados sobre la mesa y el ceño fruncido.

—Llegas tarde —acusó al ciborg cuando éste entró rodando en la estancia.

—No, tú estás adelantado. Fijé un temporizador interno a tu llamada. Me diste quince minutos. En este preciso instante, acaban de transcurrir catorce minutos y cuarenta y dos segundos.

Klair esbozó una débil sonrisa, aunque las nubes que ensombrecían su semblante seguían sin disiparse.

---

—Ya tendría que estar escarmentado y no enfrascarme en discusiones estadísticas con un Tecno-  
mante de tu talento, X344. ¿Qué te preocupa? Supuse que estarías dando saltos de alegría al estar tan  
cerca del final de esta misión. Después de tanto tiempo, se acabaron los tratos con los Progenitores. En  
vez de eso, pareces afligido.

—Terrence Shade —rezongó el ciborg—. Siempre creí que se encargaba de mantener la paz entre  
los Progenitores y nuestra plantilla. Nunca se me había ocurrido pensar que pudiese ser justo al con-  
trario. Esa serpiente ha estado manipulando a ambas facciones, dejando que nos tirásemos cada uno a  
la garganta del otro para así poder ostentar un control absoluto sobre el proyecto.

—Desde luego —dijo Klair, sin traza de sorpresa en su voz—. ¿Qué te esperabas de un dirigente  
del Nuevo Orden Mundial? Hace meses que estoy al corriente de las tácticas divisorias de Shade.  
Estoy convencido de que Sharon Reed tampoco las ha pasado por alto. Da igual. No es más que un  
incordio del que nos ocuparemos mañana.

El ciborg paseó una mirada suspicaz por la estancia. Por lo general, su jefe no hablaba de sus  
planes con tanta franqueza.

—¿Has rastreado la oficina en busca de aparatos de escucha?

—Todo el Colectivo Gris está enchufado al equipo espía del señor Shade —contestó Klair, con una  
nota de perversa satisfacción en la voz—. Su detección no supuso esfuerzo alguno. A fin de no  
levantar sus sospechas, los dejé tal y como estaban durante todos estos meses. Hoy, después de tu lla-  
mada, encendí el generador de interferencias que construí poco después de llegar al complejo. Como  
bien sabes, Iteración X nunca proporciona a las demás Convenciones ningún aparato a menos que sea  
capaz de contrarrestarlo. La red de escucha del señor Shade ya no funciona. Ni podrá arreglarla dur-  
ante las próximas veinticuatro horas. Probablemente esté volviéndose loco, preguntándose qué es lo  
que se trama a sus espaldas. Mañana estará al borde de un ataque de nervios.

—Qué putada —dijo X344, con una amplia sonrisa—. A lo mejor esta noche pierde algunos litros  
de sudor en vez de pasársela durmiendo. ¿Qué será del gordo mañana?

—Se sumará a la lista de mártires de la causa científica. Junto a Sharon Reed, Velma Wade y el  
resto de los estúpidos equivocados que siguen sus sendas erróneas hacia la redención.

El ciborg soltó un silbido.

—O sea, que no van a quedar supervivientes, ¿no? —había dado por seguro que Reed y Wade eran  
candidatas a la eliminación. Sabían demasiado acerca de la naturaleza básica del proyecto como para  
que se las permitiese vivir. Pero ni siquiera él hubiese esperado que todo el contingente de Progeni-  
tores del Colectivo Gris fuese a resultar exterminado.

—La decisión no la he tomado yo —dijo Klair, sacudiendo la cabeza. No se le veía muy contento.  
El Interventor no era un asesino—. Las órdenes proceden de la máxima autoridad. —Vaciló, como si  
le costase encontrar las palabras—. Una vez el clon base sea completamente operativo, un escuadrón  
de HIT Marks entrará en el colectivo y exterminará a cualquiera que no pertenezca a nuestro grupo.  
Me ocupé de los preparativos hace un mes. Tú estarás al mando de la operación.

A X344 se le desencajó la mandíbula.

—¿Yo? A la cabeza de toda una unidad de HIT Marks —rió con ganas—. Es increíble. ¡Menuda  
oportunidad!

Klair asintió con la cabeza.

—Supuse que te entusiasmaría. Haz lo que quieras, pero sé concienzudo. No te pases con la sangre,  
aunque eso signifique que debas contenerte con Velma Wade. Quiero que el trabajo sea rápido y  
eficaz. Después de todo, somos parte máquina. Es la lógica, y no las emociones, lo que guía nuestros  
actos.

---

—Lo que usted diga, señor —X344 no iba a discutir con Klair por simples tecnicismos. Velma Wade iba a morir del modo más doloroso imaginable. Luego, el Interventor poco podría hacer para remediarlo. Además, el ciborg tenía el presentimiento de que Klair no lamentaría demasiado lo que hiciese, sobre todo si Sharon Reed se llevaba también su parte de sufrimiento—. ¿Cuál es exactamente el plan? —preguntó, despejando todos los pensamientos de venganza de su cabeza—. ¿Dónde están los HIT Marks y cómo haremos para meterlos en el laboratorio en el momento apropiado?

—Ése es el motivo por el que te he llamado a mi despacho.

El Interventor metió la mano en uno de los bolsillos interiores de su chaqueta y extrajo un tubo corto de unos quince centímetros de largo y dos y medio de diámetro. A X344, el artilugio le recordó a una linterna, aunque resultaba obvio que se trataba de un objeto irreconocible. Cada extremo exhibía una lente y estaba compuesto de un material que relucía como la plata.

—Este instrumento único es responsabilidad tuya —dijo Klair, deslizando el objeto sobre el despacho hacia el ciborg—. No lo pierdas de vista ni siquiera por un instante. Es de vital importancia para lo que ocurrirá mañana.

—¿Qué es? —X344 examinó el cilindro con su visión aumentada a la máxima potencia. Por mucho que se esforzara, no conseguía discernir la menor juntura ni tara en su superficie.

—Una baliza del Universo Profundo. Una vez entre en funcionamiento, señalará nuestra posición exacta en el Reino del Horizonte y actuará como ancla para un puente temporal entre el Colectivo Gris y la Tierra, permitiendo el acceso inmediato de los HIT Marks al laboratorio. En cuanto se produzca su llegada, estarán bajo tu mando.

—No fallaré a Iteración X —dijo X344, con el pecho hinchado por el orgullo. Suponía todo un honor para él que lo hubieran seleccionado para una tarea de tal importancia, aunque, si lo pensaba, él era la única opción obvia para dicha misión. Puede que Klair tuviese cabeza, pero le sobraban escrúpulos. Sólo un operativo con experiencia de campo como X344 aunaba la fuerza y tenacidad necesarias para tamañas empresas—. ¿Cómo he de activar la baliza?

—Retuerce ambos extremos. —La voz de Klair acusaba un ligero temblor, presa de la emoción—. Sólo alguien con tu tremenda fuerza física puede conseguirlo. —Se detuvo durante un instante, como si intentase recordar algún detalle importante. Por fin, transcurrido un minuto largo de silencio, continuó—: Después de abrir el tubo, X344, yo lo tiraré lo más lejos que fuese capaz. Hazlo de inmediato. Este artilugio sigue en fase experimental, por lo que deduzco que tratarlo con sumo cuidado sería una buena idea. Una muy buena idea.

—No me preocupa —repuso el ciborg, pasándose el tubo de una zarpa a la otra—. Pero tampoco soy imbécil. La apertura de un pasillo entre un Reino del Horizonte y la Tierra debe requerir un montón de energía psíquica. De ninguna manera pienso contribuir con la mía a dicha gesta.

—Muy bien —celebró Klair, endulzando por un segundo su acostumbrado tono de aspereza—. Hemos pasado muchas cosas juntos, amigo. Odiaría perderte ahora que nos encontramos al borde de nuestro triunfo más sonado.

El ciborg rió con ganas.

—Soy duro de matar, Interventor. El accidente industrial que me mutiló las manos y pies habría terminado con un hombre corriente, pero aquí sigo. En vez de destrozarme, me fortaleció: parte hombre, parte máquina. Tengo voluntad para vivir. No hay nada en los alrededores capaz de terminar con X344. Además, quiero ver la expresión de Velma Wade cuando se dé cuenta de que su virus de transmisión aeróbica no surte ningún efecto.

—Los muy ilusos —sonrió Klair—. Hace falta ser iluso y estúpido. A lo mejor se creían que podían escapar a nuestros dispositivos de espionaje electrónico escondiéndose en el sótano. ¿Ratas

---

genéticas? Qué tontería más grande. Asumo, por lo que has dicho, que ya has tomado las debidas precauciones.

—En el momento en que introduzca el virus en el sistema de ventilación, nuestros purificadores se pondrán en marcha a la máxima potencia. Estamos a salvo. Lo único de lo que tenemos que preocuparnos es del bicho que están criando en ese tanque. Sea lo que sea, suena peligroso.

—Nos encargaremos de él —aseguró Klair, tajante—. Su ciencia no puede compararse con la nuestra. Mañana será un gran día para Iteración X.

—Lo que está claro es que va a haber un huevo de sorpresas.

Klair, inescrutable su semblante, asintió con la cabeza.

# VEINTITRÉS

Terrence Shade no pudo contener una carcajada. Una alarma de sistemas de rutina había sonado segundos antes, indicando problemas con los aparatos.

Un rápido análisis de la red reveló que todos los instrumentos del Colectivo Gris habían dejado de funcionar hacía dieciocho segundos. Resultaba de lo más curioso. Tenía el presentimiento de que aquel súbito apagón era un resultado directo del anuncio de la cuenta atrás definitiva del Proyecto GA. Sin duda, Charles Klair estaba detrás del estropicio. El Interventor era un científico brillante y un Tecno-  
mante sin parangón pero, como hombre, carecía de chispa e imaginación.

Si hubiese sido Shade el encargado de sabotear los instrumentos de seguimiento, se habría limitado a redirigir las señales a fin de que las imágenes y sonidos registrados por los monitores llegasen lo suficientemente alterados como para no poderlos descifrar. Los errores del sistema central en Reinos del Horizonte de la Tecocracia eran raros pero, en ocasiones, ocurrían. Las averías totales, nunca. El mejor espionaje era el que creaba dudas, no certezas.

—A Klair le falta sutileza —murmuró Shade. Hasta que hubo saltado la alarma, se encontraba sentado en un cómodo sillón tapizado, leyendo de nuevo su libro favorito, *El príncipe* de Maquiavelo. Daba igual cuántas veces se sumergiera en sus páginas, Shade siempre lo encontraba vigorizador e informativo. Era mucho más entretenido que cualquier novela. Y mucho más útil—. Su contrapartida, Sharon Reed, carece de paciencia —concluyó, regresando a la butaca para cerrar el libro. Más tarde habría tiempo para leer. En aquel momento, quedaban algunos preparativos personales por poner en práctica. Estiró los brazos sobre su cabeza, en ademán perezoso. Pese al bloqueo de sus sistemas espía, Shade se sentía de buen humor. Su trabajo estaba a punto de concluir.

A su juicio, Reed y Klair componían un equipo fantástico. Poseían personalidades complementarias, movidas, no por el amor, sino por el odio. Su intensa rivalidad los empujaba a extremos opuestos. Por tanto, habían concluido su empresa mucho más rápido que de haber sido amigos o aliados. La suma de ambos para aquel proyecto había sido una genialidad. O, al menos, tal era la opinión de Shade. Una característica de la que adolecía, y él era el primero en admitirlo, era la falta de modestia. Había sido él el Asociado que los había encargado específicamente para el Proyecto GA. Puede que otros se atribuyeran el mérito, pero era Terrence Shade la persona directamente responsable del éxito del Colectivo Gris.

Aunque no se tratase de su primer triunfo, sí que suponía el mayor. De haber sido un hombre religioso, habría dicho que ése era su destino.

Había sido un manipulador toda su vida. Lo llevaba en la sangre, en los genes, según el credo de los Progenitores. El Nuevo Orden Mundial había sido el primero en reconocer su talento y reclutarlo mientras aún seguía en el instituto. Le habían enseñado a utilizar sus dones, lo educaron en las sutiles complejidades del control mental y le inculcaron la certeza de que el fin siempre justifica los medios. Shade había recompensado con creces a la Convención.

No tardó en ascender hasta el puesto de Especialista en Misiones para la Convención, donde desarrolló varios proyectos de relevancia bajo la supervisión de la Junta Directiva del NOM, de los que debía informar directamente al Simposio. Había comenzado a hablarse acerca de otorgarle un puesto en el Consejo Interno. Rumores, en su mayoría originados por el propio Shade. No veía por qué no habría de poder velar por sus intereses particulares. Convertirse en uno de los líderes de la Tecocracia satisfaría a Shade enormemente. Más importante, si cabe, satisfaría a su consejero y mentor secreto.

---

El corpachón de Shade se estremeció de regocijo. Los Técnicos de la Tecnocracia eran tan crédulos, tan confiados. Los muy idiotas de veras pensaban que era leal a sus creencias paternalistas e idealistas. No era tan iluso. Lealtad, conformidad y alianza eran palabras que sonaban muy bien en misa. Terrence Shade no creía en nada que no fuesen sus propios intereses. Aspiraba al poder que le permitiera actuar a su antojo, y estaba dispuesto a pagar cualquier precio con tal de conseguirlo.

Caminó hasta la pequeña alcoba de la habitación que alojaba su escritorio, estantería y sistema telefónico. Tras acomodarse tras la mesa, descolgó el auricular y marcó una complicada serie de números. La unidad de comunicaciones le proporcionaba enlace directo con el cuartel general terrestre del Nuevo Orden Mundial. Era a través de aquellas líneas por las que transmitía sus informes acerca del Proyecto GA. Tampoco es que dichos informes guardaran relación alguna con la verdad. Sus intercambios con el Simposio y las supuestas instrucciones del mismo para el Colectivo Gris eran, en su mayoría, pura invención. Contenían la cantidad justa de datos para que sonasen plausibles. La totalidad de aquel proyecto, casi desde su concepción, había sido dirigida por una fuerza distinta al Consejo Interno de la Tecnocracia. Nadie en la Tierra sabía de veras lo próxima a su fin que se encontraba aquella misión secreta. Tal y como Shade lo había planeado.

El receptor sonó tres veces. Siempre respondían al tercer timbrado. La voz del otro extremo no era humana, pero Shade estaba acostumbrado a ella. Pertenece a su patrona demoníaca, la Condesa del Deseo, la Emperatriz Aliara del Reino conocido como Malfeas.

—Bueno —contestó ésta, huyendo de protocolos y frases para romper el hielo. Sabía que era Shade. Nadie más tenía línea directa con el Universo Profundo—. ¿Cuál es el estado del experimento?

—La cuenta atrás ha comenzado. Aproximadamente dentro de veinte horas, el clon base será completamente operativo.

—Excelente —celebró Aliara, con una nota de excitación en su voz asexual—. No sabes cuánto me alegra oír eso, Shade. Mi triunfo se acerca. Tus compañeros Tecnócratas, ¿sospechan de tu doble juego?

—Probablemente, pero eso era de esperar. Desde que comenzó este proyecto, los líderes de ambas facciones han estado conspirando el uno contra la otra. A mí me consideran un engorro superfluo. Ninguno de ellos teme al Nuevo Orden Mundial. Estoy seguro de que los Progenitores e Iteración X me tienen en el punto de mira. ¿Que si sospechan que sea más peligroso de lo que pudiera parecer? Lo dudo mucho.

—No tardarán en darse cuenta de su error —dijo la Señora Oscura. Rió, un sonido extraño y antinatural—. Mañana, serás recompensado con un poder como nunca hayas podido imaginar. Pago mis deudas, Shade. Los Incarna Maeljin tratan a sus sirvientes con el respeto que se merecen.

—Jamás puse vuestras intenciones en tela de juicio —respondió Shade, exagerando un poco la verdad—. He dedicado mi vida a vuestro servicio.

—La luz atrae a las polillas —sentenció Aliara—. Los fuertes, aquellos que saben lo que quieren y están dispuestos a pagar el precio, sirven a la oscuridad. Tomaste la decisión adecuada cuando eras un crío. Quienes abrazan al Wyrn motu proprio gobernarán la Tierra algún día.

—De momento, me conformaré con una porción. Control absoluto sobre el Nuevo Orden Mundial una vez hayáis tomado posesión de vuestro nuevo cuerpo. Ése era, creo recordar, el precio acordado.

—Tu deseo te será concedido en cuanto pise la Tierra en forma física. Con mis poderes intactos y mi mente en el interior de ese cuerpo único, me convertiré en el ser más poderoso del mundo. Nada me resultará imposible.

—Me gusta estar en el bando ganador. Perder es tan deprimente... ¿Qué queréis que haga mañana?

---

—Cuando el Colectivo Gris nació de la energía cardinal, hice que modificaras ligeramente los planos para emplazar una compuerta de escape que conecta directamente la fortaleza con el Reino del Horizonte. La mantienen sellada numerosas cerraduras de primium; sólo puede abrirse desde dentro. Las instrucciones de evacuación son muy precisas. La puerta habría de utilizarse sólo en caso de extrema emergencia, cuando todas las rutas a la Tierra hubieran sido destruidas y la estación estuviese al borde de la aniquilación absoluta.

—Lo recuerdo. Los constructores no se mostraron de acuerdo, dado que abrir un portal al Horizonte, en teoría, proporcionaría una entrada al Colectivo para los habitantes del Universo Profundo. Tuve que mover algunos hilos para que dicha compuerta recibiese el visto bueno.

—Los constructores tenían razón —continuó Aliara—. Si la puerta se entreabriese, podría entrar en el complejo bajo mi forma umbral. Aunque no pueda manifestarme físicamente sobre la Tierra, esta restricción no se aplica al Horizonte. Eso es exactamente lo que planeo hacer mañana por la noche.

—La emperatriz Aliara recorriendo los pasillos del Colectivo Gris —musitó Shade—. Intrigante.

—Ese cuerpo será mío, Shade. —La voz inhumana de Aliara aumentó su estridencia a través de la línea telefónica—. Hay otros seres poderosos que lo desean. Pero yo seré la única que lo consiga.

—Supongo que queréis que abra esa compuerta.

—Las cerraduras resisten cualquier manipulación desde fuera del Reino. De no ser así, hace meses que la estación habría caído en manos de los moradores de la Umbra Profunda. Son varios los habitantes de este lugar los que desean darse un banquete con la esencia de la vida humana, Shade. Por tanto, los cerrojos que sellan el portal han de abrirse desde dentro. Ésa es la última tarea de la que deberás encargarte antes de recibir tu recompensa. No hay complejos códigos informáticos que aprender, ni hechizos especiales que anular. Las cerraduras están forjadas a la antigua, hechas de primium, sólidas y resistentes a la fuerza mental. Son siete. Cada una de ellas se abre con una llave distinta. Éstas están depositadas en la pequeña cámara de guardia sita justo enfrente de la salida. Tendrás que entrar en el cuarto, eliminar al oficial de guardia y hacerte con las llaves. Cuando me hayas franqueado el paso al complejo, volveremos a cerrar la puerta para asegurarnos de que no nos sigue nada más. —Aliara vaciló—. En la Umbra Profunda habitan formas de vida monstruosas. Permitirles el acceso a los Reinos del Horizonte sería un tremendo error.

—Tendré cuidado. No habría llegado hasta donde estoy si no fuese extremadamente cauto. ¿Cuándo queréis aparecer en el laboratorio?

—Cuando la cuenta atrás entre en su fase final y comiencen los preparativos para el despertar del clon base, discúlpate y auséntate. Toda la atención estará concentrada en la forma de vida. Quiero estar allí cuando haya nacido, con su mente completamente vacía, sin personalidad. La sincronización ha de ser exacta.

—Esta noche trazaré mi ruta hasta la compuerta de escape y cronometraré exactamente el tiempo que necesitaré para llegar a ella. Si surgiese algún contratiempo en el laboratorio, podría necesitar algunos minutos de sobra.

—¿Y el guardia frente a la esclusa?

—No es problema. Después de todo, soy un miembro del Triunvirato que gobierna la estación. Tengo derecho a ir a cualquier rincón del Colectivo cuando mis deberes oficiales así lo exijan. Sabéis que, cuando hace falta, soy más que capaz de ejecutar los actos más violentos en aras de la consecución de mis fines. No fallaré.

—Gozas de mi entera confianza, Shade. Eres mi súbdito más leal. Tu recompensa hará justicia al servicio que me has prestado. Mañana, celebraremos nuestro triunfo sumergidos en un mar de sangre.

---

Con aquella escalofriante profecía, Aliara cortó la comunicación. Shade exhaló un suspiro. La Señora Oscura era una criatura de violencia y corrupción que pensaba siempre en términos de muerte y destrucción. Shade prefería el concepto de reajustes necesarios de la realidad estática. En realidad, daba igual. Lo que importaba eran los resultados. En menos de un día, ostentaría un poder como jamás había podido soñar. Por eso estaba dispuesto a pagar cualquier precio.

Un estuche metálico, del tamaño de una radio portátil, descansaba sobre un estante cercano. Lo cubría una pátina de polvo; resultaba obvio que hacía meses que nadie lo tocaba. Con una risita, Shade cogió el objeto con una mano regordeta. Tras acercarse a su monitor espía, acopló la caja a un nodo trasero del aparato. Encendió su ordenador y tecléo una breve secuencia de códigos. La máquina roncó en respuesta, y la imagen que aparecía en el monitor de vídeo parpadeó. A continuación, introdujo un segundo conjunto de códigos numéricos. El zumbido aumentó de intensidad, antes de desaparecer.

El monitor mostraba el interior de la oficina del Interventor Klair, donde se encontraban reunidos éste y su ayudante, el ciborg, Ernest Nelson. Ajustó el dial del volumen sito en la base de la terminal a fin de poder escuchar nítidamente hasta la última palabra de su conversación.

Sofocó una risita, que se ahogó entre sus fofas mejillas. Klair había anulado el sistema espía central de la ciudadela, el que se suponía que debía encontrar. Pero desconocía la existencia de una unidad secundaria, instalada con maquinaria que no procedía de los talleres de Iteración X. Como era de esperar, el equipo funcionaba a la perfección. Ningún secreto estaba a salvo del Nuevo Orden Mundial, siempre vigilante.

# VEINTICUATRO

Con el rostro radiante de buen humor, Enzo Giovanni abandonó su sillón, rodeó el despacho y asió a su primo por los hombros.

—¡Montifloro! —exclamó, con voz llena de alegría—. ¡Qué alegría verte, después de tantos años!

Enzo miró por encima del hombro de su primo y encontró los ojos de Hargroves, que había acompañado al invitado hasta la oficina. Asintió, con gesto apenas perceptible. Su secretaria sabía exactamente lo que debía hacer. En silencio, puso en práctica las instrucciones de su jefe.

—Tienes mejor aspecto que nunca —sentenció Enzo, riendo mientras acariciaba el caro tejido del traje de su pariente—. No hay nadie más en nuestra familia que vista tan bien. ¿Qué hay de Cesare? ¿No ha venido contigo?

—No —repuso Montifloro, lacónico, aturdido a todas luces por la cálida bienvenida—. Está metido en las negociaciones de mercado público de Europa. He venido solo.

—Qué pena —Enzo señaló una de las sillas de cuero negro y respaldo alto para su primo, antes de volver a esquivar su escritorio y acomodarse en su trono de terciopelo—. Los tres juntos de nuevo. ¡Eso sí que sería fantástico!

Montifloro no podía ocultar su desasosiego.

—¿Sabes por qué estoy aquí? Es una minucia, pero hay quien se siente molesto en Venecia. Los antiguos del clan están preocupados por tu falta de comunicación. Me han enviado para controlar tus movimientos. Exigen que les envíe un informe completo de tus actividades recientes.

Enzo sacudió la cabeza. Se reía por dentro, aunque su semblante no reflejara más que preocupación.

—¿Los líderes de los Giovanni, primo? ¿O Pietro, el señor del Mausoleo?

—Claro está, Pietro me pidió que hiciese el viaje. Como Presidente de la Junta, representa los intereses de la familia. Habla en nombre de los antiguos del clan.

—¿En serio? —Enzo comenzaba a sembrar las semillas de la duda. Tenía que actuar con toda cautela. Montifloro era extremadamente sagaz. Su franco acercamiento, su actitud contrita, era pura fachada. Estaba allí para espiar, para ver qué trapos sucios podía airear. Empujarlo en la dirección adecuada supondría un proceso arduo e insidioso. Demasiado, demasiado deprisa, lo pondría sobre alerta—. En ocasiones, me da la impresión de que nuestro querido Pietro confunde sus propios intereses con los de nuestro clan.

Montifloro soltó una carcajada.

—¿Detecto una nota de celos, Enzo? Recuerdo que dijiste algo parecido hace años. Cada uno de nosotros se considera a sí mismo el más adecuado para dirigir los asuntos del clan Giovanni. Pietro goza de la confianza de los antiguos de la familia. Acato su sabiduría combinada.

—Has venido a supervisar la forma en que dirijo mi negocio —dijo Enzo, cambiando de tema. Se había terminado la hora de las acusaciones. Ahora tenía que cimentar la confianza—. No me sorprende. He estado tan ocupado durante los últimos meses, afianzando mi posición en Químicas Everwell, que no he tenido tiempo para llevar al día los informes. Sin embargo, creo que los resultados te resultarán satisfactorios. —Su voz se convirtió en un susurro—. Nuestro clan se encuentra al borde de conseguir parte del control de una de las compañías químicas más importantes del mundo. Gran parte del trabajo se ha llevado a cabo en secreto, por miedo a dar al traste con toda la operación. Acarreo el peso de toda la responsabilidad sobre mis espaldas. No podía compartir con nadie los detalles de la operación. El contacto con el hogar era demasiado arriesgado. Hay demasiados aspirantes al poder y

---

conglomerados multinacionales detrás del mismo botín, capaces de cualquier cosa con tal de llevarse el gato al agua —esbozó una sonrisa—. Ahora, por lo menos, ese problema está resuelto.

—¿Resuelto? ¿Cómo?

—¿Cómo! Gracias a tu llegada —dijo Enzo, riendo de buena gana—. Por fin cuento aquí con alguien en quien confío... alguien con quien poder compartir mis secretos sin miedo a que me traicione. Contigo a mi lado, por fin terminaremos este asunto de forma satisfactoria.

Mientras Montifloro cavilaba acerca de las implicaciones de aquellas palabras, sonó el intercomunicador del despacho de Enzo.

—¿Enzo?

—Esperanza está aquí, señor Giovanni —anunció Hargroves—. Tiene los partes semanales. ¿Desea verlos ahora, o le digo que vuelva más tarde?

—¿Los partes semanales? —repitió Enzo, como si rumiase la respuesta. Llevaban días planeando aquella charada, desde que supo de la inminente llegada de Montifloro. Hargroves se había desvelado como una excelente escenógrafa—. Un segundo —se inclinó sobre el despacho—. Mi jefa de operaciones se encuentra aquí con los informes relativos a los últimos siete días. ¿Hago que vuelva en otro momento? ¿O te interesaría echarles un vistazo? —Contuvo una risita, al tiempo que arqueaba una ceja—. Esperanza es de lo más atractiva, Montifloro. La luna de sus ojos brilla enmarcada por la medianoche de su cabello.

—No hay ningún motivo por el que mi presencia deba alterar tus planes, Enzo. —Aquella era la respuesta que éste quería oír—. Los negocios son los negocios. No tengo prisa. Haz pasar a la dama.

La despampanante ejecutiva, vestida con una falda negra de corte conservador y una blusa blanca almidonada, tenía bien poco que ver con la belleza en bruto que descubriera Enzo hacía una semana. Esperanza cruzó la estancia hasta llegar frente al despacho. Sus tacones de aguja repiquetearon a su paso sobre el suelo pulido. Sólo la despreocupada cadencia de sus caderas traicionaba el secreto de su reciente pasado. Su voz sonaba sensual y acariciadora, con apenas trazas de acento español.

—Aquí están los informes, señor Giovanni. El negocio sigue al alza. Vamos a batir todos los récords este trimestre.

Enzo asintió con la cabeza.

—Como esperaba, aunque las buenas noticias siempre son bien recibidas. —Señaló a Montifloro, que se había levantado de su silla—. Señorita Esperanza, mi primo y consejero de confianza, Montifloro Giovanni. Lo han enviado aquí para supervisar las operaciones del día a día de Químicas Everwell. Por favor, le ruego que le preste su absoluta colaboración.

—Encantada de conocerle —dijo Esperanza, tendiendo una mano hacia Montifloro. La caricia sensual de su voz era envolvente—. Será un placer para mí enseñarle la planta, señor Giovanni. No dude en llamarme para pedirme cualquier cosa que necesite.

—Una oferta irresistible —señaló Montifloro. Con una floritura, se inclinó y besó los esbeltos dedos de Esperanza. Sus ojos oscuros centellaron mientras contemplaba a la joven. Montifloro sentía debilidad por las mujeres exóticas de negra melena.

Enzo esbozó una sonrisa, sabiendo que había ganado.

# VEINTICINCO

—Según este mapa —dijo Diecisiete—, deberíamos ver el Lagar Rollins dentro de escasos kilómetros —posó el documento sobre sus piernas—. ¿Seguro que éste es el lugar indicado?

—Sin lugar a dudas —repuso Alvin Reynolds, con una sonrisa—. Aquí no hace falta más magia que saber utilizar un planificador de rutas informático y un generador de mapas.

El hombretón conducía un camión con las palabras *Químicas Everwell* impresas a los costados, junto con un número de matrícula de Rochester. Si había transportes que se encargaban de abastecer a Everwell, parecía probable que los suministros fueran también desde la compañía al Colectivo Gris. Con suerte, el disfraz les proporcionaría el tiempo suficiente para poner en marcha sus planes.

Diecisiete se encontraba sentado en la carlinga, junto a Reynolds, con Sam Haine al lado de la ventanilla. En la parte posterior del camión viajaban Sombra del Amanecer, Kallikos y Albert, que no perdían de vista a la pieza cobrada en Vali Shallar. Transcurría la primera hora de la tarde y conducían de nuevo por el estado de Nueva York, a pocas horas al sur de Rochester, en el corazón de los viñedos. La ciudad de Naples, Nueva York, no quedaba lejos. Avanzaban por la ruta 26, una autopista estatal que discurría entre bosques y planicies, en su mayoría desocupadas por el hombre. En las últimas horas se habían cruzado con un puñado de coches.

—Introduje en el ordenador toda la información que me proporcionaste acerca de tu viaje e hice que procesara una búsqueda de la región —continuó Reynolds—. Teniendo en cuenta la dirección, la autopista donde te encontró Sam y la duración de tu viaje, el programa cartográfico redujo los posibles emplazamientos a un semicírculo al sur de Rochester. Luego inicié una búsqueda basándome en la asunción de que lo más probable es que el Colectivo Gris esté unido a un Nodo de la Tecnocracia en la Tierra. Eso quiere decir que la localización debía de ofrecer alguna relevancia a su filosofía de la magia. El archivo resultante ofrecía una entrada... el Lagar Rollins.

—¿Cuál es la importancia de ese lugar? —preguntó Diecisiete.

—Que fue la primera planta vitícola embotelladora de la costa este en utilizar una cadena de montaje para etiquetar y taponar sus productos —contestó Reynolds—. Supuso un importante paso hacia delante a la hora de convertir la producción de vino en un proceso automatizado. Acontecimientos de ese calibre crean Quintaesencia y forman nuevas fuentes de energía psíquica. Hay un Nodo de gran tamaño al otro lado de la colina. Ya puedo sentirlo. Tiene que ser el lagar.

—Sí, señor —terció Sam Haine quien, cosa rara en él, no había abierto la boca desde hacía un buen trecho—, siento su poder en los huesos. Este Colectivo Gris se asienta sobre un auténtico pozo de energía. No me extraña que sean capaces de llevar a cabo experimentos tan asombrosos.

El camión llegó a la cresta de la colina. Dado que no se apreciaba más tráfico en la carretera, Reynolds redujo la velocidad del vehículo a un tedioso arrastrar. A escasas decenas de metros más adelante, en la falda de una leve inclinación, se alzaba un gigantesco edificio de ladrillos y madera. Una enorme valla publicitaria les dijo que habían llegado al *Lagar Rollins*. Una valla metálica de cuatro metros de alto rodeaba la planta. Un breve sendero escindido de la carretera principal conducía hasta la única puerta, al frente de la cual se erguía una garita de cemento.

—Anda que no se preocupan por la seguridad de un sitio donde no hacen más que estrujar uvas —rezongó Sam Haine, sardónico—. Apuesto a que le echan por lo menos una veintena de aditivos al vino. Probablemente estén asociados con Químicas Pentex. Dios los cría y tal y cual.

—¿Cómo vamos a entrar? —preguntó Diecisiete—. No tenemos documentos de reparto. No creo que los guardias nos vayan a abrir la puerta así como así.

---

—¿Por qué no? —dijo Reynolds, encogiéndose de hombros—. Veamos cómo se las apañan para resistir la fuerza de voluntad combinada de seis magos testarudos.

Dos guardias privados de mediana edad y con exceso de peso eran toda la guarnición de la garita. En aquellos momentos acaparaba su atención un partido de hockey retransmitido por televisión, que se vio interrumpido por el chirrido de los frenos del camión. Entre juramentos de lo más audible, el más corpulento de la pareja se acercó sin prisas a la puerta del conductor. Definitivamente, no era ningún mago.

—¿Qué pasa? —gruñó el guardia, con el rostro levantado hacia Reynolds—. Según los papeles de embarque, no iban a llegar más envíos hasta mañana por la tarde.

—Cambiaron las fechas —dijo Reynolds. Sostuvo una hoja de papel en blanco frente al guardia—. Mírelo usted mismo. No me pregunte el motivo. Yo sólo conduzco estos trastos.

El guardia estudió la hoja en blanco con mucho detenimiento.

—Sí, bueno, ya veo. Todo en orden, parece. Puedes pasar. Utiliza la dársena dos, al otro lado del edificio. Sólo hay un turno trabajando a estas horas de la tarde. Ellos son los que manejan estos envíos especiales.

—Gracias. —Reynolds volvió a guardarse el papel—. A disfrutar del partido.

—Sí, lo que quede.

El hombretón regresó a la garita y apretó un botón. Con un traqueteo chirriante, una enorme porción de la puerta de acero se deslizó sobre el raíl. Con un gesto a modo de gracias, Reynolds condujo el camión hacia la planta.

—Me cuesta creer que confíen en hombres corrientes para proteger esta operación —dijo Diecisiete, mientras Reynolds maniobraba despacio el vehículo por el camino alquitranado que circunvalaba la planta de procesamiento—. No tiene sentido.

—No seas ingenuo, Diecisiete —dijo Sam Haine—. La Tecnoocracia no quiere llamar la atención sobre este lugar, y eso es precisamente lo que conseguiría el personal Despertado que trabajara como guardia. La seguridad es mucho más estricta de lo que imaginas. Lo que ocurre es que no salta a la vista. Tienes que usar tu visión interna para sentirlo. Albert y yo hemos estado neutralizando las trampas. —El anciano de pelo cano esbozó una sonrisa—. Lo hacemos casi sin pensar. Es casi un hobby nuestro, esto de andar colándonos en Construcciones de la Tecnoocracia.

—Aquí llega el auténtico reto —interrumpió Alvin Reynolds, señalando con la cabeza hacia el muelle de carga que se abría ante ellos. Tres hombres con sendos cigarrillos entre los labios se encontraban sentados en una plataforma de cemento de dos metros de ancho, contra el muro derecho. Al lado aparecía una larga rampa metálica que ascendía por una leve inclinación hasta una sólida pared de cemento. La única puerta a la vista era una muy estrecha, en la parte posterior de la plataforma de cemento.

Los tres hombres observaban al camión sin aparentes muestras de interés ni entusiasmo. Según el guardia, aquel era el turno especial.

—No hay duda, toda la fachada trasera actúa como puerta al Horizonte —dijo Reynolds—. Puedo sentir cómo fluye la Quintaesencia desde aquí hacia la Umbral. Todo lo que tenemos que hacer para entrar en el Colectivo Gris es abrir el portal y subir esa rampa.

—Ese trío es mucho menos inocente que la pareja de guardias de antes —advirtió Sam—. Daos cuenta de lo mucho que se parecen. Son clones, probablemente creados todos ellos en tanques de crecimiento de los Progenitores a partir de la misma muestra de tejido. Guardias programados con habilidades específicas y una personalidad a prueba de bombas. Por su pinta, deduzco que tendrían todas las

---

de ganar en una pelea. —Se rió con ganas—. Claro que no soy tan idiota como para liarme a puñetazos con un puñado de matones mejorados genéticamente.

Se dio la vuelta en su asiento y tocó con los nudillos en el panel tras sus cabezas, que se abrió de inmediato.

—¿Qué? —preguntó Kallikos.

—Minucias —bromeó Sam Haine—. Nos esperan tres guardias. Son clones de los Progenitores, probablemente del tipo marrullero. Voy a salir y a hablar con ellos, a ver si los aturdo. Pero Sombra del Amanecer tendrá que terminar el trabajo. No podemos permitir que este trío ande por aquí cerca si vamos a entrar en el Horizonte.

—Eso está hecho. Debemos darnos prisa. Siento que el momento del destino se aproxima a gran velocidad.

Sam cerró el panel.

—¿Qué demonios querría decir con eso? —musitó, con el ceño fruncido—. Bueno, no tenemos tiempo para averiguarlo. Mejor que haga mi parte. Acerca este vehículo a la plataforma, hijo. Luego mira al viejo Sam haciendo lo que mejor sabe.

El aire de la carlinga crepitó con una fuerza invisible. Sin saber qué era lo que ocurría, Diecisiete se volvió hacia Sam. Y vio que había desaparecido. Su asiento lo ocupaba el Interventor Klair.

—¿Qué demonios? —exclamó Diecisiete, con ojos desorbitados por el asombro.

—Pasmado, ¿eh? —dijo Klair. Su voz era exactamente como la recordaba Diecisiete: áspera, fría, casi metálica. El ojo artificial del Interventor apuntaba en su dirección con la misma y directa intensidad—. Me topé con el señor Klair hace algunos años. Nunca olvido una cara, ni una personalidad.

—Pero, pero...

—Sam Haine, el Hombre Cambiante. La vida está llena de sorpresas, hijo. Ahora, discúlpame mientras le meto el miedo a la Unión Tecnócrata en el cuerpo a esos gandules.

Sam Haine abrió la puerta del camión y bajó la escalerilla del camión. Los tres guardias del muelle de carga se incorporaron de inmediato, solícitos.

—Impresionante —murmuró Alvin Reynolds, conteniendo la risa.

—¿Qué significa esta negligencia? —espetó Sam, con la voz carente de emociones de Klair—. ¿Por qué no estáis trabajando? Exijo una explicación por vuestro comportamiento. De inmediato.

Los tres clones miraban al hombre que creían que era el Interventor Klair con ojos como platos, sin saber qué decir.

—No esperábamos ningún envío hasta mañana —articuló por fin el hombre del medio, al tiempo que un puñado de naipes se escurrían entre sus dedos para ir a alfombrar el suelo de cemento—. El programa...

—Paparruchas —interrumpió el doble de Klair—. Este envío se sumó al programa la semana pasada. Suministros de última hora para el proyecto. Lo acompañe en persona para asegurarme de que no haya errores. Comprobad vuestras UCP. Hay que abrir el portal, de inmediato.

—Sí, señor —dijo el hombre del final. Los tres guardias eran exactamente idénticos, era imposible distinguir a uno del otro. Se acercó a un pequeño monitor y teclado instalados directamente en la pared derecha del muelle de carga—. De todos modos, no podemos abrir la puerta sin introducir la contraseña adecuada.

—Bueno, pues hazlo.

—Sí que resulta curioso que haya aparecido de la nada así como así —dijo uno del trío, cuando el segundo se volvía hacia el ordenador—. Comprobé la carta de embarque ayer. No había ningún envío programado para hoy. Estoy seguro de ello.

---

—¿Estás poniendo en duda mi autoridad? —preguntó el duplicado de Klair, amenazador.

—No cometo errores... —comenzó el clon, antes de girar la cabeza de golpe, sorprendido. Sombra del Amanecer se erguía a su espalda. Las manos de la joven salieron disparadas más rápidas que la vista. Una tormenta de puñetazos dejó al guardia en el suelo, inconsciente.

—¿Qué demonios? —exclamó el hombre frente al ordenador. Un segundo era todo lo que necesitaba para hacer sonar la alarma de la planta. Sombra, moviéndose más rápida que el pensamiento, no le dio la oportunidad. La joven propinó un empujón al guardia con todas sus fuerzas, enviándolo por los aires al otro lado de la plataforma. El clon golpeó con un estrépito de huesos rotos contra un montón de cajas apiladas frente a la pared más alejada. Con un gruñido, intentó ponerse en pie, sin éxito.

El tercero tuvo tiempo de desenvainar un cuchillo encajado en su bota. Desde su posición de espectador en la cabina del camión, Diecisiete pensó que salir corriendo habría sido la elección más sabia. Pero los guardias como aquellos tres destacaban por su naturaleza agresiva, no por su inteligencia.

Sombra no se molestó en desenfundar sus espadas. Frente al guardia, descargó un manotazo que le arrebató el arma de su presa. Un puñetazo a la mandíbula lo dejó tambaleándose. Una patada voladora giratoria lo envió al suelo, inconsciente y sangrando.

—Éste también está fuera de combate —anunció el duplicado de Klair, al tiempo que descargaba un pisotón sobre la cabeza del hombre tendido junto a las cajas—. Rápido y bonito. Sin muertos, además. Bueno para variar, en estos tiempos violentos.

—No hacían más que cumplir con la tarea que les habían asignado —oyó decir Diecisiete a Sombra del Amanecer mientras salía del vehículo—. Los clones no suelen ser tan duros como aparentan. Un verdadero guerrero no mata sin motivo.

—Tú, querida —dijo Sam Haine, que había abandonado ya su disfraz de Charles Klair—, eres más noble de lo que da a entender tu edad. Sólo espero que eso no te mate algún día.

Sombra esbozó una sonrisa.

—Cuando la situación lo requiere, sé dejar los escrúpulos a un lado.

—No hay furia en el infierno que iguale a la de una mujer despreciada —citó Albert, al tiempo que abandonaba la parte trasera del camión junto a Kallikos—. Nuestro pasajero está inquieto. Reduje la dosis del tranquilizante. El gato estará despierto enseguida. —El gigante repartió unos pequeños viales llenos de fluido—. Aplicaos esta loción sobre la piel. Tom Ho Pak me lo dio en Vali Shallar. El líquido procede de una planta venenosa para la bestia. A no ser que se trate de un caso extremo, su olor debería resguardaros del ataque del felino.

—Si tenemos en cuenta el tamaño de sus dientes —dijo Sam Haine, mientras se frotaba el rostro y las manos con la loción—, no os extrañe que guarde las distancias entre ese gato y yo. No es que dude de la palabra de Tom, es sólo que le tengo una aversión particular a que me devoren.

—Debemos darnos prisa —urgió Kallikos mientras todos los miembros del grupo se daban sus friegas—. Siento que el clon base despertará esta noche. Tenemos que destruir a la abominación antes que sea demasiado tarde.

Los ojos de Sombra del Amanecer relampaguearon con un extraño brillo.

—Está a punto de desencadenarse una terrible maldad. Mi destino me reclama.

—Lo que tú digas —dijo Alvin Reynolds, mirando primero a Kallikos y luego a Sombra—. El único problema es que tenemos que abrir el portal del Colectivo Gris. Los guardias no van a poder ayudarnos en su estado.

—De todos modos, seguro que se harían los duros —terció Sam Haine—. Nunca conté con su ayuda. Diecisiete lo hará.

---

—¿Ah, sí? —repuso el aludido, sorprendido.

—Claro —continuó Sam Haine—. He estado en muchos Reinos del Horizonte de Iteración X. Esa gente no tiene imaginación. El portal siempre lo controla el mismo tipo de guardián: un ordenador. Tú metes la clave correcta y la puerta se abre. Fácil, si conoces la combinación. Por lo general, ésa es información privilegiada. Pero, a partir de lo que me has contado, hijo, ningún ordenador, mágico o no, está a salvo de ti.

—Deprisa —animó Kallikos.

Un furioso rugido animal sacudió la dársena para camiones.

—Parece que nuestro gato se está despertando —dijo Reynolds—. Métete en el sistema, Diecisiete. Ningún camión de este mundo está diseñado para retener en su interior a un monstruo como ése por mucho tiempo. Cuando se libere, más nos valdrá estar dentro del Colectivo Gris.

Con tiento, Diecisiete colocó ambas manos sobre el teclado del ordenador. En los siete días transcurridos desde su fuga, no había vuelto a tocar una UCP. A sabiendas de que toda la misión de rescate dependía de su habilidad para doblegar a la máquina, se sintió súbitamente nervioso. Caso de que su poder funcionase sólo dentro del Colectivo Gris, estarían en problemas.

Sus temores eran infundados. En el preciso instante que sus dedos acariciaron las teclas, recuperó la confianza. Sin pensarlo de forma consciente, su mente se fundió con el ordenador, asumiendo el control de la máquina. Por un instante, el monitor frente a Diecisiete parpadeó. Luego, la pantalla se quedó en negro.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Alvin Reynolds.

—Ninguno —dijo Diecisiete—. He tenido una agradable conversación con la UCP. Le he dicho que mantenga esta área despejada durante toda la noche. Comprobé los datos de los demás artesanos de la voluntad de la zona y descubrí que no hay ninguno en los alrededores. Y abrí el portal.

Señaló al muro al final de la rampa. El cemento había desaparecido, reemplazado por una cortina ondulante de oscuridad. La entrada al Colectivo Gris los estaba esperando.

La bestia del camión volvió a rugir.

—Todo el mundo, a la carlinga —urgió Alvin Reynolds, al ver que el vehículo se bamboleaba de un lado para otro—. Estaremos un poco apretados, pero no vamos muy lejos.

—Que me aspen si esto no es emocionante —dijo Sam Haine, mientras subían—. Albert y yo hemos estado metidos en un puñado de locas aventuras, pero este viajecito se lleva la palma. De aquí voy a sacar una historia de la leche para contar a mis tataratataranietos.

—Siempre y cuando regresemos con vida para contar nada —repuso Albert, con voz seca.

—Sólo hay una forma de averiguarlo —dijo Alvin Reynolds. Tras poner el motor en marcha, pisó a fondo el acelerador.

Y el enorme camión salió disparado hacia el Horizonte.

# VEINTISÉIS

—Diez minutos y contando —anunció Velma Wade—. Todos los sistemas de soporte vital están siendo desconectados. Los tests de reflejos primarios comenzarán en breve. Todo parece estar en orden.

—No pierdas de vista el monitor del cardiograma —dijo Sharon Reed, con voz tensa por la emoción—. Deberíamos de estar a punto de recibir alguna lectura.

Velma asintió en silencio, omitiendo el detalle de que había llevado a cabo muchas operaciones similares en el pasado. Este despertar era distinto. Todo el Proyecto GA se condensaba en aquellos instantes finales. Un año de investigación, experimentos y trabajo duro estaba a punto de dar sus frutos. Por dentro, Velma sonreía. Los resultados, no obstante, iban a ser bastante diferentes de los que todos, incluida Sharon Reed, se esperaban.

A sabiendas de la importancia que entrañaban los acontecimientos que estaban a punto de desarrollarse, Velma había vuelto a cambiar su aspecto. Ahora era una muchacha de apenas dieciocho años. Su larga melena, todavía rubia, enmarcaba en un halo dorado sus ojos azules y sonrosadas mejillas. Baja y esbelta, vestía un largo vestido azul a juego con sus ojos, estampado con grandes flores de color rosa.

—Los latidos comenzarán dentro de treinta segundos —declaró—. Se está administrando el estímulo mientras hablo.

Sharon Reed, el Interventor Klair, el ciborg Ernest Nelson y ella se encontraban sentados en sillas metálicas frente al panel de control del foso de acero que ocupaba el centro del laboratorio. Cada uno de ellos se encargaba de una tarea específica, comprobando monitores y pantallas. A unos cuatro metros de distancia, en medio del pozo donde había estado antes el tanque de crecimiento, descansaba una camilla de reanimación completamente automática. El artilugio asemejaba un gran ataúd de metal con tapa de vidrio. En su interior, sobre una mesa de operaciones, atendido por una decena de manos robóticas, yacía el cuerpo desnudo del clon base. Ya no estaba conectado a ningún tubo, ni tampoco lo bañaba la solución fertilizante. Su piel refulgía llena de salud y vitalidad. Tenía los ojos cerrados, sólo que ahora daba la impresión de estar dormido, esperando a despertar.

—Estímulo satisfactorio —anunció Velma—. Tenemos un latido. Alto y claro, como esperábamos. Ocho minutos para la inicialización definitiva.

—Con tanto personal, la atmósfera está viciada —dijo Sharon, al tiempo que echaba un vistazo en torno de ella para abarcar a toda la plantilla del Colectivo Gris. El personal se había diseminado alrededor de la barandilla de acero que circunvalaba el foso, aguardando expectante. Nadie quería perderse el despertar—. Velma, por favor, sube un poco el aire acondicionado.

—Sí, Directora —dijo Velma, mientras alcanzaba su teclado. Aquella era la frase acordada para liberar el virus mutante en el sistema de ventilación—. Un minuto y estaremos más cómodos.

Ernest Nelson le dirigió una mirada suspicaz. Velma esbozó una dulce sonrisa y apretó el interruptor. Nelson se concentró en su monitor portátil y asintió con la cabeza, antes de volverse y mirar de nuevo a Velma, sonriendo.

Temiéndose lo peor, Velma palmeó a Sharon Reed en el hombro.

—Con toda la gente que hay en la sala, a lo mejor pasan algunos minutos antes de que el laboratorio se ventile —declaró, dejando bien claro que el plan del virus había quedado anulado.

—No pasa nada —la Directora apretó el botón de su tablero de mandos computerizado que liberaba a Aosmo de su tanque. Velma lanzó una mirada furtiva al reloj de su panel. Cinco minutos para el

---

despertar. Casi el tiempo que necesitaría el horror mutante para reptar por la pasarela y llegar al laboratorio. Iba a ser un momento emocionante.

—El virus ha sido liberado en el aire y ya está neutralizado —subvocalizó X344 al Interventor Klair—. Ya podemos olvidarnos de esos condenados gérmenes.

—Excelente —con la mirada fija en el monitor desplegado frente a él, el Interventor no daba la impresión de estar manteniendo una conversación silenciosa con su ayudante—. Cinco minutos para el despertar. ¿Está a punto la baliza del Universo Profundo?

—La tengo a buen recaudo, oculta en el compartimento secreto de mi zarpa izquierda. ¿Cuándo quiere que la active?

—No antes de que el clon base sea completamente operativo. Sin embargo, tampoco queremos arriesgarnos y esperar demasiado. Inicia el artefacto en cuanto el GA comience a respirar. Estoy seguro de que Reed tiene un plan de emergencia. Además, aún hemos de tener en cuenta a Shade. Estoy seguro de que el Especialista en Misiones planea hacerse con el control del clon base. Hablando de lo cual, ¿dónde está Shade?

—Hace cinco minutos que no lo veo. Me rondaba igual que un buitre, comprobando todas las lecturas, pero luego desapareció. No dijo adónde iba.

—Volverá. Eso, por descontado. No querrá perderse el despertar. Volverá.

—Todavía no entiendo el motivo por el que quiere comprobar los cierres, Especialista en Misiones —dijo el guardia, con cierto recelo en su voz—. Nunca hemos tenido ningún problema en esta zona.

—Tampoco nunca hemos completado un proyecto de este calibre —explicó Terrence Shade, sonriendo—. Me limito a extremar las precauciones, señor Lorris. En menos de cinco minutos, el clon base inhalará su primer aliento. Quiero estar seguro, absolutamente seguro, de que no tendremos que preocuparnos por un ataque inesperado de las criaturas del Universo Profundo. Con toda la atención puesta en el laboratorio principal, ésta sería una ocasión de oro para que organizaran un asalto.

El guardia se encogió de hombros.

—Lo que usted diga. Como miembro del Triunvirato, usted sabrá lo que se hace. Pero yo sigo pensando que es una pérdida de tiempo.

Lorris se dio la vuelta y cogió un juego de llaves de su despacho. Fue su último gesto. A sangre fría, Shade desenfundó su Magnum .357, apoyó el cañón en la nuca del guardia y apretó el gatillo. Nadie escuchó el disparo ni vio la sangre que salpicó las paredes de la oficina.

Shade arrebató las llaves de entre los dedos del muerto. Comprobó su reloj. Cuatro minutos para el despertar. Apenas quedaba tiempo. Salió del cuarto del guardia y se lanzó a la carrera por el pasillo hasta llegar frente a la colosal puerta de acero de primium que conducía directamente al Horizonte. Al contrario que la entrada a la Tierra, esta salida no estaba vigilada.

Había siete cerraduras. Con dedos temblorosos, Shade empleó las llaves para abrirlas de una en una. Cuando hubo terminado, aún le sobraba un minuto. Empujó con todas sus fuerzas la barra atravesada que sellaba el portal, y éste cedió.

Por un instante, Shade vislumbró un mar de colores arremolinados, con gigantescas olas rojas, verdes y azules que rompían contra la entrada. Podía sentir las líneas invisibles de fuerza y poder que crepitaban en aquel océano psíquico como si de electricidad se tratase. Los patrones poseían un significado, pero ningún Tecnomante había conseguido descifrarlo sin perder la cordura.

---

Una figura ataviada con un traje a rayas negro y gris, una vistosa corbata de color verde y pañuelo a juego, cruzó el portal y pisó el suelo de acero del Colectivo. De apenas un metro sesenta, esbelto, casi asexuado con rasgos andróginos, el ser llevaba el pelo corto y teñido del mismo verde chillón que su corbata. Su rostro inhumano refulgía con una vitalidad antinatural. Sus ojos ardían con un fuego esmeralda y el atisbo de una sonrisa curvaba sus labios, pálidos y delgados.

—Cierra la puerta, Shade —ordenó la Emperatriz Aliara—. Y atráncala. Cuanta menos compañía, mejor.

Shade hizo lo que le habían pedido. Aunque había hablado con Aliara en numerosas ocasiones en visiones, nunca antes había visto a la Incarna Maeljin en carne y hueso. Irradiaba deseo. El Especialista en Misiones se humedeció los labios. Sus manos sudaban mientras echaba la llave a las cerraduras. Un deseo febril y animal como nunca antes había experimentado se apoderó de él. Quería a Aliara más de lo que nunca había querido a otra mujer.

Aliara profirió una carcajada, un sonido alienígena. Sus delgados dedos acariciaron la mejilla de Shade. Su roce le quemaba la piel como un hierro candente. La carne sonrosada de su cara crepitó y se quemó, volviéndose negra. Shade sintió un tremendo dolor. Mas se encontraba congelado en el sitio, incapaz de apartarse, con el cuerpo preso de la emperatriz del deseo.

—Pronto, mi querido Shade, obtendrás una recompensa como nunca has soñado. Pero antes, debo recoger mi nuevo cuerpo. Luego volveré a por ti.

Sin más palabras, Aliara se alejó por el pasillo que conducía al laboratorio principal. Con su partida, desapareció también el hechizo que mantenía inmóvil a Shade.

El Especialista en Misiones gritó de agonía, aferrándose a su rostro abrasado. Gimiendo de dolor, se hincó de rodillas. Con ojos desorbitados, cayó en la cuenta del monstruoso destino que lo aguardaba cuando la Señora Oscura regresase. Ni siquiera podría refugiarse en la locura. Aliara nunca les ofrecía esa vía de escape a sus víctimas.

—Allí —dijo Diecisiete, señalando la plataforma de carga a unos treinta metros frente a ellos. Cruzaron el portal a través de un largo túnel oscuro que conducía a la dársena subterránea para vehículos. El lugar se veía desierto—. Ese pasillo lleva directamente al laboratorio.

—Fácil —afirmó Alvin Reynolds, mientras giraba el volante—. Aquí hay espacio de sobra para maniobrar el camión y subirlo a una de las plataformas. Luego soltamos al gato y nos vamos.

—Esperemos que la aparición de la bestia sea lo suficientemente inesperada como para sumir a los Tecnócratas en el caos —musitó Kallikos—. Durante la confusión, Sombra y yo destruiremos al clon base. Diecisiete, Sam, Albert y tú debéis rescatar a los prisioneros.

—No es que sea un gran plan —intervino Sam Haine—, pero a veces lo más sencillo es también lo más efectivo. Improvisaremos y nos aprovecharemos de la situación. Eso es lo que hago yo siempre.

Con cuidado, Alvin Reynolds situó el camión en la dársena de carga.

—Que todo el mundo se quede en la cabina —dijo el hombretón—. Voy a subir al techo con este lanzarrayos. En cuanto abra un boquete en la entrada del laboratorio, acciona la palanca que abre la compuerta de carga al remolque, Diecisiete. Teniendo en cuenta el humor de nuestro pasajero, no creo que le lleve más de unos segundos encontrar el camino hasta allí. Lo seguiremos instantes después. Todo el mundo, preparado.

Nadie dijo nada. Tras coger una honda bocanada de aire, Reynolds abrió la puerta del camión y se izó hasta el techo. Diecisiete bajó un centímetro la ventanilla para asegurarse de escuchar la explosión.

---

No había de qué preocuparse. El tronar del rayo estremeció toda la zona de carga. Diecisiete apretó de inmediato el botón que controlaba las puertas traseras del remolque.

Con un alarido de furia bestial que amenazó con volar el parabrisas, el monstruo de las selvas de Vali Shallar salió disparado de la parte trasera del vehículo. Diecisiete observó a la criatura por el retrovisor. Cuatro metros y medio de largo, uno sesenta de alto hasta la cerviz, de más de quinientos kilos de peso, pelaje anaranjado con rayas negras, el gato se parecía a un enorme tigre de Bengala. Sólo que hacía más de diez mil años que no caminaba sobre la tierra una bestia tan poderosamente musculosa. Ni que poseyera aquellos monstruosos colmillos como puñales que sobresalían veinte centímetros de su mandíbula inferior. Con sus ojos amarillos centelleantes, el tigre de dientes de sable balanceó su descomunal cabeza a uno y otro lado, en busca de su presa. Al divisar la puerta aún humeante, saltó hacia delante, moviéndose con la fuerza de una locomotora. Abrió sus fauces más de lo que parecería posible para rugir su desafío al mundo, antes de desaparecer en dirección al laboratorio.

—Secuencia respiratoria satisfactoria —anunció Sharon Reed, nerviosa. Dentro de dos minutos, el clon base sería completamente operativo. Aproximadamente al mismo tiempo, el horror que había bautizado como Aosmo irrumpiría en el laboratorio, sembrando el caos y la destrucción a su paso. Los sauroides habían recibido instrucciones para comenzar su ataque contra los cabezas de lata en aquel preciso instante. Durante la confusión, Velma Wade y ella tenían que tomar una muestra de tejido del clon, destruir al prototipo y huir del Colectivo Gris. Lo más probable era que el resto de su equipo de investigación muriese durante la reyerta, pero no podía hacer nada para salvarlos. Los objetivos de la Convención eran más importantes que la vida de unos simples Tecnócratas.

El inesperado parpadeo de un indicador le llamó la atención. Miró el panel con los ojos entrecerrados por la sorpresa. El indicador de aquel instrumento en concreto no tendría que moverse.

—¿Qué ocurre con el escáner de ondas cerebrales? —preguntó, mirando a su ayudanta—. El clon base carece de personalidad o inteligencia.

—Debe de ser un desajuste —dijo Velma. Sus ojos saltaron a la puerta más alejada del laboratorio, por donde habría de entrar Aosmo. El metal tintineó cuando algo enorme se estrelló contra él. El cefalópodo había llegado antes de lo previsto—. ¿Quieres que realice un diagnóstico precoz?

—Ahora no —repuso Sharon, tomando una decisión sobre la marcha—. La cuenta atrás casi se ha completado. No podemos retrasar la secuencia final de inicialización.

—Algo va muy mal —anunció el Interventor Klair, interrumpiendo la conversación con su áspera voz—. Mi escáner está recogiendo fuertes ondas cerebrales procedentes del clon base. No hay lugar a errores de funcionamiento. Las lecturas son demasiado fuertes. Esa mente es activa... y extraordinaria. Algún tipo de ser ha poseído al clon. Y está despertando.

—Detengamos la secuencia de inicialización —exigió Sharon, al tiempo que oprimía con fuerza los interruptores desplegados frente a ella. No ocurrió nada.

Una docena de personas comenzaron a gritar cuando la puerta de acero que conducía al nivel inferior cayó al suelo con estrépito. Una masa de tentáculos gigantescos irrumpió en el laboratorio.

Sharon contuvo la respiración al presenciar cómo Aosmo se abría paso dentro del cuarto. El monstruo era más grande y aterrador de lo que había podido imaginar. Sus enormes mandíbulas entrecrocaban en busca de víctimas que desmembrar y mutilar.

—El teclado no responde —intervino Ernest Nelson, plenamente concentrado en el ordenador frente a él. Profirió una exclamación de furia impotente—: ¡Me cago en la puta! Nos hemos quedado

---

sin línea. Un programa invasor se ha apoderado de la UCP. Es imposible que recuperemos el control antes de que las coordenadas finales se hagan efectivas.

El ciborg se levantó de su asiento. Giró la cabeza y cayó en la cuenta de la monstruosa criatura que estaba masacrando Tecnócratas a cinco metros de distancia. Moviéndose con una precisión mecánica, giró sobre sus ruedas de oruga para enfrentarse a Sharon. En una mano sostenía un tubo semejante a una linterna con lentes a ambos extremos. Con el rostro demudado por la ira, esgrimió el objeto en dirección a la Directora.

—¡No vas a salirte con la tuya, maldita traidora!

Un chirrido de acero retorcido marcó la explosión de la puerta que comunicaba con los muelles de carga. Los fragmentos metálicos bombardearon a la atónita multitud como granadas en miniatura. Un trozo aserrado se encajó en la espalda expuesta de Nelson, consiguiendo que perdiera el equilibrio. Con las ruedas girando en el aire, cayó al suelo de bruces. Sus zarpas se abrieron en un acto reflejo, enviando el tubo misterioso rodando bajo una de las mesas del laboratorio.

—Por Dios, ¿qué es eso? —exhaló Velma Wade cuando un monstruoso rugido estremeció el laboratorio. Una silueta gigantesca ocupó el destrozado portal. La bestia volvió a gruñir, revelando unos enormes colmillos. Presas del pánico, los Tecnócratas más próximos a la entrada aullaron de terror cuando la bestia asesina saltó sobre ellos. En cuestión de segundos, las paredes quedaron cubiertas de sangre y entrañas. No había escapatoria posible. Atrapados entre el tigre de dientes de sable y el cefalópodo gigante, los indefensos técnicos del laboratorio estaban condenados.

El Interventor Klair saltó de su asiento y se arrastró por el suelo, buscando a gatas, desesperado, el tubo que había soltado su ayudante. Sharon sabía que el instrumento debía de entrañar cierto peligro, pero no tenía tiempo para preocuparse por las maquinaciones de Iteración X. Aosmo estaba arrasando el lugar. Al igual que un monstruo prehistórico que había surgido de la nada. Dentro de quince segundos, el clon base más poderoso jamás creado, controlado por una personalidad desconocida, iba a nacer a la vida. A menos que ella pudiera evitarlo.

—Retira la cubierta del cubículo de soporte vital —le ordenó a Velma Wade, ignorando la orgía de destrucción desatada en la cámara—. ¿O tampoco funciona?

—La cubierta se está retrayendo —dijo Velma Wade, con voz tranquila y en calma—. Se habrá abierto por completo dentro de diez segundos.

—Perfecto —musitó Sharon, con los ojos fijos en el cuerpo desnudo que descansaba sobre la mesa del interior de la cápsula. No podía permitir, ni iba a dejar que ocurriera, que los horrores que la rodeaban la distrajeran—. Eso me deja tiempo suficiente para gritarle el código de autodestrucción al clon.

—Me temo que no, directora —repuso Velma Wade. Sharon sintió su aliento en la oreja—. No puedo permitir que haga eso.

La Directora de Investigaciones abrió la boca de sorpresa y dolor cuando una astilla de hielo se clavó en su espalda. Con los labios teñidos por espumarajos de sangre, Sharon se derrumbó de espaldas sobre la consola de su ordenador. Como si se encontrara a miles de kilómetros de distancia, escuchó los estremecedores chillidos de Aosmo mientras el horror genético mataba y mataba, entregado a una furia demencial. En vano, Sharon intentó asir el mango del cuchillo encajado entre sus omoplatos. La fuerza había abandonado sus dedos.

Con ojos vidriosos, miró a su ayudante. Velma Wade se encogió de hombros y esbozó una sonrisa.

—Ha estado bien mientras duró, Directora. Formábamos un buen equipo. Pero me reclama mi verdadera misión.

---

Incapaz de moverse, Sharon observó impotente cómo la rubia cambiaformas saltaba sobre la barandilla de acero y llegaba a la cámara de soporte vital, junto al clon base.

Tendido cuan largo era, X344 barrió el suelo bajo el tablero de mandos con sus zarpas de acero, intentando por todos los medios recuperar la baliza del Universo Profundo que se encontraba a menos de una centésima de milímetro fuera de su alcance. El dolor palpitaba en sus sienes y la sangre le nublaba la vista. La caída le había roto la nariz, achatándola contra su rostro. Con la garganta inundada por una mezcla de bilis y sangre, apenas podía respirar. Daba igual. Lo único que importaba era aquel condenado tubo.

—¡Cógelo, idiota! —chilló el Interventor Klair al otro lado del tablero. Dirigía los movimientos de X344, diciéndole hacia dónde tenía que mover la zarpa. El tubo se había encajado detrás de una pata de acero justo en el centro de una larga mesa. En condiciones normales, al ciborg no le habría costado ningún esfuerzo el arrancar el mueble de cuajo de su asidero. En su maltrecho estado, apenas lograba mantenerse consciente—. ¡Estás rozando una punta con la garra, imbécil! ¡Ciérrala y será tuyo!

Escupiendo sangre, X344 apretó los dientes y concentró todos sus esfuerzos en cerrar la mano metálica. Sin saber si lo había conseguido o no, sacó el brazo de debajo de la mesa. Había perdido la sensibilidad en sus zarpas de acero. El trozo de hierro que le había golpeado la espalda sin duda había lesionado su columna. Enderezarse era algo impensable. Mover los brazos se estaba volviendo cada vez más complicado. Sentía todo el cuerpo dormido. Aturdido, se miró la mano. La baliza del Universo Profundo aparecía sujeta entre sus dedos de acero.

—¡Gira los extremos! —aulló Klair. El estruendo del laboratorio era ensordecedor. X344 no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo. Algo gruñía y se oyó un traqueteo estridente y horrible. La gente gritaba presa de un pánico cegador. Le dolía la cabeza y no podía pensar con claridad.

—Piensa en acero —musitó, como si recitase una plegaria—. Piensa en acero.

—¡Gira los extremos, cretino descerebrado! —gritó el Interventor, al otro lado del panel de control. A X344 se le ocurrió que resultaba extraño que Klair no quisiera rematar la faena él mismo. Pese a todo, el ciborg era leal a Iteración X. Sacando fuerzas de flaqueza, retorció ambos extremos de la baliza al mismo tiempo y, acto seguido, la arrojó por encima de la mesa en dirección al Interventor Klair. X344 era fiel a la Tecnocracia, pero no estúpido.

—N-O-O-O... —chilló el Interventor, silenciado bruscamente en el momento que un muro de oscuridad absoluta cobró forma de improviso a los pies del panel de mandos. De una molécula de grosor, el portal se estiró hasta alcanzar los tres metros de alto por tres de ancho. En su interior se agitaba algo que relucía con un color entre metálico y plateado, y se expandía hasta ocupar la apertura.

Diecisiete llegó hasta los escombros que antes habían sido una puerta y echó un vistazo al infierno. En menos de un minuto, toda la cámara se había convertido en un osario. Quien no estaba muerto, agonizaba. Las paredes, el techo y el suelo estaban empapados de sangre. Los cuerpos destrozados de hombres, mujeres y sauroides estaban por todas partes, tirados como juguetes rotos.

A seis metros de la entrada, el tigre de dientes de sable se enfrentaba rugiendo a una monstruosidad que le doblaba en tamaño. Diecisiete sacudió la cabeza, incrédulo. Aquellas criaturas no podían existir sobre la Tierra. Luego, mientras la abominación enroscaba un tentáculo enorme alrededor del cuerpo del tigre, Diecisiete recordó que no se encontraban en la Tierra.

El tigre rugió y su grito de rabia sacudió el edificio. Dio un salto salvaje hacia delante, directo al centro del monstruo octópodo que intentaba partirlo por la mitad. Las enormes garras se hincaron en el

---

rostro de la criatura y hendieron la piel gelatinosa como unas tijeras rasgarían el papel. El pulpo chilló, un agudo grito de dolor que consiguió que Diecisiete sintiera un escalofrío. La criatura sonaba casi humana.

Media docena de tentáculos se enroscaron al cuerpo del tigre gigante, intentando separarlo del rostro del pulpo. Mas las fauces inmensas de la bestia prehistórica se habían enterrado en el centro carnoso del cráneo del cefalópodo y nada conseguiría que soltase a su presa. Los dos colosos se revolvieron por el laboratorio, enzarzados en su lucha mortal, destrozándolo todo a su paso.

—Mierda —juró Alvin Reynolds. El hombretón no se refería a la batalla. Cuatro metros a su derecha se erguía una sábana de absoluta negrura—. Un portal entre reinos.

Enfrente del portal místico se apilaban las formas desmanteladas de un puñado de robots plateados. Una esbelta figura ataviada con un traje a rayas de corte masculino, y el pelo color verde chillón, remataba la pila de escombros metálicos. Su cuerpo palpitaba con energía psíquica. Entre risitas, se ocupaba de desgajar la cabeza de una de las máquinas. Clavó la mirada en las profundidades del telón de sombras, como si retara a más autómatas a aparecer.

—Este puñetero lugar parece un circo de tres pistas —musitó Sam Haine, al tiempo que daba un paso adelante con mucho cuidado—. Ésa es Aliara, la Emperatriz del Dolor, una de los Incarna Maeljin. Apuesto a que no ha venido aquí sólo para jugar con esos soldados de hojalata. —Prosiguió su cauteloso avance—. Me pregunto qué es lo que habrá al otro lado de ese portal. Seguro que no es del agrado de Aliara.

Antes de que nadie se diera cuenta de sus intenciones, Sam Haine se abalanzó sobre la esbelta figura. En el último instante, Aliara se giró, como si sintiese la presencia del anciano. Demasiado tarde. De un fuerte empujón en el estómago, el Hombre Cambiante envió a la Señora Oscura disparada hacia el negro abismo.

Por un instante, incapaz de recuperar el equilibrio, Sam Haine se tambaleó al borde del portal místico, hasta que un brazo enorme se estiró y lo agarró del hombro, apartándolo del siniestro umbral.

—Avísame antes de volver a intentar algo parecido —refunfuñó Albert.

Kallikos parecía completamente ajeno al caos imperante en la cámara. El Maestro del Tiempo escrutaba los alrededores, ansioso, en busca de respuestas.

—Allí —dijo, con voz trémula por la emoción. Señaló hacia un foso de acero en el centro del laboratorio—. Tal y como lo vi hace cientos de años. El maldito ha regresado.

Diecisiete abrió los ojos de par en par. Había dos figuras de pie sobre una cápsula de acero y cristal. Uno era el clon base. De igual modo que la Incarna Maeljin, exudaba poder mágico. El clon se veía perfectamente formado, aunque asexual. Poseía los rasgos más hermosos y expresivos que Diecisiete hubiese visto jamás. El rostro del clon base era el de un ángel... o un demonio.

Junto al ser artificial se erguía Jenni Smith. O su doble exacto. Diecisiete no podía estar seguro, pues la vio sólo por unos instantes.

Al sentir la presencia del grupo, el clon base volvió la cabeza y miró hacia la entrada. Al ver a Kallikos, el ser asintió con la cabeza, se diría que a modo de saludo.

—Mátalo —ordenó Kallikos, volviéndose hacia Sombra del Amanecer—. Destruye a ese demonio antes de que suma al mundo en el caos.

Moviéndose con velocidad cegadora, Sombra del Amanecer cargó aferrando su katana, Susurro, con ambas manos. Sin emitir sonido alguno, recorrió de un salto poderoso la distancia que la separaba de la ominosa pareja, aterrizando a unos cuatro metros del dúo. La hoja de acero, refulgiendo como una llama, trazó un arco que culminó en el punto exacto donde, hacía apenas unos instantes, se encontraba el clon base. Demasiado tarde. Tanto él como la joven que lo acompañaba habían desaparecido.

---

La Guerra del Horizonte había comenzado.

# EPÍLOGO

Al borde del Horizonte se yerguen ocho Reinos de las Sombras. Son reflejos, proyecciones, de los Reinos Fragmentarios, regiones inhóspitas de energías indómitas que existen en la Umbral Profunda. De todos los Reinos de las Sombras, el más peligroso es el de las Fuerzas. Aquí, en este Reino del Horizonte, se alza Doissetep, la mayor y más poderosa de todas las Capillas de las Tradiciones.

Sita en la cumbre de la montaña más alta, inmersa en un mar de poderosos acantilados, Doissetep es un lugar antiguo, un enorme castillo laberíntico de miles de años de edad, cuyos orígenes se pierden en las brumas de la historia. Vastas torres se levantan hacia el cielo de color negro, guardadas sus puertas por horrendas gárgolas de piedra. Diez cábalas de magos llaman hogar a Doissetep. La Ascensión no es nada más que otra palabra en este lugar. El poder es lo único que importa. Doissetep es un lugar de intriga y oscuras maniobras.

El más célebre artesano de la voluntad de Doissetep es el líder de la cábala de los Buscadores de la Verdad, la banda de magos más poderosa de toda la ciudadela. Su nombre es Porthos. Su edad rebasa los quinientos años. Porthos es una figura solitaria que vive solo en la torre más alta del antiguo castillo. Aunque pocos se den cuenta, la cordura lo ha abandonado.

Sueños malévolos asolan su descanso nocturno. Terribles acontecimientos están a punto de ocurrir. Su mundo se encuentra al borde del cambio. Su propia existencia, así como la de Doissetep, se ven amenazadas. El semblante de Porthos se retuerce de agonía a medida que sus pesadillas empeoran. Un rostro arde en su cabeza, una cara que reconoce... una que había esperado no volver a ver jamás.

Con un alarido de horror, Porthos se despierta. Sus sueños permanecen vívidos en su memoria. Resulta imposible negar la amenaza que acecha, no sólo a Doissetep, sino a la mismísima existencia de las Nueve Tradiciones. Unos labios apergaminados por la edad susurran sus miedos más exacerbados.

“Los muchos vuelven a ser uno. El círculo se ha completado. Que Dios nos ayude a todos”.